

Selección De Relatos Varios Autores  
**AMANECER PULP**

AP2013 – Serie Neo – Amanecer PULP nº 2



**AMANECER  
PULP 2013**



**RELATOS  
PULP.COM**

# AMANE CER PULP 2013

Selección de Relatos  
Varios Autores

eBook editado por  
[RelatosPulp.com](http://RelatosPulp.com)

AP2013 | Serie Neo | Amanecer Pulp nº 2  
Distribución Gratuita. Prohibida su venta

Contacto: [relatospulp@gmail.com](mailto:relatospulp@gmail.com)  
Publicado en España, el 1 de junio de 2013

## **AVISO LEGAL**

De los derechos de edición: AMANECER PULP es una publicación de RelatosPulp.com. Todos los derechos reservados. © RelatosPulp.com. Se prohíbe el uso comercial de la misma, permitiéndose únicamente su distribución gratuita, y sin ánimo de lucro. De los derechos de autor: Todos los contenidos incluidos en esta publicación son propiedad de sus autores y, más allá de la distribución en los términos acordados para la presente edición, se prohíbe cualquier copia, reproducción, alteración, o modificación de la obra, total o parcial, sin el consentimiento expreso de sus titulares.

## **AGRADECIMIENTOS**

Deseamos agradecer a todos los autores que han participado en nuestra convocatoria anual AMANECER PULP tanto el interés mostrado, como el hecho de haber compartido con nosotros una pequeña parte de su talento creativo. También deseamos expresar nuestro agradecimiento a todas aquellas personas que han colaborado en la organización de forma desinteresada, así como el patrocinio de [SAFECREATIVE](#) en base al concurso realizado para la selección de los relatos. Y como no, agradeceremos a vosotros, lectores, el estar ahí, apoyándonos con vuestras críticas y comentarios.

## **AMANECER PULP 2013**

### **Dirección, coordinación y edición**

Emilio Iglesias

### **Organización y selección**

Ruben García (Salino); Roberto Julio Alamo, Ana Morán Infiesta, Emilio Iglesias

### **Ilustración Portada**

Rubén García (Salino)

### **Patrocinio**

[Safecreative](#)

[Registro de la Propiedad Intelectual](#)

### **Editorial**

[RelatosPulp.com](#)

## PRÓLOGO

Vivimos tiempos difíciles, tiempos en los que cualquier noticiario resulta más aterrador e increíble que la peor de las ficciones imaginadas, y cuando esto sucede es que algo no funciona en nuestra sociedad. La tecnología nos domina, y las personas exploran nuevas tendencias de ocio y entretenimiento, valorando sobre todo las experiencias cortas pero intensas. Quizás por ello los relatos vuelven a estar en boga, y es que no hay nada mejor que una buena historia de pura fantasía para desconectar de la jodida realidad, o incluso aprender a tratarla desde otra perspectiva. A veces para mejorar las cosas basta con aplicar un punto de vista diferente; una mente abierta, una mente pulp.

El papel amarillento y astroso de las antiguas magazines ha encontrado el perfecto sustituto en los bits y los reproductores electrónicos. El banco de un parque mientras esperas a tu pareja, un trayecto de autobús, o un par de horas de relax en la playa, lugares idóneos para disfrutar de este tipo de relatos, sin pretensiones morales, políticas, filosóficas, o religiosas, sino con el único objetivo de entretener, sin más. Y esto es, precisamente lo que te ofrecemos.

Ha pasado un año desde que iniciamos nuestra andadura, y con la edición que ahora tienes entre manos sumamos nuestro segundo número de Amanecer Pulp, una publicación especialmente preparada por escritores de nuevo cuño, y con la intención de reencarnar el espíritu de las clásicas revistas, así como de los grandes maestros, como Howard o Lovecraft.

Para la ocasión, y nada más abrir la primavera, hemos convocado un concurso de relatos, auspiciado por el patrocinio de Safecreative; un proceso de selección que ha culminado en la presente obra, y que esperamos sea de tu agrado, mi querido lector.

Viajarás a la antigua Lemuria, buscarás tesoros en civilizaciones perdidas, lucharás en plena segunda guerra mundial, y te dejarás seducir por mujeres fatales, sin que puedas hacer nada por evitarlo. El Pulp no es un género, sino una forma de contar historias, y en Amanecer Pulp se dan cita los mejores autores del panorama actual.

Una buena dosis de pulp es la mejor forma de sobrellevar los problemas de cada día. Pregúntaselo a tu médico, y si no te receta pulp... ¡échale cojones y recétaselo tú, a él, y a todos tus amigos! Harás que el mundo sea un poquito mejor.

Emilio Iglesias  
En Ourense, España, a 1 de junio de 2013  
[RelatosPulp.com](http://RelatosPulp.com)

## ÍNDICE de Contenidos

ÍNDICE DE CONTENIDOS.....	5
LA ZARPA ROJA CONTRA LA AMENAZA DE LOS HOMBRES LAGARTO .....	6
ULTRATUMBA.....	12
CUATRO OSITOS.....	17
EL BUNKER.....	32
SAMHAIN.....	49
LÁDIR Y LA CIUDAD SUBTERRÁNEA.....	65
PHILONIUM .....	85
MISIÓN CUMPLIDA .....	90
INTENTÓ SEGUIR LOS PASOS DE DIOS.....	101
ARRIBA Y ABAJO .....	110
LA MINA DE LOS MUERTOS VIVIENTES.....	116
DANZAS DE CORTE Y VIENTOS NOCTURNOS .....	136
VISITA A LA ABADÍA. C.E.C.Q.....	140
LA TRAMPA DEL ESCORPIÓN.....	153
LA ESPADA OCULTA .....	169
EL CRISTAL DE SANGRE .....	175
ANEXO: DIRECTORIO DE AUTORES.....	198

## LA ZARPA ROJA CONTRA LA AMENAZA DE LOS HOMBRES LAGARTO

*Patxi Larrabe*

Bast, la Zarpa Roja, emergió entre chisporroteos del portal temporal empuñando su Luger. Su mono de color caqui presentaba los signos evidentes de una pelea que había transcurrido hace ya muchos millones de años. Atrás había dejado un laboratorio secreto en algún lugar de la Selva Negra alemana, con un par de científicos y un puñado de soldados del káiser inconscientes.

Una criatura enorme, de más de dos metros de altura, soltó un rugido y se abalanzó sobre ella. Era un ser de pesadilla, mitad humano mitad reptil. Su piel era fría y escamosa y un cuerno curvo adornaba su frente. Su poderosa boca estaba infestada de desgarradores dientes diminutos. Con gracia felina, Bast esquivó al hombre—lagarto y le propinó un culatazo en la nuca.

—¡Alto ahí, en el nombre del káiser! —gritó un científico de bata blanca apuntándole con una pistola.

El hombre—lagarto se giró enfurecido con intención de morderla. Bast apretó el gatillo dos veces hiriendo a la bestia en el pecho. Saltó dando una voltereta y se situó junto al germano, derribándolo con una patada giratoria a ras del suelo.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde se encuentra el profesor Vólkov?

El científico estaba visiblemente asustado. Al fin y al cabo, no era un hombre de acción. La Zarpa Roja lo había inmovilizado ejerciendo una brutal presión con sus piernas. Parecía que de un momento a otro le iba a partir el pecho en dos. Aunque fuera bajita, su voluptuoso cuerpo estaba bien entrenado, curtido en mil peleas. Sus profundos ojos verdes escrutaban su mente buscando ávidas respuestas. Su pelo azabache seguía perfecto, imitando el estilo de la bellísima Cleopatra.

—El profesor Vólkov está apresado en la otra cúpula. Pero no podrás rescatarlo... ¡Esto es Lemuria, insensata!

Lemuria... Entonces todo esto era cierto. El mítico continente perdido era real y sí que había existido hace millones de años. Y ahora estaba en él. Bast recordó cómo había llegado hasta aquí.

Todo comenzó hace un mes. Sebastiana Ivanovna Petrovich, reputada paleontóloga rusa, se encontraba trabajando en una excavación jurásica en la colonia francesa de Madagascar. Desde que estallara la Revolución de Octubre de 1917, la relación entre Francia y Rusia se había enrarecido pero, por suerte, aún se podían obtener permisos de exploración e investigación a cambio de buenos sobornos. Y aquel yacimiento era lo suficientemente importante como para que el alto mando bolchevique apoyara el proyecto.

Lo que Sebastiana encontró superó todas sus expectativas. No solo se hallaba ante el mayor cementerio jurásico descubierto hasta entonces, sino que comenzaron a desenterrar los vestigios de una antigua civilización que coexistió con los dinosaurios en el jurásico. ¡Increíble! Este hallazgo hacía tambalear los cimientos tanto de la paleontología como del propio origen de la humanidad.

Pero eso no era todo. Estudiando los restos de la civilización perdida, Sebastiana topó con unos extraños símbolos. Parecía un mensaje codificado siguiendo un código secreto del Ejército Rojo. Era algo insólito. Esa tierra no había sido removida en millones de años. Calcó los símbolos en un trozo de papel y trató de disimular el descubrimiento para que otros no lo encontraran.

La misma noche del inquietante hallazgo Sebastiana descifró el mensaje completo. No en vano también era Bast, nombre en clave «Zarpa Roja», agente secreto del Ejército Rojo, escogida personalmente por Lenin y entrenada para llevar a cabo las más peligrosas misiones. El mensaje decía lo siguiente:

Soy el profesor Vólkov. El káiser me ha secuestrado. Han robado mi tecnología de portales temporales. Quieren ganar la Gran Guerra. Busca el laboratorio en la Selva Negra. Ayúdame, Zarpa Roja.

El profesor Vólkov era una eminencia secreta en Rusia. Un experto en ciencias, especialmente en la rama de la física. Apoyó la revolución bolchevique desde el principio y Lenin confiaba en su ingenio para construir una Rusia del futuro tecnológicamente superior. Para Bast el profesor había sido una especie de mentor durante unos años, hasta que al final se decidiera por especializarse en la paleontología más que en la física. Había estado con él varias semanas antes de emprender su viaje a Madagascar y recordó el entusiasmo del erudito al contarle que había inventado algo que cambiaría para siempre el estudio de la arqueología y paleontología. Aunque, obviamente, aún era secreto y no podía desvelar nada. ¿Acaso ese «algo» podría haber sido una máquina del tiempo? Tenía sentido, aunque parecía descabellado. Pero según el mensaje...

La Zarpa Roja no tardó en informar al Ejército Rojo y confirmar que efectivamente el profesor Vólkov había sido secuestrado. Al parecer uno de sus ayudantes era un espía al servicio del káiser. Si Vólkov había descubierto la manera de viajar en el tiempo, ¡los alemanes podrían ganar la Gran Guerra!

En menos de dos semanas, la Zarpa Roja se infiltró en líneas enemigas y logró dar con la situación del laboratorio secreto de la Selva Negra. Allí se encontró con que los alemanes no habían perdido el tiempo y ya habían construido un portal temporal, una conexión en el espacio—tiempo de millones de años. Si quería rescatar al profesor, debía viajar atrás en el tiempo, debía cruzar el portal.

—¿Qué es ese horrible engendro? ¿Hay más como él? —interrogó Bast al germano, agarrándole de las solapas de la bata.

—Eso es un lemuriano y por supuesto que hay más como él. Ellos son los que han construido esta primitiva civilización. Son los dueños del Jurásico. Al igual que nosotros descendemos de los simios, ellos descienden de los reptiles. Su capacidad mental es limitada y se comunican a través de un lenguaje no verbal basado en gestos y ruidos guturales. Pero son capaces de poner decenas de huevos y reproducirse con increíble rapidez.

Bast dejó inconsciente al científico de un rápido golpe seco con su Luger. Ya había escuchado suficiente. No había tiempo para explicaciones. Debía rescatar al profesor y huir antes de que fuera demasiado tarde.

Abrió con cuidado la puerta del laboratorio y vio que a unos veinte metros había otra cúpula de hormigón. Para llegar a ella debía cruzar un puente de estructura metálica. No había nadie en el puente, pero echando un vistazo a su alrededor contempló una imagen salida de la más vívida imaginación de cualquier niño que sueñe con dinosaurios.

El campamento se erigía en medio de un impresionante bosque de ginkgos, pinos y helechos gigantes. En el horizonte podían distinguirse claramente las cimas de jóvenes volcanes humeantes, de los que manaba la lava como pequeños riachuelos luminosos. En el cielo, a lo lejos, podía distinguirse el pesado vuelo de un zepelín. A la izquierda del campamento, un grupo de lemurianos montados en diplodocus realizaban tareas de deforestación. Los enormes cuerpos de los dinosaurios empujaban los inmensos árboles y los derribaban como si de endeble palitos de paja se trataran. Más allá, un pelotón de soldados del káiser realizaba maniobras tratando de enseñar a los lemurianos a usar un fusil con bayoneta. El cuerno curvo de los lemurianos era una imitación grotesca del pickelhaube o casco prusiano que vestían los alemanes. Bast observó también que varios soldados pintaban con brocha el emblema alemán en la escamosa piel de los lemurianos. Le hubiera encantado poder grabar toda esta escena con un cinematógrafo.

Un leve gruñido la arrancó de su perplejidad. Un diminuto dinosaurio bípedo, del tamaño de un gato se había acercado hasta ella sin que se percatara. La Zarpa Roja trató de atrapar al ornitópodo con sus manos pero éste se escabulló con impresionante rapidez. En menos de dos latidos de corazón había cruzado ya la mitad del puente emitiendo agudos chillidos de alarma.

Bast corrió tras el dinosaurio maldiciendo al capitalismo y a todos los imperialismos del mundo. Avistó a media docena de lemurianos que corrían hacia ella y escuchó voces de alarma en alemán. Estaba entrenada para hacer frente a este tipo de situaciones, pero no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda y una gota de sudor frío emergiera en su frente.

La puerta de la segunda cúpula se abrió de golpe. Un lemuriano surgió del oscuro interior armado con una gran red. El diminuto dinosaurio se refugió entre sus piernas como un perrillo asustado, chillando sin parar. La red voló por los aires. No era difícil esquivarla, pero una dura piedra golpeó a Bast en el brazo derecho haciéndola perder el equilibrio. La pesada red cayó sobre ella dejándola enmarañada y aturdida. Lo último que notó antes de que todo se volviera oscuro fue un fuerte golpe en la cabeza.

El cubo de agua fría que le lanzó un lemuriano despertó a la Zarpa Roja de una sacudida. Estaba atada de pies y manos a una silla con una gruesa cuerda. Le dolía la cabeza y una punzada rítmica anunciaba que le estaba creciendo un enorme chichón donde la habían golpeado. La habitación que la rodeaba era grande y redondeada. Había cajas apiladas por todas partes, e incluso un montón de bombonas de hidrógeno, sin duda para el dirigible. Debía tratarse de un almacén. A un lado, en una celda de barrotes, pudo distinguir a un hombre de mediana edad, rechoncho y de pelo cano, con signos evidentes de haber sufrido castigos y torturas terribles. Era el profesor Vólkov... o lo que quedaba de él.

—Bien, bien, bien... Así que al bueno de Lenin no le apetece que Guillermo gane la Guerra —se rió una voz desquiciada, malévol.

Bast escuchó los pasos que se acercaban hacia ella. La voz le resultaba familiar. Cuando Klaus Oberschmidt entró en su campo de visión se confirmaron todas sus sospechas.

—¡Tú! Debí haberlo sospechado... Solamente un mezquino inepto como tú sería capaz de robarnos a nuestro mejor científico.

—¡Silencio, mujer! —abofeteó Klaus a la Zarpa Roja.

El malvado germano era alto y flaco como un palo viejo. Nadie conocía su edad, pero por su demacrado aspecto nunca jamás se hubiera dicho que pudiera ser joven o que lo hubiera sido en algún momento de su miserable vida. Sus ojos inyectados en sangre eran rojos, violentos, demoníacos. Sus huesudas manos semejabán garras retorcidas, más propias de una cruel bestia que de un humano. Su cabeza no tenía pelo, solamente una asquerosa mata de pellejos resecos.

Klaus Oberschmidt era famoso por sus investigaciones y por sus métodos poco ortodoxos en los campos de la química, la biología y la genética. También había publicado polémicos estudios sobre súper—hombres y civilizaciones perdidas. Despreciado y humillado por la sociedad científica de la época, ahora parecía que sería él el que reiría el último.

—Vosotros los rusos y vuestras ideas socialistas... ¡No tenéis ni idea! Yo, el gran Klaus Oberschmidt, seré el que recomponga la exhausta gloria teutona y regale al mundo una nueva era de disciplina y prosperidad bajo el Imperio Alemán. Nuestros soldados están muriendo en las trincheras como ratas. Apenas quedan jóvenes paseando por las calles alemanas, están siendo diezmados en el campo de batalla por bombas inglesas y balas francesas. ¡Es intolerable!

Klaus se había acalorado con el discurso. Tomó aire y prosiguió entre aspavientos, con la mirada completamente desorbitada.

—¡El futuro del káiser está en Lemuria! Los lemurianos son grandes, fuertes, salvajes... y sí, algo estúpidos. Pero se reproducen con increíble rapidez y saben domesticar dinosaurios. Imagínate miles de lemurianos saltando de las trincheras y corriendo hacia el enemigo, cabalgando sobre majestuosos diplodocus y alosaurios. No habría ametralladoras suficientes para pararlos a todos. Aplastaríamos al enemigo en consecutivas oleadas de rabia y devastación. Romperíamos por fin el Frente Occidental, invadiendo primero Francia y ocupando más tarde Inglaterra. Y después caería Rusia... y el lejano oriente... Nuestros jóvenes alemanes, libres ya de tener que morir en el campo de batalla, se erigirían como nuevos líderes de las tierras conquistadas. Una élite de gobernadores que guiaría a la humanidad hacia el mejor de los futuros posibles.

Bast estaba asustada. Era un plan loco, descabellado, pero que podía hacerse realidad gracias a la tecnología de portales temporales desarrollada por el profesor Vólkov. Había que poner fin a este galimatías.

Aprovechando que Klaus estaba inmerso en describir su maquiavélico plan, la Zarpa Roja había cortado las cuerdas que la apresaban. Las uñas de sus manos eran largas y afiladas y habían sido recubiertas por un material secreto transparente inventado por los científicos secretos rusos que las volvía tan duras como el acero. Haciendo gala de sus dotes de contorsionista, consiguió librarse también de las ataduras de los pies. Se

tomó un par de segundos para preparar un plan de huida, respiró hondo y decidió que la suerte estaba ya más que echada.

El rápido movimiento de Bast atrapó por sorpresa al lemuriano que le flanqueaba. La Zarpa Roja aplastó su codo en la mandíbula del gigantesco hombre—reptil dejándolo aturdido unos momentos. Con igual agilidad, incrustó su puño en el estómago de Klaus y lo envió a morder el polvo de un tremendo gancho de izquierda.

La felina agente rusa corrió hasta situarse justo delante de la celda en la que estaba atrapado el profesor Vólkov. Éste se hallaba semi—inconsciente, tirado en el interior.

—¡Eh, tú! ¡Cara de lagartija! ¡Ven a por mí si te atreves! —se burló Bast.

El lemuriano, presa de una furia feral, agachó su cabeza y cargó contra ella dispuesto a destriparla con el poderoso cuerno de su testa. Pero antes de alcanzarla, la Zarpa Roja esquivó al embrutecido engendro de un salto y el hombre—lagarto se estrelló contra la puerta de la celda, arrancándola de sus goznes. El gigantesco impacto partió su asta y le dejó derribado e inconsciente.

—¡Profesor Vólkov! ¡Profesor... despierte! Soy yo... Sebastiana...

El moribundo profesor reunió las fuerzas suficientes para entreabrir los ojos y una ligera sonrisa se dibujó en sus resecos labios. El brillo de la esperanza regresó a su débil mirada.

Mientras tanto, Klaus había aprovechado para arrastrarse hasta la puerta de la cúpula y dar la alarma entre sus hombres. En un momento, media docena de soldados alemanes irrumpieron en el almacén gritando y apuntando con sus fusiles Mauser.

Presa de la desesperación, Bast desgarró la correa que ataba las bombonas de hidrógeno y las empujó hacia los soldados, derribándolos como si se trataran de enormes bolos humanos. Se echó al profesor Vólkov a los hombros y salió corriendo hacia la puerta.

—¡Alto ahí, Bast! ¡No pienses que puedes huir! —gritó Klaus apuntando hacia ella con una pistola—. No dejaré que echas por tierra mis planes.

Concentrando toda su fuerza en los hombros, la intrépida rusa giró su tronco y usó las piernas del profesor como arma. Primero golpeó a Klaus en las manos haciendo volar su Luger por los aires. Con un contra—giro, estampó los talones en su cara noqueándolo en el acto. La pistola cayó al suelo y se oyó un disparo. El tiempo se congeló. La bala perdida emprendió su precisa trayectoria hasta alcanzar una de las bombonas de hidrógeno que rodaban por el suelo. Bast corría ya hacia el exterior de la cúpula cuando percibió un fogonazo por el rabillo del ojo, y una súbita fuerza los lanzó a ella y al profesor como si les hubieran disparado con un cañón de circo.

El resto de bombonas explotaron en cadena generando una enorme bola de fuego que desató el pánico entre los diplodocus del campamento. Los mastodónticos dinosaurios comenzaron a correr en todas direcciones, arrasándolo todo a su paso. La cúpula en la que se encontraba el portal del tiempo también fue presa de la avalancha de los diplodocus, que derribaron la estructura a golpes y redujeron el interior a añicos. La única vía de escape acaba de ser destruida. Ya no habría manera de regresar al presente.

Los alemanes y los lemurianos corrían como hormigas, tratando de esquivar las patas como columnas de los diplodocus para no morir aplastados. Se escuchaban gritos, tiros y explosiones. El bosque empezó a arder. Se había desatado el caos, un auténtico infierno.

—Esto no es más que un contratiempo —pensó Bast. Si había conseguido retroceder millones de años en el tiempo, ya encontraría la manera de volver al presente. Además, el profesor Vólkov seguía vivo y eso era lo más importante.

Aprovechando la confusión que reinaba en el campamento, noqueó a un soldado alemán para hacerse con una pistola Luger y llenarse los bolsillos de balas. Volvió a subirse al profesor a los hombros y huyó hacia el bosque.

Nunca supo si corrió durante minutos u horas. Había perdido la noción del tiempo y le dolía todo el cuerpo por el efecto de la explosión y por tener que cargar con el inconsciente Vólkov. Cuando creyó que ya no habría peligro, se detuvo junto a un riachuelo a descansar un momento y tomar algo de agua fresca. A lo lejos se veía una densa columna de humo elevándose hacia el cielo. El zeppelin seguía sobrevolando el bosque.

Bast se apoyó contra el tronco de un ginkgo y dejó que el agua fresca le reconstituyera con su pureza.

De repente, una mano le tapó la boca y notó como le apresaban fuertemente contra el árbol. Dos figuras aparecieron ante ella. Eran hombres, pero no alemanes. Su piel era del color del chocolate y se parecían a los habitantes de las tribus amerindias de Centroamérica. Una voz de hombre se coló en lo más profundo de su mente. Nadie movía los labios.

—No temas. Los atlantes somos tus amigos. Os llevaremos a ti y al hombre herido ante nuestra Emperatriz. Ella os mostrará el camino de regreso a vuestro Tiempo.

## **ULTRATUMBA**

***Roberto Julio Alamo***

1721, Waterford, Irlanda

El sendero que llegaba hasta la villa de Waterford, un camino terroso bordeado por zarzales y arboledas, rara vez era concurrido en mitad de la noche, puesto que abundaban los salteadores. Los únicos hombres que se atrevían a cruzarlo eran los mensajeros, que raudos se apresuraban a abandonar las lindes del siniestro bosque de la rivera del Suir. La noche era temida en aquel lugar, y no solo por los bandoleros, sino por las supersticiosas creencias, muy extendidas en la zona, acerca de diabólicas criaturas que habitaban en la espesura. Elías Joly, joven miembro de la aristocracia galesa, llegó precisamente en mitad de la noche a la vieja ciudad de Waterford, donde su carruaje no pasó desapercibido. Los cascos de caballos retumbaban al chocar contra el terroso camino, y levantando una polvareda, el carruaje llegó velozmente hasta la villa. Los farolillos que pendían del techo de la carroza alumbraban con tenue llama el suelo adoquinado, y difícilmente se distinguían los tejados de pizarra, cuyas cúspides eran coronadas por veletas que chirriaban al ser empujadas por el viento. De las chimeneas surgían columnas de humo que parecían trepar hasta el cielo, y pudo Elías, en cuanto puso un pie fuera de la carroza, percibir la intranquilidad que sumía aquella ciudad, si es posible, en tinieblas aún más lóbregas que las que abarcaban la foresta. Los parroquianos se asomaron a los ventanucos para ver llegar al viajero, pues en aquel sombrío lugar se consideraba mal presagio la llegada de extranjeros en la noche.

El joven noble se había citado al oeste de Waterford para realizar un importante negocio a nombre de su padre, pues el señor John McCormack, adinerado marqués, iba a vender parte de sus terrenos Limerick. El mayordomo de Elías, de nombre Karl Vashem, se mostraba agitado, demasiado nervioso como para llevar correctamente las riendas de la diligencia, y Elías le reprendió. El viejo Vashem, obrero nacido en el Sacro Imperio Romano Germánico —pues había emigrado a Inglaterra tras ciertos conflictos franco-prusianos que provocaban el temor entre los ciudadanos—, conservaba todo tipo de creencias supersticiosas, y comenzó a hablar de la noche de Walpurgis, que aquel mismo día, treinta de abril, tenía lugar. La noche de Walpurgis era aquella en la que los brujos europeos del medievo realizaban sus aquelarres y oscuros sabbats como culto a entes demoníacos. El joven Joly —sin llegar a escandalizarse, pues conocía algunas de las creencias de su siervo— le ordenó que guardara la compostura y le obsequió con varias monedas para que fuera a ahogar su temor a la taberna, pues Elías quería apresurarse a llegar a sus aposentos; dos semanas atrás, su padre había pedido hospedaje para él en una de las mansiones. La carta había, afortunadamente, llegado a

su destino, pues varios siervos salieron a su encuentro y le ayudaron a transportar su equipaje. Tan largo trayecto había dejado exánime a Joly, el cual se aseó y se dispuso a introducirse en el gran camastro cubierto por sedosas sábanas. Un griterío en el exterior le sorprendió, y se asomó a la ventana para comprobar de qué se trataba.

Ante él, presididos por dos campanarios, se situaban los barrios bajos de la villa, donde los jóvenes —lejos de atemorizarse en la oscuridad de la noche—, con ingentes cantidades de alcohol, daban rienda suelta a la depravación en aquel festejo continuo. Elías no podía sino horrorizarse debido a la férrea enseñanza en la que había sido educado, a las inquebrantables normas que le unían a su seno familiar. Mientras se despojaba del elaborado broche sujeto al cuello de su holgada camisa, se repugnó ante tal sentina donde el vicio no hacía más que propagarse por las sinuosas callejuelas. Numerosas prostitutas se apostaban a ambos lados de la calle, y embriagados jóvenes obesos se acercaban a ellas tambaleándose; ¿Cómo era posible que aquellos, aquellos villanos, no respetaran tan siquiera el temor que sus conciudadanos profesaban? A través del polvoriento cristal, el joven Joly puso sus ojos en las caballerizas, las cuales abandonaba Vashem tras poner a buen recaudo los corceles. El alemán continuaba inquieto, y avanzó quejumbroso, sujetando un farolillo, hasta la casa en la que se alojaba plebe. Se disponía por fin a acostarse Elías cuando un terrible sonido le sobresaltó; el ruido provenía del establo, y al asomarse de nuevo, no vio que nadie diera importancia a tal suceso. Resignado, se atavió con un abrigo, y sin peinarse descendió la escalera aferrándose a un viejo y herrumbroso candil. De pronto volvió a retumbar aquel sonido desgarrador, como si de una manada de lobos aullando al unísono se tratara, y el joven aceleró el paso hasta la entrada. La pintura blanca de la puerta estaba arañada, probablemente por algún animal salvaje; al abandonar el umbral de la entrada, Joly escuchó el rumor de las aguas del río Suir, acompañadas del ulular de alguna lechuza.

A pesar de que despreciaba todas aquellas creencias de origen pagano, el joven noble no pudo evitar estremecerse, pues bien era cierto que aquella noche, aquel treinta de abril, todo parecía tornarse aún más fantasmagórico de lo habitual en la vieja Irlanda. El joven aristócrata estaba indignado, pues consideraba exigua la guardia que se apostaba frente al sendero, a las puertas de Waterford, y probablemente el temor de aquellas gentes estaba fundamentado. ¿Qué podían hacer sino temer? Pues cualquier bandido poco hábil podía eludir con facilidad a la guardia; bastaba con adentrarse en el bosque una vez llegado a la encrucijada, y rodear la villa hasta encontrar lugar seguro por el que entrar y perpetrar horribles crímenes. Sumido en dichos pensamientos, el joven llegó hasta los establos y contempló horrorizado lo que allí había sucedido. Los caballos —aquellos que habían tirado de su carruaje—, al igual que cerdos y gallinas, se hallaban mutilados, desmembrados y destripados en el suelo. Los montículos de paja estaban cubiertos de vísceras, y los charcos de sangre, aún caliente, se expandían lentamente por doquier. Aquella horrible visión provocó terribles nauseas en Elías Joly, que vomitó a un lado y se aferró a un asidero. Un sonido proveniente de la sala contigua por poco le provocó un infarto, y con cautela, aferrándose aún más fuerte al candil —cuya llama casi se había extinguido—, llegó hasta un pequeño corral; allí también había restos de los animales, órganos arrancados brutalmente, pero curiosamente, también un animal vivo caminaba por allí. En un principio, Elías pensó que se trataba de un terrible depredador y se hizo con una estaca

de madera para defenderse; después comprobó que se trataba de un macho cabrío, de pelaje negruzco y brillante, como tizado por las llamas del averno.

Los ojos vidriosos del animal se posaron en el joven, que arrojando su candil, decidió marchar de allí apresuradamente. A pesar de su falta de comprensión hacia las creencias populares, aquella experiencia le había aterrorizado realmente. Presa del pavor, surgió gritando de las caballerizas; cuando algunos siervos llegaban en su ayuda —entre ellos Karl Vashem—, Elías se giró para comprobar que los establos ardían. Al haber arrojado el candil allí, las llamas se habían extendido a través de la paja y la madera vieja. Los criados extrajeron agua del pozo y arrojaron cubos repletos contra el fuego, que no parecía extinguirse. El anciano Vashem aconsejó al noble que se acostara, y así lo hizo, aunque no logró conciliar el sueño. Una extraña pesadilla sacudió a Elías aún cuando estaba despierto, una especie de trance en el que comenzó a escuchar infernales y diabólicos sonidos. En blasfemas lenguas bramaron mil voces, y Elías comenzó a morderse las uñas sacudido por un miedo visceral, un terror inenarrable. Observó en su sueño una criatura, una especie de masa de carne cubierta por úlceras que se ocultaba tras la espesa niebla; no la pudo ver con claridad. No logró volver a dormir, estaba convencido de que algo perverso había ocurrido... quizás estuviera endemoniado, quizás Satanás le había visitado durante su descanso, o simplemente estaba perdiendo la cabeza... ¿Qué podía estar pasando allí?

Elías se presentó al amanecer en la habitación de Vashem, y le rogó que le ilustrara acerca de los adoradores del diablo, pues les temía y quería saber de ellos. El anciano se mostró reacio a hablar en un principio, pero observó el exagerado nerviosismo del joven y acabó por hablar. Tan truculentas historias, aterradores relatos sobre el aquelarre, helaban la sangre de Elías. Se hablaba de una reunión entre doce, once mujeres y un vicario del diablo; aquel vicario solía representarse con una cabra ¡Una cabra igual a la que había visto en los establos! Las narraciones hablaban de orgías de sangre y terribles actos inhumanos propios del más infame de los hombres. Decidió el joven noble salir a pasear al bosque durante el día, pues necesitaba aire fresco y, tras lo sucedido, no osaría internarse en la foresta durante la noche. No se alejó demasiado debido a la existencia de salteadores de caminos por los alrededores; al pasar el día caminando a través de aquellas arboledas iluminadas por la luz del sol, su miedo se fue apaciguando hasta calmarse por completo. Las orillas de los arroyos del Suir resonaban tranquilizando al joven Elías, que disfrutaba de aquel maravilloso paraje natural en el que no había reparado como tal. Pasó unas tres horas en el bosque hasta que comprobó que la puesta de sol comenzaba. Se apresuró a regresar a la villa de Waterford antes de quedar sin luz alguna en mitad del frondoso bosque. Al regresar a la mansión, comprobó que un tumulto se hallaba frente a la puerta de los jardines. Entre dos hombres portaban un pesado ataúd de madera, y en su interior, a la vista de todos, se hallaba Karl Vashem. Estaba muerto, totalmente pálido, y sus cabellos eran más canos de lo que el joven noble recordaba. ¿Acaso la desgracia lo acompañaba? ¿Tenía aquello que ver con la maldita cabra? Elías padecía migrañas, todas aquellas vivencias, todo lo acontecido desde que llegó a Waterford, estaba agostando su salud. En aquel momento decidió hacer sus maletas y marcharse de la mansión, pero los demás criados y el ama de llaves le rogaron que permaneciera al menos una noche más en la casa. Por lo visto su aspecto era deplorable y sus ojeras eran completamente negras; en efecto debía descansar. Así lo hizo, pero a pesar de que logró dormir, no

descansó en absoluto. No recordaba lo que había soñado, pero la desagradable sensación con la que amaneció le advertía de que se trataba de algo horrible.

Los preparativos y ornamentos para el entierro del viejo Vashem estaban ya listos cuando Elías bajó tras ataviarse con su broche y su capa negra. Todos los sirvientes se hallaban compungidos por la pérdida, pues Vashem era muy respetado. A media tarde se le dio sepultura, y sus allegados leyeron oraciones en su entierro, en el viejo cementerio de Waterford. La triste y lacónica ceremonia finalizó en pocas horas, y sollozando, los asistentes marcharon a sus domicilios. Elías permaneció allí durante más tiempo, y después regresó a la mansión. A la noche, la exigua luz de los farolillos de la villa resultaba fantasmagórica, y truculentos sonidos retumbaban en la habitación de la mansión. Elías decidió marchar de allí y dar un nuevo paseo, pues no llegaría a conciliar el sueño. A pesar del miedo que tenía, hizo acopio de valor y salió a la oscura calle, puesto que quería respirar aire fresco. No quería toparse con nadie, y ¿qué mejor lugar que el cementerio de Waterford para dar un solitario paseo?

No deseaba de ningún modo indagar y realizar pesquisas acerca de oscuros cultos paganos, pues hasta el momento tan solo le habían causado quebraderos de cabeza. El almizcle del miedo se mezclaba con un hedor nauseabundo que provenía del silencioso camposanto. Caminando lentamente, llegó a través de la calle principal del cementerio hasta la tumba de Karl Vashem, cuya lápida en forma de cruz parecía agrietada. La luz de la luna mostró varias siluetas que portaban palas y excavaban. Elías se aproximó con sigilo temiendo lo que iba a presenciar, y en efecto contempló como algunos jóvenes de la villa, ataviados con sucios ropajes, removían la tierra sagrada para sacar de allí el cuerpo sin vida del anciano. El pestífero hoyo despedía extraños gases, y los jóvenes oraban al unísono con depravada entonación. Parecían estar en trance, como si de poseídos se tratase, y comenzaron a realizar extraños movimientos. Los cipreses se mecían con el viento, y la tenue iluminación de los astros proyectaba terribles sombras provenientes de nichos y criptas.

Elías no podía creer lo que estaba viendo. Los jóvenes abrieron el ataúd apalancándolo con barras de metal y desencajaron la tapa. ¡Vashem tenía los ojos abiertos! Y mientras los concomitantes cánticos y las depravadas oraciones tenían lugar, aquellos fehacientes de lo desconocido ataviaron con una túnica al fallecido. ¿Cómo podía estar ocurriendo? ¿En qué momento abandonan los muertos su tumba? Vashem volvía a vivir, y marchó con algunos de los cultistas. Había descubierto la razón por la cual los jóvenes festejaban en las tabernas aquella noche de Walpurgis, por la cual en lugar de horrorizarse ante el lóbrego manto sombrío que se extendía en la foresta, marchaban sin temor por las calles... pues ellos eran los adoradores de tamaña maldad, los perpetradores de actos inimaginablemente malignos. Entonces, como atraídos por el olor del miedo, se fijaron en él. Elías corrió todo lo que pudo, trató de escapar de la villa de Waterford, pero su intento fue fútil. Entonces, entre dos encapuchados de túnica similar a la de los monjes, le agarraron con fuerza y le ataron a un árbol cercano. Uno de ellos, que parecía ser el líder de aquel siniestro grupo, se aproximó a él y le señaló. Elías se santiguó y comenzó a rezar.

—Rezad cuanto queráis, pues vuestro dios inexistente no os ayudará. ¡Vosotros! ¡Vosotros que habéis despreciado a las deidades de antaño! ¡Qué habéis osado crear un dios con vuestra inferior mente! ¡Pereceréis bajo la ira de Shub-Niggurath!— exclamó el adorador. Multitud de hombres a caballo, hombres que tapaban sus rostros con holgadas capuchas negras, se presentaron allí. Parecían ser guerreros, soldados de

alguna clase. De nuevo, el terrorífico sonido que había perturbado los sueños de Elías resonó, pero ésta vez en el bosque cercano. Comenzó a hablar el adorador en una variante del latín y Elías —versado en antiguas lenguas— logró enterarse de algunas palabras y términos sueltos. Aquel malvado cultista repitió en varias ocasiones el nombre de Shub-Niggurath, al igual que Ejército Antiguo para referirse a los hombres a caballo. El bramido volvió a invadir el bosque, pero ésta vez era más cercano. Elías gritaba y se retorció aterrado; las lágrimas brotaban de sus ojos mientras el cultista comenzó a hablar, ésta vez en inglés.

—¡Es hoy cuando los muertos abandonan su sepultura! ¡Hoy cuando la Cabra de los Mil Retoños regresa a nosotros! Pues esta noche ha sido convocado ¡Adorad a Shub-Niggurath!— gritó fuera de sí. Las roídas capas de los caballeros de aquel ejército, dejaban entrever partes de sus cuerpos, y su carne estaba putrefacta, descompuesta y cubierta de yagas. La bruma comenzó a extenderse por la foresta, y acompañándola, se unió también un extraño y desagradable hedor. Surgió entonces del bosque algo enorme, algo de tal tamaño que derribó una hilera de árboles al hacer aparición. De Aquello debían provenir tan extraños sonidos, de Aquello que no debía existir. Elías, al contemplar tal criatura, tal bestia propia de la religión pagana, se desesperó al perder totalmente la creencia en su dios, en algo que jamás se mostraría. Aquello, Shub-Niggurath, era real ¡Era real! Allí llegaba aquella monstruosidad cubierta de bocas babeantes, extraños flagelos y estremecedores fragmentos corporales. Burbujeante, escupiendo extraños líquidos, la terrible bestia se alzó produciendo su rugido; todos taparon sus oídos cuando Shub-Niggurath bramó, pues se dice que sus gritos pueden provocar la muerte instantánea. Y algo comenzó a brotar de una de sus malformaciones, una nueva criatura inmundada y asquerosa. El obscuro ser, criatura viscosa del color del carbón, retorció sus extremidades y se arrastró dejando tras de sí un reguero de alguna sustancia gelatinosa. Las náuseas no podían superar el terror que Elías sentía al ver ante sus ojos tal inmundicia, una locura imposible de concebir. Aquello bramó con un sonido similar al de su... ¿madre? Y se arrastró contoneándose y retorciendo sus serpentinos brazos, similares a las raíces de un árbol pero cubiertos de carne. Elías Joly estaba sentenciado, y rogó a Aquel ser que le diera muerte cuanto antes, ¿Pues qué hay más terrible que la muerte se dilate en el tiempo?

## CUATRO OSITOS

*Pablo Hernández Pérez*

Llevaba tanto tiempo sin un caso entre manos que apenas me quedaba una moneda en el bolsillo. Pensé sacarle partido invirtiéndola en un último trago en el Bikini, pero decidí reservármela para elegir a cara o cruz la sien para un disparo..., si no conseguía un nuevo caso en la próxima media hora.

Y en eso estaba cuando entró en mi oficina la voluptuosa Lolita Pérez, con un vestido tan apretado como los tornillos de un submarino nuclear, y mucho mejor ventilado. Yo había conocido a Lolita cuatro años antes. Lolita había sido contratada para salir desnuda de una tarta durante una fiesta de cumpleaños que daba Scalfaro en su guarida del barrio chino. Scalfaro y sus compinches habían atracado un furgón blindado y yo había conseguido seguirles la pista. Así que convencí a Lolita para ocupar su puesto dentro de la tarta, y cuando todos esperaban a la rubia despampanante yo emergí de la tarta con la pistola en la mano en el mismo momento en que la Policía irrumpía en la casa. Aquél caso me hubiera permitido ausentarme de mi oficina un par de meses, pero las juergas con mujeres valen dinero y yo tenía la palabra juerga tatuada en el pecho.

—Oh, está aquí —dijo sin demasiado entusiasmo mientras tomaba asiento frente a mi escritorio y sacaba del bolso una pitillera dorada. Habían pasado los años, pero seguía teniendo un atractivo tan especial que, en su rostro, al prender el cigarrillo, vi juntas las facciones de Charlize Theron y los labios de Angelina Jolie.

Yo le regalé mi mejor sonrisa y me acomodé en la silla.

—¿Y dónde esperaba encontrarme, nena?

—No lo sé —dijo—. Escuché que últimamente pasaba mucho tiempo en el Bikini, así que le busqué allí.

—¿En serio? ¿Y qué le dijeron allí?

—Que había vuelto a su chabola. ¿Acaso ya se cansó de tanta juerga?

—No, me quedé sin blanca. Por cierto, ¿podría prestarme algo? Se lo devolveré la semana que viene —mentí—. Se lo prometo.

Ella me miró seriamente mientras bufaba el humo de su cigarrillo.

—Si quiere dinero tendrá que ganárselo —dijo—. ¿Le interesa?

—Prefiero que me lo preste —respondí—. Pero si no puede ser podría escucharla y valorar lo que tenga que decirme. Quizá me anime.

—Se trata del osito de peluche de mi hijo Lucas —dijo—. Un ladrón se coló anoche en nuestro apartamento y se lo llevó.

Fruncí el cejo. Aquello era absurdo.

—Espere, nena —dije—, aquí hay algo que no encaja.

—¿El qué no encaja?

—Ha nombrado a un niño. ¿Es que se ha casado?

Ella adoptó un gesto de contrariedad.

—¿Y por qué no?

—Porque me dijo una vez que jamás se casaría.

Soltó una carcajada.

—Dije que jamás me casaría con usted, no que no pudiera hacerlo con otro hombre. Además, mi marido es un hombre muy rico.

—Supongo que eso es en lo único que me supera.

—En eso y en elegancia, educación y respeto. Luis es todo un caballero. Mucho más hombre que usted en todos los sentidos. Usted solo es un pobre fanfarrón.

Sonreí.

—Preciosa, dejé de ser fanfarrón el día que me di cuenta que era perfecto.

—¿Lo ve? ¿Cómo esperaba que me casara con usted si ni siquiera es capaz de mantener una conversación en serio?

—Pues yo me tomo muy en serio.

—Y yo le digo que no he venido hasta aquí para hablar de usted, ni de cualquier otra cosa que no esté relacionado con el osito de peluche de mi hijo. ¿Me va usted a escuchar o no?

Sonreí nuevamente.

—Ya la he escuchado —dije—. Y todo este asunto no tiene ni pies ni cabeza. ¿Por qué no le compra otro peluche al crío?

—Porque no se trata de un osito de peluche corriente —dijo ligeramente irritada—, sino de un osito artesanal, creado a mano por un artista de talento. Ese osito es único.

—¿Cuánto pagó su marido por él?

—Doscientos —dijo—. Pero no es por su valor comercial por lo que quiero recuperarlo, sino por su valor sentimental. Sé que usted no entiende de sentimientos, pero Lucas estaba muy unido a ese osito, ¿comprende? Y solo tiene cuatro años. Si no consigo recuperarlo pronto puede sufrir un trauma de la mente.

Asentí seriamente. Yo sabía mucho de traumas de la mente porque había sido responsable de más de uno, sobre todo en mis tiempos de machaca del Kiss Club. Para los no avezados en el argot de la calle decir que en los hospitales no lo llaman trauma de la mente, sino traumatismo craneoencefálico.

—¿Se hará cargo?

Abrí mi pitillera, me enchufé un Lucky y lo prendí con mi Flammarion de oro sólido. Mi especialidad son los asuntos de cuernos, no los ositos de peluche. Pero estaba sin blanca y Lolita parecía disponer de dinero en cantidad. Sí, probablemente dinero de su marido, el miserable que había logrado lo que yo solo podía soñar... Pero por mí como si se trataba de dinero procedente de la trata de blancas con tal de que acabara en mi bolsillo y no en el de la competencia.

—Primero cuénteme los detalles del caso —dije fingiendo interés.

—Desde luego —dijo, y sacó un sobre de su bolso y me lo entregó—. Aquí encontrará una fotografía del osito. También he adjuntado una hoja con detalles que pueden serle de utilidad, como mi número de teléfono, la fecha y hora del robo, y cosas por el estilo. Si necesita preguntar algo más hágalo ahora o llámeme por teléfono cuando lo crea oportuno. Y por favor, haga todo lo que esté en su mano por

recuperarlo. La semana que viene es el cumpleaños de Lucas y me gustaría darle una sorpresa.

Yo tomé la fotografía del peluche y la estudié. Se trataba de un osito de color marrón, recubierto con algún material que parecía lana, pero que probablemente era otra cosa.

—Acepto el caso —dije—. Pero necesitaría un adelanto de mis honorarios para empezar a pensar con claridad. No queda ni una sola gota en esta oficina y sin alcohol mi cabeza no funciona.

—Eso no será un problema —dijo extrayendo otro sobre del bolso y depositándolo sobre la mesa—. No pienso escatimar en gastos con tal de que encuentre al ladrón y recupere el osito.

Yo cogí el sobre, lo abrí y le eché un vistazo. Había cinco billetes de cien. Cinco preciosas lechugas para bebida, mujeres y cigarrillos.

—Es una bonita suma para empezar —dije—. Esta misma tarde me pondré manos a la obra. Aunque no le prometo nada. El asunto parece delicado.

Lolita aplastó su cigarrillo en el cenicero y se puso en pie.

—Además de estos quinientos le daré una prima extra si se da prisa y resuelve todo esto en la mayor brevedad posible.

Yo también me puse en pie.

—No necesito más dinero —dije orgulloso—. Aunque si dice en serio lo de la prima extra yo le aceptaría con mucho gusto una última actuación privada. Ya sabe, por los viejos tiempos.

No dijo nada. En lugar de eso dio media vuelta y enfiló la puerta de salida. Al llegar a ella se giró en mi dirección. Yo estaba expectante. Pensé que aceptaría mi propuesta.

—Haga lo que esté en su mano, Vicente —dijo—. Como persona es usted una rata, pero sé reconocer a un buen detective cuando lo veo.

Sonreí.

Al menos no dijo que no.

Por supuesto no me puse manos a la obra inmediatamente. Primero tenía que atender algunas necesidades básicas, como por ejemplo desplazarme hasta el pakistaní de la esquina y renovar mis reservas de whisky y cigarrillos. Yo me conocía muy bien y si no lo hacía inmediatamente acabaría gastándome los quinientos pavos en otras cosas menos importantes, como por ejemplo pagar el alquiler y alimentos.

Hecho esto tomé la fotografía del osito y me paseé por las inmediaciones del hogar de Lolita, preguntando a todo con el que me cruzara si había visto alguna vez un peluche semejante. Los que no me conocían me miraban como si estuviese loco. Los que me conocían se apartaban rápidamente, temiendo que a la violencia que me caracterizaba se sumara ahora la locura. Pero no logré información alguna que pudiera serme de utilidad.

En cualquier caso había que reconocer que el caso era complejo, y yo no era Sherlock Holmes. Aunque a mí eso me la traía floja. Seguiría husmeando por ahí e iría pasándole los informes a Lolita. Mientras creyera que estaba tras la pista del osito, yo iría cobrando. Con un poco de suerte el niño acabaría encontrado consuelo en la televisión y se olvidaría del puto osito, y para entonces yo ya habría conseguido otro trabajo, quizá no al servicio de un *bombonazo* como Lolita, pero sí más acorde a mis capacidades detectivescas.

Hacia las tres empecé a sentirme cansado y lo único que me apetecía era pasar por el local de Limones, trincarme dos cervezas frías, un bocadillo de calamares y echarle un ojo a la actualidad deportiva del club de mis amores. Y eso hice. Comí, bebí y fumé, todo ello a costa de una de las tres lechugas de Lolita, y luego pedí el diario, que no traía nada bueno: el equipo estaba al borde del descenso, y para colmo al capitán del equipo habían vuelto a expulsarlo y se perdería el derbi del fin de semana.

Disgustado pasé de página y me puse a ojear los sucesos del día en busca de artículos morbosos. Había dos. Uno relacionado con el Bioparc y otro con un asesinato.

Empecé por el del Bioparc. Un hombre había logrado colarse en la jaula de los leones y al grito de ¡Si Dios existe me salvará! se lanzó contra ellos. Una imagen en blanco y negro mostraba a dos leones junto a un montón de restos humanos. Sonreí. No habían dejado ni la ropa.

Pasé al segundo asunto: el del asesinato. Al parecer el crimen se había producido en el barrio, lo cual no es de extrañar, ya que dos de cada tres asesinatos en esta ciudad se producen en el barrio. En cualquier caso parecía un asunto menor. El artículo señalaba que un vecino identificado como B.C fue despertado en plena noche por un disparo en la calle. Se asomó a la ventana y descubrió el cuerpo de un hombre tendido en la acera. En un principio creyó que se trataba de un simple caso de asesinato, pero al desplazarse al salón para telefonar a la Policía descubrió horrorizado que la puerta de su apartamento estaba abierta y que su osito de peluche había desaparecido. En uno de los márgenes venía una fotografía del vecino junto a su osito. Según el articulista B.C estaba muy unido al peluche y tuvo que ser trasladado a un hospital, donde recibió atención psicológica.

Saqué la fotografía de Lolita y comparé ambos ositos.

Eran igualitos.

Pedí la cuenta a Limones y mientras esperaba el cambio pensé en el asunto muy seriamente. Sin duda debía existir relación entre el osito de Lolita y el de este tal B.C. Lo primero que debía hacer era localizarlo e interrogarlo para confirmar o descartar la relación entre un caso y otro. Lo malo es que solo disponía de sus iniciales, y después de pasarme toda la mañana pateándome el barrio no me apetecía ponerme a patear de nuevo. Lo bueno era que el comisario Honoria y yo éramos amigos. Lo suficiente como para dejarme caer por su despacho y sacarle algunas respuestas con relación al caso que acababa de leer en el periódico. Si Honoria disponía de alguna información, yo iba a saberla muy pronto.

Media hora después encontré a Honoria sentado ante un gran escritorio sobre el que no había nada, aparte de un cenicero, un paquete de cigarrillos y uno de sus pies.

—¿Ositos? —preguntó, cuando le expliqué los detalles—. La policía no está investigando eso. Lo que a nosotros nos interesa es el asesinato de ayer noche.

Yo dejé caer mi culo sobre su escritorio y me enchufé un Lucky.

—Claro —dije—. ¿Habéis interrogado al testigo? He leído que era vecino del barrio.

—Así es, Basilio Céspedes. Pero no le hemos interrogado aún, está ingresado en el hospital.

Archivé todo la información.

—¿Y el fiambre quién es? —pregunté cambiando de tema.

—No llevaba ningún tipo de identificación encima —dijo—, ni tampoco hallamos ningún nombre en su ropa. Por el momento hemos trasladado el cadáver al depósito.

Todo lo que puedo decirte es que se trata de un hombre bajito, moreno, y de algo más de cuarenta. Vestía un traje barato y manchado de solo Dios sabe qué. Junto a él apareció una pistola Colt calibre 32. Ignoramos si se trata del arma con la que se cometió el asesinato. Todo lo que se le encontró en los bolsillos fue un callejero de la ciudad, esta fotografía y un tarro con estiércol de rinoceronte.

Tomé la fotografía y le eché un vistazo. Se trataba de una instantánea hecha con una cámara Kodak. El retrato era el de un hombre de rasgos eslavos, búlgaro quizá, con una lágrima tatuada en su ojo derecho.

—¿Se sabe algo de este tipo?

—Nada —contestó desconsolado el policía—. Sin embargo lo que más nos intriga es el frasco con estiércol de rinoceronte. Nos tiene muy confundidos.

—Pues está clarísimo —dije—. El fiambre se dedicaba al contrabando a pequeña escala de estiércol de rinoceronte. Si te movieras en los círculos que me muevo yo sabrías que el mundo está lleno de chiflados que creen que el estiércol de rinoceronte posee propiedades afrodisiacas. Es una bobada, por supuesto, pero ahora el estiércol se paga bastante bien en el mercado esotérico, como las babas de caracol o las diluciones homeopáticas.

—¿Crees que tiene eso algo que ver con el caso?

—No lo creo —dije—. A mí me da que ese asesinato guarda relación con los dos ositos robados, ya te lo he dicho.

—Tonterías. Lo mejor que podemos hacer en la Policía es identificar la verdadera identidad del muerto. Cuando hayamos descubierto de quién se trata y con quién se relacionaba, el resto será coser y cantar.

—Seguro —dije—. Yo, sin embargo, abordaría el caso de otro modo.

—¿Y qué modo es ese, listillo?

Sonreí.

—Bueno, no deberías dejarte influir por mí. Yo tengo mis propios métodos. Métodos que tú no aprobarías. Te sugiero que hagas lo que creas conveniente, que yo haré lo propio. Después compararemos nuestros resultados y veremos quién tenía razón.

—Perfecto, payaso —dijo—. Pero no sobrepases los límites. Nadie está por encima de la ley.

—Seguro —dije, y levanté mi culo de la mesa.

Tenía por delante mucho trabajo, lo cual debería, en circunstancias normales, desalentarme muchísimo. Pero en cambio me sentía fresco y con ganas de resolver este embrollo. Probablemente porque robarle la fotografía del principal sospechoso de asesinato al mismísimo comisario en su propio despacho y en sus propias narices me llenaba de orgullo y me hacía recordar que a perro viejo nadie me superaba..., o quizá solo porque me seducía la idea de ayudar a Lolita y ganar puntos de cara a una posible aventura. Así que salí de la comisaría con la foto del búlgaro en el bolsillo y me dirigí al hospital donde estaba ingresado Céspedes.

Pero en el hospital una joven enfermera me informó que el señor Céspedes no podría recibir visitas hasta que su médico lo autorizase. Yo traté de utilizar mis técnicas de seducción para que hiciera una excepción conmigo, pero fue inútil: ella intentó agredirme y yo me refugié en la sala de espera. Al menos tuve la suerte de coincidir allí

con la esposa de Céspedes y logré averiguar que su osito había sido adquirido en una tienda de la calle Murillo.

Salí a la calle y comencé a caminar. Mi idea era seguir el osito de Céspedes hasta su punto de procedencia con objeto de descubrir si existía alguna particularidad que explicase su misterioso destino.

La tienda resultó ser en realidad una especie de galería de antigüedades para gente acomodada. Cuando entré en el local, reparé en la música de Vivaldi que salía de los altavoces a un volumen mínimo, todo muy clásico y agradable. Yo saludé con la cabeza a izquierda y derecha, pero nadie me devolvió el saludo. Un camarero pasó y me ofreció una copa de champán.

—Gracias —dije—. Necesito hablar con alguien para una reclamación.

El camarero dudó un poco, y luego señaló en dirección a una mujer muy elegante, de unos treinta, morena y asombrosamente bella.

De pronto sentí que el corazón se me aceleraba. Y es que yo conocía perfectamente a aquella mujer. Se llamaba Pamela y era una vieja amiga. Más que una amiga, en realidad. Incluso estuvimos a punto de casarnos una vez.

Me acerqué a ella por detrás, sin hacer ruido, y cuando llegué a su altura esboqué la mejor de mis sonrisas y le susurré al oído:

—Mi corazón aun sangra por ti, Pamela.

Ella se giró rápidamente y me miró incrédula.

—Me llamo Laura, hijo de perra. ¿Qué coño haces tú aquí?

Varios visitantes, todos muy guapos y distinguidos, se volvieron hacia nosotros.

—¿Laura? —disimulé—. Claro, he dicho Laura, ¿no?

—No, has dicho Pamela —protestó de mala gana—. Pamela era mi amiga, la que te zumbaste el día de mi cumpleaños, cacho cabrón.

—De acuerdo, me he equivocado —admití—. ¿Es que no puedo cometer un error?

—Si solo fuera uno... —dijo con desdén—. Bueno, te he preguntado qué haces aquí, porque lo que es seguro es que no has venido a comprar nada.

—Es verdad, no he venido a comprar. Lo que yo necesito es información con relación a unas adquisiciones. Se trata de un asunto criminal de vital importancia.

—¿De qué coño hablas? ¿Es que ahora eres poli?

—No, detective —dije, y le mostré la licencia.

—Santo Dios —susurró—. ¿Es en serio?

—Claro, nena —respondí—. Así evito morirme de inanición. Además es una forma muy interesante de ganarse la vida. Se liga bastante.

—Vale, lo que tú digas. ¿Qué es lo que quieres? Estoy muy ocupada, como verás.

Habían pasado los años, pero seguía teniendo un genio muy excitante.

—De cuerdo, es muy fácil. Un osito de peluche fue vendido aquí y adquirido por un tal Céspedes. Necesito corroborar eso.

Se le abrieron los ojos como si acabase de invocar al diablo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Que eres la segunda persona que pregunta por ese peluche en la última semana. ¿Qué está pasando aquí, Vicente?

—Nada —dije—. Que hay un chiflado que anda por ahí sisando ositos de peluche. ¿Qué le dijiste a ese otro?

—Le dije había sido vendido ya, claro.

—¿Qué más?

—Quiso saber por quién había sido adquirido, pero le dije que no podía facilitarle esa información.

—Es natural —dije—. ¿Cómo se lo tomó?

—No demasiado bien. Dijo algo que no entendí y se marchó dando un portazo. Y al día siguiente pasó aquello...

Se produjo un silencio mientras trataba de rescatar algo del fondo de su mente.

—¿Qué pasó al día siguiente?

—Al día siguiente alguien forzó la puerta de nuestras oficinas y accedió a nuestro fichero de datos, no sabemos por qué.

—¿En ese fichero estaba inscrito Céspedes?

—Claro. Todos nuestros clientes lo estaban.

Sentí que estaba sobre algo importante, pero no lograba adivinar el interés del ladrón por los ositos de peluche.

—Escucha, Vicente, este asunto me tiene muy confundida, y tu presencia aquí me resulta molesta. ¿Por qué no te marchas? Empiezo a sentirme muy agobiada.

—Unas preguntas más, por favor. ¿Quién diseñó el osito?

—Ordoñez Brugal, un artista local. Tiene el taller muy cerca de aquí, en la Plaza de la Merced. Habla con él.

Mientras tomaba nota en la libreta me pregunté si se trataría del mismo artista que diseñó el osito de Lolita.

—¿Has acabado, Vicente?

—Solo dos cosas más, Pamela. Te lo prometo.

—Si me vuelves a llamar Pamela... —señaló uno de sus zapatos— ...te rompo la cabeza con esto.

—Perdona, nena —dije, y saqué la fotografía del bolsillo—. ¿Este es el hombre con el que hablaste? Fíjate en el detalle de la lágrima.

Se ajustó sus gafas de montura negra firmemente sobre la nariz y observó la fotografía con atención.

—Creo que sí, aunque llevaba gafas de sol.

—¿Estás segura?

—Sí, joder. ¿Cuál es la segunda cosa, Vicente? Quiero que te marches ya.

—Vale, segunda cosa, y lo digo en serio: quiero que lo intentemos de nuevo, Pamela.

No aguardó un segundo más. Se quitó el zapato y me lo tiró a la cabeza. Pero yo estuve rápido y me agaché a tiempo.

Tres segundos después yo ya había salido de la galería y cruzado un paso de cebra.

Me sentía plétórico. En unas pocas horas de trabajo había obtenido información valiosísima con relación al caso. Lo malo es que había perdido la oportunidad de arreglar las cosas con Pamela, pero en cambio había dado pasos importantes para acabar con las evasivas de Lolita.

De camino al taller de Brugal encontré a algunos turistas noruegos a medio derretir bajo el sol de mediodía. Eso me recordó que hacía un calor infernal, así que hice una parada obligatoria en un bar con aire acondicionado y pedí una jarra de cerveza bien fría.

Media hora y cinco jarras después me presenté ante una planta baja con las puertas abiertas de par en par. Pero dentro no vi a nadie. Mi idea era hablar directamente con Brugal y exigirle, a golpes si era necesario, que me mostrase el

archivo de ventas, por si había otros ositos en circulación. Y en ese preciso instante escuché el sonido de una cisterna de váter y, al girarme, una puerta se abrió y de ella emergió un gorila macho que me miró con ojos inyectados de húmeda furia ardiente.

—Vaya, vaya —dijo avanzando en mi dirección—, pero si es el granuja que el mes pasado me ganó cien pavos al póker en el Tropicana. ¿Se puede saber qué demonios hace aquí?

Una cosa era segura: Dios existía y me odiaba. De otro modo no se explicaba que cada una de las personas con las que me encontraba en el día de hoy fuesen viejos conocidos cuyos planes inmediatos consistían en odiarme, insultarme, gritarme, amenazarme y, si era necesario, arrojarme zapatos y golpearme.

Por fortuna el demonio también existía, y yo esperaba que me sacase las castañas del fuego de nuevo, igual que había hecho con Pamela en la galería de arte.

—Asuntos profesionales, payaso —dije sacando la cartera—. ¿Ha visto alguna vez una licencia como esta?

El tipo grueso se quedó mirando mi licencia de detective privado, y luego compuso un gesto de repugnancia.

—¡Vicente Folgado! Yo he oído hablar de usted. Si no recuerdo mal pasó una buena temporada en chirona por intentar sobornar a un agente de tráfico; y allí fue donde los mejores tahúres le enseñaron todos los trucos del oficio. ¡Por eso la otra noche me ganó esos cien pavos con tanta facilidad!

Sonreí.

—Solo me encerraron tres meses —dije—. Además, yo no sabía que era policía —mentí.

—Es usted un hijo de perra. ¿Va a decirme qué demonios hace aquí o le tengo que echar a patadas?

Le expliqué que quería realizarle algunas preguntas con relación a un asunto de vital importancia, aunque sin entrar en detalles.

—¡Que me aspen si le ayudo con esto! ¡Lárguese!

Saqué una de las lechugas que Lolita me había entregado.

—De acuerdo —dije—, le devolveré esos cien pavos ahora mismo si me enseña el archivo de ventas y responde a mis preguntas.

—Claro, amigo —dijo arrebatándome el billete de la mano—. Pero resulta que estos cien pavos me pertenecen ya. Si la otra noche le permití que se marchara con ellos fue porque no descubrí sus trampas. Pero ahora que sé quién es no hay duda de que las hizo. Así que si quiere que le ayude le costará otros cien pavos adicionales.

Pensé en conectar mi puño con su mandíbula, pero aquel tipo debía pesar por lo menos veinte kilos más que yo, así que al final saqué la segunda de las cinco lechugas de Lolita y se la entregué.

—Y ahora la información, ¿quiere?

Después de revisar el archivo en el ordenador descubrí que Brugal había confeccionado treinta y siete ositos de peluche en el último año, la mayoría destinados a tiendas pequeñas. Pero de entre esos treinta y siete solo cuatro de ellos habían sido elaborados con pelaje natural, de los cuales uno había ido a parar a la galería de Pamela —sin duda el de Céspedes— y los otros tres habían sido vendidos por el propio Brugal; uno a un tal Luis Enrique González, probablemente el esposo de Lolita; otro a un cirujano de Castellón llamado Fernando Planes; y otro a un abogado del centro que respondía al nombre de Ricardo Poveda.

Tomé nota de todo y luego saqué una fotografía del tipo de la lágrima tatuada y se la mostré.

—¿Conoce a este hombre?

—Le conozco perfectamente —dijo con el ceño fruncido—. Es Kishishev, un búlgaro con muy mala uva que trabajó aquí hace algunos meses. Excelente artista, pero muy conflictivo.

Me sentí pletórico. En unas pocas horas había obtenido información muy interesante con relación al caso. Y gran parte de esa información se la debía a la fotografía del búlgaro que le había sisado a Honoria en sus propias narices.

—¿Por qué dejó el trabajo?

—Por un asunto con la justicia. Al parecer tuvo un altercado fuera del trabajo, una pelea con su novia, si no recuerdo mal. Ella le denunció por agresión y a él no se le ocurrió otra cosa que venir a esconderse aquí, donde fue atrapado por la Policía.

—¿Y qué fue de él?

—Le cayeron seis meses, ya sabe toda esa mierda de la violencia de género. Si mi memoria no me falla hace ya algunas semanas que debe estar en libertad.

Salí del taller y tiré calle abajo sumido en pensamientos. Una idea borrosa me seguía como un perro sin amo, pero no lograba darle forma. ¿Qué interés podían tener aquellos ositos para un búlgaro que acababa de salir de la trena?

Estaba a punto de encenderme un cigarrillo cuando de repente algo me agarró de la camisa y me espachurró contra una persiana con una fuerza brutal.

—Escucha, hijo de perra —exclamó Honoria, escoltado por dos de sus chicos—, devuélveme la fotografía del sospechoso inmediatamente y quizá solo pases una noche entre rejas.

Sonreí aliviado, pues durante un segundo pensé que se trataba de algún tipo con un pincho deseoso de mandarme a la nevera por algún asunto anterior.

—No puedes hacer eso —dije sin dejar de sonreír.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Porque si lo haces nunca te diré dónde puedes encontrarlo.

Honoria me soltó y yo devolví las arrugas de la camisa a su sitio.

—¡Habla, payaso! —dijo—. Dime donde se esconde o te trituro.

Yo saqué mi pitillera y me enchufé un Lucky.

—Para empezar es búlgaro —dije alegremente—. Su nombre es Kishishev y trabajaba en los talleres Ordoñez Brugal.

—¿Kishishev? Esa información ya la tenemos, imbécil. Una vez más nuestros métodos superan a los tuyos.

—¿Qué me dices?

—Y además hemos descubierto el móvil del crimen.

—¿En serio?

—Completamente. Uno de nuestros informadores callejeros nos proporcionó información valiosa. Efectivamente su nombre es Kishishev y está relacionado con la Medvedkovskaya, que como bien sabrás es una sociedad mafiosa rusa que se hace obedecer por medio del asesinato. Con toda seguridad el tipo muerto era también un criminal, seguramente de un clan rival, y le estaba buscando, probablemente porque ambas bandas luchan por hacerse con el control de estiércol de rinoceronte en el mercado esotérico. Por eso llevaba la fotografía de Kishishev consigo. Le estaba siguiendo, Kishishev lo advirtió y le asesinó por sorpresa. ¿Qué te parece, payaso?

—¡Bravo! —exclamé haciendo palmas—. Lo que no he llegado a entender bien es la relación de estos dos individuos con los ositos de peluche.

—¿Ositos? ¿Todavía sigues con eso? En homicidios no nos importa el robo de unos peluches. Lo que a nosotros nos interesa es ese asesinato, y yo te digo que estamos sobre la pista buena.

—Seguro —dije—. ¿Y ahora?

—Pues ahora salimos a la calle, lo ponemos todo patas arriba hasta encontrar a Kishishev y lo detenemos acusado de asesinato. ¿Quieres acompañarnos y tomar nota de nuestros métodos?

—Gracias, pero creo que no. Tengo la impresión de que puedo resolver todo este embrollo de una manera mucho más sencilla. De hecho, soy yo el que te invita a acompañarme.

—¿Dónde?

—A casa de un abogado llamado Poveda, ahora.

—¿Estás de broma?

—¿Acaso bromeo yo alguna vez?

—Déjame contestarte a eso.

—No es necesario. Escucha, manda a tus hombres a donde quieras, pero si de verdad quieres detener a Kishishev ven conmigo ahora. Está empezando a anochecer y el búlgaro actúa siempre de noche. Cuando lo hayas detenido lo único que tienes que hacer es admitir ante mi cliente que yo te puse sobre la pista y me harás ganar una prima extra. A la prensa puedes decirle lo que te dé la gana.

Puso mil pegas y excusas, pero al final accedió a acompañarme.

—Pero como no estés en lo cierto te arranco el brazo y te golpeo con él hasta matarte —me amenazó.

Sonreí. A veces daba la sensación de ser un poli muy duro, pero en el fondo era más blando que un trozo de pan mojado.

Montamos en el coche sin ningún tipo de distintivo de la policía y le di las señas al que conducía. Sin duda Kishishev intentaría apoderarse de los dos ositos. Mi plan giraba en torno a la idea de sorprender a Kishishev con las manos en la masa y averiguar por qué robaba los ositos. Por supuesto habría que tener cuidado. Esos criminales del este eran gente peligrosa que siempre iba armada. Por fortuna yo llevaba en la sobaquera mi Llama Parabellum del 45, a la que había tenido el detalle de engrasar y limpiar con un pañuelo esa mañana hasta dejarla radiante.

Durante el trayecto Honoria me cosió a preguntas, y no paró ni siquiera cuando estacionamos el coche frente a la casa de Poveda, un lujoso palacete ubicado junto a un jardincito poco iluminado.

—Pues yo sigo pensando que esto no tiene nada que ver con esos ositos —dijo Honoria, que no acababa de verlo claro—. Además, y aunque así fuera, si todavía quedan dos ositos, ¿por qué crees que el asesino se decantará por el de Poveda y no por el del cirujano?

—Porque el del cirujano se encuentra en Castellón. Si yo fuera Kishishev agotaría todas las posibilidades aquí y ahora antes de tener que desplazarme —sonreí—. Pero eso es psicología y tú no sabes nada de psicología.

—Oh, ¿y tú sí?

—Claro, un montón. Gracias a la psicología he resuelto mi problema con la bebida.

—Espera, ¿has dejado la bebida?

—No, pero logré que dejara de importarme.

Tiré la colilla por la ventanilla, me recosté sobre el asiento y cerré los ojos.

—Bueno —dije—, y ahora a esperar. Por favor, avísenme cuando hayan detenido a Kishishev.

No hubo que esperar mucho. Apenas había comenzado a coger el sueño cuando una figura rápida, oscura y ágil apareció de repente y se deslizó por el jardín como una serpiente en un arrozal, avanzando hacia la casa hasta que se perdió en las sombras. Apenas dos minutos después Honoria ordenó a sus hombres salir del vehículo y desplegarse. Yo estaba a punto de presenciar un gran espectáculo. Me encendí un Lucky y observé la luz de una linterna en una de las habitaciones del piso superior. Con toda seguridad Honoria y sus chicos no entrarían en acción hasta que el ladrón saliese de la casa.

Durante varios minutos no pasó nada. Y entonces la luz de la linterna se disipó y medio minuto después escuché un estampido sordo: el mismo sonido que hace una bolsa de papel cuando se hincha y se revienta con las manos. Y a continuación la figura rápida y ágil surgió de entre las sombras, seguida de más disparos. Yo tiré el cigarrillo al suelo y desenfundé la Llama. Apoyé el codo en la ventanilla, apunté y presioné el gatillo con determinación, permitiendo que una gran llamarada roja emergiera del cañón y rasgara las tinieblas. El cuerpo del ladrón se dobló hacia atrás como si un brazo invisible le hubiese propinado un buen puñetazo en la boca del estómago y después cayó retorciéndose de dolor.

Honoria y sus chicos se acercaron con sus linternas. A pesar de haber recibido un disparo en la ingle, el hombre herido tenía en la sangre tanta adrenalina como un gato salvaje en un saco. En las casas próximas empezaron a encenderse las luces y a asomarse gente a las ventanas. Honoria dirigió su linterna al herido y reconocimos al hombre de la fotografía. Kishishev nos miró furioso mientras nos dirigía toda clase de improperios. Bueno, o al menos debían serlo, pues no soltó ni una sola palabra en cristiano.

Mientras los chicos de Honoria esposaban y registraban al búlgaro, las luces del vestíbulo se encendieron y apareció un hombre en pijama.

Yo me acerqué a él y le estreché la mano.

—El señor Poveda, supongo —dije, y le mostré la licencia.

—¿Qué demonios está pasando aquí? Alguien ha entrado en casa y ha desgajado mi osito.

—¿Qué me cuenta?

—Lo que oye —dijo, y me mostró lo que quedaba del peluche, que era bien poco.

Me puse a pensar. Había algo en los alrededores de mi mente dispuesto a ayudarme, pero no terminaba de verlo con claridad. ¿Por qué Kishishev había destruido el osito?

—Es verdad —dije sin entusiasmo—, pero al menos hemos atrapado al autor del estropicio, así que ya no cabe esperar más robos.

—¿Todavía piensas que estos ositos guardan relación con el crimen cometido por Kishishev? —preguntó Honoria.

—No —mentí—. Tú tenías razón. No creo que exista ninguna relación. Salvo un odio indecible de Kishishev hacia los ositos de peluche cuyo origen probablemente guarde relación con algún trauma acontecido cuando trabajó para Ordoñez. Le conocí esta mañana y puedo decirte que es un jugador de cartas de la peor calaña. No me

extrañaría que le hubiese hecho trampas al póker y Kishishev hubiese querido obtener su revancha destruyendo los ositos.

Se produjo una pausa mientras Honoria asimilaba y aceptaba toda la información. Sentí pena por él. A pesar de nuestras diferencias es un buen policía..., si tenemos en cuenta su limitada imaginación.

Al día siguiente recibí la vista de Lolita. Vestía un traje de noche verde oscuro, que se abría en una amplia falda. Se quitó las gafas de sol y se sentó con las piernas cruzadas.

—¿Puede ofrecerme un cigarrillo? —preguntó.

Yo estaba dispuesto a ofrecerle la luna. Le encendí el cigarrillo, serví dos copas y me senté junto a ella en el sofá de mi diminuto apartamento.

—Le felicito, Vicente —dijo inhalando el humo de su cigarrillo—. Para serle sincera no estaba muy segura de su éxito. El asunto parecía más complejo de lo que al final ha resultado, si tenemos en cuenta la información publicada en los periódicos.

Sonreí. Yo estaba orgulloso de mi trabajo y no me importaba que se notase.

—Por cierto —dije—, ¿ha traído el dinero?

—Oh, desde luego —exclamó sacando un sobre blanco del interior de su bolso y acomodándolo sobre la mesa—. Quinientos. Es lo que acordamos usted y yo cuando hablamos por teléfono esta mañana. Pero no entendí muy bien todos los detalles. ¿De verdad ha podido obtener un osito idéntico al de Lucas? Tenga en cuenta que cualquier diferencia, por leve que sea, sería advertida por mi hijo.

—Por eso no padezca —le dije—. El osito que está a punto de ver es exactamente idéntico al de Lucas. No notará la diferencia.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque es uno de los cuatro ositos idénticos que Ordoñez Brugal diseñó. El único, en realidad, que queda. Los otros tres fueron robados y destruidos.

—Eso es una noticia excelente. ¿Pero por qué ese Kishishev destruía los ositos?

—Bueno, aunque el tal Kishishev era un peligroso criminal que pertenecía a la Medvedkovskaya, durante un tiempo empleó su talento en el taller de Ordoñez, donde al parecer colaboró en la elaboración de los cuatro ositos. De momento no ha confesado nada, y dudo mucho que lo haga. Pero la policía cree que todo ese odio se debe a una rabieta contraída con Ordoñez, un jugador de cartas tramposo con el que al parecer perdió algún dinero.

—Eso no tiene sentido. ¿Usted cree que fue por eso?

Sonreí.

—Desde luego que no. Eso es solo lo que sugerí a la policía que había ocurrido. De lo contrario hubiera tenido que dar demasiadas explicaciones, y yo nunca habría podido obtener esto.

Abrí el paquete que había sobre la mesa y le mostré el osito. El osito del señor Planes, por supuesto. Para conseguirlo yo había tenido que conducir por la mañana hasta Castellón y negociar un precio con el cirujano, al que mentí diciéndole que, a pesar de lo que dijera la prensa, el verdadero criminal no era Kishishev, por lo que su vida seguía corriendo un peligro mortal mientras siguiera conservando el osito. Pero Planes resultó ser un negociador muy duro. Por fortuna yo soy muy hábil cuando se trata de negociar porque conozco los puntos débiles de las personas, como por

ejemplo el brazo cuando te lo agarran y te lo retuercen en la espalda a la altura del omoplato.

—Vicente, no sé qué decirle —dijo cogiendo el osito—. Ahora que Lucas va a recuperar su osito podemos descartar la posibilidad de un trauma de la mente.

—Seguro, nena —dije, y abrí el cajón, donde habitualmente guardo mi 45, una botella de Doble V y, ocasionalmente, un cúter.

Lo cogí.

Lolita estaba tan abstraída en la contemplación del osito que no se percató de esto. A continuación le arrebaté el osito de la mano, lo coloqué sobre la mesa y lo abrí en canal. El osito se abrió como yo había visto en la televisión que se abrían las ballenas cuando las despedazaban. Mientras, Lolita se quedó inmóvil y blanca como una escultura románica.

—¿Se puede saber qué demonios acaba de hacer? —protestó colérica—. ¿Es que ha perdido el juicio?

Pero yo no la escuchaba. En lugar de eso removí el relleno y lancé un grito de triunfo.

—Lolita, encanto, olvídense de este maldito osito y fíjese en lo que acabamos de encontrar en su interior. Nada más y nada menos que una diminuta tarjeta de memoria.

La ira de Lolita se aplacó mientras observaba curiosa la tarjeta que sostenía entre mis dedos.

—¿Una tarjeta?

Yo tenía mi vieja Kodak a mano, así que metí la tarjeta en ella y accedí al contenido.

—Sí, y lleno de fotografías muy reveladoras, según veo.

—¿Fotografías? ¿De quién?

—De Francesc Fabla, el President de la Generalitat. Por lo que veo le va el sado. Por cierto, bonitos pechos los de esa rubia con el látigo y la máscara de látex. Operados, sin duda.

Lolita no daba crédito.

—¿Pero cómo llegó esa tarjeta al interior del osito?

—Oh, eso está medianamente claro. Kishishev realizó esas fotografías, o al menos las tenía en su poder mientras Ordoñez elaboraba los ya famosos cuatro ositos. Después del altercado con su novia, Kishishev corrió a esconderse en los talleres en los que por aquel entonces trabajaba y, temiendo perder las fotografías si lo atrapaban, ocultó la tarjeta cuidadosamente en el interior de uno de los cuatro ositos sin terminar.

—En el del señor Planes —señaló Lolita.

—Correcto. Lo malo para Kishishev es que fue condenado a seis meses y mientras tanto los ositos fueron vendidos.

Hice una pausa para beber de mi copa. Mientras tanto, Lolita se apoderó de la cámara y se puso a pasar las fotos.

—¿Pero por qué Kishishev realizó estas fotografías?

—Para chantajear a Fabla, obvio. Después del caso de los bigotes falsos, ese tipo no se puede permitir más escándalos. Pagaría lo que le pidieran.

—¿Y cómo averiguó Kishishev el paradero de los ositos? —preguntó pensativa.

—Bueno, había trabajado para Ordoñez y conocía los detalles. Una vez libre lo único que tenía que hacer era consultar el archivo de ventas y averiguar a quién había

vendido Ordoñez los ositos. A alguien con su experiencia criminal no le resultaría difícil. Su principal problema fue que no sabía en cuál de los cuatro ositos estaba escondida la tarjeta con las fotografías, y solo robándolos podía averiguarlo.

Me sentía eufórico ofreciendo todas esas explicaciones a Lolita. Por fuera yo trataba de parecer metódico y refinado. El mejor detective de la ciudad. Pero por dentro yo sentía mi excitación como una barra de acero al rojo vivo.

—¿Y qué hay del tipo que encontraron muerto con la fotografía de Kishishev en un bolsillo?

—La Policía ha averiguado que se trata de Fermín Oleaga, un detective privado. Probablemente al servicio del Fbla. Sabría que Kishishev tenía las fotografías y por eso le seguía. Llevar una fotografía encima es un recurso muy útil para seguir la pista de alguien siempre que se necesita preguntar por él a una tercera persona. A mí, al menos, me vino de perlas.

Lolita empezaba a asimilar los hechos.

—Así que el objetivo de Kishishev era chantajear al President de la Generalitat con esas fotografías. ¿Cuánto cree usted que podría haber sacado?

—No lo sé —dije apurando mi copa de un trago—. Cincuenta mil. Quizá cien mil. Tenga en cuenta que si esas fotografías llegaban a manos de la prensa sería el fin de su carrera política. Por no hablar de su matrimonio, claro.

—Y ahora usted ha evitado todo eso —dijo.

—Es verdad —asentí—. Sin embargo yo veo en todo este asunto una oportunidad para ambos.

—¿A qué se refiere?

—A que ahora que tenemos las fotografías en nuestro poder podemos seguir adelante con el plan de Kishishev y hacernos ricos. A la mierda con Lucas y su marido. Haremos las maletas y nos marcharemos al trópico. No encontrará un marido mejor que yo, y también sé hacer hijos.

Dicho esto me abalancé sobre ella y traté de besarla. Pero ella debía estar preparada para ese momento, porque me esquivó con maestría y se apartó de un respingo.

Cuando la miré mostraba una sonrisa perversa. La misma sonrisa que lucía Judas al traicionar a Jesús.

—Todavía no logro entender como un detective de su nivel pudo llegar tan lejos en este caso —dijo, y extrajo la tarjeta de memoria de mi cámara y la deslizó dentro de su bolso.

De repente me sentí mal. Era como si alguien hubiese metido algo en mi bebida.

—¿A qué se refiere? —logré preguntar.

—A que yo no tengo ningún hijo, idiota —señaló—. Ni siquiera estoy casada.

Yo intenté alcanzarla con la mano, pero cada vez me sentía más mareado.

—¿De qué demonios está hablando, nena?

—Hablo de esto —dijo, y sacó una pistolita plateada de su bolso y me apuntó con ella. Se trataba de una automática del calibre 25.

Traté de sonreír.

—Magnífico —dije—. ¿Entonces sigue usted soltera?

—Desde luego. Soltera y, ahora, gracias a usted, también rica. Una combinación excelente. —Luego añadió—: Le felicito, señor Folgado, ha realizado usted un excelente trabajo para mí.

En una fracción de segundo lo comprendí todo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Lolita era en realidad la mujer escondida detrás de la máscara de látex. Su cometido no era otro que liarse con Fabla y facilitarle al Kishishev la toma de las fotografías. Solo que Lolita no contaba con el egoísmo del búlgaro, quien en cuanto tomó las fotos huyó con ellas para no verse en la necesidad de dividir el futuro botín. Pero Lolita, que conocía bien la ley, acudió a la policía con el cuento de los malos tratos y esos imbéciles picaron el anzuelo y dejaron a Kishishev sin la posibilidad de salirse con la suya.

Le conté el resultado de mis elucubraciones y le pregunté si me había equivocado en algo.

—Ni en una coma. ¿Qué más?

—Pues muy fácil. Con Kishishev fuera de circulación lo único que le quedaba por hacer era apoderarse de la memoria con las fotos y negociar con Fabla un precio. El único problema es que Kishishev había escondido la tarjeta en alguna parte y usted no pudo negociar. Entonces contrató a ese detective, quien averiguó que la tarjeta estaba en uno de los cuatro ositos de Ordoñez, y que Kishishev andaba tras ellos. Pero Kishishev se percató y lo eliminó. Para entonces el búlgaro ya se había hecho con el primer osito, que por supuesto no era suyo ni de su hijo Lucas, sino de un coleccionista local al que yo creí su marido. Pero la tarjeta no estaba en el osito, así que fue a por el segundo, el de Céspedes. Mientras, usted acudió a mí con aquella historia del hijo traumatado por la pérdida del osito para que me adelantara a Kishishev. Y piqué como un imbécil.

—Le felicito, Vicente. Ni yo misma lo hubiera descrito mejor.

—No —dije—, soy yo el que la felicita a usted. Su maniobra resultó de lo más prodigiosa.

Ella no dejaba de apuntarme.

—El único error que cometió —proseguí tranquilamente— fue pensar que envenenándome podría usted quedarse con las fotografías y chantajear a Fabla.

Lolita soltó una carcajada.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Porque he bebido tanta porquería durante los últimos quince años que me he vuelto inmune a todo tipo de venenos.

Ella estaba a punto de responder algo, lo cual siempre es un error. Porque cuando se va a disparar no se habla. De lo contrario concedes una ventaja que se vuelve en tu contra. Sobre todo con tipos rápidos y hábiles como yo. Así que fulminante como un rayo le arreé un bofetón tan violento y tan salvaje que la mandé por los suelos dejándola despatarrada y sin pistola.

Creí que la había matado, pero resultó estar solo inconsciente.

Por supuesto lo de mi inmunidad al veneno era mentira. De hecho mi cuerpo comenzó a sufrir pequeñas convulsiones, como si fuera presa de un orgasmo culminante en brazos de una mujer invisible.

Calculé que me quedaban no más de cinco minutos antes de caer en la inconsciencia. Así que gasté dos en telefonar a Honoria y el resto besando y manoseando a Lolita.

Y así me quedé dormido y salió la luna llena.

## EL BUNKER

*Vicente Ruiz Calpe (Eihir)*

A través de la mirilla del Springfield 1903 que temblaba entre mis manos el mundo parecía encogerse en un solo punto. El viento acariciaba ligeramente las hojas lisas y amarillentas del campo de amapolas, meciendo suavemente las flores de un lado a otro. Unas gotas de sudor frío resbalaron por mi frente arrugada mientras mis dedos comenzaban a presionar con sutileza el gatillo del viejo fusil de cerrojo. Cerré el ojo izquierdo para visionar mejor al blanco lejano, un oficial del ejército alemán montado en un *Krupp Protze* que circulaba lentamente junto al resto del convoy. Pronto la comitiva enemiga alcanzaría el otro lado de una suave colina y la oportunidad se perdería para siempre.

—¡Dispare, Jones! —dijo a mi lado el sargento Benson, tan cerca de mí que podía sentir cómo su aliento con olor a tabaco mascado inundaba mis fosas nasales.

Al contrario de lo que uno podía creer, el mundo no se ralentizó a mi alrededor sino todo lo contrario, parecía que iba tan deprisa como una de aquellas películas en blanco y negro que ponían en los cines para entretener de vez en cuando a los soldados en el frente. La duda me atravesó con un escalofrío tan cortante como un cuchillo, el corazón bombeaba a mil por hora grandes cantidades de adrenalina mientras intentaba apartar la tensión y enfocar toda mi concentración en el blanco.

—¿No me oye, Jones? ¡Le ordeno que dispare de una vez, soldado! —el sargento Benson se puso rojo de ira haciendo un esfuerzo titánico para no gritar.

Permanecí completamente inmóvil mientras, a poco más de medio kilómetro de distancia, el objetivo se iba alejando del lugar donde Benson y yo estábamos camuflados, echados cuerpo a tierra con nuestros cuerpos mezclados con las hierbas salvajes y los troncos de los árboles. El alcance efectivo del fusil era de seiscientos metros, pero yo era capaz de acertar a un blanco de tamaño medio situado a un kilómetro de distancia, siempre que las condiciones fuesen adecuadas. Lo cual no era el caso en aquel momento.

Nunca sabré el motivo exacto. Tal vez fue un error de cálculo, o una combinación de los factores de viento, distancia y movimiento del objetivo. Incluso cabe la posibilidad de que el agresivo sargento Benson y su incesante cháchara ejerciese un factor de presión inadecuado que dificultó la puntería. Puede que simplemente no estuviese preparado para aquella misión de enorme importancia, y la falta de confianza en mí mismo fuese la causa principal. Pero lo cierto es que cuando apreté el gatillo del Springfield y el impacto resonó con gran estruendo, el proyectil de 7,62 mm impulsado a una velocidad de más de ochocientos cincuenta metros por segundo no

alcanzó el blanco. El disparo solo rozó la visera de la gorra del oficial alemán, a escasos centímetros del lugar deseado.

Simplemente, había fallado.

Nunca en mi vida he vuelto a sentir la sensación de frustración que experimenté en aquel momento. Todo mi mundo se detuvo en aquel instante, cuando el corazón me dio un vuelco y la saliva se atragantó en mi garganta. A mi lado, el sargento Benson permaneció en silencio, aunque su sola mirada repleta de ira lo decía todo. Con un gesto ordenó la retirada de vuelta al campamento, y mientras nos volvíamos, llegaban a nuestros oídos los ecos lejanos de los disparos de respuesta del convoy alemán.

Algunos días más tarde me enteré de los resultados del fracaso de la misión. Aquel oficial y su comitiva habían llegado a tiempo para reforzar una posición estratégica que defendían los alemanes ante el avance del ejército aliado. A veces las consecuencias de algo tan nimio como el desvío de unos centímetros de un pequeño proyectil pueden causar una auténtica catástrofe. Las bajas fueron tan numerosas que los aliados se lo pensarían mucho antes de volver a intentarlo de nuevo. Fue una auténtica carnicería. La sangre de aquellos muchachos y las lágrimas de sus familias serían ahora el mar donde se bañaban mis pesadillas a partir de entonces. Aunque el alto mando sabía que yo era el culpable, fueron misericordiosos conmigo y no me licenciaron, aunque sabían que yo había dejado de serles útil como soldado. Como se necesitaba a todo el personal disponible, me destinaron a labores como limpieza, cocina y tareas sanitarias. Pero a pesar de que se corrió un tupido velo sobre el asunto, yo no podía olvidarlo. Yo era el responsable de aquellas muertes y, gracias a mi funesto error, muchas madres no verían nunca a sus hijos, muchas mujeres no volverían a besar a sus maridos, y muchos hijos nunca más disfrutarían del abrazo de sus padres.

Para intentar soportar mejor el peso enorme de aquella culpa, me di a la bebida. Gracias a mis nuevas funciones, tenía fácil acceso a los lugares donde se almacenaba el alcohol, y también a los botiquines donde los médicos guardaban los medicamentos. Mezclaba alcohol y medicamentos con la intención de aliviar aquella carga, para dejar de ver las caras de los muertos que me atormentaban en mis sueños de horror, pesadillas de las que despertaba lanzando gritos como un poseso mientras agitaba las manos para alejar de mí a los fantasmas acosadores.

Y así pasaron los días, convirtiéndome en un despojo humano alejado de todo y de todos, naufragando sin rumbo mientras cada mañana me despertaba para preguntarme por qué seguía vivo. Y por fin llegó la respuesta, en aquel día 8 de noviembre de 1944, seis meses antes de que terminase la Segunda Guerra Mundial.

Una sensación de fría humedad sobre mi rostro hizo que me despertase de sopetón, abriendo los ojos de par en par por la sorpresa. Unas manos extrañas me ayudaron a ponerme en pie, mientras el agua chorreaba desde mi barba descuidada y enmarañada hacia mis pantalones sucios y raídos. Rostros desconocidos bailaban a mi alrededor sonriéndome y burlándose de mi aspecto de borracho desaliñado, pero en aquella ocasión eran reales y no los espectros que se me aparecían por las noches en mis sueños.

—En pie, soldado, alguien quiere verte, así que será mejor que te laves un poco y te pongas un uniforme limpio. ¡Dios, que peste! ¿Es que has estado durmiendo en la pocilga con los cerdos? ¡Vamos, despierta, que es para hoy! —ladró la voz desagradable del sargento Benson.

La cabeza me daba vueltas sin parar. La resaca de la noche anterior me pasaba factura y algo me dijo que aquellos tipos no me iban a dejar tomar ningún fármaco para aliviar el dolor. Hice lo que me ordenaron y me adecenté lo mejor que pude dadas mis endeble condiciones, tras lo cual intenté hacer las preguntas que haría cualquiera en aquella extraña situación. Evidentemente no me dejaron hacerlas.

—¡Cállese, soldado, y no abra la boca hasta que se lo ordene su superior! —chilló Benson taladrándome al oído—. Si juega bien sus cartas, puede que se le dé una segunda oportunidad. Haga lo que se le diga y pronto verá de qué trata todo este asunto.

En vista de que no tenía otra opción, seguí a aquel escuadrón hasta uno de los camiones de la base del ejército inglés, afincada a las afueras de Bruselas, tras haber sido recientemente reconquistada por el ejército aliado. Mientras me sentaba en la parte de atrás del vehículo, observé al resto de mis acompañantes, los cuales parecían estar exactamente tan perdidos como yo. Aunque entonces no sabía sus nombres, el paso de los años no ha hecho mella aún en su recuerdo dentro de mi memoria. El sargento Benson, el único que había hablado hasta ahora, nos miraba por encima de su grueso bigote castaño como si fuésemos al matadero. John Perry, alto y delgado, tataba una vieja canción inglesa como si el camión nos llevase de acampada por tierras británicas y no estuviésemos aún en guerra. McNeil, el escocés, no paraba de acariciarse su poblada barba pelirroja mientras afilaba exageradamente un cuchillo. El más joven de todos era Perrault, el francés, que, con su pelo rubio bien peinado y sus pecas, casi parecía recién salido del colegio. Y por supuesto estaba el americano, Atkins, el cual no paraba de mirarme fijamente, como si estuviese evaluando cuánto tardaría en morir.

Mientras el camión dejaba atrás el campamento en aquella tarde otoñal, sus ocupantes apenas intercambiamos algunas frases. Fue en aquel instante cuando me enteré de que los aliados habían llegado hasta el Rin, liberando prácticamente toda Francia del yugo alemán. Hitler y sus secuaces estaban perdiendo la guerra, y todo el mundo estaba pensando en que pronto nos iríamos a casa.

Con un frenazo brusco, el vehículo se detuvo y al fin salimos al exterior, solo para ver que estábamos frente a un viejo caserón de dos plantas en mitad de un bosque perdido. Pese a su aspecto de abandono aquella casa destartada mostraba luces en sus ventanas, y nada más acercarnos a la entrada salió a recibirnos el comité de bienvenida. Varios soldados del ejército francés armados con metralletas nos observaron con miradas de clara desconfianza, pero el sargento Benson les calmó con unas cuantas palabras.

—Esto no me gusta nada, nada en absoluto —susurró a mi lado Atkins.

Todos seguimos a Benson al interior de la casa, donde aún se conservaban restos de una lucha no muy lejana en el tiempo. Agujeros de bala en paredes y muebles, cristales rotos, manchas de sangre seca en el suelo, objetos esparcidos por el suelo... Era una más de las viviendas campestres de los belgas, propiedad de una de las muchas adineradas familias que habían hallado su amargo final a manos de la locura nazi. Y ahora que no habían inquilinos, era un lugar ideal para una reunión clandestina como la que se estaba celebrando ahora.

En lo que había sido el salón principal de la mansión aún existía una gran mesa de madera y unas cuantas sillas en buen estado, aunque no había suficientes para todos pues los franceses ya se las habían adjudicado. En la cabecera de la mesa, había un tipo

elegante con un fino bigote castaño que se levantó cortésmente, presentándose como el Coronel Lemaire. Mientras Benson nos iba presentando a todos, me fijé en que Lemaire y los otros jefazos franchutes de la mesa nos evaluaban con la mirada de uno en uno, intentando determinar si éramos los indicados para la causa.

—¿Se puede saber por qué diantres estamos aquí? —preguntó de sopetón McNeil, saltándose el protocolo ante la furibunda mirada de amonestación de Benson.

Lemaire se volvió a mirar a los hombres uniformados sentados alrededor de la mesa, y éstos asintieron. El coronel francés ordenó a los guardias que nos habían escoltado hasta el salón que salieran y cerrasen la puerta, y a continuación habló con expresión solemne.

—Bien señores, seré claro y directo, pues apenas tenemos tiempo. Todos ustedes habrán escuchado que Alemania y sus asociados están a punto de perder la guerra y, a priori, eso es lo que parece. Desde que en agosto recuperamos Normandía, en una dura pero exitosa batalla, el enemigo se ha estado replegando más y más al interior de su país natal. Si todo va bien, el año que viene estaremos todos en casa.

—Me da a mí que ahora es cuando viene la parte mala —cuchicheó sarcásticamente Atkins.

—Sin embargo, hemos recibido una información preocupante para nuestros intereses. Un espía infiltrado en la Isla de Vloek, una pequeña porción de tierra situada en el Mar del Norte a pocos kilómetros de la costa holandesa, nos ha informado de que sus ocupantes alemanes han construido recientemente un bunker subterráneo de grandes dimensiones. Al parecer, también ha mencionado algo sobre un arma definitiva que cambiaría el signo de la victoria decantándolo hacia el lado de los nazis.

—¡Paparruchas! —interrumpió el barbudo escocés—. Si hay un bunker secreto en esa isla, será para que los alemanes se escondan cuando termine la guerra.

—McNeil, si vuelve a abrir su boca escocesa, me encargaré de que no pruebe ni gota de whisky hasta que la guerra se acabe —amenazó el sargento Benson.

El coronel Lemaire sonrió, se atusó el bigote y continuó hablando.

—En verdad que nosotros tampoco nos creemos demasiado esa historia. Sin embargo, es nuestro deber examinar todas las posibles operaciones enemigas, hasta las más inverosímiles. Y como según nuestro espía el bunker está prácticamente terminado, es posible que el arma secreta de los nazis, si es que existe, se ponga en marcha dentro de muy poco tiempo. Y por ello hemos decidido montar una operación rápida, que consistirá en infiltrarse en la isla, descubrir si existe el bunker y el arma secreta y volver para informar. En ningún caso habrán de enfrentarse al enemigo, y si por casualidad dicha arma enigmática estuviese a su alcance y pudiesen arrebatarla a los nazis, sería un golpe directo al estómago de Hitler. Y por supuesto, nos encargaríamos de que sus respectivos países les recibieran con honores y olvidasen sus..., digamos, deslices.

Lemaire sonrió de forma lobuna mientras nos miraba con ojos triunfantes, como un mago de feria que al final desvela su último truco. Así que de eso se trataba, de una misión de extrema dificultad en la que no creían, y para la cual enviaban a un grupo de soldados en desgracia totalmente prescindibles, pues nadie derramaría una sola lágrima si cayésemos bajo el fuego enemigo.

Paseé la mirada sobre el resto de mis compañeros observándolos bajo una nueva luz, puesto que ahora sabía la auténtica verdad, pues ellos estaban también sometidos al yugo de la desgracia al igual que yo mismo. Perrault se peinaba nerviosamente su

flequillo rubio mientras miraba en silencio a sus congéneres franceses, el joven había dado un respingo involuntario al oír el nombre de la Isla de Vloek; McNeil se tiró nerviosamente de las puntas de su barba rojiza murmurando lo que posiblemente no eran palabras aduladoras; el británico John Perry sacó un cigarro de una brillante pitillera dorada y, tras encenderlo, escupió el humo con ademán despectivo hacia los oficiales franchutes de la mesa; Atkins simplemente comenzó a reírse como si todo lo que había dicho Lemaire fuese un mero chiste; el sargento Benson fue el único que me devolvió la mirada, esperando ver alguna señal de aprobación o negativa en ellos. Pero lo único que hice fue encogerme de hombros, pues todo me daba igual. Solo quería que los fantasmas de la noche dejaran de aparecer en mis sueños, y si una bala alemana era la solución, pues que fuese bienvenida.

Al fin Benson miró a Lemaire y asintió con la cabeza, sellando silenciosamente el pacto. Iríamos a aquella dichosa isla ocupada por los nazis a ver que diantres estaba pasando allí, y si existía o no el arma secreta de Hitler que resultaba la última esperanza del dictador para ganar su guerra. La carta secreta de la última mano de la partida, lo que los jugadores de póker llaman «la mano del Diablo».

Dos días más tarde estábamos todos a bordo de un transporte anfibio de la clase Andrómeda, directos hacia la Isla de Vloek. A nuestro alrededor todo era de un color azul verdoso, el aire frío de la tarde azotaba con tanta fuerza el barco que éste gemía como un alma en pena mientras se bamboleaba sobre las grandes olas. Las gotas de agua salada salpicaron mi rostro mientras me sujetaba con fuerza a uno de los cabos de cubierta, aunque en el fondo de mi mente se escondía el pensamiento furtivo de soltarme y dejar que la naturaleza me llevase consigo, abandonarme para siempre en el olvido de la fría y húmeda tumba del Mar del Norte. Pero aquellas ideas funestas se evaporaron de golpe con el sonido de las arcadas del joven Perrault, cuya endeble figura permanecía doblada sobre la borda mientras vaciaba el interior de su estómago. Decidí entonces acercarme al francés, el cual tenía el rostro tan blanco como la cera por culpa de las náuseas de la zozobra del buque.

—¿Quieres un cigarro, chico? —pregunté al francés, levantando la voz por encima del fragor que nos envolvía.

—No, gracias —contestó.

—Bonito pañuelo —señalé un bordado que sobresalía de uno de los bolsillos del uniforme.

—Es de mi chica, me lo dio para que no la olvidase. Cuando regrese a casa, seguramente nos casaremos.

Asentí con la cabeza, mirando al frente. El sol desaparecía bajo unas grandes nubes de color ceniza, y pronto nos envolvería la oscuridad. Sería entonces cuando una pequeña escuadra de aviones aliados pasaría cerca de la zona norte de la isla, en una maniobra para distraer la atención de los enemigos del verdadero enemigo: nosotros. El navío nos dejaría a pocos kilómetros de la costa y utilizaríamos una de las lanchas de desembarco para llegar hasta la playa. Si no había problemas, nos dirigiríamos hacia el pueblo para hallar a nuestro contacto infiltrado y que nos proporcionase más información sobre el bunker y el arma secreta.

—¿Qué opinas sobre la isla? —pregunté al francés, recordando la cara que había puesto en la reunión al escuchar el nombre de la Isla de Vloek.

Perrault me miró a los ojos, y la lividez de su rostro y el miedo en su mirada asomaron al mencionar la isla. El joven se marchó en silencio abandonando la cubierta para dirigirse a su camarote, dejándome con un mar de dudas y una incómoda sensación de inquietud. ¿Qué era lo que asustaba al soldado francés? ¿Qué había en aquella isla donde pronto pondríamos los pies?

Decidido a encontrar respuestas a mis preguntas, marché en busca de Perrault, el cual se había tendido en su camastro. Al ver que me acercaba, se dio la vuelta dándome la espalda, pero yo le puse una mano en el hombro para exigirle explicaciones.

—¡Eh, deja en paz al chico! —vociferó McNeil, que estaba pelando una fruta con su inmenso cuchillo.

—No hasta que nos cuente que es lo que sabe de la isla. Solo quiero saber si nos espera algo malo allí.

—¡Déjame en paz! Es mejor que no lo sepas.

Atraídos por las voces, John Perry y Atkins entraron también en el compartimento, y cuando les dije que Perrault tenía información sobre el objetivo que no quería compartir, se unieron a mí para presionar al francés.

—Está bien, os lo contaré de una vez para que me dejéis en paz, aunque a lo mejor creéis que estoy loco. Veréis, una vez conocí a una chica holandesa cuya familia se dedicaba a la pesca. Ella fue quien me habló de la Isla de Vloek, pues tiene muy mala fama entre los pescadores que fondean por las aguas de dicha zona. Las aguas se vuelven turbulentas sin que haya tormenta, los peces escasean a pesar de que es una zona propicia para su abundancia, los barcos colisionan con rocas que no deberían estar allí, incluso algunos marineros han desaparecido tras fondear cerca de la isla. Se cuenta que algunas noches pueden verse extrañas luces tanto en el cielo como en el mar, como los ojos de un colosal demonio que se esconde entre la niebla. Y por ello le pusieron a la isla el nombre de Vloek, que en holandés significa «maldita».

Al escuchar la historia de Perrault, el resto nos quedamos mirándonos con caras raras. John Perry era inglés, y McNeil de Escocia, así que estaban acostumbrados a escuchar historias extraordinarias. Atkins era un americano de pensamiento racional que no creía en las supersticiones, así que el único afectado al que se le puso la piel de gallina ante las palabras del francés fui yo. Desapariciones, luces misteriosas, fenómenos extraños... ¿serían algo real, o solamente las supercherías típicas que se inventan los pescadores junto al fuego del hogar para atemorizar a los más jóvenes?

Pero antes de que pudiésemos opinar sobre el asunto, la puerta del camarote se abrió mostrando el rostro hosco del sargento Benson.

Había llegado la hora.

Estaba casi totalmente oscuro cuando saltamos de la lancha para arrastrarla hasta la playa. No habíamos visto ningún suceso sospechoso ni sobrenatural, y eso que yo había estado observando sin pestañear a la caza de cualquier señal que fundamentase el relato de Perrault. Sin embargo todo había resultado en vano, y en ningún momento nos sentimos acechados por ninguna presencia oscura ni por monstruo marino alguno.

Benson ordenó a John Perry y Atkins que escondiesen el bote entre unos matorrales cercanos a las rocas, mientras McNeil y Perrault se alejaron para rastrear la zona en busca de alguna posible patrulla de vigilancia. Sin embargo, no era probable que los alemanes se acercaran, pues en el ambiente flotaban los ecos del ruido de los

aviones y la artillería. La maniobra de distracción había funcionado, y ahora debíamos ir hasta el pueblo de la isla para encontrarnos con el informador.

—Jones, no crea que me he olvidado de lo de la última vez. Si por mi fuese, usted no estaría aquí, sino en el agujero donde le encontramos. Esta misión no debería ser complicada, solo tenemos que cumplir las órdenes e irnos a casa. Así que esta vez no la cague. ¿Me ha entendido, soldado? —el sargento Benson acercó su cara de rasgos adustos poniendo una mirada desagradable sobre mí.

—Sí, señor —contesté, resistiéndome al impulso de golpearle la cabeza con la culata del fusil.

Entonces aparecieron el escocés y el francés, que regresaban a toda prisa mientras nos hacían señas.

—¡Alemanes! Una patrulla entera, están aquí mismo —dijo entrecortadamente McNeil mientras recuperaba el aliento.

—No tenemos tiempo de huir —dijo Benson—. McNeil y Atkins, vayan a aquellas rocas y ocúltense allí lo mejor que puedan; Jones, detrás de aquellos matorrales sobre el montículo tendrá una buena posición de tiro; el resto conmigo en aquellas dunas. ¡Vamos, muévanse!

Obedecimos al instante pisando la fina y suave arena de la playa con nuestras botas militares, ocupando las posiciones encomendadas por Benson. El sargento era un tipo huraño, agrio y riguroso, pero, desde luego, sabía lo que hacía. En un momento vimos las luces de las linternas, y luego a los diez hombres vestidos con el uniforme nazi y con las *MP-3008* preparadas. Abandonaron los árboles del camino y avanzaron cautelosamente hacia la arena de la ensenada donde estábamos. Daba la sensación de que nos estaban esperando, sabían que estábamos cerca pero no dónde exactamente.

Apunté mi arma hacia uno de los soldados, advirtiendo como mi respiración se volvía apresurada y el pulso se aceleraba como un caballo desbocado. Otra vez el fusil se rebelaba contra mí, amenazando con resbalarse de mis manos trémulas, como la última vez. Los ojos me escocían mientras intentaba no parpadear para fijar mejor el objetivo, y sentí el sudor aflorando por todos los poros de mi piel como muestra de mi profundo nerviosismo.

El oficial al mando de la patrulla alemana dio una orden, y uno de los soldados cargó una *Kampfpistole*, para a continuación disparar el proyectil hacia el cielo. La noche sobre la playa quedó iluminada por un gran destello cuando la bengala explotó a muchos metros sobre nuestras cabezas. Pero antes de que la luz descubriese nuestra presencia oculta, Benson hizo la señal para que disparásemos, iniciando así el combate.

John Perry hizo gala de su buena puntería iniciando el tiroteo con un soberbio disparo de su carabina De Lisle, un arma de diseño británico muy efectiva en distancias cortas. Uno de los soldados cayó abatido sin darse cuenta siquiera de lo que le había ocurrido.

Perrault se mostró nervioso en cierta medida, aunque al menos su disparo no falló y logró alcanzar a uno de los alemanes en el cuello con su *MAS 36*. La víctima se llevó las manos a la herida en un vano intento de retrasar su muerte, mientras, con los ojos abiertos como platos, emitía unos espeluznantes y trágicos gorgoteos.

Los alemanes intentaron reaccionar, pero desde la retaguardia emergieron McNeil y Atkins disparando como posesos. Mientras el escocés los acribillaba por sorpresa utilizando su subfusil Sten, el americano se lanzó hacia delante empuñando con ambas

manos sendos Colts 1911. Entre ambos acabaron prácticamente con la mitad de la patrulla en un santiamén, provocando un baño de sangre que manchó de carmesí la blanca arena de la playa.

En solo un momento la mayoría de los soldados alemanes habían muerto, aunque tres de ellos intentaron huir abandonando la playa. El sargento Benson reaccionó a tiempo y abatió a dos de ellos, cuyos cuerpos ensangrentados quedaron uno junto a otro sobre la arena, inmóviles como si fuesen parte del paisaje que los rodeaba.

El único que quedaba vivo era precisamente el oficial al mando, el cual ya se internaba entre los árboles del camino. Si lograba escapar y pedir ayuda todo el plan se habría ido al infierno antes de empezar, y el único que podía impedirlo era yo. Desde mi posición elevada aún tenía a tiro al escurridizo oficial, así que apunté y disparé.

Y fallé, otra vez.

Pero antes de que el sentimiento de culpa se apoderase de mí, se pudo escuchar un disparo, y de entre las formas oscuras de los árboles apareció de nuevo el oficial alemán, arrastrando los pies y tambaleándose mientras se sujetaba el estómago con las manos bañadas en sangre. Nos miró y dijo algo en alemán, seguramente una maldición, pero antes de que la completara McNeil le lanzó su cuchillo a la cabeza, acertándole entre los dos ojos.

Mientras el escocés recuperaba su afilada hoja y todos nos reagrupábamos en la arena, del bosque emergió una bella figura tan etérea como un fantasma. A pesar de sus ropas masculinas y de la pistola aún humeante que sujetaba con firmeza, aquella mujer de cabello azabache y ojos oscuros poseía una feminidad imposible de ocultar. Nos lanzó una mirada altanera y tras observar los cadáveres de los alemanes nos habló con voz orgullosa:

—Así que vosotros sois la ayuda, ¿eh? Pues vaya, si no es por mí, este se hubiese escapado. Será mejor que limpiéis todo esto y nos vayamos enseguida a la aldea de Vloek. Por cierto, mi nombre es Sarah, y soy vuestro contacto.

Un par de horas después estábamos en el interior de la casa de Sarah, refugiándonos del frío y de la oscuridad de la noche. Además de nosotros y la mujer, también se hallaban presentes el hermano de Sarah, David (un joven de dieciocho años que soñaba con matar alemanes como si fuesen moscas) y un viejo medio ciego que respondía al nombre de Jacob. Cuando todos habíamos comido y descansado un poco junto al fuego del hogar, Sarah preguntó a Benson cuales eran nuestras intenciones.

—Venimos a cumplir órdenes —respondió el sargento tan austero como de costumbre—. Dinos, mujer, qué hacen los alemanes en esta isla y si existe el arma secreta con la que Hitler piensa ganar esta guerra.

—Nosotros vivíamos aquí en paz, pues esta isla no interesa a nadie debido a que estratégicamente carece de importancia militar, y nadie suele venir a molestarnos, gracias a las historias raras que cuentan sobre ella. Sin embargo, esos malditos bastardos se presentaron aquí un día, con sus uniformes lustrosos y sus saludos militares. Comenzaron a hacer muchas preguntas, interesándose sobre los fenómenos misteriosos que desde generaciones atrás forman parte de la mitología de este lugar. Su jefe, un tal coronel Von Strucker, parecía tomarse en serio todas las historias de los lugareños, interrogando a todos los marineros para averiguar todo lo posible.

—¿Y no os rebelasteis? —preguntó McNeil en tono acusador.

—¿Qué hubieses hecho tú de estar en nuestro lugar, con esos fanáticos registrándolo todo y capaces de pegarle un tiro a uno de nuestros familiares o amigos? Decidimos aguantar su presencia, rezando para que hiciesen lo que tuvieran que hacer y se marchasen de la isla lo antes posible.

—Pero no se marcharon —inquirí yo, mirándola a los ojos.

Sarah me miró y creí ver una fugaz sonrisa amable que asomaba en sus hermosos labios, y continuó su relato.

—No, se quedaron. Comenzaron a construir un bunker subterráneo al pie de la montaña, en el centro de la isla, para establecer allí su base de operaciones. Cogieron a todos los hombres sanos del pueblo y se los llevaron para trabajar como esclavos, excavando un día tras otro hasta que el maldito bunker estuvo listo.

Sarah hizo una pausa, respirando profundamente como si tuviese un gran peso encima aplastándola. Vi que por sus mejillas resbalaban unas lágrimas, y no pude dejar de compadecerme de aquella mujer que había debido sufrir horrores inimaginables. Sin embargo, el sargento Benson la instó, con crueldad, a que continuara explicando su historia, sin dejarla descansar. Maldito sargento Benson. Era tan amable y simpático como una serpiente.

—Tranquila, niña, será mejor que a partir de ahora sea yo quien continúe el relato —intervino el viejo Jacob, sentado en una mecedora chirriante al lado del fuego.

El anciano sacó una pipa y tras varios intentos frustrados por la artrosis y el reuma al final logró encenderla. Luego cerró los ojos y exhaló el humo del tabaco con expresión de éxtasis, sumergiéndose en sus brumosos recuerdos para ponerles orden.

—Veréis, cuando el coronel Von Strucker decidió que sus servicios ya no eran necesarios, ordenó que todos los hombres salieran al exterior. Una vez que todos estuvieron reunidos, el maldito hijo de Satanás los hizo ejecutar. Mayores, jóvenes, adolescentes... todos cayeron bajo el fuego infernal de las ametralladoras nazis que los estaban esperando. De todos los ángulos, les fue enviada una lluvia de muerte en forma de proyectiles, bautizando con la sangre de los inocentes la entrada al bunker. En mis oídos aún resuenan los gritos de horror y angustia mezclados con el ruido de los disparos, y casi puedo sentir el olor acre que desprendía la sangre al manar abundante de tantos y tantos cuerpos.

El viejo Jacob se detuvo un momento, chupó un par de veces su pipa y luego tosió con fuerza haciendo un ruido desagradable que nada bueno presagiaba para su salud.

—Fue un milagro que saliese vivo de aquel fusilamiento multitudinario. Fui herido gravemente y me dieron por muerto, arrojándome junto con los cadáveres de los que habían sido mis parientes y compañeros al fondo de un barranco. Tras pasar tres días y tres noches expuesto a la intemperie, herido y abrazado a cadáveres ensangrentados, no esperaréis que goce de buena salud, ¿verdad? Al final pude arrastrarme hasta llegar cerca del pueblo, donde Sarah me encontró.

—¿Y toda esa matanza fue para que no hubiese testigos del lugar donde está el bunker? —preguntó sorprendido Atkins.

—Oh, no solo eso. Fue también para que nadie pudiese contar lo que hay dentro del bunker.

El viejo volvió a toser bruscamente varias veces, luego apagó la pipa e hizo el gesto de levantarse de la mecedora para irse a dormir, pero entonces Benson le obligó a permanecer sentado poniendo una mano en su hombro.

—¿Y sería usted tan amable de decirnos qué es lo que hay en ese bunker? — preguntó con impaciencia al viejo Jacob.

—¡El Diablo! —gritó el viejo, como si al recordar una visión espantosa hubiese perdido de repente su cordura—. ¡Ese bunker es el Infierno, y Satán habita en él! ¡Por Dios, deben destruirlo, deben ir allí y destruirlo todo antes de que sea tarde!

—Este pobre anciano se ha vuelto loco, será mejor que se acueste porque mañana vendrá con nosotros para guiarnos hasta ese maldito bunker alemán. Así que ya lo sabéis, soldados, descansad vosotros también porque mañana al amanecer iremos a cumplir con nuestra misión —dijo Benson.

Ayudé a Sarah y David a trasladar a Jacob hasta su cama, y cuando el muchacho estaba extendiendo una raída manta sobre el viejo, le pregunté a Sarah cómo había logrado escapar su hermano de trabajar en el bunker. Enseguida me arrepentí de haber hecho tal pregunta, pues las mejillas de la mujer enrojecieron y sus ojos brillaron acusadamente asemejándose a dos lagos oscuros y hermosos.

—Llegué a un acuerdo con el soldado alemán al que le asignaron registrar mi casa. A cambio de no llevarse a David, tuve que...

Ella no pudo continuar, y al ver la expresión de su rostro tampoco hizo falta más para imaginar a qué clase de acuerdo tuvo que llegar con el soldado. ¡Malditos nazis, malditos fuesen miles de veces todos ellos! Juré entonces que nunca más se saldrían con la suya.

Acompañé a Sarah hasta la puerta de su habitación y me despedí de ella, pero cuando ya me había dado la vuelta y comenzado a bajar las escaleras que conducían al sótano de la casa, donde iba a dormir junto al resto de mis camaradas, una mano se posó en mi hombro suavemente. Al mirar atrás vi que era Sarah, sonriéndome, que me abrazó y me dio un beso fugaz tras susurrar un breve «gracias» al oído. Luego me quedé solo, inmerso en un mar de dudas e inquietudes.

Y sin embargo, extrañamente, aquella noche fue la primera vez en muchas que no tuve pesadillas. Soñé con Sarah, y fue un sueño dulce y agradable.

Tal y como ordenó el sargento Benson, partimos al amanecer en busca del dichoso bunker. Aunque no vi a David, que supuse estaría durmiendo, Sarah acudió a despedirnos. Ella había querido acompañarnos, pero yo le insistí para que no lo hiciese pues, desde que había visto por primera vez a aquella mujer, me embargaba un sentimiento protector hacia ella, y no quería que nada malo le ocurriese. Así que el viejo Jacob, renqueante y con la vista de un topo, abrió la marcha junto al ceñudo Benson; Perrault y McNeil les seguían, discutiendo sobre quienes eran las mujeres más bellas, las damiselas francesas o las doncellas de Escocia; John Perry y Atkins conversaban sobre el fin de la guerra, y yo cerraba la marcha preguntándome qué sería lo que tanto había asustado a Jacob, el secreto oculto en el bunker por el que tanta sangre se había derramado. ¿Qué escondían los alemanes? ¿En verdad Hitler tenía un arma secreta definitiva? ¿Estaría en realidad maldita aquella isla? Para no pensar en tantas adversidades, dirigí mis reflexiones hacia Sarah, aquella mujer que me había cautivado. Si todo iba bien, le pediría que se fuera de vuelta con nosotros, ella y su hermano. Me juré que no terminaría sus días como el resto de isleños, siendo una mujer sola y torturada por los recuerdos.

Pasamos horas rodeando la isla siguiendo las indicaciones de Jacob, siempre atentos y vigilantes por si aparecía alguna patrulla alemana a pesar de que siempre

evitábamos las carreteras y los caminos principales. Al final llegamos hasta las faldas de la montaña, donde el viejo Jacob tuvo que detenerse a descansar.

—Estamos muy cerca, hasta aquí llegó la sangre de los muertos fluyendo de entre las rocas. Y en aquella parte debe encontrarse el barranco donde me arrojaron junto a los muertos. Sus huesos aún deben estar expuestos al sol mientras los pájaros picotean entre los jirones de carne que aún les quedan —dijo funestamente el anciano.

—Muy bien, descansen un momento. Perrault, suba a aquella roca con cuidado y dígame si divisa a alguien. Los demás, rodeemos esta cara de la montaña a ver si...

Pero el sargento Benson no pudo continuar hablando, pues sonó un estampido desgarrador y a continuación su brazo derecho quedó agujereado y cubierto de sangre. Todos corrimos a buscar cobertura detrás de las rocas, mientras varios disparos impactaban a nuestro alrededor intentando alcanzarnos. Benson seguía vivo y se arrastró como pudo detrás de unos arbustos, indicándonos que nos fuésemos de allí. Pero ya era demasiado tarde, estábamos rodeados por demasiados soldados que habían permanecido ocultos en las grutas de la montaña, esperándonos hasta estar dentro de la boca del lobo.

Los alemanes disparaban una y otra vez, y aunque nosotros intentamos devolverles el fuego no teníamos opciones. El joven Perrault fue el primero en caer, su pelo rubio quedó cubierto de sangre y materia cerebral cuando una bala alemana le agujereó la cabeza. A McNeil se le encasquilló el subfusil, por lo que se abalanzó cuchillo en mano hacia los alemanes; el barbudo escocés aún tuvo tiempo de llevarse por delante a unos cuantos nazis antes de que su cuerpo fuese acribillado. John Perry aguantó hasta que se terminaron las balas y, cuando se le echaron encima, sacó una granada que le hizo llevarse consigo al otro mundo a unos cuantos compañeros de viaje. Atkins recibió un disparo en la pierna y otro en el hombro, pero aun así siguió disparando con sus Colts hasta quedarse sin munición.

Yo estaba horrorizado, no habría previsto aquel final ni en mis peores pesadillas. Al ver como mis compañeros iban cayendo uno tras otro me quedé absolutamente helado, incapaz de moverme. Cuando quise reaccionar ya era tarde, los alemanes se acercaron empuñando sus armas así que dejé caer el fusil y me rendí. Mientras me llevaban a empujones junto con Benson, Atkins y el viejo Jacob, una mezcla de culpabilidad y de vergüenza inundaba mi espíritu. Y sin embargo, a pesar de reconocer mi fracaso, en cierta manera sentí un poco de alivio al pensar que, al continuar vivo, aún tenía posibilidades de volver a ver a Sarah. Sé que suena mezquino y egoísta, incluso cruel, pero era lo que sentía en aquellos momentos.

Mientras nos conducían por el desfiladero, algo rojo voló por encima de mi cabeza. Era el pañuelo bordado de Perrault, prueba de amor de una joven que esperaría en vano su regreso a casa. Las ráfagas de viento arrastraron consigo la liviana prenda, así como la guerra se había llevado la vida del joven francés. Miré como el pañuelo iba perdiéndose de vista lentamente, hasta que simplemente desapareció.

La entrada al bunker era enorme, mucho más de lo que había imaginado. Aprovechando una gruta natural de la montaña los alemanes habían hecho excavar la roca para dividir su interior en varias secciones. Nos llevaron a uno de aquellos habitáculos, donde nos esperaba el coronel Von Strucker. El oficial iba vestido con su uniforme impoluto, gorra incluida, y nos observaba a través de un monóculo situado sobre su ojo derecho como si fuésemos simples ratas de laboratorio. Se acercó a

nosotros hasta quedar justo delante del viejo Jacob, dedicándole una sonrisa cruel al reconocerlo.

—Vaya, que sorpresa, si es uno de nuestros antiguos voluntarios. ¿Así que ha decidido venir a hacernos una visita? Pues aquí tiene un regalo de bienvenida.

Con la misma naturalidad que un hombre apartaría de sí a una mosca molesta, Von Strucker desenfundó su *Luger P00* y le disparó en la sien al anciano, volándole los sesos literalmente. Tras volver a enfundar su arma, se limpió con un pañuelo los restos sanguinolentos que cubrían su rostro y su monóculo como si fuesen simples migas de pan.

—Verán, en Alemania, nunca dejamos las cosas a medias, si empezamos algo hay que terminarlo sea como sea —dijo el nazi con una frialdad escalofriante en la que se apreciaba una total ausencia de escrúpulos.

En verdad que si no era el Diablo quien se ocultaba en aquel profundo agujero, debía ser uno de sus abominables discípulos. El brillo en la mirada del coronel cuando apretó el gatillo denotaba algo más allá del cruel fanatismo, algo que no me atrevía a describir y que superaba con creces la frontera de la cordura.

—Supongo que tendrán ustedes muchas preguntas, ¿verdad? Como por ejemplo, cómo sabíamos que vendrían a visitarnos en aquel lugar de la playa, o cómo era posible que les estuviésemos esperando en el desfiladero de la montaña. No se preocupen, enseguida conocerán la respuesta.

El coronel ladró unas palabras y al instante dos soldados aparecieron sujetando a un hombre por los brazos. El prisionero tenía las ropas rasgadas, y tanto el cabello como los hombros estaban manchados de sangre reciente. Cuando le levantaron la cabeza que colgaba flácidamente sobre el pecho, pude reconocer a pesar de las heridas que se trataba de David, el hermano de Sarah. ¡Él era el traidor!

—¿Por qué? —le pregunté, aún a sabiendas de que la tortura le impedía hablar.

—¡Oh! Déjeme explicárselo, mis queridos amigos —en verdad que Von Strucker se regodeaba con todo aquello—. El muchacho no quería que mis soldados «visitasen» a su hermana, y para protegerla, el pobre acudió a mí y me contó todo. Hoy mismo, antes del amanecer, vino a encontrarse con una de las patrullas de la isla para denunciar sus planes.

—¿Pero si le contó todo, por qué le han torturado? —pregunté, perplejo. La respuesta del Coronel me dejó completamente helado.

—Por placer. Por puro y auténtico placer —contestó Von Strucker, con la locura reflejada en el brillo de sus maquiavélicos ojos.

Luego el diabólico oficial soltó unas carcajadas tan siniestras que parecían los graznidos de un cuervo, y no paró de reír ni cuando volvió a sacar su *Luger* para terminar con la vida de David de un disparo. Atkins y yo no pudimos contenernos ante tanta exhibición de maldad, pero los soldados se echaron sobre nosotros y nos golpearon. Mientras se llevaban los cadáveres del muchacho y del anciano Jacob, el coronel abrió las manos como si fuésemos unos familiares a los que estaba esperando y, con su cruel e irónica sonrisa, se dirigió a nosotros.

—Tendrán que perdonarme, ¿dónde están mis modales? Estoy seguro que desean ver la razón de la construcción de este bello palacio bajo la superficie, ¿verdad? Pues déjenme ser su anfitrión y acompáñenme a dar un paseo.

Mientras Von Strucker encabezaba la marcha, Benson, Atkins y yo le seguíamos con los cañones de los fusiles alemanes presionando sobre nuestras espaldas. De momento

no podíamos hacer nada, más teniendo en cuenta que mis dos compañeros estaban heridos y desangrándose y nadie hacía nada por remediarlo. Cuando me detuve un instante para rasgarme la camisa y aplicarles un vendaje de emergencia, uno de los soldados me golpeó con la culata en la cabeza, partiéndome la ceja. Ahora ya estábamos los tres heridos, cosa que pareció divertir al coronel porque dejó escapar una risita diabólica. Al menos aquellos hijos de perra me permitieron terminar el trabajo y pudimos reanudar la marcha en mejores condiciones.

A cada minuto que pasaba nos íbamos internando más y más en las profundidades del bunker, y la oscuridad a nuestro alrededor se tornaba cada vez más densa y fría. Un olor desagradable comenzaba a llenar la atmósfera, una mezcla como de sangre y putrefacción. Un escalofrío me atravesó el cuerpo entero al advertir un horror irracional a algo que no podía aún ni ver ni oír, pero que, de algún modo, intuía que estaba allí, acechando al final del largo y estrecho túnel, oculto en medio de las tinieblas más absolutas.

Uno de los soldados que nos acompañaban tembló súbitamente al no poder controlar su miedo, lo que hizo mover involuntariamente la linterna que sujetaba. Von Strucker se giró y con un movimiento repentino le cruzó la cara de un bofetón al soldado, a la vez que le increpaba en voz alta como diciéndole que un soldado alemán con miedo era indigno. Luego continuamos la caminata en silencio, hasta que llegamos a la parte más recóndita del búnker.

Aquella era la sección más grande de todo el subterráneo, una auténtica caverna herencia de la acción química y mecánica del agua sobre la roca calcárea. Montones de guijarros permanecían depositados en las bocas de las galerías que podían vislumbrarse gracias a las linternas de los soldados. El aire frío de la caverna hacía posible que el agua filtrada gota a gota desde la gigantesca bóveda formase una alfombra de cristales brillantes sobre los diferentes niveles del suelo de la gruta. Por ello, las linternas arrojaban una sucesión de sombras fantasmales que se deslizaban por las paredes hasta verse interrumpidas...por eso.

El objeto era claramente metálico, sin embargo, no parecía estar hecho de ningún material conocido por el hombre. Aunque era de un color parecido al aluminio, parecía que su tonalidad variaba según el ángulo de la luz, y en ocasiones casi parecía volverse transparente. La superficie pulida y brillante no parecía tener aristas, y su forma circular evocaba a esos graciosos sombreros de paja que llevan los granjeros del sur de Estados Unidos en época de cosecha. Achatado en los bordes y coronado por una cúpula, sus dimensiones no eran mayores que las de un tanque M-26 Pershing. El objeto permanecía inmóvil sobre una simple estructura de madera que los nazis debían haber construido antes de colocarlo sobre ella. No sabía la razón, pero la mera visión de aquella cosa me producía un sentimiento de temor y aversión, y ello sin contar con el añadido de que encima era objeto de deseo de los nazis.

Porque aquella extraña estructura que desprendía un aura de intensa y aborrecible repulsión tanto sobre mí como sobre mis compañeros, que además afectaba a las mentes de sus espectadores con una misteriosa sensación hipnótica, era la terrible y secreta arma destructora de los nazis. Y posiblemente también era la causa de aquellos misteriosos fenómenos inexplicables en las aguas del Mar del Norte que nos había relatado el joven Perrault.

—Ustedes también se han quedado con la boca abierta, ¿verdad? —dijo el Coronel Von Strucker—. Es una auténtica maravilla, una increíble joya que encontramos en el

fondo del mar en una noche tormentosa. Imagínense lo que significa, los conocimientos que supondría para nosotros si lográsemos arrancarle los secretos que oculta. Solo su blindaje externo ya supone un éxito científico sin precedentes, pues esa capa de metal ha demostrado ser invulnerable a nuestra munición más potente, e incluso a pequeñas cargas explosivas. Pero pronto encontraremos su punto débil, lo forzaremos y podremos apoderarnos de su tecnología. ¿Se imaginan poder replicar su metal sobre nuestros acorazados, o su capacidad mimética en nuestros aviones? Por no decir de cualquier otra arma que seguro contendrá en su interior. Sí, seguro que podríamos cambiar el resultado de la guerra. El Führer se sentirá tan complacido cuando le entregue este tesoro que me recompensará con creces, tal vez incluso, con suerte, me nombre su mano derecha en detrimento de ese enclenque de Himmler. Y juntos dominaremos Europa, y después el mundo, haciendo que todos y cada uno de sus habitantes adore el nombre de Hitler y del coronel Von Strucker.

Miré al alto mando nazi, con los ojos hinchados y enrojecidos por el éxtasis, por cuya boca chorreaba un fino hilillo de saliva espumeante. Su mente enajenada reproducía en su interior visiones de un futuro apocalíptico, donde el Führer se sentaba en un trono dorado sobre una tierra calcinada por grandes llamas demoniacas mientras Von Strucker desfilaba ante un ejército de esqueletos con el uniforme del Tercer Reich cabalgando a lomos del objeto platilloide.

—Está usted completamente loco —le espeté.

—Es lo que dicen de los grandes visionarios, ¿no? Pero no se preocupen, ustedes formaran parte de la historia. Mañana vamos a colocar una última carga explosiva que estoy seguro abrirá alguna brecha en el blindaje de nuestro amigo, y ustedes tres serán testigos de primera fila, pues estarán atados a las cargas. ¿Qué les parece, no es algo poético? Ja, ja, ja...

La noche transcurrió lentamente, mientras la humedad que desprendían las paredes de roca entumecían nuestros miembros. De los tres que quedábamos, solo yo estaba en condiciones de hacer algo para poder escapar de nuestro fatal destino, puesto que Atkins y Benson estaban casi en las últimas. El americano era quien peor lo llevaba, y estar atado a una de aquellas cajas de explosivos no mejoraba su situación. A pesar de que había pasado toda la noche en vela devanándome los sesos en busca de una solución, ésta no se había presentado. Tan solo restaba aguardar sentado y en silencio a que al alba volviese el coronel y sus soldados para hacernos volar por los aires, único momento en que acabarían de una vez nuestras desgracias.

—Esto se acabó, no podemos hacer nada —musitó el sargento Benson en mitad de la oscuridad.

—Si al menos me dejasen fumar un pitillo —dijo melancólicamente Atkins.

—Yo lo usaría para encender todos los explosivos y volar por los aires esa cosa de ahí —dije con rabia, pensando en el artefacto.

—¿Qué dice, Jones? ¿Acaso no recuerda las órdenes? Nos dijeron que si había un arma secreta teníamos que regresar con ella o informar, no destruirla.

—Ya que vamos a morir, sargento, le voy a decir algo —inhalé aire y luego lo solté con furia—. Es usted un idiota. ¿No ve que eso de ahí es algo...abominable? Es inhumano, ajeno a este mundo, tan maldito como esta isla. Lo mejor que podría pasar es que se destruyera en su totalidad.

—Jones, está usted loco. Si salimos de esta le formo un consejo de guerra, ya lo creo que sí. Sabía que lo fastidiaría todo, maldito inútil, si estamos así es por su culpa.

—¡Callaos, joder! —intervino Atkins—. Creo que he oído moverse algo, allí delante.

Nos callamos y agudicé el oído, advirtiendo que el americano tenía razón. Capté un movimiento sutil que provenía de entre las rocas que coronaban una de las grutas situadas en el nivel más alto de la cueva. Alguien se movía en la oscuridad, tanteando casi a ciegas con la única luz de la luna y las estrellas que se filtraba por entre las oquedades de la gruta. Escuché cómo las piedras se separaban de la pared en un pequeño derrumbe, con lo que el intruso cayó al duro suelo antes de lo que había previsto mientras lanzaba un quejido de dolor.

¡Era el lamento de una mujer!

—¿Sarah, eres tú? —pregunté en la oscuridad hacia la silueta que se perfilaba vagamente cerca de nosotros.

—¡Jones! —casi gritó Sarah—. Dios mío, pensé que nunca os encontraría.

Entonces Sarah encendió la pequeña luz de una linterna Daimon de fabricación alemana, y pude recrearme una vez más con sus hermosas facciones.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Poco después de que os marcharais, me percaté de que mi hermano David no estaba y, tras pasar todo el día sin noticias suyas ni de tu grupo, supuse que algo malo había sucedido. He pasado todo el día sola y asustada, buscando entre las grutas de la montaña, hasta que, al pasar por delante de la boca de aquel túnel, escuché unas voces. Decidí meterme en él y llegué hasta aquí.

—Me alegro de que nos hayas encontrado. Sarah, ¿puedes desatarnos?

La mujer sacó una navaja bien afilada y comenzó a cortar las cuerdas que me aprisionaban, y una vez estuve libre ayudamos a Benson y Atkins. Entonces me di cuenta de que Sarah tenía sujeto a la espalda un viejo rifle de caza, era una verdadera antigualla oxidada pero al menos era un arma.

—Jones, ¿qué es esa cosa grande y brillante que hay ahí? Nunca había visto algo así. Y por cierto, ¿qué ha sido de Jacob y los demás?

—Han muerto —contesté.

—Y...¿David?

—También.

Pensé que Sarah iba a llorar pero, en lugar de eso, se levantó con dignidad y asintió con la cabeza. En verdad que no habían en el mundo muchas mujeres como aquella.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Atkins, que tenía la cara muy pálida. Las heridas, junto con el hambre y el cansancio, le estaban pasando factura.

—Vamos a apilar todas aquellas cajas de explosivos de ahí y las vamos a poner bajo ese infernal artefacto, junto con las pocas que habían preparado. Las vamos a hacer estallar todas juntas, y si no conseguimos dañar a esa cosa, al menos la explosión será suficiente como para que todo este lugar quede enterrado para siempre. ¿Estás conmigo?

Atkins asintió, pero el sargento Benson se puso como loco y comenzó a maldecirme a voz en grito, por lo que no me quedó más remedio que dejarle inconsciente de un puñetazo. Luego Sarah y yo nos dedicamos a la tarea de amontonar los explosivos en la base de madera bajo el objeto, mientras Atkins se dedicaba con sus últimas fuerzas a vigilar en la entrada del túnel que subía al nivel superior del bunker.

Una vez que todo estuvo dispuesto, Atkins pidió a Sarah un pitillo, y sonrió al ver como la mujer le tendía un cigarrillo y lo encendía con una cerilla.

—¡Ah, esto es vida! —sonrió el americano al saborear el humo del cigarrillo.

En ese momento un grito llenó la sala, pues habíamos cometido el gran error de olvidarnos del sargento Benson, el cual se puso a lanzar chillidos histéricos a pleno pulmón mientras torpemente intentaba apartar una de las cajas de explosivos.

—¡No podéis destruirlo! ¡Tenemos que llevárnoslo! —gritó el sargento completamente fuera de sí.

Entonces escuchamos los pasos de los soldados que se acercaban por el túnel de entrada, atraídos por el escándalo del enloquecido Benson. Atkins, furioso, cogió del suelo de la cueva una piedra de gran tamaño y le golpeó con ella al sargento, abriéndole el cráneo con un horrible crujido.

—Marchaos —dijo el americano, mirándonos—. Yo estoy demasiado débil para trepar por la roca, pero vosotros aún podéis escapar por allí. Yo encenderé la mecha.

Atkins y yo nos miramos a los ojos, ambos sabíamos que tenía razón. No perdí el tiempo discutiendo, le di las gracias y me llevé a Sarah hasta la pared de la cueva. Empezamos a trepar y, cuando estábamos a punto de salir al exterior, escuchamos los disparos de los soldados, aunque su acción llegó tardía, pues el noble Atkins había utilizado su último pitillo para prender la pólvora de los explosivos.

La detonación fue tan brutal que hizo temblar toda la montaña, haciéndonos rodar ladera abajo a Sara y a mí. La roca se partió en grandes fragmentos y, como si fuese un volcán en erupción, brotó de su interior una gran bola de fuego anaranjada que se elevó hacia el cielo, iluminando la noche con su resplandor llameante. El rugido de la tierra al ser desmadrada tronó sobre toda la Isla de Vloek, la isla maldita, y una lluvia de rescoldos cayó a nuestro alrededor en medio de una gran nube de humo y ceniza.

Y entonces, cuando parecía que la situación se había calmado, escuché un sonido muy extraño, como el que hacen las aspas de un molino al agitarse con el viento. Alcé la vista hacia arriba y observé con horror como el artefacto del infierno flotaba a través del humo intentando escalar metros hacia el cielo. Su movimiento no era uniforme, más bien se parecía al que hace un pájaro herido en un ala mientras intenta seguir en vuelo, y el continuo vaivén en el que se encontraba le hacía desprenderse de parte de su cuerpo metálico.

A través de un agujero en su superficie pude vislumbrar una nueva execración, algo aún más aborrecible que el propio artefacto. La visión de pesadilla de su piloto, una forma sinuosa con múltiples ojos fluorescentes cuyo brillo revelaba toda su maldad innata.

No esperé a ver más, me acerqué a Sarah y extraje el viejo rifle de caza que aún llevaba en la espalda. Sabía lo que tenía que hacer, y que únicamente gozaba de una sola oportunidad. Si fallaba, aquella pesadilla viviente escaparía, y quien sabe lo que podría ocurrir. No debía dudar, solo tenía que hacer lo que me enseñaron en la academia.

Colocar bien el arma sobre el hombro, sujetarlo con firmeza, fijar el objetivo y presionar suavemente el gatillo. Aislarse del mundo y concentrarse en un único punto, sin importar nada más. Y nunca, nunca, cerrar los ojos al disparar.

Y mantuve los ojos abiertos.

El viejo rifle disparó su último cartucho, y el proyectil impactó de lleno en la obscena cabeza de la criatura que comandaba el platillo volador, esparciendo por su

interior grandes fragmentos de una sustancia gris y gelatinosa. El artefacto continuó su trayectoria de forma errática hasta alejarse unos metros de la isla, pero volando cada vez más bajo hasta que cayó al mar. Las aguas se iluminaron un instante con una luz amarillenta, y luego, nuevamente, volvieron a su color oscuro habitual.

La pesadilla había concluido. Me abracé a Sarah y los dos nos encaminamos hacia el pueblo, alejándonos para siempre de aquella montaña y del búnker. Justo antes de abandonarla, un brillo en el suelo atrajo mi atención. Bajé la vista y sonreí al percatarme de lo que era.

Era un agrietado monóculo de cristal, adherido a un pedazo de carne derretida que en su día debió ser un ojo, un cruel y maligno ojo.

Y así acaba este relato, que sin duda Sarah y yo hemos guardado en secreto y que nunca hemos contado, ni siquiera a nuestros hijos. Solo me queda decir que, desde aquella noche en la Isla de Vloek, ya nunca he vuelto a tener pesadillas, pues los fantasmas desaparecieron en la bruma del olvido. La guerra terminó, y tal y como prometió el coronel Lemaire, se olvidaron mis percances anteriores e incluso me condecoraron. Tras la guerra, me casé con Sarah y me licencié del ejército, aunque soy voluntario en las patrullas ciudadanas puesto que ostento el récord de campeonatos de tiro con rifle.

A veces, cuando miro el cielo estrellado por las noches, recuerdo aquella historia, y me pregunto que era aquella cosa, de donde vendría, y si habrán muchos más como ella. Pero entonces miro a Sarah y a mis hijos y entonces me digo que eso no importa.

Porque si vienen, sé que estaré preparado para recibirles.

## **SAMHAIN**

***Sergio Perez-Corvo***

Cuando desperté y abrí los ojos, las tres fotografías seguían sobre el escritorio de mi oficina. Por más que miraba a aquel trío de hombres muertos, no conseguía entender nada. Los dedos extendidos de sus manos, formando un dos, un cuatro y un nueve, no tenían significado alguno para mí. El tiempo se me estaba acabando, y allí estaba yo, estancado y sin saber cómo continuar con todo aquello. Tenía ganas de gritar, de romper las fotografías y lanzar los pedazos por la ventana. Pero eso no serviría de gran cosa. De un manotazo barrí la mesa, lanzando las fotografías al suelo y me dejé caer sobre la destrozada silla. Sentía la cabeza a punto de explotar. Abrí uno de los cajones del escritorio y me serví una generosa medida de ginebra, confiando en que al menos me aliviase en aquellas horas de mierda.

Esperanzado, miré el reloj que colgaba de la pared, rogando a Dios para que aquella locura hubiera terminado al fin. Para que aquel día maldito hubiera acabado. Para que no recibiera otra nueva foto esta vez. Pero mi siesta involuntaria no había durado tanto como habría deseado. La noche no había hecho más que empezar. Todavía quedaba tiempo más que suficiente para que aquel desgraciado jugase su siniestro juego una vez más.

Entonces, tal y como no podía ser de otra manera, el teléfono que descansaba sobre la mesa comenzó a sonar.

—Harry, soy Mecks —el hombre hizo una pausa e incluso a través del teléfono pude escuchar el sonido de su estómago revuelto—. Mierda santa, es otro de los tuyos.

Sentí como la bilis ascendía por mi garganta, quemándome como ácido de batería.

—¿Dónde? —Abrí un cajón y a tientas empecé a buscar el bote de aspirinas. Iba a necesitarlo. Un enano loco había decidido derribar a martillazos el interior de mi cabeza.

—Un motelucho abandonado de las afueras, en las colinas de San Bernardino — Mecks hizo otra pausa antes de continuar—. Ni se te ocurra largarle a Andrews que te he avisado yo. Soy de los pocos amigos que aún te quedan aquí, así que Harry, no me jodas. Tú ve, y haz lo que debas, eso es asunto tuyo. Pero no largues más de la cuenta. Ya hablaremos del tema del dinero en otro momento.

La rabia y la impotencia crecían dentro de mí a partes iguales, saturándome, haciendo que mi cabeza girase como en la peor de mis resacas.

—Tranquilo muchacho. Tus huevos están a salvo conmigo.

Estrellé el auricular contra la horquilla, maldiciendo mi mala suerte y al Dios que decidía que, año tras año, tenía que mearse sobre mí. Me puse en pie, recogí el abrigo y el sombrero que colgaban del perchero.

Otra de aquellas noches de mierda acababa de empezar.

\*\*\*

En el mismo instante en que vi el motel abandonado supe que olería a meados rancios y a miseria. Eso era siempre lo peor en la escena de un crimen, el olor que lo impregnaba todo. Los agentes uniformados corrían de un lado a otro como pollos descabezados, esforzándose por colocar las vallas de madera lo más rápido posible, luchando por mantener a la chusma fuera del edificio. Aun así, el estacionamiento del motel estaba más abarrotado que en último estreno de Hollywood. Como buitres ansiosos de carroña, aquellos jodidos necrófilos habían llegado incluso hasta aquel lugar dejado de la mano de Dios, atraídos por las luces y las sirenas como las moscas por la mierda.

Aparqué el coche y respiré hondo antes de bajar al frío de la noche. Tamborileé con los dedos en el salpicadero del Ford. Aún olía a nuevo. Ese Ford 51 era lo único que había sacado bueno de todo aquel asunto. El dinero de mi jubilación invertido en un trozo de metal de un bonito color rojo chillón. Abrí la guantera y le di un buen trago a la botella de las emergencias. Miré el tétrico hotel. No tenía ganas de entrar allí dentro, no quería que todo empezara otra vez, pero que lo hiciera o no, no cambiaría lo que había sucedido allí. Así que bajé del coche. Caía una fina llovizna helada que me empapó en segundos, pero no me importó, aquel frío me despejaba la cabeza. Resguardada por el ala de mi sombrero, la brasa del cigarro continuaba ardiendo. Y eso estaba bien. Mis nervios iban a necesitar toda la ayuda posible cuando entrase en aquel motel. Aquella iba a ser una noche asquerosa, pero eso ya no era ninguna sorpresa para mí. Llevaba un año entero esperando este momento. Sabía, sin lugar a dudas, lo que me encontraría aguardándome en el interior de aquella habitación.

Me acerqué al uniformado que tiritaba bajo la lluvia mientras controlaba el paso a la escena del crimen.

—Buenas noches muchacho —estudié su cara, tratando de recordarle de mis tiempos en la comisaría. Mientras extendí la mano hacia él, con la palma ahuecada y un billete de veinte asomando por ella. Me dio un fuerte apretón y el billete desapareció como por arte de magia—. ¿Qué tenemos ahí dentro?

—Una jodida aberración. Eso es lo que hay allí.

El policía se quedó mirándome en silencio, con la piel blanca y el olor del vómito reciente aún en su aliento. Me estudiaba de arriba abajo, sin duda preguntándose quién era.

—La prensa no puede pasar. Lo sabe tan bien como yo. ¿Por qué siempre insisten?

Le enseñé mi placa de detective y sonrió con desdén al reconocermelo. Sin duda mi leyenda negra había continuado viva a pesar de los años que habían pasado desde que me expulsaron de la policía.

—Dumond. Así que lo que cuentan de ti es verdad, ¿no? Dicen que aún estas obsesionado con todo esto.

Me encogí de hombros como única respuesta y le ofrecí un cigarrillo que rechazó.

—No te importa que eche un vistazo, ¿verdad?

—Haz lo que quieras, las pesadillas serán sólo tuyas.

Así que empecé a masticar aspirinas, tragándome aquella pasta amarga mientras me dirigía a la entrada de aquel motelucho abandonado. La puerta de la habitación me recibió con la sonrisa de complicidad de un viejo amigo.

Odiaba la noche del treinta y uno de octubre con toda mi alma. El jodido Halloween era como una ortiga metida bien profunda dentro de mi culo. Y no es porque fuera la noche en la que todos los lunáticos de Los Ángeles decidieran que era buena idea pasearse disfrazados, aullando bajo la luna y pegándole fuego al mundo entero. Eso podría haberlo soportado. Era por esto. Como cada puto treinta y uno de octubre, desde hacía quince años, me encontraba con aquello. Con mi propio pasatiempo particular. Un hobby macabro que me había costado una carrera y un matrimonio.

Lo que encontré en el interior de aquella habitación de motel hacía que las descripciones del infierno que se narraban en la Divina Comedia se convirtieran en material escolar. Sesos, carne y piel por todas partes. Un charco de sangre de casi medio metro acumulándose en el suelo. Sangre que el bajo de mis pantalones comenzó a absorber con la voracidad de un niño lactante que llevase días sin mamar. Entre aquella carnicería, un miembro de la unidad científica se esforzaba en pintar los contornos del cadáver, trazando líneas de tiza en el suelo. Maldecía en voz baja mientras dibujaba pequeñas siluetas dispersas a lo largo de la habitación, intentando encontrar todas las piezas de lo que alguna vez había sido un hombre. Alguien hacía fotos. Los flashes me cegaban, mareándome. Tuve que hacer serios esfuerzos para no vomitar encima de todo aquello. Y justo en ese momento, cuando pensaba que ya nada podía empeorar aquella escena infernal escuché la voz.

—¿Pero qué cojones es esto? —una poderosa voz de barítono rugía desde el otro lado de la habitación—. ¿Quién ha sido el idiota que ha dejado entrar a este imbécil aquí?

Maldije mi suerte por segunda vez, y eso que la noche no había hecho más que empezar.

El teniente Andrews se acercaba por el pasillo, con una sonrisa maníaca deformando su cara de gorila y su corpachón oscilando de un lado a otro, los puños apretados bien fuerte dando tirones a los elásticos de sus tirantes—Señores, despejen la zona, ha llegado el jodido Vincent Price. Ahí tienes otro fiambre más para tu teoría conspiratoria, Harry. ¿Tienes ya a tu asesino de Halloween? ¿Qué va a ser esta vez? ¿Vampiros? ¿Vudú? ¿La puta momia de los cojones? — abrió sus enormes brazos y bailoteó de una forma grotesca que intentaba resultar cómica y siniestra a la vez. Tuve que hacer serios esfuerzos para no saltar aquel cuerpo roto del suelo y estrellar mi puño contra su cara porcina— Jodiste tu carrera con tus payasadas y mírate ahora, jugando a ser detective. ¿A qué has venido aquí, muerto de hambre? ¿Qué coño tienes tú que ver con todo esto?

—Que te follen Andrews. Ya no eres mi jefe —odiaba realmente a aquel gordo mezquino

—Por eso mismo, cabrón de los cojones. Ya no eres poli. No pintas una puta mierda aquí.

Lo ignoré y me agaché junto al cuerpo, estudiándolo. Sentí como mi estómago se revolvió. La escasa cena luchaba por trepar a través de mi garganta, pero meforcé en examinar aquel cuerpo. Necesitaba encontrar algo con lo que dar sentido a todas aquellas muertes. El cadáver presentaba atroces heridas de cuchillo en sus muslos, tan profundas que podía verse el blanco del hueso. Parte de su cara había sido

despellejada, con cortes limpios y precisos. Un gran clavo, de aspecto anticuado y lleno de herrumbre, surgía del centro exacto de su frente. La polla de aquel infeliz estaba clavada con un gemelo de este en una de las paredes embadurnadas de sangre y cubiertas de garabatos y otras estupideces de aspecto ocultista. El loco que había hecho aquello se había tomado su tiempo, se había divertido. Estudié las manos y me estremecí al ver los dedos rotos a martillazos, pero resople con alivio. Al contrario que las de los cadáveres de mis fotografías, los dedos no señalaban ningún número.

—¿Es que no me has oído? —Sentí como me empujaban y, sin poder evitarlo, me precipité contra el cadáver. Chapoteé en aquel nauseabundo charco de sangre, sintiendo como la ropa se me volvía húmeda a causa de la sangre que la empapaba. Andrews me gritaba, apuntándome con un dedo acusador que agitaba delante de mi cara— Lárgate de aquí de una puta vez.

Me puse en pie de un salto y antes de darme cuenta de lo que hacía, golpeé con todas mis fuerzas la cara de Andrews. Noté como el tabique de su nariz se quebraba bajo mi puño y no pude evitar sonreír con satisfacción. Aquel gordo desgraciado se quedó con la boca abierta, mirando la sangre que empezaba a cubrir su camisa blanca. Entonces su cara de gorila se transformó y se lanzó, bramando como un toro furioso, a por mí. Varios hombres se interpusieron entre nosotros, gritando y resbalando en el suelo húmedo, evitando que aquel demente llegase hasta mí y me hiciera trizas entre sus manazas.

—Es mejor que te vayas Dumond —el científica que había estado trazando contornos de tiza me miraba desde el suelo, espolvoreando tranquilamente polvos de talco con una pequeña brocha sobre la zona próxima al cadáver, como si nada de aquello fuera con él— Antes eras un buen policía, uno de los mejores. Pero la cagaste con este asunto. Te obsesionaste en ver un caso que no existe Harry. Aunque no te lo creas, le jodiste bien. Tuvieron puteado a Andrews un par de años por tu culpa.

Me quedé mirando a aquel hombrecillo escuálido y amarillento que continuaba esparciendo polvo por todos lados, buscando huellas mientras canturreaba entre dientes, como si nunca hubiera abierto la boca. El hombre se giró una vez, me miró a los ojos y se encogió de hombros con una mueca antes de continuar a lo suyo.

—¡Te voy a joder vivo Dumond! Voy a tener tu puta cabeza clavada en una pica.

Miré a Andrews, que aún luchaba contra aquella masa que nos separaba, y tuve que reconocer que el científica tenía razón. Aquel gordo seboso era un cabrón de mucho cuidado, pero había dado la cara por mí cuando la Jefatura se me echó encima dispuesta a hacerme pedazos. Y eso le había costado tragar un buen montón de mierda.

Así que, con la cabeza a punto de estallar salí de aquella asquerosa habitación, me subí al Ford, abrí la guantera y di un largo trago a la botella de Ginebra antes de volver a mi agujero.

Cuando llegué a la oficina, el paquete estaba esperándome frente a la puerta. La foto de su interior era igual de grotesca que las anteriores. Los dedos del muerto extendidos sobre su pecho. Cuatro en la mano izquierda. Dos en la derecha.

\*\*\*

Nadie me creía, y la verdad, no podía culparles. Era consciente de que todo aquello sonaba a locura, incluso para mí mismo. El elaborado delirio paranoide de un alcohólico con depresión y problemas de autocontrol. Tenía una teoría, una teoría

absurda, al menos para la policía de Los Ángeles. Sin embargo, por mucho que intentaran negarlo, alguien estaba cometiendo complejos asesinatos rituales en la noche del treinta y uno de octubre. Desde hacía más de quince años.

Apenas podía recordar cómo aquella mierda se había cruzado con mi vida. Cuando apareció el primer cuerpo yo era sargento detective en la Brigada de Homicidios. Me gustaba mi trabajo. Joder, me encantaba. Era joven, le echaba ganas y sinceramente, no me veía capaz de hacer otra cosa que no fuera ser poli. Tenía ambición. Cerraba ocho de cada diez casos, lo cual es casi un jodido record. Trabajé en casos de envergadura, como el de Raymond Fernández y su novia, Martha Beck, con el que nos habíamos ganado incluso a la prensa. Todo iba a las mil maravillas. Mis jefes tenían una buena opinión de mí. Sí las cosas no se torcían, el ascenso a teniente no tardaría en llegar, y eso que apenas había cumplido los treinta ese mismo año. Mi mujer vivía en las nubes. Si me ascendían, el sueño de tener una casa más grande y otro bebé, se convertiría en una realidad.

Entonces todo se vino abajo. De un plumazo.

El aviso era como cualquier otro, sin nada que lo hiciera salirse de lo común, sin una puta mierda que lo convirtiera en algo especial. Un cuerpo encontrado en un solar, cerca de las vías del tren próximas a la zona de Leimert Park. Que apareciera un cadáver en los Ángeles era algo dentro de lo normal, más aún si lo hacía en la noche de Halloween. Aquello no era ninguna sorpresa para nadie. Ese día concreto del año solía terminar con violencia. El alcohol y las drogas con las que los tarados festejaban Halloween solían traer consigo agresiones, violaciones e incluso algún asesinato pasional. Todo eso entraba dentro de lo posible. Sin embargo, había algo en aquella escena del crimen que no terminaba de cuajar.

El cuerpo había sido brutalmente mutilado. Los exámenes forenses posteriores dictaminaron que aquel hombre había sido torturado durante horas. Una vez muerto, habían trasladado su cadáver a aquel lugar, arrojándolo a la cuneta como si de basura se tratase. Lo habían dejado en un sitio visible, desnudo y expuesto de la forma más grotesca que se pudiera imaginar. A todas luces parecía que alguien quería dar un escarmiento, un aviso.

Como es de suponer, lo primero que nos vino a la mente fue que se trataba de un ajuste de cuentas de la mafia local, por lo que los investigamos a fondo. Andrews y yo. Por aquel entonces trabajábamos juntos, y aunque suene mal de mis labios, éramos buenos. El gordo sabía presionar a la gente como pocos. Entrevistamos a familiares y conocidos de aquel desgraciado, compañeros de trabajo, posibles enemigos, a cualquier que hubiera tenido el más mínimo contacto con él. Descubrimos todo lo que había que saber sobre aquel infeliz. Supimos más de él que de ninguna otra persona en este mundo. Pero no había nada que nos llevase a lo que había ocurrido aquella noche en el parque. Nada en absoluto. Aquel pobre idiota no tenía relación alguna con el crimen organizado de la ciudad. Aun así presionamos a todos los chicos del negocio. Mickey Cohen incluso se ofendió, acusándonos de que quisiéramos cargarle el muerto por despecho. Parecía que la simple y pura mala suerte había sido la causante de que los caminos de aquel hombre y su asesino se cruzasen.

Sin embargo, aquel crimen se quedó grabado en mí. Había algo en todo aquello que me obsesionaba, algo que no podía explicar. Aquel caso me hurgaba continuamente en el interior de la cabeza. Como una llaga en dentro de la boca en la que no pudiera dejar de hurgar con la lengua.

Al año siguiente, la escena se repitió.

Volvimos a plantear el caso con la misma eficiencia enfermiza que habíamos empleado el año anterior. Y no encontramos nada en absoluto. Trillamos aquel caso hasta que simplemente no hubo más que investigar. De nuevo se olvidó dentro de un archivador y todos pasaron página. Todos menos yo.

Así que, cuando el calendario empezó a dejar ver Octubre escrito en sus páginas, me preparé para el golpe que habría de llegar.

Y lo hizo.

Durante los seis años siguientes.

Aquel asunto empezó a absorber todo mi tiempo. Joder, me obsesione tanto que incluso soñaba con él. Busqué en los archivos de todas las comisarias, y descubrí que, por toda la ciudad de Los Ángeles se habían cometido asesinatos brutales en la misma fecha con anterioridad. Desde 1941 a 1946 habían aparecido cinco cadáveres para ser exactos. El modus operandi no coincidía, las víctimas no tenían nada en común. No se conocían. Nada les relacionaba. Estaba seguro de que ni tan sólo se habían cruzado una mísera vez por la calle. Ni siquiera existía un patrón en la ubicación de los lugares donde habían aparecido los cuerpos. A pesar de todo aquello, teníamos un total de once asesinatos sin resolver. Todos en la misma fecha. Todos ellos inhumanos y sumamente elaborados. Eso era suficiente para mí. Así que acudí a los jefes con aquella historia.

Me reunieron en una gran sala y expuse todo lo que sabía sobre aquel siniestro asunto. Me escucharon en silencio, tomando notas, mirándose ceñudos los unos a los otros mientras les contaba todo lo que sabía sobre aquel caso. Al terminar me estudiaron en silencio. Me explicaron lo que había en juego. Estas jugándote tu carrera muchacho, me advirtieron. No podían permitirse admitir que había un loco suelto. Un desquiciado demente que actuaba con impunidad desde hacía más de una década, justo delante de nuestras narices. Me pidieron que cerrase la investigación, que imaginase el daño que le haría a la imagen pública de la policía de Los Ángeles si llegaba a filtrarse ese rumor. Pero seguí adelante. No podía dormir. No podía pensar en otra cosa que no fuera en aquella jodida noche del treinta y uno de octubre. Así que lo destape todo.

Y me crucificaron.

Su defensa ante aquel enorme montón de mierda humeante que se cernía sobre ellos, amenazando con ahogarlos entre sus entrañas, fue desacreditarme. Me obligaron a ser reconocido por un tribunal médico, y fui considerado como “no apto para el servicio por motivos psicológicos”. Me dieron una mísera paga, una palmada en la espalda y un “te lo dijimos” como despedida. Como respuesta a posibles represalias por mi parte, filtraron toda la historia a la prensa amarilla. Quedé ridiculizado mientras los Jefes del Departamento escondían todos los archivos y dossieres que pudieran relacionar todas aquellas muertes.

Mi vida se escurrió poco a poco por el agujero que yo mismo había cavado.

Fue entonces cuando comenzaron a llegar las fotos.

Fotos de las escenas de los últimos crímenes, mostrando posiciones de los cadáveres diferentes a las que la policía había encontrado en el lugar de los hechos. Cuerpos rotos, señalando con sus dedos diferentes números. Números que no tenían ningún sentido para mí. Dos. Cuatro. Nueve. Aquella última foto con el número seis indicado por dedos rotos y destrozados.

Había pensado en poner esto en conocimiento de la Jefatura de Policía más de mil veces. Pero sabía que no serviría para nada. Explicar cómo había conseguido fotos de los cadáveres, en posiciones distintas a las de las escenas de los crímenes, sería algo muy difícil, más aún teniendo en cuenta mi reputación y todo lo que había sucedido con anterioridad. Estaba convencido de que, por más que la pusiera delante de sus narices, no darían crédito a esta información. Información que haría saltar la mierda por los aires y le complicaría la vida al Departamento, otra vez.

Sería mucho más fácil para ellos cargarme el marrón. Un policía retirado por problemas mentales, tan obsesionado con su última investigación que había perdido la cabeza hasta el punto de convertirse a sí mismo en asesino para dar validez a sus disparatadas teorías. Ya podía ver los titulares en los periódicos. Y lo tranquilos que dormirían todos mientras esperaba en San Quintín mi cita con la silla eléctrica.

Así que esperé. Sin saber muy bien lo que debía de hacer. Y aquellas fotos empezaron a amontonarse sobre mi mesa. Cuatro fotos grotescas que contenían retazos de un mismo infierno. Pasaba horas mirándolas todos los días, intentando encontrar un sentido a aquellos números. Probé patrones numéricos, marqué coordenadas en un mapa. Y no encontré nada. La solución tampoco estaba escrita en el fondo de una botella, pero vaciaba varias al cabo del día. Era la única manera de poder quitarme aquello de la cabeza.

Continué esperando. Arrancando hojas en el calendario, viendo como aquella siniestra fecha se acercaba poco a poco mientras mis nervios se iban consumiendo y mi vida se ahogaba en licores baratos y humo rancio.

Hasta que llegó el día. El jodido treinta y uno de octubre.

Permanecí sentado tras mi escritorio. Mi mirada repasaba una y otra vez aquellas macabras fotografías. De vez en cuando miraba de reojo el teléfono, temiendo el momento en que volviera a sonar y la voz repelente de Victor Mecks me diera la dirección de otra de aquellas carnicerías.

Fotos, números y un teléfono maldito.

Entonces sentí como mi corazón se paraba en el pecho.

Me puse en pie de un salto, volcando la silla en la que había estado sentado. El corazón me latía a mil por hora y por un momento temí que caería muerto allí mismo, en el suelo de aquella roñosa oficina, con la única pista real que había conseguido durante todos aquellos años apagándose inútil dentro de mi cabeza. De un manotazo tiré todas las botellas y la basura que se había ido acumulando con el paso del tiempo sobre mi escritorio. Y dispuse los fotografías, tal y como las había encontrado frente a mí.

Dos. Cuatro. Nueve. Seis.

Tragué saliva con esfuerzo y me esforcé en respirar con normalidad.

Sentía como si el auricular del teléfono pesase una tonelada, oscilando de un lado a otro mientras intentaba controlar el temblor de la mano con la que lo agarraba.

Con calma marqué aquel número.

Dos. Cuatro. Nueve. Seis.

No sucedió nada.

Derrotado me dejé caer sobre el escritorio, con su dura superficie destrozándome la espalda sin que aquello me importase. Por un momento había creído tener al fin la solución a aquel desquiciante misterio. Me maldije a mí mismo un millón de veces por mi estupidez y volví a marcar. Esta vez añadiendo el prefijo de Los Ángeles.

Cinco. Cinco. Cinco. Dos. Cuatro. Nueve. Seis.

—Empezaba a temer que tu tiempo se agotaría. Llevo esperándote casi un año. Al fin te has decidido a llamar. Samhain te aguarda.

Aquella voz rasposa, seca y dura, con un eco metálico, hizo que las pelotas se me encogieran dentro del pantalón. Reprimí el impulso de gritar y antes de darme cuenta de lo que hacía, colgué el teléfono, asustado.

Me quedé allí, sentado sobre aquel escritorio, mirando el teléfono como si fuera algo vivo que pudiera saltar y morderme en cualquier momento. En completo silencio, en la oscuridad. Con la cabeza dando vueltas a lo que acababa de pasar, analizando las implicaciones de todo lo que había ocurrido hasta aquel momento. Pensando en lo que debía hacer a continuación. Por fin, después de tantos años iba a descubrir que era lo que estaba pasando.

Abrí el cajón y cogí el revólver.

\*\*\*

—Mecks cabrón de mierda, no me puedes dejar tirado ahora. ¿No entiendes lo que te estoy diciendo? Estoy a punto de coger a ese hijo de perra.

Victor Mecks miraba a todos lados, saltando cada vez que uno de los polis de la comisaria entraba en el garaje y se cruzaba con nosotros. Y empezaban a ser muchos. Por eso había elegido esa hora, la del cambio de turno. Para presionarle y forzarle a hablar.

—Mierda Harry. Me vas a joder vivo. Si Andrews se entera de que estoy hablando contigo me cortará las pelotas. Está como loco con todo este asunto ¿sabes? Anda de un lado a otro como la jodida inquisición, buscando al que te da los chivatazos. Para él todo esto es algo personal. Va a por ti Harry.

Apreté los dientes con fuerza, sintiendo como la rabia me quemaba el estómago. El dolor de cabeza que siempre me acompañaba se intensificó. Saqué el bote de pastillas y me tragué un puñado de ellas en seco mientras intentaba serenarme.

—Victor, todo esto puede acabar hoy mismo. Escúchame. Ya sabes qué día es. Estos cabrones pueden decir que estoy loco, y seguramente tengan razón, pero eso no cambia los hechos, y tú lo sabes. Esta noche va a aparecer otro cadáver. Pero puedo pararlo, puedo terminar con toda esta mierda. Sólo necesito que cojas este número — le tendí una nota arrugada que contenía el teléfono del asesino—. Búscalo en la lista inversa. Dame un nombre, una dirección. Y te juro por Dios que nunca más volverás a verme.

—Que te follen Harry. No te debo una puta mierda —la cara de Mecks estaba roja, su enorme frente llena de venas abultadas. Sudaba tanto que el sombrero de su cabeza empezaba a oscurecerse—. No pienso jugarme el culo por ti y por tus paranoias.

Los gritos de Mecks empezaban a atraer la atención de los uniformados que iban llegando a la comisaria. El muy imbécil se dio cuenta y bajó la voz, tratando de ocultarse en las escasas sombras del aparcamiento. Si no le presionaba rápido, saldría volando de un momento a otro.

—Me importáis una mierda tú y tu carrera Victor. Acudí a ti porque sabía que cogerías el dinero. Eres lo bastante estúpido y corrupto para eso. Si no me das lo que quiero, te juro por Dios que te reviento a golpes aquí mismo. Va a ser el jodido Andrews en persona el que tenga que separarme de lo que deje de ti.

Mecks me miró con rabia y por un momento temí que se lanzaría sobre mí. Era más joven que yo, estaba en mejor forma. Sin duda me haría pedazos contra aquel suelo asqueroso. Pero notaba la sangre hirviendo dentro de mí. No iba a dejar que todo aquello se me escapase entre los dedos. Había tirado mi vida a la basura por este caso. Y ahora no iba a dar marcha atrás, costase lo que costase.

Mecks debió ver la locura en mis ojos porque escupió con rabia contra el suelo y, de un manotazo, agarró la hoja de papel que guardó en su chaqueta.

—Diez minutos, hijo de puta. Pero una vez que tengas esto, olvídate de mí para siempre.

Aun mirando hacia todos los lados, temeroso de las miradas ajenas, Mecks entró a la comisaría.

—No me va a resultar difícil Victor. Te lo puedo asegurar.

\*\*\*

Aquel sitio daba escalofríos. Una casona antigua que se caía a trozos situada en las afueras de la ciudad, casi en el Valle, rodeada de un campo yermo en el que hacía décadas que no crecía nada. De camino hacía allí había pasado por un par de campamentos de vagabundos. Aquella parte de la ciudad destilaba desolación y desesperación a partes iguales. Había venido sólo, como no podía ser de otra forma. El nudo de mi estómago me provocaba unas nauseas que apenas me dejaban respirar. Por más que lo intentaba, las rodillas seguían temblándome. No sabía lo que iba a encontrarme ahí dentro, pero estaba convencido de que no sería nada bueno. Abrí la guantera del Ford y de un trago apuré un cuarto de la botella de whisky. Aun así, las sienes continuaron zumbándome. Me sentía tan asustado como un niño de cinco años.

Llevaba toda la tarde plantado delante de aquella casa sin saber qué hacer. Dudando sobre si debía llamar o no a mis ex compañeros y decirles que por fin tenía a ese hijo de perra. Que había descubierto a aquel asesino. Sabía que, aunque no me creyeran, enviarían a alguien. Era posible que incluso el propio Andrews en persona viniera hacía aquí, aunque sólo fuera por pegarse el gustazo de reírse en mis narices cuando todo aquello resultase ser una farsa. Todo sería más fácil si un par de uniformados me acompañaban al interior de aquel lugar. Pero algo en mi interior me decía que no lo hiciera. Que todo aquello era un asunto exclusivamente mío. Algo personal en lo que no podía involucrar a nadie más.

Miré otra vez aquella casona, perfilada contra la luna, y me estremecí. Aún podría darme la vuelta. Arrancar el coche y largarme de allí. Cerrar la oficina y abandonar mi estúpido trabajo de detective. Un trabajo del que apenas sacaba lo suficiente para pagar el alquiler. Mudarme a otra ciudad, a otro estado, a cualquier otro sitio del jodido mundo donde aquellas condenadas fotos no pudieran encontrarme. Y olvidarme de todo. Volver a empezar.

Di otro trago a la botella, deleitándome en la sensación de calor del licor bajando por la garganta. Quizás pudiera huir de todo aquello, pero dudaba de que pudiera huir de mi mismo. Acabaría obsesionado con aquella noche, con lo que quiera que pudiera haber encontrado dentro de aquella cochambrosa casa. No podría continuar viviendo. Por más que lo intentase. Cerré los ojos y suspiré con pesar.

Ya no podía dar marcha atrás. Había llegado a un punto sin retorno.

Así que, con el revólver temblequeando en la mano, avancé por aquel caminito de tierra que llevaba al interior de la vieja casona.

El salón de la casa era un completo caos. El olor me golpeó con la contundencia de un puñetazo en plena boca. Tuve que boquear asqueado hasta que pude acostumbrarme a él. Sabía que el tipo de la llamada telefónica era un perturbado, pero ahora que veía la casa en la que vivía temí que me había quedado corto en mi presunción. Los muebles estaban apilados junto a las paredes sin ningún tipo de orden, la mayoría destrozados, abandonados de tal manera que dejaran libre el centro de la sala. En el suelo de esta, grabado de forma tosca sobre la tarima de madera, aparecía un círculo extraño, lleno de símbolos cabalísticos y estupideces similares. Intenté descifrar aquel galimatías, pero al hacerlo la cabeza empezó a zumbarme por la presión. Todo aquello era desquiciante. Había manchas oscuras en el interior de este círculo. Manchas que no me costó mucho reconocer como sangre seca. Multitud de animales disecados colgaban de las paredes, haciendo que el ambiente resultase aún más tétrico. Nadie en su sano juicio podría vivir en un lugar similar.

Y no había nada más en aquella habitación. Nada a excepción de las montañas de libros que crecían por cada rincón libre, apilados de cualquier manera. Avancé con cuidado envuelto en aquella penumbra malsana que cubría la habitación. La luz que se colaba por las ventanas era tan tenue que apenas distinguía más allá del contorno de las cosas, pero me resistía a pulsar el interruptor de la luz o a encender la linterna que había traído conmigo. Había forzado la puerta de entrada con toda la calma que pude reunir, tratando de no hacer el más mínimo ruido. Quería mantenerme oculto el mayor tiempo posible.

Agarré un par de aquellos libros y los volteé en mis manos, haciendo que la luz de la luna los bañase y me permitiera leer los grabados de sus cantos. Vermis Mysteriis. Cultes des Goules. Necronomicón. Ninguno de aquellos títulos me decía nada. Pasé aquellas hojas amarillentas, tratando de encontrar sentido a los demenciales grabados que adornaban los extraños volúmenes antes de volver a dejarlos en el lugar donde los había recogido. Todo aquello era un sinsentido absurdo. La cabeza me dolía ahora más que nunca. Saqué las aspirinas de mi chaqueta y me tragué otro puñado.

Examiné atentamente el resto de la sala. El asesino tenía que estar en algún lugar de la casa. Frente a mí había dos puertas, una de ellas destrozada. A través de esta podía ver una cocina antigua desde la que emanaba un olor rancio y repulsivo a comida pasada. Junto a esta, aparecía una puerta cerrada. Estudie aquella puerta sin animarme a avanzar. Tenía miedo de lo que pudiera encontrarme detrás de ella. ¿Y si el hombre del teléfono estaba allí? Sólo con pensarlo sentí como el cuerpo se me tensaba y las pelotas se me encogían. Miré hacia los lados buscando otras opciones, pero solo había unas escaleras que conducían al piso superior y, aprovechando el propio hueco de estas, un tramo que descendía hacía el sótano de la casa. Esas dos opciones se me antojaron aún peores que la puerta cerrada así que, sin demorar más aquel momento, me dirigí hacia ella.

Noté el pomo pegajoso bajo las yemas de mis dedos mientras lo giraba y tardé un rato en darme cuenta de que era sangre lo que lo manchaba. Así que retrocedí un par de pasos, saqué el revólver y, de una patada, reventé la puerta.

—Santa madre de Dios —el revólver colgaba ahora inútil en mi mano flácida. Me sentía cansado, cansado y sin fuerzas para continuar.

Delante de mí, atado con gruesos alambres a un colchón desvencijado, aparecía el cuerpo desnudo de un hombre. Alguien lo había torturado, sin prisas, destrozándolo por completo. Estaba tan machacado que apenas parecía humano. Su cuerpo estaba cubierto de cortes y laceraciones casi en cada centímetro de su piel. Los huesos de sus brazos y piernas sobresalían en los puntos en los que habían sido fracturados. Los dedos de sus manos y pies eran un amasijo de carne y hueso. Sonreí con cinismo al pensar que este pobre infeliz no podría señalar ningún número. Entonces vi las fotos y un sudor frío recorrió mi espalda.

Docenas de fotos aparecían clavadas con alfileres a la pared. En ellas se mostraba el proceso que había seguido la tortura de aquel desgraciado. Su cuerpo iba mostrando los castigos infringidos, fotografía a fotografía.

—Má... ta... me.

El sonido me pilló tan de improviso que casi dejé caer el revólver al suelo. Observé con horror como la cabeza de aquel ser destrozado se giraba hacia mí. Con los ojos morados apenas abiertos, buscándome. Su boca rota burbujeó sangre y aquel lamento se repitió.

—Mátame... te lo ruego.

Seguía vivo. Aquel hombre seguía vivo. El pánico y la repulsión me vencieron. Giré sobre sí mismo con tanta violencia que estuve a punto de caer al suelo. Entonces lo vi, silencioso y desnudo, justo detrás de mí. Su cuerpo desgarrado, largo y fibroso apenas se recortaba contra la luz de la luna que entraba por la ventana. Parecía una sombra más en mitad de las tinieblas. Acercó su rostro al mío y grité de terror cuando vi aquella cara inhumana.

—Al fin has llegado.

El mazo sanguinolento con el que había destrozado al hombre de la habitación me golpeó de lleno en la cabeza.

Y todo fue oscuridad.

\*\*\*

—¿Dónde cojones...?

Desperté en medio del salón, con la cabeza a punto de explotar. Notaba el lado derecho húmedo y al mirar mi chaqueta cubierta de sangre recordé el golpe del martillo. Intenté ponerme en pie, pero gruesos alambres mordían mi carne sin compasión, anclándome a una pesada silla de madera.

Frente a mí, en el centro exacto de aquel círculo demencial, aparecía una tosca mesa. Sobre esta yacía el tipo destrozado de la habitación. Suspendidas sobre nosotros por medio de finos alambres, cientos de fotografías nos rodeaban, como fúnebres estrellas que brillaban, recogiendo la luz que se colaba por la ventana haciendo centellear su papel satinado.

—Me miran ¿sabes? Cada día observo sus caras. Veo sus ojos acusándome. No quiero olvidarlos, por eso los fotografío. Odio todo esto. Pero es necesario que lo haga. Si no queremos que entren y lo destruyan todo —su voz sonaba hueca y rasposa, tal y como lo había hecho a través del teléfono—. Así es como debe ser. Así es Samhain.

El asesino estaba de pie, de espaldas a mí e inclinado sobre el tipo de la mesa. Continuaba desnudo, y pude ver que su cuerpo era delgado, con la carne blanda y enfermiza colgando de sus huesos. En la parte posterior de su cabeza se distinguían

dos gruesas correas de cuero. Se giró hacia mí y no pude reprimir un grito al ver de nuevo su rostro.

Una máscara metálica lo cubría. Una máscara extraña y repulsiva, sin rasgos, apenas dos hendiduras para los ojos y un corte desigual en la zona de la boca. No había visto ese tipo de máscaras antes, pero su aspecto era tan amenazante que me vinieron a la mente imágenes de torturas e inquisición.

—Eso es lo que debe hacerse. Uno muere para que millones puedan vivir.

Sin más ceremonia levantó el mazo y lo dejó caer con fuerza en pleno rostro del hombre de la mesa. La sangre salpicó el cuerpo desnudo y la máscara metálica. Grité, grité con todas mis fuerzas, sintiendo como la garganta se desgarraba y la boca se me llenaba con el sabor cobrizo de mi propia sangre. Insulté a aquel hijo de puta, retorciéndome en la silla para saltar sobre él y destrozarlo con mis manos, sin hacer caso del dolor lacerante del alambre que me cortaba la piel.

—Aún no lo entiendes, pero pronto comprenderás que es necesario —con parsimonia empezó a forcejear con los cierres de la máscara—. Ya está. Ahora ha terminado. Durante otro año, el velo seguirá cerrado.

—Estás loco hijo de perra. Estas como una puta cabra. Al final te pillarán. Te van a freír por lo que estás haciendo —Trataba de ganar tiempo mientras retorció los brazos, sangrando sobre el suelo. En ese momento me hubiera dado igual perder una mano, o las dos, con tal de poder salir de allí. Aquel tipo se estaba derrumbando delante de mí. Era consciente de que tenía los minutos contados. Tenía que moverme, que hacer algo y deprisa.

—No lo entiendes. Esto no es nuevo. ¡Es Shamain! —Gritó— ¡El maldito Shamain que debe celebrarse año tras año! Siempre ha sido así, y siempre lo será. Desde el inicio de los tiempos hasta el final de la misma vida. Ellos están ahí fuera, esperando. Esta noche tienen vía libre para venir aquí, por eso hay que engañarlos, darles un sacrificio, para contentarlos. Para que vuelvan al sitio del que provienen y se den por satisfechos. Al menos otro año.

—¿De qué estás hablando?— Aquel tipo estaba totalmente ido, pero no iba a ser yo quien le metiera prisa por terminar su relato. Quizás sólo ganase algunos minutos más de vida, pero para mí era suficiente. Al menos podría pensar en cómo intentar escapar.

—Mira a esos imbéciles de la ciudad— Se aproximó a la ventana y observó el exterior, con las manos colgando de los lados y el mazo olvidado ya en el suelo— Corriendo de un lado a otro, disfrazados como niños, paseando sus calabazas y gritando el absurdo: truco o trato. Este es el auténtico truco o trato. O hacemos un trato con ellos, o nos destruirán. Ese es su puñetero truco. Nos devoraran sin ningún tipo de compasión, como nuestros niños devoran los dulces y los caramelos.

—¿Quiénes? —el alambre comenzaba a ceder. Quería gritar de dolor con cada movimiento. Sentía como el metal rozaba los huesos de mis muñecas. El dolor me enloquecía pero seguía hablando—. No entiendo nada de lo que me dices viejo.

—¿Preguntas quiénes? Los Dioses Oscuros. Los Primigenios. Ellos existen mucho antes de que el hombre naciera. En los primeros siglos se alimentaron de nosotros. Cada noche del treinta y uno de octubre, rasgaban el velo que separa nuestros dos mundos y se alimentaban a placer de nosotros, masacrándonos en horribles festines para saciar su hambre eterna —el hombre tiró la máscara al suelo, donde rebotó con un sonido metálico y se giró hacia mí. Aquel viejo me miró con ojos cansados. Su cara

estaba surcada de arrugas, que le hacían parecer mucho más viejo de lo que era en realidad—. Los celtas lo sabían. Por eso sus druidas crearon Samhain, la Noche de Halloween. Elegían una persona, sólo una entre todos ellos, para que sufriera el tormento de miles. Su dolor, su desesperación, sería un bocado exquisito para estos Dioses Oscuros. El sacrificio los contentaría, los mantendría saciados el resto de la noche mientras devoraban el alma de este elegido. El tiempo suficiente para que el velo volviera a cerrarse y quedasen atrapados durante otro año tras él.

Aquel tipo estaba loco. Condenadamente loco. Reí con amargura al pensar en los psiquiatras que me habían examinado a mí. Habrían disfrutado como niños con este desequilibrado. Sus delirios eran tan elaborados, y la convicción con la que los relataba, tan intensa que incluso por unos escasos segundos, su discurso pareció tener lógica.

—Por eso te necesito. Por eso te mandé las fotos. Sabía que acabarías encontrándome, que llegarías aquí— se apoyó en la ventana, descansando el cuerpo con gesto atormentado mientras observaba la luna nocturna.

—¿Por qué yo? ¿Para qué me quieres? Según tu historia, sólo necesitas un sacrificio. Ya lo has tenido. Míralo ahí. Muerto por tu propia mano.

El viejo se aproximó hacia mí. El estómago se me revolvió y giré la cabeza para vomitar. Sentí la orina tratando de escaparse.

Iba a morir.

Aquí.

Ahora.

—Porqué tú crees —me sonrió con la sonrisa más triste que había visto en toda mi vida— Y alguien tendrá que seguir cerrando las puertas cuando yo no esté.

Me quedé con la boca abierta mirando como aquel anciano se agachaba frente a mí y, con extremo cuidado, empezaba a soltar los alambres con los que me había atado a la silla.

Entonces la puerta de la casa reventó. Las bisagras saltaron como balas hacia el interior de la sala. Bajo el marco de la puerta, y ocupando casi todo el quicio de la misma, el teniente Andrews nos miraba atónito, con la cara reflejando incredulidad, pero el revólver sujeto bien firme, apuntando al anciano.

—¿Qué coño...?— pestañeó por un segundo y pareció recuperar la compostura— Hijo de perra, ponte en pie ahora mismo. Pon las manos sobre la cabeza y ponte de rodillas en el suelo. Harry, tranquilo. En cuanto espose a este maricón voy a sacarte de aquí. No te preocupes muchacho. Todo va a ir bien. No puedo creer que tuvieras razón. Jodido Mecks...

Miré a Andrews e imaginé lo que habría pasado. Alguien nos habría visto, a Mecks y a mí, hablando en el garaje. Sin duda se lo había contado a Andrews, y este había presionado a Víctor como solo él sabía hacerlo. Aquel rastrero de Mecks se habría arrugado, dándole la dirección. Y este arrogante hijo de puta se había presentado aquí. Lo conocía lo suficientemente bien para saber qué, si se había tomado tantas molestias, sólo podía ser por dos motivos. O bien pensaba que yo andaba detrás de los asesinatos. O bien pretendía desquitarse conmigo por la pelea del año anterior. Pero ahora estaba aquí, y nada de todo eso importaba. Había llegado en el momento justo, como el providencial séptimo de caballería. Ni siquiera el sonido de una corneta hubiera hecho más gloriosa su entrada a mis ojos.

El viejo me miró una vez más y me sonrió de aquella manera triste tan suya.

—No dejes que vuelvan. Ahora sólo quedas tú.

Muy despacio levantó las manos por encima de la cabeza y las apoyó en la coronilla. Con un crujido artrítico, sus rodillas se doblaron.

—Muy bien desgraciado. Ahora tranquilo, voy a esposarte, y todo esto se acabará en un momen...

La boca de Andrews era enorme. Estaba tan abierta que casi le tocaba el pecho. Se había quedado parado, en mitad del salón, mirando embobado un punto más allá de mi espalda. Intenté girarme, ver aquello que él estaba viendo, pero por la posición en la que aún me encontraba, todavía atado a la silla, el movimiento resultaba imposible.

—¿Pero qué diablos se supone que es eso?

Andrews bajó la pistola. Entonces noté aquella sensación eléctrica invadiendo toda la habitación. Un olor pútrido llenó la sala mientras sonidos desagradables, sonidos de desgarrar, surgían desde detrás de mí. El anciano, aún de rodillas frente a mí, se inclinó a un lado y miró hacia el lugar del que procedía todo aquello. La expresión de terror de su cara fue contagiosa.

—Pero...no es posible... ¡He sellado el portal!

Me retorcí con fuerza, gritando mientras los alambres me cortaban la carne y mi sangre teñía el suelo de la habitación. La silla se volcó y pude rodar sobre mí mismo. Entonces vi lo que producía aquel extraño sonido. Y deseé haberme quedado quieto, de espaldas a aquel horror.

Lo que había allí era tan extraño, tan ajeno a este mundo, que no existen palabras para describirlo. Parecía como si alguien hubiera pintado un lienzo excesivamente realista, un cuadro que mostrase la parte más alejada de aquel salón, justo donde estaba la puerta de la habitación en la que había encontrado al hombre torturado. Y una vez pintado, alguien había decidido que sería buena idea atravesar ese lienzo desde atrás. Sólo que no era un lienzo lo que estábamos mirando, sino el propio tejido de la realidad, y quien lo atravesaba, rasgándolo en trozos como si realmente fuera una tela estirada, no era una persona. Aquellos seres deformes se revolvían en medio de una oscuridad infinita y sin estrellas. Sus enormes cuerpos bulbosos luchaban entre sí para abrirse paso hacia nuestro mundo. Sus formas eran imposibles, cientos de ojos, bocas titánicas que se retorcían sobre sí mismas, devorándose en contorsiones imposibles, tentáculos enormes que serpenteaban húmedos, agarrando los bordes de nuestra realidad y destrozándola con su fuerza sobrenatural. Estos eran los Dioses Oscuros a los que se había referido aquel anciano loco.

Los Primigenios.

—Es imposible. Esto no debería estar pasando. He dedicado mi vida entera a evitar este momento y ahora...—Las lágrimas surcaban su rostro arrugado mientras sus ojillos recorrían frenéticos la habitación— ¡Está vivo! Es la única explicación, el sacrificio está vivo. —Me miró a los ojos, gritando— Tenemos que matarlo si queremos cerrar el portal.

Salió corriendo y se dirigió al mazo, que aún descansaba apoyado junto a la ventana. Lo levantó sin esfuerzo y corrió hacia la mesa situada en mitad del círculo, donde todavía reposaba el cuerpo del hombre al que había dado por muerto. Aquellos seres estaban haciendo un agujero inmenso en nuestra realidad. Sus enormes cuerpos abotargados empezaban a colarse hacia nuestro mundo mientras proferían gemidos de placer con sus voces inhumanas, anticipándose al sangriento festín que les

esperaba en este lado. El anciano intentó llegar al círculo, esquivando los apéndices de aquellos seres, que trataban de atraparlo.

—Tira el martillo. Tíralo y échate al suelo cabronazo. Para todo esto de una vez.

Me giré hacia aquella voz. Andrews apuntaba al anciano, siguiendo la carrera de este con el cañón de su revólver. Algo no estaba bien. Tenía los ojos desencajados de terror. La boca rodeada de espesas babas blanquecinas. El miedo le había superado por completo. Su mente, ante aquel horror inhumano, estaba reaccionando aferrándose a lo que mejor sabía hacer en esta vida. Ser policía.

Ajeno a su advertencia el viejo levantó el pesado marro sobre su cabeza, dispuesto a terminar el funesto trabajo que había empezado. Junto a él, el sacrificio empezó a gemir, más muerto que vivo.

El estruendo de las tres detonaciones se impuso sobre el sonido desgarrador que profería la propia realidad al ser violada por los Primigenios. El anciano dejó caer el mazo a sus pies y se miró, incrédulo, las tres flores carmesíes que florecían en su pecho. Sin emitir sonido alguno, se dejó caer poco a poco hacia el suelo.

Andrews se colocó a mi lado. Con la cara aún descompuesta, dio un fuerte tirón y arrancó los alambres que me retenían. El dolor fue intenso, pero la sensación de libertad que experimenté lo cubrió por completo. Me puse en pie de un salto y me agarre al inmenso hombro de Andrews. Ni siquiera quería volver a mirar aquel agujero en la realidad. Ya tendríamos tiempo de preocuparnos por eso después. Ahora sólo teníamos que escapar de allí. Sin embargo, el teniente no se movía. Miraba incrédulo el revólver que aún humeaba entre sus manos. De aquel agujero entre dimensiones no quedaba el menor rastro.

—Como si alguien hubiera cerrado una ventana de golpe— seguía conmocionado. Miré la dirección que señalaba con el dedo y vi el inmenso tentáculo que, cortado de cuajo por la mitad, aún se retorció en el suelo.

Junto a este, el viejo permanecía tendido en el suelo. A pesar de las tres heridas de bala que le destrozaban el pecho la expresión de su cara era de completa felicidad. Al final, los Dioses Oscuros habían tenido su sacrificio. Imaginé su alma inmortal, siendo consumida por aquellas abominaciones, como niños devorando caramelos de Halloween. Tal y como él mismo había dicho. Y me estremecí de puro terror.

El hombre de la mesa ni siquiera tenía algo a lo que pudiera llamarse cara. Cerré los ojos y apoyé el cañón de mi revólver en su sien. Quiero pensar que, si aún era consciente de lo que le rodeaba, agradeció mi gesto.

Salimos de allí y, en silencio, observamos como las llamas consumían todo aquello. Nunca nadie sabría lo que había sucedido en el interior de aquella casa.

El maletero de mi coche rebosaba de libros, tan extraños como los pensamientos que bullían en el interior de mi cabeza. Sin embargo, por primera vez en años, tenía la mente despejada. Por pura fuerza de costumbre busqué el bote de aspirinas en mi chaqueta, antes de sopesarlo entre las manos y arrojarlo a las llamas.

\*\*\*

Al final solucioné mi caso, para bien o para mal, era un círculo que terminó por cerrarse, aunque tuve que pagar el precio por ello. Mi cordura, que ya colgaba de un hilo, terminó de caer. Desde aquella noche he leído los libros miles de veces. El viejo tenía razón. Esos demonios, los Dioses Oscuros, los Primigenios con los que deliraba,

existen de verdad. Se arrastran detrás del fino velo que los mantiene ocultos de nuestros ojos, separandolos de nuestra realidad, esperando pacientemente a que aparezca cualquier fisura entre nuestros mundos por la que poder colarse y comenzar su festín.

Y su paciencia es eterna.

Como ellos.

Por más que leo los libros no encuentro ninguna solución. No hay modo alguno de acabar con estos seres.

El viejo acabó teniendo razón. Solo existe Samhain. Es lo único importante.

Así que, abro el maletero del Ford y observo al hombre que se retuerce en el interior. Victor Mecks solloza, pero sus lamentos quedan amortiguados por el saco que le cubre la cabeza. El viejo acabó teniendo razón. Alguien tendría que seguir cerrando las puertas cuando él no estuviera. ¿Qué otra cosa se podría hacer? A mi lado, el teniente Andrews asiente en silencio, dando su conformidad a lo que está por suceder. A través de las tinieblas, arrastramos al sacrificio hasta el nuevo altar donde, en los años que quedan por venir, celebraremos Samhain. Andrews me tiende una lista antes de golpearme en el hombro de forma amistosa. Él también los ha visto. También es un creyente. Sólo los peores entre todos nosotros dice. Y leo la lista asintiendo a mi vez.

Así que esperamos, hasta que el momento es inminente y podemos escuchar el sonido de la realidad gritando, comenzando a rasgarse.

Entonces comienza la celebración.

Odio más que nunca el treinta y uno de octubre.

Jodido Halloween.

Jodido Samhain.

## **LÁDIR Y LA CIUDAD SUBTERRÁNEA**

***Javier Sermanz***

Ante él las ramas se sucedían vertiginosamente. El voluminoso cuerpo del caballo las apartaba con violencia como trigo maduro. Crujidos y restallidos se elevaban al aire; gemidos ahogados y jadeos sordos se entremezclaban con ellos. La huida desbocada a través de la maraña era un frenesí de azotes y oleadas de dolor.

Su mano izquierda apretaba la herida que se abría en el costado, la sangre se escurría por entre sus dedos. Sobre el animal galopante el equilibrio se tornaba tarea difícil aun para un jinete de su talla. Las ramas parecían querer derribarlo con su continuo batir. Haciendo denodados esfuerzos lograba colocarse de nuevo en la silla, ayudado por los meneos del caballo.

Miró atrás y, justo antes de ser duramente flagelado, pudo atisbar la silueta de la montura de su compañero Rumal, que le seguía a escasos metros. Poco más atrás se oían los gritos instigadores de sus perseguidores. Era una carrera por la vida.

Ládir sabía muy bien dónde estaba, esa parte de la región era conocida por cualquier ladrón. También sabía que en el momento en que saliera del bosque, sólo la velocidad de su caballo podría salvarlo del entuerto. Y ya no faltaba mucho para que se desplegara la pradera hasta el antiguo pueblo minero.

Una vez más sus ojos constataron el acercamiento de los cazarrecompensas. ¿Acaso aquellas bestias tenían el cuerpo de afilado acero, que separaba las ramas cual se atraviesa el aire? El rostro asustado de Rumal delataba exaltada desesperación al advertir próximas las cabalgaduras de sus perseguidores. Sus piernas espolearon con furia los ijares del sudoroso caballo.

Los últimos árboles quedaron atrás. Ahora doscientos metros de terreno llano los separaban del pueblo. Ládir se reclinó sobre el cuello del caballo y le murmuró unas palabras al oído. Aquello que le dijo redobló la velocidad de la carrera de la misma manera que si la muerte se hubiera colocado a su espalda. En segundos aventajó palpablemente a los perseguidores y al compañero propio. El corazón del equino sonaba como un tambor del tremendo esfuerzo al que se sometía. Ládir advertía la sangre arterial en su cuello bombeada a grandes chorros. Se preguntó, temeroso, si la poderosa energía no se agotaría antes de haber ganado el pueblo.

Mas no fue así. Pronto las casas de madera cubiertas por la capa de polvo del abandono y la soledad se irguieron sobre la colina. Crecieron con la cercanía hasta que la montura jalonó la avenida central. Nubes de blanco polvo se alzaban al aire, ocultándolo todo. No obstante, no había tiempo para tardanzas, el peligro se echaba encima inexorable.

Rumal casi pendía del caballo. A su zaga, una docena de vociferantes hombres avanzaba en tromba, semejante a una exhalación furibunda de acero, sonido y masa. Si sus brazos hubieran sido un codo más largos, los habrían estirado para cazarlo. Con seguridad afirmaría que en su nuca sintió los alientos agitados y cálidos.

Ládir saltó del caballo dejando escapar un gemido. Rápidamente se dirigió a una de las casas circundantes y abrió la puerta. No era casual encontrar pesadas trancas de madera en los interiores. Las ventanas estaban entablonadas, la luz penetraba en un tenue haz que no hacían de la oscuridad sino una cosa más difusa. Tropezó. En el suelo se percató de que el objeto que buscaba yacía junto a él. Luego abrió la puerta y salió al exterior. Todo esto hizo en breves momentos, tal era la perentoriedad.

—¡Rumal! —llamó su atención a voces, aspaventando los brazos.

Su aterrado compañero se lanzó al interior de la casa sin desmontar. Ládir atrancó la puerta a su paso. Al mismo tiempo se oyó el ruido de una flecha clavarse en la madera. Ambos respiraron aliviados mientras en la avenida resonaban los cascos de los caballos y el tintineo de las armas. Las voces eran una mezcla de sonidos guturales y gruñidos. La calma sólo duraría un instante.

—¡Dioses, estamos atrapados! ¡Vamos a morir, vamos a morir! —exclamaba Rumal, presa de incontenible terror.

Ládir aferró el arco de su espalda y preparó una flecha al tiempo que se desplazaba hasta la pared situada frente a la puerta. Todo era calma en su interior. Si se parara a pensar no podría contar cuántas situaciones parecidas habría superado. Rumal era mucho más joven e inexperto que él. Desde que le acompañaba, una racha de mala suerte parecía seguirle.

—Cállate —le espetó secamente—. Haz lo mismo que yo y no digas una palabra más, sino quieres que te mate.

Hubo un intervalo de insoportable silencio. Afuera no se oía nada salvo el soplar del viento. Ni rastro de la feroz manada que los seguía. El ladrón miró hacia las ventanas primero, a la puerta después. No se discernían sombras que revelaran presencia alguna. Rumal temblaba, y le exasperaba con el intenso repiqueteo de los dientes.

—Calma, cachorrillo. No temas, son muchos pero estúpidos. La excitación les impedirá pensar correctamente hasta que se vean atravesados por nuestras flechas.

Ládir era consciente de que ellos estaban en ligera ventaja. Si los enemigos se decidían a entrar, tendrían que hacerlo de uno en uno. Eso les daba la oportunidad de alcanzarlos sin riesgo. Además, la claridad recortaría sus contornos mientras que la oscuridad del interior no les permitiría vislumbrar el sitio por donde llegaría la muerte. Fuese a causa de la Providencia o no, la cabaña se hallaba pegada a un muro natural de la colina, dando por únicos accesos la puerta o las ventanas.

¿Pero serían tan necios como para actuar así? Tal era lo que Ládir temía.

La respuesta llegó en forma de estruendo. He aquí que los tablones de una de las ventanas se descompusieron en pilas de carcoma y putrefacción sobre el polvoriento suelo. Una protuberante roca había caído con ellos. Ládir efectuó un gesto de desconsuelo y rabia a la vez al cerciorarse de que había menospreciado a Huvel. Los años, el desuso, la humedad, eran los enemigos acérrimos de la madera; esto parecía conocerlo bien el cazarrecompensas. En el fondo de la mente del fugitivo clamaba una voz recriminatoria tal desliz.

Apenas transcurridos unos segundos desde el fragor inicial, inútilmente disparada una saeta a la claridad, aparecieron dos figuras pertrechadas con una puerta a modo

de escudo. Un segundo proyectil erró su blanco. Huvel y su subordinado avanzaron por la estancia con la seguridad del protegido, el resto de los perseguidores se amagaban, risueños, a su espalda.

Se escuchaban risas, palabras groseras, amenazas de chacal. Rumal, no pudiendo realizar otra cosa que temblar y bisbisear, se acurrucó contra la pared. Sus ojos se cerraron en espera de la muerte. Ládir, por el contrario, plantó las botas en el maderamen, blandiendo la espada en desafiante gesto. El cuerpo entero del edificio crujía de manera ominosa. La partida de Huvel se petrificó, mirada en torno, para luego arrancar como el embate de una ola.

El poderoso envite de los hombros, incrementado por la superficie de la puerta que portaban, arrastró con fuerza al impotente Ládir contra la pared de atrás, que, no menos podrida que las ventanas, se partió con un sordo rumor. ¡Cuál fue la sorpresa de todos al encontrarse vacío en lugar de piedra! ¿Qué había sucedido con la ladera del risco? La tensión que Ládir reservaba para el contraataque se vio truncada por la falta de apoyo, de modo que el propio desequilibrio lo precipitó por la brecha. En un intento instintivo de salvación sus manos se aferraron al brazo de Rumal, mas tal contribuyó a que ambos se perdieran en la oscuridad del abismo.

Huvel percibió alaridos que se alejaban y luego un increíble fracturar de huesos. Esbozó una amplia sonrisa de satisfacción.

—Este es el fin del ladrón más buscado—. Así fue como atajó el asunto, donando cierto respeto tácito al hecho.

\*\*\*

Ládir se sentía desfallecer, no sabía cuánto tiempo le llevaba el querer incorporarse. Su cabeza era un tremendo tronar de tambores, su cuerpo una larga procesión de agudo dolor. Le daba la impresión de que tenía roca por huesos, la rigidez que lo inmovilizaba allí donde había caído, lo mantenía en una incómoda posición. Sin embargo ignoraba si se había roto algún hueso aunque los pinchazos eran constantes.

Varias veces pronunció el nombre de Rumal, percibiendo silencio en su lugar. Desistió. No tenía idea del lugar en que se hallaba, si bien la lógica le dictaba que aquello debía ser el pozo de una mina. La oscuridad lo sumía todo en negros tonos menos una leve rendija de blancura, allá en lo alto, que indicaba el sitio por donde había caído. Nada se escuchaba que delatara la presencia de movimiento o vida.

Al fin, luego de mucho tesón y denuedo, Ládir pudo incorporarse de la forzada postura. Parecía que el dolor se alejaba a ráfagas. Muy cuidadoso, se palpó las zonas laceradas. Hasta ese instante no reparó en la tirantez de la mitad derecha de su rostro. Sangre coagulada formaba un seco reguero. Seguramente se había golpeado al colisionar contra el suelo.

Al cabo de un rato empezó a distinguir las formas borrosas de la galería. Vio que a su izquierda una pared se levantaba en escalones naturales hasta una altura incalculable. Cerca de ella se abría otro abismo que bajaba y bajaba sin poder determinar su fin. Pensó que Rumal había caído por allí después de escrutar los alrededores. Imprecó su mala suerte.

Cómo salir de ese lugar de negrura; eso se preguntaba una vez tras otra. La abertura en la pared de la cabaña quedaba muy alta. Además el abismo impedía que pudiera llegar hasta ella. Insultando a todos los dioses a causa del dolor, revolviéndose

como una fiera enjaulada, encaminó sus pasos hacia dentro. Si se trataba de una mina, tendría que haber más de una salida.

—Nunca debí llevarlo conmigo.

Recapitó acerca de cuanto les había acaecido en las últimas horas. Se decía de Rumal que era igual de ágil en el robo que en la cobardía. El gremio de ladrones sentía un ligero desprecio hacia su figura. A pesar de ello Ládir lo aceptó junto a él para el trabajo que iba a realizar. Siempre supo que la tarea sería muy arriesgada con un compañero de esas características, pero quiso tentar a la suerte.

Por la ciudad corrían rumores de que Huvel andaba en pos de Ládir. El cazarrecompensas gozaba del favor de innumerables personas adineradas gracias a su impecable labor de caza y captura. Muchos eran los ladrones que habían caído bajo su red. Ládir conocía este hecho.

Precisamente su misión era la de asaltar una caravana de oro y joyas perteneciente al mismo hombre que ahora alquilaba los servicios de Huvel. Mas a Ládir no le importaba lo más mínimo, su vida era un inacabable luchar, robar y ser perseguido. Huvel era uno de tantos que deseaban su muerte.

Sin embargo la profesionalidad del cazarrecompensas provocó el principio de las desdichas del ladrón, a quien se había anticipado en la ruta y dado cerco. Les habían sorprendido en pleno bosque, atacándolos en las sombras. Ládir presentó resistencia, luchó, cortó, vertió sangre. Y fue abatido. Rumal lloriqueaba como un niño asustado, huía, provocando más risa que preocupación en sus perseguidores. Cómo lograron escapar es algo que nunca sabrán contestar.

Lo cierto era que ahora se encontraba en medio de ningún sitio, dolorido, preso, ¡vivo!

Sus pies se hundían ligeramente en la arena, señal de que ese lugar había sido largo tiempo frecuentado. Un sexto sentido, una afable sensación le incitaba a marchar adelante. Era como si no pudiera sustraerse a un brazo invisible que tironeaba, dulce, de él. A lo lejos, muy en la lejanía, una luminiscencia nebulosa emanaba del techo. Apretó el paso. Su mente estaba exenta de cualquier clase de aprensión o miedo. ¿Sería la entrada a un paraíso subterráneo o al mismísimo infierno? Fuera lo que fuere, sería maravilloso.

Se aproximó al umbral y entonces ¡oh, dioses de todo lo prodigioso! Sus ojos, su mente, su alma, se quedaron prendados de la más absoluta y pura belleza.

—¿Acaso estoy muerto? —se preguntó, estupefacto de lo que veían sus ojos embebidos.

No daba crédito, aquello era irreal. El terreno descendía a una planicie de ensueño, rebosante de riqueza. Oro y plata se acumulaban por doquier; joyas, marfil, jade en lingotes relucientes, y brillantes zafiros reposando, calmos, como estrellas del firmamento; rubíes, topacios, esmeraldas, todo cuanto inflama el espíritu de codicia y arrebató los sentidos; estatuas de bronce, espadas cuyo esplendor equipararía a un reino, armaduras de antiguos reyes; telas de antaño, hiladas en platino; vestidos que sobrepasaban toda belleza con sus diseños; misteriosos ídolos cuajados de gemas. Opulencia divina.

Todo esto columbró con regocijo, así como la fruta madura en el árbol espera ser recogida por la mano del campesino, como el trigo la hoz que la siegue; así permanecían allí, sosegadas, dimanando un bienestar somnoliento. Riadas de color y

cataratas de luz ante los ojos de un mortal, hipnotismo incierto. Aquel tesoro de dioses se esparcía conformando una constelación que hería las pupilas.

Ládir apartó la mirada, que se le anegaba de lágrimas. Si observase un segundo más, enloquecería. Ya en su fuero interno sentía un vacío, como si le hubieran absorbido parte de su sabia vital. En esto giró abruptamente sobre sus talones y emprendió la carrera queriendo distanciarse de ese lugar prohibido. Algo allí dentro lo oprimía, lo repelía.

Cuando estuvo apartado de la influencia inexplicable que producía el lugar, persistía el vacío, pero era distinto. Era un vacío que se podía llenar, saciar, de joyas y riquezas. Era un vacío que se originaba en su interior, abrasador, que nada tenía que ver con la atrayente vibración que lo había impelido hasta allí. A poco el recuerdo de lo visto de súbito se borró; como una bruma se disipó. Sólo le quedaba hondamente aferrada una imagen confusa incapaz de descifrar, una sensación distante. Codicia, anhelo desmedido de poseer esa cosa que se perdía en el recuerdo.

—Pero será mía —gritó una voz desgarrada que en nada se asemejaba a la suya.

Después que anduviera unos pasos, el precipicio interrumpía su marcha. Una ojeada más allá le proporcionó un resquicio disimulado en la pared de la izquierda que conectaba con la cabaña. Se trataba de una cornisa angosta de tosca factura para ser humana pero pulida por el hollar de miles de pies para ser natural. Así que la jalonó sin poder reprimir el estremecimiento de un pensamiento oscuro. Pronto los dolores hicieron mella en él. El terreno no era muy abrupto mas el ascenso progresivo y a veces escalonado requería un cierto esfuerzo por parte de sus miembros agotados. La pared rota de la cabaña empezaba a ser visible.

Y aquí fue donde halló a Rumal, muerto, tendido sobre unas rocas de puntiagudos cantos. La expresión de los ojos y del rictus era terrible. A través de las vestiduras rasgadas sobresalían astillados huesos. Había un charco sangriento alrededor. Ládir liberó un suspiro, y trató de ocultarlo con los restos de su capa. Ahora sabía por qué lo había llevado con él.

—Compañero, tu muerte ha salvado mi vida. Siempre te estaré agradecido. Tu nombre será honrado.

En estos términos se despidió de Rumal.

Estaba en lo cierto, el paso se prolongaba lo suficiente como para alcanzar la salida. Apenas un instante, se encontró en el exterior, saboreando el aire fresco vespertino. Se confundían en su mente extraños pensamientos sobre el sitio del cual salía. Tenía la total seguridad de que allí abajo aguardaba algo maravilloso, pero ignoraba qué. La niebla en el recuerdo se espesaba a medida que se afanaba en recordar. Era algo misterioso.

Como también, se dijo, era misterioso que el pueblo se hubiera abandonado en medio de su más próspera época; que su nombre y el de los moradores hubieran pasado al olvido; que un edificio fuera erguido justo ante la entrada de algo tan portentoso. ¿Acaso todo aquello formaba parte de la inescrutable veleidad de un dios?

Averiguaría la respuesta. Por el momento su estado físico era más urgente. Además, algo dentro de sí le decía que necesitaría la ayuda de sus compañeros.

\*\*\*

—¿Qué nuevas traes? —Preguntó con tono apremiante Randor a la persona que acababa de introducirse en el reservado de la taberna. En su cara se leía la preocupación, sus dedos se movían nerviosamente. A sus flancos, sentados en banquetas de madera, cuatro hombres más contemplaban fijamente al interrogado.

—Nada nuevo —contestó, al tiempo que se sentaba devolviéndoles la mirada.

Esos personajes de aspecto llamativo y turbantes sobre sus cabezas pertenecían al gremio de los ladrones. Su lugar de reunión era el reservado de la cortina azul, que con poco se llenaba del humo de sus cigarrillos y del hedor de sus bebidas. El bullicio del local acallaba cualquier cosa que un oído indiscreto pudiera oír.

Randor golpeó la mesa.

—Hace un mes que no sabemos de Ládir, empiezo a creer esos chismes.

Fruel asintió con la cabeza.

—Ya sabes cómo actúa Huvel.

—No me importa, Ládir no se deja atrapar fácilmente —le cortó.

—Sí, pero mirad a los compinches de Huvel —señaló Turol, apartando ligeramente la cortina.

En el fondo de la taberna, en una mesa, el grupo del cazarrecompensas entrechocaba las jarras, a la vez que lanzaban bravatas y estrepitosas carcajadas.

—Mirad a Huvel, mirad su rostro —contradijo, obstinado, Randor.

—Cierto, no parece compartir el júbilo de los otros —fue el recién llegado quien intervino.

Huvel estaba apoyado en la barra, en arrogante postura. Su mano sostenía la botella de un licor que nunca bebía. No podía disimular su inquietud, la cabeza una y otra vez registrando la sala. Era obvio el desagrado con el que miraba a sus hombres.

—Querek tiene razón, más aún sabiendo que el lobo de Huvel acechaba por los alrededores de la ciudad. —Éste que ahora hablaba era Gueldric.

Randor frunció el ceño, moviendo la cabeza en señal de fastidio.

—¿No creéis que Huvel ha ido demasiado lejos esta vez?

—Sí —respondieron los otros, rotundos.

—Quizás habría que ajustar cuentas con él —amenazó Fruel, acariciando el filo de su cuchillo.

—Te olvidas de quién es —le frenó Querek.

—¡Os olvidáis de Ládir! —Randor se irritó.

El eco de su voz quedó suspendido en el silencio. Se dirigieron significativas miradas unos a otros, no sabiendo cómo romper la tensión.

Luego de una ligera reflexión Turol comentó así:

—Huvel siempre ha cazado a ladrones sin talla, a rateros. Esta es la primera vez que entra en la ciudad. ¿Será que ahora se ha armado de valor o será que quiere algo más?

—O que quiere algo que todavía no tiene —siguió Gueldric.

Aquello sonó música en sus oídos.

—Aun así hay que estar loco para entrar aquí. Es irónico, ¿no creéis? Un cazarrecompensas rodeado de ladrones.

La verdad era que Huvel estaba muy seguro de sí mismo como para desafiar al gremio tan abiertamente. Odiado igual que temido, su destino podría ser una daga en la espalda. Huraño de carácter, hosco de facciones, era un hombre cuya ferocidad instigaba temor. El porte guerrero y el gesto salvaje estaban presentes hasta en la rigidez que ahora mostraba su postura.

—Si ese bastardo ha dañado a Ládir, lo pagará —se expresaba Randor, pero hablaba en boca de toda la hermandad.

—¡Más cerveza, tabernero! —exigió uno de los ayudantes del cazarrecompensas, de cuya barba desgreñada chorreaban abundantes gotas de la bebida derramada.

—¡Sí, y date prisa, estamos sedientos! —apremiaron otros tres, ya a un tris de la embriaguez.

Flotaba un áspero y resentido acaloramiento en derredor a ellos. Sus pullas mordaces provocaban ofensas y sus desagradables voces enmudecían a los demás bebedores. Nadie levantaba la cabeza ni profería queja contra el grupo; sin embargo, la tensión, el enojo, se iban extendiendo gradualmente. El desprecio que por ellos manifestaban estaba patente en su silencio.

—¡Tendríais que haber visto cómo se retorció en el suelo! —se burlaba un obeso personaje que bebía a grandes tragos.

—Diles, Gorfán, qué hiciste con su asqueroso gáznate.

—Lo trituré como a un melón con mi bota—. El aludido provocó carcajadas en los compañeros con su respuesta.

Tales comentarios habían sido los causantes de la exacerbación general.

He aquí que entró un hombre de mediana edad. Vestía las ropas al uso del gremio, pero se encontraban tan descoloridas y cubiertas por costras de barro, que su visión era un insulto para el espectador. Una barba despoblada disimulaba las bien conocidas facciones del ladrón.

Al instante la pandilla tumultuosa quedó muda de espanto, los ojos saliéndose de las órbitas. Algunos de ellos se atragantaron y escupieron, entre toses, la cerveza. Huvel no experimentó cambio alguno en la impassible expresión del semblante. Por vez primera pegó un trago a su botella. Fijamente escrutaba al recién llegado, como si no se extrañara de su presencia. Durante unos segundos se estableció un rudo enfrentamiento de ojos férreos.

Frul, que, frente a tan súbita calma, había echado un vistazo a lo que ocurría en el salón, se alzó de un golpe.

—¡Que me aspen si lo que veo es cierto! —profirió atónito mientras recorría la cortina.

Sus compañeros no pudieron más que compartir su sorpresa.

Ládir avanzó en línea recta hacia Huvel, desfilando delante de su perplejo grupo.

—Nos volvemos a encontrar —le anunció, ribeteado el tono de una agudísima mofa.

—Disfruta el momento —dijo, a su vez, lacónico, el cazarrecompensas, sin mover un solo nervio de su cuerpo.

En tanto, de la otra parte de la taberna había salido pronunciando el nombre de Ládir la élite del gremio. Las aclamaciones pronto cundieron por toda la estancia.

—Me alegro de tu regreso—. Randor era como un hermano. Lejos de otras envidias y rencores encubiertos, los abrazos fueron calurosos y Ládir los aceptó con absoluto regocijo.

—Randor, Frul, Turol, Querek, Gueldric —los saludó uno por uno. Luego, volviéndose hacia Huvel, agregó—: debería matarte.

A esta amenaza los ayudantes, sino secuaces del cazarrecompensas, se rebelaron echando mano a sus espadas. Al punto una veintena de armas brillantes se alzaron en su contra. Huvel efectuó un gesto para que volvieran a sus lugares.

—Yo hago mi trabajo y tú el tuyo; no deben existir rencores —subrayó, realizando el ademán de marcharse.

Ládir lo asió por un brazo.

—Tienes razón, pero si volvemos a encontrarnos vengaré la muerte de Rumal.

Ya en la puerta, Huvel insistió:

—A mí me han pagado para que acabe un trabajo.

Esto dijo, abandonó la taberna.

Ládir asentía convencido. Tarde o temprano, pensó, se enfrentarían. Huvel era un viejo lobo a quien profesaba profundo respeto. No obstante, el júbilo del encuentro con sus amigos borró tales pensamientos.

—Vino y cerveza en mi honor y en el de todos —invitó, abrazándose en torno a las espaldas de Randor y Turol—. Vayamos a una mesa a celebrar el momento, las rencillas para otra vez.

Ahora el cuadro regular de aquel lugar estaba nuevamente formado.

—...la muerte de Rumal no fue en vano. —Acabó así el relato sus amigos.

En cuanto los ánimos se calmaron, Randor informó a Ládir el estado del gremio desde su ausencia. No era él maestro indiscutible, si bien su carisma activo y valeroso le había otorgado el reconocimiento de sus superiores. Para el resto de los integrantes era un líder; incluso un ídolo para algunos. Constituía una amenaza para las jerarquías del gremio, los maestros temían encontrarse desplazados por su popularidad y de esto era consciente Ládir. Podría decirse que él y su corro de amigos eran ya un gremio aparte. Y con no pocos seguidores.

—Ya va siendo hora de hacer algo con respecto a ciertas personas. —Randor se refería a las castas superiores de la orden.

—No es preciso que haya disputas internas —se opuso Frul.

—Frul habla con elocuencia. Ellos son viejos, débiles y, aunque se aferren al poder, pronto cederán el puesto a generaciones posteriores.

—No estamos en mala situación. Tenemos libertades que otros no disfrutaban, los beneficios son, en mayor parte, para nosotros. Dejemos el poder a otros. —Dictaminó Ládir.

Había llegado el momento de proponerles la aventura. Les había contado dónde cayó, pero no lo que encontró más allá. Aunque él lo ignoraba también. A medida que regresaba a la ciudad, la sensación de olvido se había establecido en su mente como un muro infranqueable de tinieblas de la misma manera que aumentaba el deseo de poseer, de descubrir aquello tan misterioso; lo prohibido. Era una fuerza que tiraba de él. En ocasiones hubiera retornado sin contar con sus amigos. Mas con inefables fuerzas de voluntad la había superado y allí estaba para transmitírselo a los demás.

—Es extraño —empezó—, lo que voy a pedir. Quiero que me acompañéis a ese pueblo minero. No puedo deciros más, pero estoy en la certeza de que nos aguardan cosas maravillosas, ingentes riquezas que no logro recordar. Sé que estuve allí y vi algo que me conmocionó. Sin embargo desapareció de mi memoria en seguida que abandoné el lugar. Sólo me queda la obsesión de volver ahí comprobarlo.

—Es en verdad extraño, Ládir, esto que nos cuentas —dijo Randor—. A pesar de ello, iremos, ¿No es así?

Los demás asintieron, un tanto desconfiados por lo enigmático del asunto.

—Además, no en balde hemos asistido a otras brujerías inexplicables.

—Eso es lo que temo.

También el resto, a quienes les asaltó el recuerdo espeluznante del suceso de las monedas malditas. Un escalofrío intenso recorrió sus cuerpos.

\*\*\*

Arribó la comitiva de ladrones al poblado minero varias semanas posteriores. Habían salido de la ciudad en el mayor anonimato, sin siquiera anunciarlo al gremio. A parte de los más allegados a Ládir, que eran Randor y Frul, lo acompañaban un número selecto de profesionales de los que ya tenían muy positivas referencias. Entre ellos: Turol, Querek y Gueldric. El camino fue largo y lleno de temores a una posible celada de Huvel, que aunque éste no diera señales de seguimiento, a los ladrones les dominaba la abrumadora sensación de ser espiados a cada paso.

—Ésta es la casa. —Ládir la recordaba nítidamente. Como así recordaba todos los lugares por los que había pasado. A partir de allí la memoria se confundía en una negrura insondable.

Acordaron dejar apostados un par de centinelas que custodiaran los caballos y que, si llegado el caso, anunciaran la presencia del cazarrecompensas. A los desafortunados les pesó no poder participar de lo que allá abajo les esperaba, no obstante obedecieron a Ládir sin dar muestras de disconformidad.

—Entremos de uno en uno, el suelo de la cabaña bien no puede aguantar el peso de muchos —suspiró—. ¡Seguidme!

Ahora dudaba de que si lo que hallaría sería bueno o malo. La incertidumbre le servía de acicate para caminar con más presteza. Cuando estuvo a la altura del fenecido Rumal, realizó un gesto de condolencia que los demás imitaron a su vez. Un penetrante hedor a putrefacción hería los olfatos. Después que la cornisa quedara atrás y que anduvieran largamente por la penumbra impenetrable, visualizaron por fin, con grande pestañeo de sus ojos estupefactos, la claridad celestial que cautivara a Ládir. A excepción de éste, que avanzaba presuroso y con una amplia sonrisa grabada en la faz de tan sensacionales anhelos que le poseían, el resto del grupo andaba inseguro, mano en arma, escudriñando cualquier recoveco o rincón que consideraran sospechoso. La fosforescencia que iluminaba la gruta suscitó respingos y flaqueza de los ánimos en ellos.

Ládir, hasta la médula impregnado de la fuerza atrayente, los conminó a acelerar el paso. Ya diez metros de distancia lo separaban de los compañeros. Entonces ocurrió que aquel influjo poderoso atrapó a todos y cada uno de los ladrones igual que si una red los envolviera. Era como si al rebasar cierta frontera invisible, se perdieran irremisiblemente en sus manos. A poco formaron de nuevo un pelotón compacto y ávido.

Agitados por una profunda emoción se pararon en el umbral que los conducía a la estancia de lo fabuloso. Porque de algo sí estaban seguros, allí sólo podrían descubrir lo más increíble y magnífico del cosmos.

¿O quizás no?

Ládir entornó por un momento los párpados e inspiró profundamente para darse ánimos.

—¡Oh! —Profirió una docena de gargantas embelesadas al mirar hacia la lujuriente luz que arrebatava sus ojos.

Fue lo único que lograron articular; de tan puro gozo que ni a respirar se atrevieron. Sus miradas se quedaron suspendidas, las bocas abiertas. Sin duda se trataba del tesoro de un dios. En cuanto emergió el grupo de ladrones de su estupor, se repartió codazos significativos a la espera de una orden.

Sin embargo, Ládir sintió como una voz se apagaba dentro de él. Una voz que había estado martirizándole durante mucho tiempo. Sintió calma y desahogo. Abajo, en la planicie, esperaba lo que había venido a buscar.

—¡Por todos los dioses, muchachos! ¿No os dije que aquí había algo privado a los mortales? —les gritó, consciente de que ese era un gran momento, las aspiraciones materializadas de cualquier ladrón. Antes de que sus ansiosos hombres se lanzaran a la rapiña, tenían que saborear aquélla visión.

—Siempre confiamos en ti —le contestó Randor, apoyando su mano en el hombro del jefe en ademán impaciente. Una sonrisa era testigo de que en su interior bullían esplendorosos sueños de riqueza.

Los mismos sueños que translucían los rostros de los demás. Sacudían la cabeza como si se hubieran despertado y hubiesen descubierto que lo soñado era real.

Ya pasada la fascinante experiencia de encontrar aquellas riquezas, innumerables como las arenas de una playa, jamás imaginadas por mente humana, enfocaron los ojos de Ládir en derredor de una forma normal. Comprobó que lo que él había atribuido a una planicie del terreno no era tal, sino la plazoleta de una ciudad tallada en la roca de la gruta. A la luz tremolante de las antorchas las sombras cobraban movimiento.

—Recordad que somos profesionales —les avisó—, no os ceguéis por el tesoro, actuad con la cabeza. No cojáis cuanto vuestras manos toquen, sólo las gemas de mayor tamaño y las cosas más valiosas. ¡Llenad los sacos a reventar, muchachos!

Dicho esto, efectuó una señal de que le siguieran y descendió por la pendiente. Bajaban a grandes pasos gritando de euforia pero sin descuidar el asimiento de sus espadas; aún desconocían qué peligros informes podían yacer entre aquel ensueño titilante.

Todo lo vigilaban con desconfianza. A ambos flancos de la entrada discernieron las fachadas de unos altísimos edificios que no se correspondían con las medidas humanas. Las puertas eran gigantescos espacios que conducían a vastos interiores. No se podía distinguir tipo alguno de decoración u ornato, todo era solemne, regio. La plaza circular, circundada de estas edificaciones ingentes, servía de arranque a tres anchísimas avenidas, que parecían dilatarse kilómetros y kilómetros hacia el fondo fundido en densa tiniebla de la gruta. Sobre los lados de las calles se erguían más de esas construcciones de arquitectura insólita. Paredes retorcidas, dinteles oblicuos, columnas inclinadas, invertidos techos, prodigiosas aristas; todo respondía a un anárquico patrón. Era el sueño deforme de alguna terrible deidad y su decadente civilización extinguida en el polvo de las eras. Pues, ¿cómo si no iban a tener cabida tan descabelladas formas en una mente cuerda?

Pero esto no fue lo que más impresionó a los ladrones, que parpadeaban incrédulos. Como tampoco era el descomunal hacín de resplandecientes piedras. Fueron los extraños habitantes de la ciudad subterránea.

No era correcto decir habitantes. La verdad es que no existía un término que definiera a las petrificadas figuras que en un tiempo moraran la ciudad. Aparecían por todos los lugares: en floridos jardines, junto a una puerta, en actitud de paseo o

enfascados en múltiples ocupaciones. Incluso algunas parecían haber sido sorprendidas en medio de una conversación. El modo en que se alzaban, la posición natural de sus cuerpos y no el habitual escorzo del que fallece espasmódicamente, ninguna expresión de miedo, ningún rastro de dolor o padecimiento, nada indicaba que algo antinatural hubiese acaecido. Como si de repente los cielos pétreos de la caverna hubieran precipitado una lluvia de cemento y los hubiese convertido en estatuas allí donde quiera que sus cuitas cotidianas les atareaban.

Mientras descendían a la plaza pudieron cerciorarse de este hecho. Pasando al lado de un par de soldados, lanzaron rápidos vistazos de recelo, invadidos por un claro temor. Si uno de esos habitantes les hubiera hablado, no se habrían sorprendido más, pues ya en las facciones congeladas, ya en los ademanes semiacabados, rezumaba un hálito de vida que ponía los pelos de punta. Parecía que la escena en suspensión iba a recobrar su habitual ritmo en cualquier instante. Aunque poco después, ya frente al mar embravecido de colores rutilantes, desecharon sus aprensiones a una parte muy honda de su mente.

Ládir cogió un puñado de joyas, no exento de cierta estupefacción. Ahora, se dijo, los brillantes se disolverán en mis manos así como hace el barro en el agua. Pero nada más lejano que eso, notó su fría materia palpitando en la palma y, con regocijo, dio la orden de que empezaran a cargar los sacos.

—¡Te das cuenta, Ládir! —exclamó Frul, alzando lluvia de monedas.

—Con todo esto podríamos comprar un reino.

—Te equivocas, amigo, con todo esto podríamos comprar el cielo y a todos los dioses que hay en él—. Lo corrigió Randor con carcajadas de eufórica alegría.

Aquello parecía la sala de un palacio en cuanto a bullicio y diversión. Los ladrones atrapaban entre sus manos temblorosas por los nervios excitados miles de zafiros, esmeraldas y rubíes, y cuando el propio peso desbordaba el cúmulo de lo recogido, comenzaban la operación entre risas y parloteos. Ecos metálicos se propagaban a lo largo de los espacios en un estruendoso repiqueteo que les sonaba como las arpas del Olimpo.

—¡Mirad qué elegancia! —bramaba un hombre que se había rodeado el cuello de anchos collares de inigualable belleza.

Movidos por el júbilo más primigenio, los compañeros contribuían al bienestar general con sornas tales como estas:

—¡Pero si parece el emperador en persona!

—¡No, más aún, un dios celestial!

Tal algarabía y efusividad propiciaba que sus corazones se hinchasen de esperanza y sueños, despejando por un momento los problemas de sus mentes.

Al tiempo que los ladrones revolvían los áureos montes, su jefe observaba su entorno, el rostro ensombrecido por los pensamientos. Randor se sumó a dicho estado, ceñudo también. Ambos se preguntaban cómo habían ido a parar allí esos tesoros, por qué nadie antes se había apropiado de ello. Un vulgar ratero no habría reparado en tales consideraciones, habría entrado, robado y huido sin girar una vez el rostro atrás. Pero no ellos, cuyas mentes suspicaces se activaban al menor indicio de anormalidad. Esto provocó que sobre sus ojos vigilantes los entrecejos se fruncieran.

—No me gusta, Ládir —confesó Randor.

—No temas, pronto nos iremos de aquí. ¡Ricos, inmensamente ricos! —lo calmó, satisfecho de ver que sus hombres trabajaban con una presteza ensalzada por el gozo.

Su compañero sonrió débilmente.

Aquel lugar era tan sumamente extraño. Los edificios, el aire enrarecido, la tenue luminaria que envolvía la ciudad, el silencio sepulcral de incontables eras, y esos remedos de habitantes convertidos en estatuas. Randor y Ládir las contemplaban con detalle, fascinados por su belleza inexplicablemente cautivadora. También por su aterradora bestialidad. Eran seres parecidos a hombres pero con algo de animalesco en sus facciones y en su desmesurada talla. Pese a esa sustancia inerte que se asemejaba al ébano de que estaban recubiertos ellos todos, las figuras emanaban una vivacidad y un realismo propios de un ser vivo. Incluso la manera sinuosa en que sus pliegues se desprendían de las prendas sugería animación. Quién sabe en qué fantásticos tiempos del despertar del mundo había vivido aquella raza.

La perplejidad hizo presa en ellos. Si ninguna ráfaga de aire soplaba, ni llegaba corriente alguna a la gruta, ¿cómo podía explicarse que, ya en los edificios, ya en el suelo, ya en los seres pétreos, no se encontrase el más leve rastro del polvo que los siglos amontonan en su transcurrir implacable?

Ládir trasladó su mirada de un hombre anciano a una mujer con la pierna flexionada que efectuaba el gesto de querer andar. Era curioso, se dijo, que estos seres fueran sorprendidos así por lo que quiera que sucediese. Le daba la ligera impresión de que no estaban allí al azar, como si lo indiferente de sus posturas respondiera a una arcana voluntad. Se adelantó, el corazón le palpitaba. A su lado notó a Randor contener la respiración cuando extendía la mano y tocaba el cuerpo de uno de los habitantes.

¡Estaba caliente! Retiró la mano con un respingo y reculó.

—Qué raro —se extrañó repleto de asombro.

—Ládir, ¿tú no coges nada? —le abordó Frul, que nada imaginaba de su descubrimiento. Regalaba sonrisas. Su vestimenta había sido sustituida por una malla de extraordinario diseño.

—¿Qué tal va todo? —interrogó Randor con apremio. Estaba claro que ese lugar le suscitaba toda clase de aprensiones.

No a su compañero.

—A la perfección. ¡Han encontrado piedras tan grandes como tu cabezota! —se burló a la vez que se retiraba para supervisar las tareas.

Ambos, Randor y Ládir, iniciaron un corto paseo a lo largo de la plaza. Sus cabezas estaban orientadas hacia los descomunales edificios que se alzaban hasta las profundidades y los ojos no cesaban de recorrer los contornos y fachadas. A ellos se les agregó Gueldric.

—Increíble, eh —les comentó, golpeándoles en el hombro con suavidad —. vaya lugar.

El jefe de los ladrones se quedó escudriñando a aquellas criaturas con aire sobrecogido, siendo su espalda recorrida por un frío estremecimiento; magníficos atuendos y armas cegaban con sus fulgores encima de los cuerpos apagados.

—Sí, en verdad es muy extraño —dijo quedamente como respondiendo a un diálogo interno.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Gueldric, intrigado.

Sus pasos se detuvieron justo frente a un colosal soldado, que, con su lanza extendida, parecía impedirles el acceso a la ciudad. Atemorizaba lo imperturbable de su pose.

—Ládir está en lo cierto, hay algo en estos seres que produce miedo. Ya sé que a todos, pero miradlos... —Randor fue de pronto interrumpido por su jefe enfervorecido.

Éste emitía un brillo inteligente en la mirada.

—¡Qué estúpidos! —Al oír tal exclamación, todo el mundo paró en el acto y se giró con atención—. ¡Esto son bagatelas, una distracción! —Les observaba como si estuviese en poder de un secreto valioso—. Randor, Frul, y vosotros cuatro, seguidme. Esta ciudad esconde algo más atractivo que esas joyas. Sí no ¿Por qué razón iban a dejarlas ahí olvidadas?

¿Algo más atractivo que eso? ¿La muerte?

Atónita, el resto de la gente siguió con la vista al pequeño grupo que se adentraba por las calles de la ciudad, Ládir a la cabeza. Sus razonamientos eran lógicos, ¿por qué razón iban a tirar el poder de un rey en una plaza a la vista del primer saqueador?

Avanzaron por una de las anchas avenidas repletas de figuras paralizadas. Nadie sabía dónde ir, qué buscar más. Una intensa impresión traspasaba sus corazones acelerados, concedores de que en cualquier instante un peligro mortal podría cernirse sobre ellos. Las espadas temblaban un tanto en sus manos emblanquecidas por la presión sobre las empuñaduras.

Pasaron al lado de tres niñas que jugaban ensimismadas con unos huesos. Una de ellas, en sus facciones acentuaba la frustración de la derrota, crispados ceño y labios, mientras que las dos restantes mostraban risas por concluir, pareciéndoles a los ladrones que se agitaban los repulgos de los vestidos. Abrieron desmesuradamente los ojos, mordidos por el asombro sin que éste acabara allí. Un par de metros adelante, hallaron a una mujer que transportaba agua cristalina en cubos de madera. Dentro el agua aún se removía en ondas. De esto se apercibió el grupo, acerando la mirada de aguda desconfianza. Lo sobrenatural prestó alas a sus pasos.

—Volvamos —insistía Randor, desplazando la mirada inquieta por cuantas sombras cruzaban.

Ahora caminaban junto a un carpintero que limaba los cantos de un mueble. En su horror, les pareció detectar un movimiento de sus manos, mientras la viruta todavía se desprendía de la madera. “Nuestra imaginación nos está engañando” se obligaron a creer.

—No, sigamos, estoy seguro de que por aquí encontraremos algo que ni siquiera alcanzamos a imaginar.

Y he aquí que las palabras del jefe se cumplieron como una profecía. A la derecha, imponente, extraordinaria, se erguía la arquitectura más inverosímil de cuantos templos puedan existir. Se componía de un bloque central del que brotaban otros más pequeños al igual que los tentáculos de un pulpo. Y de verdad que se asemejaba a un pulpo, con una gigantesca cúpula por cabeza y las fachadas de las construcciones adyacentes cuajadas de ventosas. Por entre miles de rendijas se filtraba la luz de potentes haces desde el interior, otorgándole una siniestra apariencia animada al templo.

“Qué grandísimo diamante debe aguardar allí, cuya luz resplandece por encima de la ciudad” se dijo para sí Ládir.

Los demás no podían sustraerse al influjo de ese fulgor hasta que las órdenes del jefe los trajeron de nuevo al mundo real. El cuerpo les temblaba por la emoción cuando se aproximaron al templo majestuoso. Quizás a causa del miedo, quizás por la

agitación que los ofuscaba, no dieron con un acceso directo al edificio cupulado, así que tuvieron que probar por aquellas otras construcciones alargadas. Efectivamente, más adelante, hallaron unas puertas entreabiertas, por cuyo hueco, ominoso y negro, emergía una niebla espesísima y serpenteante. Titubearon, embargados por un gran temor. El aspecto lúgubre y sepulcral que ofrecía el lugar no inspiraba confianza alguna a sus ánimos susceptibles.

—Entremos—. Ládir fue el primero en subir las escaleras que conducían al interior. El pulso repiqueteaba con frenesí en sus sienes.

Le siguieron, aspirando hondo en busca de seguridad y valor. Apenas entrados, la poderosa luz les hizo parpadear. Allí, en el interior, era más intensa. Cuando se acostumbraron al medio, se encontraron ante el estremecedor escenario de una raza tragada por la vorágine del tiempo. La niebla, espesa y sólida como un muro que sus pies habían de forzar para avanzar, les impedía discernir el suelo, pero el tacto de las suelas de los zapatos les sugería algo nada halagüeño. La rugosidad del firme les causó una aprensión desaforada, pareciéndoles que hollaban los relieves de terribles escenas desconocidas por el hombre. De vez en cuando sus calzados producían un chapoteo viscoso en una sustancia pegajosa de la que no se atrevieron a imaginar qué horrendo ser o fuente la producía. Contra las paredes se apoyaban oscuras deidades de ojos llameantes y bocas dentadas. Más de uno sufrió la mordedura cruel del miedo e intensos escalofríos.

La travesía a través del pasillo fue lenta y llena de penuria. Aquella sustancia parecía querer atrapar sus pies, impidiéndoles todo avance. Finalmente dieron con otra puerta que conducía al edificio central, a lo insospechado.

El resplandor se acentuó todavía más, obligándoles a hacer visera con las manos si no deseaban quedar aturdidos. Sentían un frío glacial recorriendo sus cuerpos, cuyos miembros mantenían en constante movimiento para evitar el entumecimiento sobrenatural que se cernía sobre ellos. Aun así siguieron adelante, impulsados por un invencible anhelo. Y esos aterradores dioses clavando sus infernales miradas en sus cuerpos temblorosos. Mas la expectativa de lo desconocido confirió redoblado valor en sus corazones.

Ládir vigilaba, los sentidos alerta, los ojos viajando de uno a otro lugar de aquel repulsivo corredor. Sabía que detrás de la puerta hallaría algo de inconmensurable valor. Y una cosa así no se regalaba.

—Rápido, empujemos la puerta —apremió Frul, sin apartar la mirada de los rostros enfurecidos de los ídolos.

Poco a poco, sin ruido, sin fricción, la pesada hoja de mármol se desplazó lo suficiente como para que un hombre atravesara el resquicio. Entonces tuvieron que protegerse los ojos de la hiriente luminosidad que se desbordaba, compacta y espesa, como acero fundido. Los que no reaccionaron a tiempo se encogieron de dolor al sangrarles los ojos, ardiéndoles la mente a todos ellos. Los quejidos retumbaron por todo el edificio.

De manera desesperada, trastabillando con la maraña de piernas en desbandada, golpeando contra las paredes a causa de la ceguera momentánea, jadeando convulsamente por el miedo, abandonaron el recinto. Tras ellos la niebla se arremolinaba en torno al espacio dejado por una sombra al desaparecer, un brillo rojizo y maligno resplandeciendo en el aire unos instantes antes de ser engullido por ésta.

Ládir tardó unos minutos en recuperar el sentido y la serenidad. Su cabeza le estallaba en golpes. Randor temblaba y algunos ladrones cegados para siempre se deshacían en quebrantos.

—Me temo que lo que allí reluce está vedado a los ojos mortales —pronunció con resignación una voz.

Frul echó la última mirada, asintió pesarosamente y comenzó a bajar las escalinatas en dirección a la plazoleta, ordenando el regreso de los heridos y del resto del grupo.

“Para los inmortales lo que es de los inmortales, Ládir. En este mundo existen terribles maldiciones y misterios indescifrables. Aprende a distinguir el tesoro que debes robar y tu gloria será eterna”. Esto le había aleccionado muchos años atrás un viejo maestro del arte. Ahora sus palabras resonaban en sus oídos.

—Sí —afirmó sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta.

Sin añadir nada, con la cabeza gacha y un poco traumatizado por el contacto con lo prohibido, con lo sobrenatural, retornó hacia la plaza en pos de sus compañeros. Quizás dejaba tras sus espaldas la mayor riqueza del universo, se dijo entristecido. Qué arduos y desconsiderados resultaban los senderos de la vida en ocasiones. Suspiró amargamente.

A medida que la distancia los separaba del templo, los ánimos volvían a templarse. No obstante, al enfilar la ancha avenida, sus rostros se ensombrecieron. Aquellas criaturas supuestamente petrificadas habían mudado su posición notoriamente para luego permanecer en otros lugares y poses con la misma rigidez de siempre. El carpintero ahora sostenía en sus manos un instrumento que antes no poseía. Y la mujer, oh milagro, ya no transportaba el agua sino que parecía parlotear con una amiga en la entrada de un portal, las manos, los brazos, las facciones en una gesticulación suspendida. ¡Y las niñas del juego de huesos ya no se encontraban allí!

¿Qué adversa deidad estaba gastando tan crueles bromas?

El grupo apretó la marcha, indudablemente convencidos de que algo mágico operaba en la caverna. Una inefable opresión les embargaba cada vez más, aumentándoles las ganas de salir de allí. Y la sospecha de un peligro latente que se cierne sobre ellos. ¿De dónde había surgido esa patrulla que ahora columbraban al fondo de la calle? ¿Y ese hombre de la carretilla? Algo, por razones que no querían plantear, estaba moviendo las estatuas de sitio. ¿O ellas solas se movían? La sangre se les heló de horror ante esta expectativa.

En esto les llegó atravesando el aire un desgarrado alarido proveniente de la plaza.

—¡Dioses! ¿Qué ha sido eso? —Las voces de Ládir y Randor sonaron a la vez.

Emprendieron la carrera por la calle, que extrañamente se hallaba despejada de ocupantes. Al llegar a la plaza atisbaron un corro de horrorizados hombres que se apilaban en derredor a un joven que yacía atravesado por la punta afilada de una verja. La sangre todavía manaba de la herida.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber la voz entrecortada de Ládir.

—No lo puedo asegurar con exactitud —respondió Turol, consternado, los ojos como platos y el espanto palideciéndole el semblante—. De pronto Jafar empezó a correr mientras decía incoherencias acerca de una invencible fuerza que le empujaba. Fue terrible verle, Ládir. Luego se dejó caer sobre esta punta de la verja.

—Sí, yo lo vi —añadió otro—. Ocurrió al ponerse la coraza. Ni siquiera había pasado un segundo.

Algunos más asintieron, agitados por la turbación. Había más.

—¡Y no sólo eso! —continuaron otros, del mismo modo horrorizados—. Lambur ha muerto cuando intentaba quitar la espada a esa estatua. Debió tropezar y clavársela.

—Imposible. Todos sabemos la agilidad que poseía.

Ládir contempló al ser que señalaban. Con un estremecimiento comprobó que la mano y la espada homicida estaban orientadas en un ángulo preciso y calculado. En su faz oscura relucía una siniestra satisfacción. A continuación echó un vistazo a los cadáveres con gesto grave. Los ladrones pedían a gritos irse de ahí. El desasosiego era general y la inquietud se apoderaba cada vez más de sus mentes supersticiosas. Pronto el nerviosismo les haría cometer imprudencias.

—Bien, coged los sacos y marchémonos cuanto antes de aquí —ordenó, contagiado por el malestar.

Los hombres se cargaron los sacos y se apresuraron a salir, emitiendo resoplidos y girando continuamente la cabeza en todas direcciones como si el mal que les acechaba pudiese surgir de cualquier sitio. Querek, remiso a abandonar todas esas riquezas, no pudo reprimir un último impulso y extendió el brazo para apropiarse de una corona que pertenecía a uno de los seres misteriosos.

—¡No, Querek! —lo contuvo su jefe a mitad del ademán, cuando los dedos ya tocaban el metal precioso—. Algo me dice que a ellos debemos respetarlos. Ya tenemos suficiente con lo que hemos recolectado.

Los colmillos asomados en una mueca hostil de la criatura fueron cubiertos por un labio que descansó reflejando una conformidad que a todos pasó desapercibida salvo a Randor.

La escena, aunque no con un desarrollo continuado y abrupto, había variado ostensiblemente. Como por encanto o sin que lo hubieran percibido, decenas de aquellos seres habían convergido en la plazoleta. Muchos de ellos parecían querer continuar un movimiento a medias, una pierna en flexión, un brazo retrasado, una cabeza girada. Sus ropas, sus cinturones y colgantes se balanceaban débilmente en lacónica corroboración.

De todo esto fue consciente Ládir con una mirada que lo abarcó todo. Unos segundos antes a su mirada, próxima a él, una figura semejante al ébano sumergía su brazo en el cúmulo de tesoros. Después que parpadeara tan sólo dos veces, la figura ya estaba de pie con un arma en la mano. La respiración se le cortó. No le cabía duda de que aquellos seres extraños albergaban algún tipo de vida perturbadora como extraordinaria. Sin embargo, se dijo, a pesar de su aspecto aterrador y sobrenatural, de la animalesca ferocidad con que parecían escrutarles, nada en su actitud denotaba amenaza explícita. El peligro, la opresión asfixiante provenía del entorno. Podían respirarlo.

Habría podido dejarse llevar por el terror o enloquecer pensando qué caprichosa deidad había dado vida a esa civilización asombrosa cuya existencia se desarrollaba a intervalos intermitentes, mas no tuvo ocasión.

—¡Qué sorpresa! —bramó una voz desde el umbral de la gruta—. ¡Mirad a quién encontramos!

Los secuaces de Huvel aparecieron en el momento más inoportuno. El brillo de sus aceros enarbolados indicaba hostiles intenciones respecto a ellos. Si bien los ojos estaban fijos en otra cosa: amasijos ingentes de riquezas.

Los ladrones recularon, esperando la reacción de Ládir. Sin darse cuenta habían ejercido mayor presión sobre sus alhajas.

La tensión, tremenda, se abatió sobre ellos. Aunque éste se mostró estoico, como preparado para la contingencia.

—¿Acaso pensabais apropiaros vosotros solos de todo esto? —dijo el que portaba la voz de mando allí arriba; evidentemente no era Huvel.

Luego bajaron con la cabeza alta y la expresión amenazante.

Ládir se debatía en su interior por derramar la sangre de aquellos chacales. Sin embargo apreciaba la vida de sus amigos, que seguramente morirían en sus manos ávidas de codicia.

—No— contestó con parsimonia, con suavidad, la suavidad de alguien que trama algo—. Aquí hay suficiente para todos y más, ¿no pensáis así?

Muchas miradas enfurecidas se encontraron. Las manos aferraron dagas y espadas. Los labios se curvaron de ferocidad. Los ceños se arrugaron. Los semblantes se oscurecieron. Pero las hienas de Huvel asintieron con una sonrisa desmedida y se lanzaron sobre los cúmulos resplandecientes en absoluta indiferencia hacia los ladrones, a los cuales no les dirigieron ni siquiera una somera mirada.

—Siempre supe que nos conducirías al oro, tarde o temprano. Pero esto, esto va más allá de mi imaginación. Debo confesarme sorprendido —se mofó el cazarrecompensas, haciendo saltar en la palma de su mano una estatuilla cuajada de topacios. Distraídamente, mientras continuaba la perorata, la arrojó de nuevo al montón y se acercó a uno de esos seres—. Me pregunto qué haremos ahora contigo —sus manos excitadas desataban las cinchas de una esplendorosa coraza —, no creáis que os dejaremos marchar con semejante secre...¡aagghh!

Entonces, súbitamente sus palabras se convirtieron en un estertor agónico cuando las manos de la criatura se cerraron alrededor de su cuello y lo estrangularon. Cómo se movió la figura con tal celeridad, nadie pudo asegurarlo. Ni Ládir fue capaz de atisbar el movimiento. El caso era que aquellos fornidos miembros como materializados de la nada se habían puesto en acción para después quedar en una postura totalmente paralizada, cual sí así hubieran estado siempre. El cuerpo del cazarrecompensas, suspendido en el aire, pataleó unos segundos antes de expirar.

Tanto los chacales de Huvel como los atónitos ladrones dejaron escapar un gritillo ahogado. Los primeros, lívidas las caras, inútilmente observaron la muerte de su líder mientras que las joyas y monedas se deslizaban por entre sus dedos flácidos. En sus ojos desorbitados podía leerse el desconcierto de lo irracional y el horror de lo indeterminado.

Más allá del montón centelleante se escuchó un gemido apagado. Todos se giraron pero no vislumbraron nada. En el suelo, a los pies de otro ser oscurecido como azabache, se revolvía un ladrón en su propio charco de sangre. La espada que había arrebatado a su dueño volvía a pender de su cadera.

—¡Qué maldito lugar es este! —clamaron las voces de muchas sobresaltadas personas.

Los hombres de Ládir lo observaron un tanto incómodos, agitando los hombros presas de gran miedo. Allí estaban pasando cosas que se escapaban a la lucidez. La inmensa mayoría se acercó a su jefe, rogando con la mirada que ordenara la marcha. Lo único que importaba ahora era alejarse de ese lugar de pesadilla.

La escena se quedó unos instantes como paralizada. Reinó un silencio avasallador que enloquecía los sentidos. Las ansias de capturar a los ladrones se habían desvanecido en sus semblantes medio aturcidos y marcados por la estulticia.

Pestañeaban sin parar, temiendo que los ladrones se abalanzaran sobre ellos en rencorosa represalia. Mas, sin líder como se encontraban, afectados y desmoralizados por lo violento de su muerte, estallaron con ensordecedor griterío y se precipitaron hacia el exterior. Los que iban libres de carga desaparecieron en la oscuridad. Los que portaban collares, piedras y oro se vieron detenidos por una barrera intangible contra la que vanamente se golpeaban sin lograr traspasarla. No importaba la fuerza de sus embestidas. Debatiéndose frenéticamente como si desgarraran el aire, la desesperación acabó por enajenar sus cerebros exaltados por el horror.

Lo que a continuación acaeció fue tan espantoso como la pesadilla de la mente más turbada. Los desafortunados que no pudieron girar la cabeza a tiempo enmudecieron, trastornados. Más alaridos rasgaron los aires, pero esta vez de dolor inhumano y atroz. Obedeciendo a no sé qué poder, los collares en las gargantas estrecharon su lazo hasta la muerte por asfixia; los rubíes, los zafiros se derritieron en un espeso líquido que abrasaba carne y vestiduras; las monedas eran incandescentes al tacto; las armas se volvían contra sus portadores; las mallas, las corazas, comprimían los pechos hasta triturar los huesos.

La gruta se llenó de gemidos agónicos y desvariados gritos. Los ladrones, no pudiendo sufrir el espectáculo dantesco, se llevaron las manos a los oídos, contemplando impotentes las terribles muertes de los cazarrecompensas, que se retorcían en el suelo pugnando por desprenderse de tan mortal carga. Momentos después, fenecido el último, sobrevino gran calma, descansando los tesoros en un nuevo centelleante y atractivo reclamo.

No hizo falta que Ládir ordenara que se desembarazaran de lo recogido, los ladrones, como sacudiéndose una plaga, vaciaron los bolsillos y se despojaron, entre aliviados y acongojados, de toda joya, moneda o metal. Aunque varios de ellos, demasiado tardíos, cayeron al suelo sacudiéndose espasmódicamente. Así hicieron también los enloquecidos secuaces de Huvel que continuaban con vida. Aquellos que habían sobrevivido a la trampa maldita de la ciudad subterránea, prorrumpieron en vertiginosa carrera sin mirar atrás una sola vez.

Esto en cuanto a los más espantados. Los que cuya fidelidad fue superior a sus emociones, permanecieron junto a su jefe. Ládir, y Randor, y Frul, y algunos más no pudieron por menos que derramar unas lágrimas amargas de rabia ante la imposibilidad de poseer todo aquello que tan cerca tenían. Fue como el que despierta de sueño maravilloso y ve, al abrir los ojos, cómo se esfuma con la realidad. Así de afligidos, se encaminaron hacia la salida.

Ya andados los primeros pasos, todavía inmerso en los rotos sueños de las joyas, que le llamaban insistentes con lastimeros destellos, Ládir no reaccionó a tiempo y se dio de bruces con uno de aquellos seres indudablemente vivos pero extraños bajo sus apariencias petrificadas que se interpuso en su camino con su aterradora voluminosidad. El impulso instintivo fue defenderse, mas algo que no supo comprender lo conminó a la calma. Las grandes manos de la criatura le asieron por los hombros fuertemente sin que se pudiera mover en modo alguno.

Detrás suyo, el ladrón oyó el sonido metálico de una espada desenfundándose y pasos de aproximación.

—¡No! —los detuvo. Y detectó un amago de gratitud en el rostro oscuro de la figura.

Invasado por la seguridad que de él emanaba, dirigió su vista directamente a los ojos apagados y quiso explorar en la insondable negrura que los envolvía. Al principio no distinguió nada, pero poco a poco se retiró una bruma que le permitió ahondar en un torbellino que lo sumía cada vez más en un universo nuevo. Lo que vio le robó la respiración.

Las sombras cobraron nitidez, mostraron una tierra extraña envuelta en una atmósfera enturbiada. Vislumbró a aquella raza bestial adorando a dioses igualmente bestiales. Pasó un retazo de oscuridad y la siguiente imagen fue la del templo aún en construcción. Miles de seres se afanaban en levantar columnas y en tallar la roca. No eran en nada diferentes a los que en la ciudad habían visto. También sus movimientos eran discontinuos como parpadeos. Tal era su forma de vida.

Pese a ser una imagen muda, el realismo y la vividez de la escena sustituían a los sonidos más exactos o a cualquier termino de definición que se empleara. Pudo ver cómo uno de sus dioses terribles les otorgaba la posesión y custodia de los secretos del universo, de la muerte y del destino, que con abnegado respeto protegieron en el interior de su templo. Por muchos siglos guardaron con riguroso celo su secreto, sin embargo el oro, las joyas, las riquezas que ofrecieron infinidad de reinos inflamaron de codicia sus espíritus. A cambio de ello no pocos fueron los reyes y señores venidos de todos los rincones con sus deslumbrantes dádivas a los que les fue concedido ese saber cómico. Pero lo inmenso e inescrutable de tal sabiduría enloqueció sus mentes débiles, que no estaban preparadas para lo que allí habían de acceder.

Implacable fue la cólera del dios, quien, indignado por la desobediencia de sus adoradores, los castigó con la vida eterna junto al conocimiento supremo que habían desestimado para que, a la vista inacabable de los tesoros por los que se habían vendido, recordaran a perpetuidad su error. Avergonzados por esta debilidad que les había causado su desdicha y dolor, las criaturas hicieron uso del poder y echaron sobre toda piedra, gema o moneda una maldición que alejara manos codiciosas.

Ládir apartó la mirada y las imágenes se desvanecieron. No necesitaba ver más. Las manos del ser ya no le sujetaban. En su faz rígida se delataban un profundo pesar que por los tiempos le laceraría. El ladrón experimentó un estremecimiento frío y prolongado por todo su cuerpo. Realizó un gesto de comprensión, no muy seguro de que la criatura fuera a interpretarlo. Se sintió culpable y compartió su pena; ellos habían reabierto la llaga que siglos atrás había permanecido semicerrada en su exilio y soledad. En silencio, pidió perdón.

Los rasgos del ser cambiaron para esbozar una sonrisa. Sin que él pudiera verlo, encontró la mano que había extendido en señal de amistad. Ládir la estrechó con profunda emoción, algunas lágrimas deslizándose por las mejillas. Sus compañeros no entendían con claridad, aunque guardaban silencio respetuoso. Por último la figura tendió un finísimo obsequio al cuello del ladrón en otro de esos movimientos pausados. Luego se separó en dos variaciones imperceptibles, brindándoles la salida.

—Hasta siempre, amigo —se despidió Ládir y emprendió la marcha, seguido por sus compañeros, todos fuertemente impresionados.

Cuando llegaron a la altura donde yacía el cuerpo descompuesto de Rumal, Ládir se quitó el collar y lo puso sobre él.

—Nadie lo merece más que tú.

\*\*\*

—¡Huvel, debí imaginarlo!

El cazarrecompensas les aguardaba en el exterior, plantado en medio de la calle sobre su caballo. Mudo, los contemplaba con seriedad. Se hallaba solo, pero había tanta rudeza en su persona, que suscitaba el mismo miedo que acompañado por diez de sus fanfarrones.

—¿Sigues con la idea de atraparme? —Aquellas palabras tenían algo de desafío y de burla. Mas fueron pronunciadas con gran cansancio. En lo profundo de su pecho albergaba la certeza de que podía hacerlo sin que él fuera capaz de impedirlo.

Huvel se acercó ignorando a los otros, que torcían sus labios ferozmente.

—Debería —también su tono era cansino—, pero presumo que has aprendido una verdadera lección.

Dicho esto, tiró bridas y su caballo dio media vuelta. Ládir suspiró hondo durante el tiempo que su silueta se recortaba contra el horizonte. Había descubierto en las profundidades de su mirada a un miembro de aquella raza que moraba la ciudad subterránea.

Y no había sido el único.

## PHILONIUM

*Rafael Trujillo Navas*

Me encuentro en una casa habitada por inquilinos oscuros y volubles. Durante años me he prohibido creer ciegamente en su presencia, en los horrores imperdonables cometidos en el pasado al menos por uno de ellos. Mi pudor materialista cedió completamente cuando hallé el dedal que sirvió para matar a Fabián Manibesa, el dedal de porcelana del que me había hablado con tanto énfasis Consuelo, la vieja sirvienta. A pesar de ésta evidencia, transcurridos algunos meses desde mi hallazgo, traté de persuadirme —en vano— de que ellos se diluyen en la oscuridad de la mente en el mismo instante que dejamos de pensarlos. Como muchos de vosotros, también yo he supuesto que el pavor y la fabulación encendida poseen manos tenues, acariciadoras y diabólicas, capaces de dibujar en la oscuridad un rostro doliente que cuchichea y que pronuncia queda y largamente nuestro nombre, o de confundir nuestro oído y hacer que oigamos llantos, risas alocadas, pasos atribulados allí donde nadie camina. Pero en este momento, en el que ninguna pasión y ninguna teoría me atormentan, no escribo por tener la sensación de que tales cavilaciones ganan certeza cuando las veo escritas en esta pantalla, transformadas en letras titilantes, sino buscando un desahogo a tanto silencio acumulado como hay en mí; y, quizás también, buscando un modo de decirme con verdadero convencimiento: «Simón, a pesar de como ha acabado el asunto con León Bujalance, has hecho lo que debías rompiendo delante de sus narices el contrato de compraventa de la finca Los Manises que has heredado de tu familia materna... León Bujalance, pagará su locura».

A nadie, ni siquiera a mi esposa ni a mis hijas, le he confesado yo la soledad y la extrañeza que me han ocasionado saberme el confidente de las huidizas presencias de la casa materna. Me arrepiento de no haber compartido con ellas el peso de la maldad de mi tío abuelo D.H, del que abomino aquí y ahora, eternamente.

Al hilo de estas palabras me viene a la memoria con una nitidez extraordinaria, una tarde muy calurosa de mediados de agosto. Los gorriones se desplomaban asfixiados desde los aleros de los tejados y se destripaban en las grandes losas de mármol. Recuerdo a D.H enmarcado en aquella atmósfera quieta, con un rosario de cuentas como garbanzos de plata entre sus dedos orondos. Como era habitual, estaba al lado de su prima segunda Marta, la mujer sin cara a la que amaba hasta la locura. Aquella tarde él rezaba amodorrado por el calor y el ruidillo de vaivén de las mecedoras de olivo. Tantos kilos encima le conferían a sus movimientos una lentitud de batracio. De cuando en cuando interrumpía el rezo y los allí presentes permanecíamos en silencio, a la espera de oír su vocecilla de caña. Antes de continuar el rosario, se llevó la jarra llena de horchata y pedazos de hielo a la boca y sorbió ruidosamente, luego empapó el

sudor de su cuello de toro con un pañuelo con las mismas iniciales que solía llevar bordadas en sus blusones de lino: D.H, Damián Huertas.

Pocos meses después de muerto, la vieja ama empezó a escuchar en una de las habitaciones de la segunda planta los resoplidos inconfundibles de éste, a husmear la misma peste a cloroformo que expedían sus batas de farmacéutico. En otra ocasión, mientras ella colocaba la ropa planchada en la cómoda de Marta, en algún punto incierto del dormitorio se fue espesando una forma difusa. Escuchó hipidos al pie de la cama de Marta y una respiración acezante. Consuelo se quedó perpleja, plantada en el charquito amarillento de sus propios orines, al distinguir el corpachón lívido e inconcluso de Damián Huertas. El sobresalto le removió el estómago; pero ni el ruido de sus arcadas ni sus gestos espantadizos lograron que el aparecido de carnes fofas se desvaneciese en el aire. Apareció desnudo, dando hipidos, cascándose su colita de niño mientras miraba con embeleso a una Marta muy joven, con la cara limpia de cicatrices, dormida entre las sábanas revueltas.

«Pero ¿por qué regresan?», se preguntaba Consuelo en su dormitorio; la estancia amplia y destartada con vigas de madera en el techo. Era el lugar donde le gustaba ponerse los vestidos de mis tías y empolvase las mejillas con colorete. Cuando mis padres me dejaban a su cargo y apenas quedaba gente en la casa, ella me conducía a aquella habitación y me hablaba de mis parientes muertos. A nadie más le habló de ellos, ni siquiera al frenólogo que le había aplicado curas de sueño para aplacarle los nervios.

Me fluyen recuerdos muy vivos de cuando yo era un niño con los riñones enfermos. Me recuerdo en aquel tiempo, en la habitación de Consuelo: estoy sentado en una maleta rehundida y le miro de reojo a las tetas, opulentas, descolgadas, acabadas en dos chupetes retintos y obscenos. Sus labios se frotan uno contra otro para extenderse el carmín. Asisto boquiabierto a su modo de caminar y a sus ademanes de señora encopetada... Prende el cigarrillo clavado en la punta de la estilizada boquilla (sólo fumaba en aquella habitación) y tras la humareda de matalahúva me habla de mis parientes muertos, solemne, presa de un temor primordial. «Son de tu sangre, niño mío, aunque estén muertos».

Consuelo solía percibir palabras como mascadas, ininteligibles; figuraciones inacabadas, como las manos de un caballero sobre la escritura de una finca llamada Los Manises (ansiada desde tiempo inmemorial por León Bujalance), lanzando desesperadamente naipes a las manos hundidas del otro lado del tapete. «¿A quiénes pertenecían aquellas manos sin sus respectivos cuerpos?» Veía, como yo mucho más tarde, la estampa luminosa de un hombre peinado con una pulcra raya en el centro del pelo, atractivo, arremangado hasta los codos, con un azadón entre las manos, cavando sin maña una oscura fosa al lado de un bulto parecido al cuerpo sin vida de una mujer; otras veces, éste mismo hombre, con bigotito y camisa de cuello duro, le estaba quitando con delicadeza, como si temiese arañarle los hombros, el sostén a una señora de peinado pomposo y enaguas anacrónicas. Quiero creer que éste última aparición es la de Darío, el mayor de los primos de mi madre, el dandi que murió enloquecido por la sífilis en un hospital de Málaga, cuyo retrato al óleo pende aún de una de las paredes del despacho donde ahora me hallo. Algunos más han pululado y pululan por esta casa de casi dos mil metros cuadrados. Pero en mi cabeza sólo reina ahora la sórdida fulguración de un asesino de mi sangre y un manojo de referencias sueltas e inconexas sobre su víctima, un hombre llamado Fabián Manibesa.

Fabián fue el pretendiente de Marta, huérfana y prima segunda de Damián Huertas, cuando yo aún no había nacido y Consuelo aún vivía con sus padres. Sé que fue un ingeniero de ferrocarriles oriundo de Lasarte, destinado por RENFE durante un tiempo en la red ferroviaria del Sur. Un fervoroso católico, con gustos caros como las embarcaciones deportivas de madera, y otras costumbres de los adinerados de entonces. El cliché transmitido y alterado de una generación a otra en mi familia materna, es el de que tenía una facha elegante y era muy ocurrente y un tenor lírico aficionado que llegó a cantar en el Teatro Arriaga de Bilbao las arias de Cossí fan tutte. Poco más sé de él, salvo su pasión y la ternura que sintió por Marta, patentes en las cartas que recibí en herencia de Consuelo, la sirvienta integrada como un miembro más en mi familia materna, junto a joyas antiguas y a un cuaderno escolar manuscrito por su puño y letra con un lápiz de carbón.

En las cartas de Fabián, pueden leerse expresiones como “sincero afecto” ó “amistad sin doblez”, referidas a la relación entre él y Damián Huertas. De hecho el hilo de la relación entre Marta y Fabián Manibesa, se estableció gracias a la fama de Damián Huertas en la preparación de fórmulas magistrales y específicos prodigiosos para enfermedades de piel. Fabián Manibesa entró un día en la farmacia de Damián Huertas con una prescripción médica para un eccema. Desde éste momento hasta que Marta y Fabián sellaron su compromiso de noviazgo no transcurrió mucho tiempo a juzgar por las fechas de las cartas. Sin embargo, debió llegar el momento en el que para Damián Huertas el solo hecho de oír el nombre de Fabián brincando doradamente en los labios de Marta, le pudría las entrañas y de ese martirio hasta la maquinación aniquiladora existe menos trecho del que se piensa. Damián Huertas recorrió ese trecho tragándose la bilis, zorruno, amistoso y cortés en exceso con Fabián, cuando éste en realidad le provocaba un odio atroz.

Recuerdo el rostro descompuesto de indignación de Consuelo cuando mentaba a Damián Huertas. Le aterrorizaban sus visitas, sus palabras —comprensibles en su caso—, pronunciadas como si aún estuviese vivo. Cada vez que ella discernía en la atmósfera el corpachón del farmacéutico, tensa la triste trompita entre las ingles, dando hipidos, intentando montar infructuosamente a Marta, andaba maldiciendo por esos pasillos.

Consuelo quiso de corazón a Marta. Ésta la encontró en una carretera de este pueblo llamado Castro, con una pesada maleta de cartón, medio desangrada de un aborto. Le costeó el tratamiento en el sanatorio y la recogió en esta casa de visitantes escurridizos. La vieja ama nunca olvidó ese gesto, por eso le dolía tanto el regreso y la confesión post mortem de Damián Huertas, al que conoció ya viejo e inofensivo, pocos años antes de que se lo llevase un bendito golpe de calor en la campiña, mientras miraba con sus anteojos una carrera de galgos.

Es curioso. A pesar de haber pasado las dos mujeres más de media vida juntas, mantuvieron en silencio lo que cada una de ellas sabía sobre Damián Huertas. Consuelo hubiese puesto su cuello bajo un hacha herrumbrosa, antes de transmitirle a Marta que sabía por sus visiones terroríficas de los obscenos manejos de Damián Huertas para tirársela. A Consuelo le daban sofocos de indignación cuando veía la faz derretida de Marta, con la naricilla modelada debajo de los ojos, desdibujados el arco de la cejas y las líneas de la boca, en la que danzaba permanentemente la sonrisa desencajada de una momia.

«Mía serás, Marta», repetía el espectro de Damián Huertas, mientras progresaba en la antigua cocina. Consuelo, se pellizcaba los brazos por si sus nervios la engañaban. Pero la aparición inimitable se mostraba con total impunidad, con movimientos y gestos estudiados, como si estuviese interpretando ante Consuelo lo ocurrido en el pasado, cuando yo no había nacido y ésta ni siquiera conocía Castro. «Mía serás, perra desagradecida». Incapaz de lanzar un grito, presenciaba en el aire las manos sebosas manipulando debajo de los quemadores del infiernillo de petróleo usado por Marta para fundir cera. Marta se hallaba sola cuando saltaron los quemadores de hierro y una lengua de fuego y petróleo lamió su cara y deshizo sus rasgos.

Días después de ésta abominación, un Sábado Santo, hallaron a Fabián Manibesa en un punto del ramal de ferrocarril que une Morón de la Frontera con el Puerto de Santa María. Los perros de un guarda siguieron el husmo a podre hasta adentrarse en una vagoneta de faena. El guarda declaró en el cuartel que el señorito parecía muy tranquilo y que si no llega a ser por la pestilencia y por la hinchazón y la tonalidad verdosa de los labios nadie hubiese dicho que ya no se encontraba en este mundo. Estaba sentado en uno de los asientos, con los brazos apoyados en una mesa extensible, mirando un mapa topográfico, con un compás manchado de tinta seca a un lado y una tacita de café triturada en el puño como si fuese la cáscara de un huevo.

Tal suceso ha sido contado con sigilo en el seno de mi familia, principalmente por mi tía abuela Eugenia; pero todos dieron por sentado, lógicamente, que la muerte de Fabián Manibesa se debió a una apoplejía severa. Nadie, salvo Consuelo y quien escribe esta crónica, ha conocido la verdadera causa de la muerte de Fabián Manibesa.

Han transcurrido muchos años hasta dar con un indicio fehaciente de la trama urdida por Damián Huertas para convertir a su prima segunda en una mujer con rostro derretido; y, poco después, para acabar con Fabián Manibesa.

Consuelo primero y yo después de que ésta muriese, hemos visto en el gabinete de invierno concretarse en el ambiente la aparición de Damián Huertas destacada sobre repisas con frascos de farmacia y recipientes de laboratorio. Consuelo había enjuagado aquellos tarros cuando se traspasó la farmacia por defunción de Damián Huertas. Muchos de los albarelos de cerámica (valiosos a ojo de anticuario), fueron incluidos en el traspaso y otros guardados aquí.

El espectro de Damián Huertas solía permanecer de espalda, moviéndose de un lado a otro de la estantería. Las llamas de dos o más mecheros de alcohol iluminaban los platillos de una pequeña balanza y el alambique de cobre dispuesto sobre el fuego de uno de ellos. El sempiterno olor a cloroformo perdía fuerza conforme se percibía la voz atiplada de Damián Huertas: «Te apagaré la ardentía de estómago, Fabián, cabrón de mierda», machacaba continuamente. El halo luminoso del mechero dejaba entrever la cucharilla con polvo blanquecino cayendo en la boca del alambique. La mano regordeta pegaba la boca del dedal a la salida del serpentín y luego vertía su contenido en un bote con una etiqueta en el centro. Nueve dedales vertió en el bote la única vez que he presenciado la repugnante visión, los mismos que había contado Consuelo con los dedos las veces que había contemplado la actuación del espectro de Damián Huertas. Ésta había discernido en el gabinete de invierno, como si fuesen secuencias de una película velada, el embalaje de un frasco ambarino y su expedición en la estafeta de correos de Castro a la atención de don Fábian Manibesa Orquin.

Consuelo apenas sabía leer y escribir, pero entre sus efectos personales encontré un sobre con mi nombre. Había apuntado en una libreta las veces que había visto el

espectro del farmacéutico. En varias cuartillas había dibujado con líneas trabajosas un albarelo con el símbolo de la serpiente enroscada en el cáliz y el término latino *Philonium*: filonio; un menjunje calmante formado por miel, opio y yerbas aromáticas. Consuelo nunca me había hablado en vida de ese albarelo; quizás cuando ella cumplía sus últimos días, Damián Huertas se le hizo presente y se lo mostró en la penumbra del gabinete de invierno. Puede que ella no me revelase el albarelo donde encontré el dedal del veneno indescifrable junto a la sortija de Marta, por la sencilla razón de no verme sufrir por un asunto que había dejado de pertenecer a los vivos.

La noche interminable pende ahora de mis hombros. Pero mi alegría por cuanto llevo dicho es inmensa, incalculable, si se pudiese medir la soledad del depositario de horrores exentos de expiación posible. Ningún juez tomaría por fidedigna la declaración de un convicto impalpable como sería el caso de Damián Huertas; su impunidad material sería irremediable al no estar entre los vivos.

A un lado de la mesa están ahora la sortija martilleada por Damián Huertas y el dedal de porcelana. Marta anduvo buscando siempre las dos joyas. Era el único dedal ausente de la colección de dedales que Fabián Manibesa le trajo de Limoges. Tiene pintado un diminuto paisaje oriental: un sedoso pradillo verde con una casa al fondo, entre sauces, y un hombre y una mujer en kimono que se protegen de un sol hipotético bajo una sombrilla. Las dos piezas se tornarían dos alfileres agudísimos a los ojos de Damián Huertas.

Una negrura azulada me absorbe progresivamente. Mi cansancio es infinito. Me rondan voces oscuras, una pregunta de Consuelo la vieja: «¿Por qué arrojan luz sobre lo peor de ellos mismos, rey mío... por qué regresan a contarnos atrocidades?»

Ciertamente, es como si desearan perdurar después de la vida física dando a conocer cuánto hicieron de execrable, digno de una abominación retrospectiva; pero memorable... memorable a nuestro pesar. El horror se eterniza en la memoria, se propaga sin desgaste en el tiempo.

Pronto sabré yo si todo eso es verdad, Consuelo. Has de saber que deseo que quien lea este escrito, arroje al río la sortija de Marta y el dedal que en lugar del dedo de una novia contuvo la muerte de Fabián Manibesa. Sólo me pesa no haberlos lanzado yo mismo a las negras aguas, anticipándome a la perdigonada de la escopeta de caza de León Bujalance —impelido por el resentimiento de no poseer Los Manises—, que me ha abierto este boquete en el pecho por el que puedo pasar mi puño, transparente y azul como un zafiro, y tocar el respaldo de cuero del sillón que en el pasado había pertenecido a Damián Huertas, al engendro innombrable incluso en las vastas tinieblas donde me hallo en este instante.

## **MISIÓN CUMPLIDA**

***Sergio L. Doncel Núñez***

*«Si una historia de guerra parece moral, no la creáis» (Tim O' Brian)*

No cabe duda de que la guerra es una excelente coyuntura para matar a alguien. Incluso a uno de tu propio bando. Así lo entendía el soldado William Ray, cuyos ojos, enrojecidos por el humo, permanecían clavados en la espalda de su capitán.

Agarró con fuerza el fusil. Estaba esperando una oportunidad que no llegaba. Una explosión le obligó a desviar la atención y volver a fijarse en los enemigos que disparaban sobre ellos.

El pueblo controlado por el enemigo había amanecido con una lluvia de proyectiles de mortero. Acto seguido, el ambiente se llenó del tableteo de las ametralladoras y el rugido de los cañones. Tras muchas dilaciones, había comenzado el tan preparado asalto. El capitán Thadeus Snider encabezaba la primera oleada, compuesta por veinte hombres y respaldada por morteros y piezas de artillería de bajo calibre. Debía romper la línea defensiva exterior del pueblo mediante una acción rápida y violenta.

William Ray se agachó para cubrirse. Las balas horadaron el suelo levantando tierra y restos de asfalto. Ya habían perdido a varios hombres, era un avance muy duro pero constante. El soldado Ray, que se había distinguido en anteriores ocasiones por su valentía y arrojo, pensó en sus circunstancias. Él o el capitán podían ser los siguientes en morir. Odiaba al capitán Snider por diversas razones. Y había resuelto que era de justicia poner fin a su existencia aprovechando la confusión de la batalla. Le tenía siempre a tiro, aunque eso no era suficiente.

A Ray, a pesar de haber visto ya muchas vísceras, se le revolvían las tripas cuando atisbaba el semblante curtido y cruel de Snider mientras se desplazaba, daba órdenes, disparaba como un poseso intentando romper la resistencia enemiga... Sus movimientos, ágiles y estudiados, eran los de un cazador. Sí, era un experimentado cazador de hombres. Ray, desde luego, conocía alguna de las hazañas acometidas en el bosque infernal donde habían estado estancados hasta hacía poco más de un día...

Era un simple poste de madera con un pobre tipo atado a él de pies y manos. Se alzaba solitario en medio de un claro y los buitres, sus negras formas recortadas en el azul del cielo, revoloteaban en lo alto. Aunque malherido, el prisionero aún vivía y en su mirada se adivinaba el terror.

Cuatro hombres uniformados, con los fusiles por delante, se le acercaron desde cuatro puntos distintos. El prisionero estaba amordazado y parecía tener algo

ocupando gran parte de su boca. No podía expulsarlo y hablar, ni tampoco podía escapar del poste por su cuenta.

Cuanto más se acercaban los soldados, más se retorció el prisionero. Quería hablar. Sus compañeros no estaban acostumbrados a la guerra, no eran militares profesionales. Pocas semanas antes no eran más que unos humildes campesinos y ahora, reclutados a la fuerza, defendían unas tierras que poco les importaban. Con aire ingenuo, comprobaron que no había peligro a la vista; uno de ellos se adelantó y le arrancó la mordaza al prisionero. Descubrió con espanto lo que tenía dentro de la boca. Era una especie de artefacto vagamente familiar.

Y el artefacto explotó y el tipo del poste y los cuatro que habían ido a rescatarle volaron por el aire hechos pedazos. Los buitres se retiraron momentáneamente.

El sonido de la deflagración se extinguió y el claro volvió a quedar en silencio.

De las sombras del bosque surgió un individuo delgado que vestía de negro. Caminando tranquilamente por el escenario de la masacre, examinó con interés lo que quedaba del brazo de uno de los malogrados soldados. Un resto de brazo consumido, quemado y maloliente.

—No puedo creer que hayan vuelto a caer en la trampa —dijo en voz alta el hombre de negro, Thadeus Snider. Arrojó el miembro a lo lejos—. En fin —añadió, sacando de su bolsillo una petaca—, eran cinco y eso hacen cinco tragos a la salud de mis víctimas —tomó cinco sorbos de coñac, sin apartar la vista de los mutilados cadáveres. Al terminar, una sonrisa torcida destacaba en su faz angulosa, pálida.

Una vez devolvió al bolsillo la petaca, se caló su gorra de oficial, dio media vuelta y regresó a su campamento silbando la melodía de una vieja balada (Peace In Our Life).

Ray había escuchado la narración de la caza de labios del propio capitán, que la había puesto como ejemplo de lo que había que hacer en situaciones en las que el enemigo te superaba en número por cinco a uno. Mas ahora le tocaba a él ser la presa.

El enemigo se defendía con uñas y dientes desde los cochambrosos edificios que marcaban el inicio del pueblo. Debían de ser los mejores hombres de su putrefacto ejército, juzgó Ray. El fuego de los morteros, empero, había conseguido desalojarles de sus trincheras y agujeros. Retrocedían. Ray se alegró. Quizá pronto logran entrar, si bien la perspectiva del combate callejero tampoco era muy agradable.

El capitán Snider se había esforzado mucho en la tarea de obtener información valiosa acerca de las defensas del enemigo, planeando así un ataque solvente, con garantías de éxito. Para ello, había utilizado cualquier procedimiento al alcance de su mano, demostrando una absoluta falta de piedad, incluso para obtener el más miserable gramo de información...

Thadeus Snider no recibió ninguna bienvenida calurosa por parte de sus camaradas al llegar al campamento, un conjunto de tiendas de campaña camufladas bien protegido por centinelas armados hasta los dientes. De hecho, la mayoría le odiaba o le temía, o ambas cosas a la vez. A pesar de su eficacia como oficial, los soldados rasos veían con malos ojos a los miembros del servicio de inteligencia del ejército.

En verdad, era un sujeto metódico y sumamente riguroso en su dedicación a la guerra. Exigente y casi inhumano, no toleraba la indisciplina. El primer día en aquella unidad uno de los soldados a los que estaba pasando revista se había negado a

desprenderse de un determinado efecto personal. Y le había mirado mal: era un soldado sacado directamente de la cárcel, un tipejo problemático y con mal carácter.

El capitán Snider reaccionó rápido, aferró firmemente la mano del soldado y clavó en ella un cuchillo que extrajo de la nada. La cosa habría ido a más de no ser por la intervención de James Derrick, un capitán de infantería. Éste, con el tiempo, se convirtió en el único hombre de confianza de Snider. Era un joven apuesto e inteligente, con el pelo rubio cortado a cepillo, y siempre trataba de poner paz en las disputas y aportar algo de paciencia y buena voluntad a aquella escuadra hacia la muerte.

James Derrick salió de su tienda e intercambió unas palabras amables con varios soldados que estaban jugando a los dados. Hacía un buen día. El crudo invierno de aquellas tierras había dejado paso a una estación más cálida y tolerable. Vio a Snider y le saludó, inquiréndole sobre el resultado de su incursión. A Snider le fascinaba llevar a cabo operaciones por su cuenta y riesgo. Le enseñó a Derrick su petaca y éste se dio por enterado. Luego, Derrick se puso rígido y anunció:

—Los chicos han cogido a lo que parece un oficial enemigo que ha desertado. Dada nuestra situación actual, casi prefiero —dudó un momento—, el comandante prefiere que le interrogues tú.

La situación actual era bien jodida, en opinión de Snider, y poco más se podía decir al respecto. Su unidad estaba tras las líneas enemigas, casi sin abastecimiento y a la espera de una gran ofensiva varias veces retrasada. Supuestamente estaban sitiados, pero unas cuantas escaramuzas habían convencido al enemigo de que le convenía dedicarse a reforzar sus defensas antes que intentar acabar con ellos. Pero no podrían aguantar así eternamente. Eran más débiles de lo que aparentaban y tenían enfrente a un enemigo no muy preparado pero numeroso hasta la saturación.

Las últimas noticias de sus superiores eran desalentadoras: les exigían dirigirse a una población al norte, al final del gigantesco bosque en que se encontraban. Era un pueblo abandonado donde el enemigo guardaba materiales de guerra. Aun así, lo más importante es que desde ahí se controlaban importantes vías de comunicación. Tenían que tomarlo al asalto y asegurar el dominio de la plaza. Un cometido casi imposible.

Con diversas tretas y excusas, el jefe de la unidad, comandante Xavier Gibbons, había logrado retrasar el asalto. No obstante, nadie dudaba que al final tendrían que ir ahí a combatir, y por ello debían reunir toda la información posible sobre aquel lugar, especialmente sobre cómo lo protegía el enemigo.

Entraron a la tienda donde estaba el prisionero, un viejo arrugado como una pasa, esquelético y de aspecto enfermizo. A Snider le desagradó sobremanera. El soldado que le custodiaba informó:

—Le han cogido esta mañana en una patrulla de reconocimiento, mi capitán. Creemos que viene del pueblo... Asegura que no quiere luchar más y que sólo aspira a reunirse con su familia, que se encuentra en territorio controlado por nuestro ejército.

El oficial enemigo, sentado en una silla, llevaba un irreconocible uniforme hecho jirones. El de Snider tampoco es que reluciese. Al principio había sido un uniforme de elegante tono negro, con las insignias de los servicios especiales de inteligencia. A Snider no le importaba utilizar aquel uniforme tan vistoso y no el del camuflaje, era su forma de decirle al enemigo que no le tenía miedo. Ahora estaba sucio y raído. Arrastrarse por el barro, soportar las inclemencias del tiempo, participar en largos combates y terminar lleno de... la herrumbre de la guerra, dentro y fuera de sí. Tal era

su bagaje guerrero y nada había pasado en balde, ni para el uniforme ni para el propio Snider.

Se inclinó sobre el viejo, que temblaba como una hoja. Le debían de haber hablado de lo que hacían los hombres de negro con los prisioneros. Empezó a suplicar y Snider cortó su parloteo de una bofetada.

—¿De qué defensas y tropas disponen en este cuadrante del mapa? —empezó a inquirir, implacable—. ¡Responda inmediatamente!

El prisionero negó con la cabeza y volvió a suplicar. El terror que manifestaba aún no había aniquilado la pizca de honor y de dignidad que le quedaba.

Snider le abofeteó de nuevo, con más fuerza.

—Quiero esa información ¡ya! ¿Puede comprenderme? Maldito piojoso —gruñó, sujetando el rostro del viejo—, estoy harto de su país de mierda y de sus patéticas gentes. Sólo deseo arrasarlo cuanto antes y salir de aquí. De civilizarlo ya se encargarán otros.—Snider se había quitado la gorra y sus cabellos negros y grasos le caían sobre los ojos—. Si no quiere hablar, le daré un tratamiento especial...

Pidió a Derrick unos alicates. Éste se los dio, reticente. Sin esperar a que el viejo recapacitase, le arrancó de golpe una uña utilizando los alicates. El hombre se retorció de dolor y casi se desmayó, pero Snider lo evitó de dos tortazos. El soldado le mantenía sujeto en la silla.

—¿Otra? —preguntó Snider, componiendo un gesto macabro—. Tan sólo proporcióneme la información que necesito, todo habrá acabado... y podrá reunirse con su familia.

El viejo lloraba y, cuando Snider colocó las pinzas del alicate en el borde de otra de sus uñas, empezó a balbucear en su idioma, y Derrick fue traduciendo mientras Snider tomaba notas en un cuaderno. La información les sería útil.

—Ya está —suspiró Derrick tras la confesión. Parecía aliviado.

Snider cruzó los brazos delante del pecho.

—Soldado, ejecute a este prisionero y córtele en pedazos. Después, usted y otro hombre más esparcirán sus restos por el bosque, cerca de las posiciones enemigas. Así les meteremos el miedo en el cuerpo.

—¡Espera, prometiste liberarle si hablaba! —protestó al instante Derrick, señalando al viejo, confuso y desecho.

—Liberarle... Así es. Es justamente lo que voy a hacer —replicó Snider con aire inocente—. Y para una basura como ésta, un ser roñoso en este país podrido, la mejor liberación... ¡es la muerte!

Dicho esto, desenfundó su pistola y disparó sobre el viejo a bocajarro, haciéndole saltar la tapa de los sesos. La sangre salpicó a los presentes. Derrick, sorprendido, fue a decir algo, pero prefirió abandonar la tienda murmurando improperios.

—Soldado, haga lo que le he ordenado —concluyó el capitán.

Y salió de la tienda mientras echaba un trago de su petaca. El soldado que quedó encargado de tan fúnebre cometido no era otro que William Ray.

Según los cálculos de Snider, el enemigo defendía el pueblo con un número de efectivos que oscilaba entre 150 y 200. Ellos sólo sumaban 64. Pero contaban con el factor sorpresa y, lo que era más determinante, con otro ataque: el alto mando había iniciado la gran operación y estaba en condiciones de aseverar que podría entrar en el pueblo desde la otra punta. Por lo demás, había sido tajante al exigir al comandante

Gibbons que acabara de una vez por todas con esa piedra en el camino hacia la victoria.

Y allí estaban, a las afueras de una deprimente población gris de casas bajas y medio derruidas por los recientes bombardeos aéreos, con sus aguerridos defensores lanzándoles todo lo que tenían. Lo más imponente hasta ese momento había sido una batería antiaérea en posición horizontal que —con sus obuses de 88 milímetros— había cortado por la mitad a tres soldados. Snider exigió que la volaran empleando granadas, acción que requería acercarse peligrosamente. Lo consiguieron. Dos soldados regresaron heridos, casi arrastrándose. El tercero murió al caerle encima una granada del enemigo.

Ray se sintió afortunado. Si se hubiese cruzado en el campo de visión de Snider, estaba seguro de que le habría tocado a él deshacerse de la batería antiaérea. ¿Cómo es que los aviones no la habían destruido? Ya daba igual. Su mente estaba dedicada a otras obsesiones. En realidad, no era tan fácil matar a un oficial en plena batalla. Una bala perdida del enemigo o un francotirador consciente de la importancia del hombre de negro podrían hacerlo por él, pero Snider tenía de su lado a la suerte en esos lances.

Las nubes de polvo que provocaban las continuas explosiones le envolvieron. Tosía y le lloraban los ojos, pero no le había alcanzado la metralla. No podía decirse lo mismo de muchos de sus compañeros, que agonizaban junto a él o eran malamente atendidos por el único sanitario de la unidad. Ray estaba de acuerdo con la guerra y sus causas, no en vano se había alistado lleno de ideales y buenas intenciones respecto a la misión. El problema era que el capitán había traspasado todos los límites, comportándose como un auténtico criminal de guerra.

La escena con el prisionero enemigo había sido atroz y, sin duda, una de tantas crueldades del temible oficial. Poco después, Ray había tenido que comparecer ante él en una inolvidable cita que le había convencido de que debía matarle...

A Snider le habían destinado a los servicios de inteligencia por su brillantez intelectual y astucia. Sus convicciones militaristas e imperialistas le hacían muy leal al ejército y a su misión. Anteponía a todo su sentido del deber, lo que le había granjeado múltiples enemistades. Y poseía un punto de crueldad quizá necesario en semejantes circunstancias. Por ello, en el campamento se armó un pequeño revuelo al saberse que el capitán había mandado un mensajero a William Ray para que se presentara ipso facto ante él, interrumpiendo así su guardia como centinela. Es decir, o era muy urgente o Snider quería pillarle de improviso.

Todos eran conscientes de que la citación significaba que Ray había hecho algo mal y que iba a ser castigado tras una sesión de duro y humillante interrogatorio. Habiendo sido testigo de las acrisoladas destrezas del capitán, a Ray se le hizo un nudo en el estómago y le flaquearon las piernas cuando abandonó su puesto entre palabras de apoyo de sus compañeros.

Ya en el campamento, Ray, un joven corpulento, amigable y bastante cerebral, con muchas horas de sueño acumuladas, se presentó en la tienda del capitán, quien se hinchó como un globo ante el saludo militar de su subordinado. Ni se molestó en devolverlo, limitándose a indicarle con fingida amabilidad que tomara asiento. Les separaba una mesa de hierro cubierta de documentos.

La prepotencia de Snider inundaba de tal modo el ambiente que casi se podía cortar con un cuchillo. No hablaba, simplemente escrutaba a Ray como si éste se tratara de un curioso objeto de exposición. Por supuesto, el soldado tampoco abrió la boca. No estaba nada tranquilo, pero suponía que Snider le intentaría confundir e inquietar, por lo que adoptó una expresión neutral y relajó sus músculos.

Por fin, Snider posó la mano izquierda en la mesa, al lado de su gorra negra, y comenzó a tamborilear con los dedos. Sombrío y desganado, se arrimó al borde y preguntó:

—¿Sabe cómo hemos llegado a esto? —Ante el estupor de Ray, añadió—: Me refiero a este bosque odioso, a esta situación de parálisis, de bloqueo...

El interpelado asintió afirmativamente.

—Sí, mi capitán. Somos una unidad de comandos del ejército. Cuando invadimos este país, se preparó una importante ofensiva que fue precedida por el lanzamiento masivo de paracaidistas tras las líneas enemigas. Nos desplegamos e hicimos nuestro trabajo, destruyendo e inutilizando muchas defensas del enemigo, creando un caos considerable. La invasión posterior fue un éxito, pero varias unidades, entre ellas la nuestra, se vieron atrapadas y rodeadas en este bosque, donde el enemigo concentraba gran parte de sus fuerzas. El alto mando aún no ha decidido venir a rescatarnos —Ray hablaba con calma, aunque sospechaba que no estaba allí para ser examinado sobre el estado de la misión—. Dijeron que no nos dejarían solos... Nos mintieron, señor.

—Exacto —convino Snider, e hizo un gesto con la mano que abarcó su tienda, repleta de libros, cuadernos, sucios uniformes de campaña y mapas—. Y estoy muy harto, asqueado de este país. Estoy de barro hasta el cuello, y de enfrentamientos absurdos también... Verá, si tuviésemos blindados ya habríamos arrasado esa maldita aldea y a sus infectos moradores hace tiempo. Pero, por lo que veo, vamos a tener que recurrir a la vieja usanza: carga a muerte. En esta tesitura, necesito soldados que cumplan, soldados que no se echen atrás porque sean unos melindrosos.

Se hizo el silencio. El temor regresó a Ray: Snider, por supuesto, lo sabía.

—Señor, con el debido respeto, no comprendo por qué...

El capitán alzó su dedo para acallarle.

—Hasta que realicemos el ataque, más vale que el enemigo nos respete, que crea que, si viene aquí, va a salir escaldado. Nuestra ventaja es que, como unidad pequeña, podemos movernos con relativa facilidad y dar zarpazos. Así hemos logrado sobrevivir. Es lo que he intentado conseguir, mantener a salvo la unidad, una unidad sitiada. De lo contrario, estamos perdidos. El problema es que los hombres de su calaña —señaló a Ray con desprecio— no contribuyen a ello. Usted, soldado —prosiguió, escupiendo las palabras—, ha desobedecido mis órdenes y ha puesto en peligro la misión.

La sospecha de Ray se había confirmado. Trató de excusarse al momento, apelando a la buena voluntad del oficial. Fue en vano. Snider no se conformaba con que hubieran dejado expuesto el cadáver del prisionero. Él había especificado que tenía que haber sido troceado y repartido. ¿De quién había sido la idea de dejar el trabajo a medias? Mostraba una verdadera obsesión por que Ray acusara al otro soldado encargado de la tarea.

—Le daré una oportunidad para salvar su carrera —afirmó Snider—, pues es usted un buen soldado. Inculpe al soldado John Biggs y, si me asegura que le obligó a no seguir mi orden, únicamente él será castigado.

Ray tomó aire antes de responder:

—Señor, prefiero correr su misma suerte. Mejor aún, castígueme a mí: la idea fue mía. Yo le convencí para no acabar el trabajo.

Snider esbozó una sonrisa sarcástica.

—Cuánto honor —canturreó—. Soldado, ya debería comprender que hay algo más en este asunto. Las tentaciones, los sentimientos humanos ponen en peligro la misión. La unidad entera podría desaparecer en el caos de los sentimientos. Le hacen a uno distraído y pierde de vista su deber —Snider carraspeó—. Sé lo que hizo en el bosque con Biggs. ¡No ponga esa cara, yo estaba allí, vigilándoles! Tenía indicios y quería verlo con mis propios ojos. Lo esperaba, por eso les envié a las profundidades del bosque, para que lejos de miradas indiscretas pudieran entregarse a sus devociones mutuas. Yo no debo preguntar y usted no lo debe contar, Ray, pero ya es tarde. Su desliz y su comportamiento pueden afectar a la misión. ¿Cómo podré confiar en usted en el campo de batalla si lo más probable es que esté pensando en la bragueta de Biggs?

De golpe, un furioso Ray se incorporó, lívido, con el gesto contrariado. Sus ojos pardos echaban chispas. A duras penas logró contenerse.

—Señor, usted mismo ha dicho que soy un buen soldado. Estoy dispuesto a renunciar a Biggs y a seguir haciendo bien las cosas. No sé qué pretende con esto. Puede sancionarnos, adelante, pero le aseguro que...

—¡Silencio!—Snider también se había levantado. Dio un puñetazo sobre la mesa—. Cállese, soldado, maldita sea. Aquí hablo yo y aquí amenazo yo. Biggs es una mala influencia para usted. Le doy una única vía para librarse de ella: acusarle. Si se niega, no les sancionaré, sino que difundiré el hallazgo entre la tropa. Ya sabe que una cosa es un inocente rumor y otra, la descarnada verdad. Esos brutos no lo tolerarán y se ocuparán de sancionar vuestro inmoral comportamiento contra natura. En suma, debe demostrarme que es capaz de sacrificarse y dejar todo de lado, como yo, para ganar esta guerra, ¡para civilizar este maldito país! Si no, ya sabe a qué atenerse.

Rodeó la mesa y se situó junto a Ray, tomándole de los hombros con afecto. Quería provocarle. Sus ojos brillaban, llenos de malicia y pérfida inteligencia. Adoptó un tono conciliador, casi cómplice:

—¿Qué me dice? ¿Acepta el trato? Le doy mi palabra de honor de que el castigo de Biggs será muy llevadero.

Ray observó al capitán, de rostro demacrado y ojeroso, y calibró sus posibilidades. Arrugó la nariz ante el pestazo a coñac barato que emanaba. Lo cierto es que no tenía escapatoria: era tan seguro como que pisaban sobre un suelo regado por sangre que, si no aceptaba sus términos, no se detendría hasta destruirles a los dos. Aceptó y salió de la tienda sintiéndose enfermo por haber acusado falsamente a su amigo.

Naturalmente, Biggs quiso hablar con él, interesarse por el resultado de la conversación con Snider. Ray, avergonzado, le rehuyó. No volvió a verle más. Al día siguiente, le dieron la noticia de que Snider le había enviado a reconocer en solitario una zona controlada por el enemigo en lo más profundo y peligroso del bosque. Un castigo llevadero. Encontraron su cadáver durante la marcha hacia el pueblo que debían conquistar.

Ray decidió que jamás perdonaría a Snider.

Le tenía a unos metros por delante, de espaldas. Acarició el gatillo del fusil antes de reparar en que había varios compañeros tras él. Como es obvio, estaban atentos a

otros menesteres, pero demasiado cerca de ellos. Dos obstáculos se le presentaban a Ray. Primero, los propios soldados que participaban en la ofensiva. Podía darse por muerto si descubrían que había matado al capitán. No es que le tuviesen mucho cariño, pero las cosas en batalla eran muy distintas a la vida en el campamento. El segundo obstáculo se ocultaba en la espesura del bosque, desde donde el comandante Gibbons, junto con las fuerzas de la segunda oleada, debía de estar analizando toda la acción gracias a sus potentes prismáticos. En caso de que viese a un soldado asesinar a su capitán, lo más seguro es que le pegase un tiro desde allí. La otra opción sería colgarle tras un consejo de guerra sumarísimo.

Por lo tanto, tenía que proceder con suma cautela y esperar hasta que se presentara el instante con menos riesgo y menos posibilidades de fallar, ya que si Snider quedaba con vida estaría igualmente perdido. No dudaba que los cielos le darían una ocasión. Tenía que vengar a John Biggs como fuese y acabar con aquel ser indeseable.

En su primer destino en esa guerra, Snider asombró a sus superiores cuando capitaneó con éxito a sus tropas en la toma de un nido de ametralladoras que estaba haciendo estragos. Sobrevivió a múltiples heridas. Entonces le asignaron a una unidad de comandos que hacía de avanzadilla para las divisiones más potentes del ejército. Se trataba de una de las unidades de condenados, así denominadas por dos motivos: en ellas había muchos ex presidiarios deseosos de redimir condena haciendo muescas en la culata de su revólver; y, además, quien allí entraba solía perder la vida al poco tiempo, debido al alto riesgo de sus misiones.

Snider se abstraigo tontamente recordando sus inicios en la unidad en tanto reponía su cargador. Por un segundo, pareció retroceder en el tiempo, y se vio menos embrutecido, menos envilecido. Mirando en derredor, los cuerpos de los caídos le hicieron consciente del precio que había que pagar por ganar la guerra. Y ya no había tiempo que perder.

—¡Maldita sea, Derrick, mueve tu culo de una vez! Esto es una mierda, no hay forma de asentarnos hasta que no hayamos neutralizado a sus francotiradores —se quejó a voz en cuello. El otro oficial había llegado con los refuerzos de la segunda oleada. Progresaban con lentitud entre los escombros y hundimientos, parapetándose cuando el enemigo barría el campo con sus ametralladoras.

Derrick vació su cargador disparando sobre un edificio que albergaba a varios enemigos, logrando eliminar a uno. Se agachó antes de que reanudaran el fuego. Una bala rebotó en unos hierros retorcidos y fue a parar al cuello de uno de sus soldados, que empezó a desangrarse y pronto murió, sin que nadie pudiera ayudarle. Otra bala, probablemente de francotirador, atravesó el casco de hierro de otro soldado y esparció sus sesos junto a él. Derrick se revolvió y respondió a la llamada de Snider.

—¡La segunda ofensiva ya ha comenzado! Me lo acaban de confirmar por radio —aseguró Derrick—. Esos cabrones van a tener que dividir su atención y cubrir otro frente. Tenemos ventaja.

En efecto, el enemigo parecía desconcertado. Empezó a replegarse entre más escombros y defensas. Muchos de ellos caían bajo el certero fuego del grupo de Snider. A éste le preocupaba que apareciese un carro de combate. Tenían unos cuantos, pero consideraba que preferirían utilizarlos en el combate callejero antes que

exponerlos a la artillería. Además, alguno podía haber sido destruido durante los bombardeos.

Justo al terminar esa reflexión mental, una figura borrosa se dibujó al fondo de la calle principal del pueblo dejando tras de sí una nube de polvo y humo: era un lento y torpe blindado medio. Snider maldijo en silencio, aun sabiendo de que no era lo peor. Dio nuevas órdenes. Sus hombres se espaciaron más. Estaban muy cerca pero aún faltaba terreno antes de llegar a las viviendas. El blindado iba a ser un importante escollo, pues con los lanzagranadas sería difícil quitarlo de en medio.

—Joder..., ahora esto —bufó Derrick. Su optimismo natural no le libraba de empezar a acusar la pérdida de vidas y lo encarnizado de la lucha.

El blindado frenó en seco haciendo un crujiente ruido con sus engranajes, escupió fuego por su ametralladora principal y casi se llevó por delante a Derrick, que fue a refugiarse detrás un solitario muro acribillado a balazos.

Por su parte, Snider obtuvo finalmente una satisfacción. Había visto cómo uno de los francotiradores del enemigo era abatido. Y al otro lado de la ciudad ya se veía el humo provocado por la otra batalla. Les tenían atrapados y pronto el pueblo se rendiría, quizá sin necesidad de adentrarse en sus calles y sufrir emboscadas y refriegas callejeras. Más de sus soldados salieron del bosque para unirse a ellos. Un enlace le comunicó que el comandante les ordenaba que aguantasen ahí hasta que su artillería alcanzase al blindado.

—¡Chicos, dadlo todo! ¡Ya son nuestros! —animaba Derrick a sus hombres, la expresión desenchajada, dedicándoles gestos de ánimo.

En cambio, Snider aún no quería poner a enfriar las botellas. Lentamente, apuntó con su fusil a la cabeza de un enemigo y, al segundo siguiente, está había desaparecido en una nube de sangre.

—Ustedes dos, vengan conmigo para... —empezó a indicar a dos soldados, pero se interrumpió. Algo había atraído su mirada.

Era una novedad: no uniformados cerca de las líneas enemigas, al parecer retenidos ahí por la fuerza. Los soldados de Snider empezaron a murmurar: eran colonos, compatriotas suyos, cuya persecución había sido una de las causas de la invasión. El enemigo, demostrando desesperación y pocos escrúpulos, ya los había utilizado antes como escudos humanos, de modo que las órdenes del alto mando eran muy explícitas. Sólo había que salvar sus vidas cuando no hubiera riesgos; y no había que respetar los escudos humanos, porque hasta podían ser enemigos disfrazados. Su destino era figurar en las estadísticas de la guerra como daños colaterales.

Los colonos no escaparían del fuego cruzado; de hecho, estaban cayendo uno por uno. Los soldados de su país no dejaban de disparar: lo hacían sufriendo, pero era su deber y su supervivencia.

Al lado de donde se encontraba el blindado, en el que no cesaban de rebotar los proyectiles, un chico rubio y de tez blanquecina que sumaría unos diez años tiraba de la manga de una mujer que yacía en un charco de sangre, muerta. Debía de ser su madre. Era un chico con determinación, inocente y que de milagro seguía vivo en aquel infierno. Los otros colonos corrían de un lado a otro cual pollos sin cabeza, pero él trataba a de salvar en vano a su madre, un esfuerzo inútil y conmovedor. Snider lo vio todo y, como otras veces, supo lo que tenía que hacer. Y lo hizo.

Intercambió una mirada con Derrick, quien imaginó lo que pretendía.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió, tajante—. Soy el primero que sufre por esta matanza, mis padres son colonos y yo mismo nací aquí..., pero no podemos evitar que mueran. La culpa es del enemigo. Ese chico morirá por su culpa, no por la nuestra.

—El chico merece vivir más que nadie, más que tú y yo. ¡Al diablo las instrucciones del alto mando! —declaró Snider resueltamente, y se puso en marcha.

—¡Tienes una obligación que respetar, Snider! —clamó Derrick—. ¡No puedes hacerte el héroe así como así!

—Cuando un niño como ése está en peligro, la única obligación para un verdadero hombre es ayudarlo —remató, desoyendo las ulteriores protestas de Derrick.

Salió de su agujero, soltó el fusil y corrió hacia el niño directamente, descubierto y sin protección. Sus soldados no sabían qué hacer. Algunos dejaron de disparar a una orden de Derrick. En el enemigo reinaba la estupefacción: un oficial enemigo negro como un cuervo iba directo hacia ellos, desarmado y aparentemente enajenado. Se reunió con el chico, que seguía aferrado a la manga de su madre, y, sin mediar palabra, le agarró y tiró de él de vuelta a su posición.

Al principio, Ray no supo a qué atenerse ni cómo reaccionar. A su entender, el capitán parecía haber enloquecido definitivamente y estaba cargando contra el enemigo. Estudió a Snider en su suicida carrera al tiempo que le seguía con el cañón de su arma. Todo en él le producía una quemazón en la sangre: su abrigo negro deteriorado hasta verse reducido a una suerte de capa negra y raída; su delgadez, que acentuaba su aspecto de esqueleto; el sucio mechón de pelo que caía permanentemente sobre su frente. Aquel hombre era responsable de todo tipo de maldades, le había obligado a traicionar a un gran amigo y, finalmente, había propiciado su muerte. El odio se avivó en su cuerpo, sintió cómo se le aceleraba el pulso y el sudor le chorreaba por la frente. Ya estaba preparado. Un segundo más y todo habría terminado. En esas circunstancias, nadie le acusaría de nada si se le escapaba un tiro que, por pura casualidad, perforase la nuca del insensato oficial, tan expuesto al fuego amigo como al enemigo.

—Púdrete en el infierno, hijo de puta —musitó, y en vez de disparar rechistó. Tenía curiosidad por saber qué pretendía Snider. Según veía, había llegado hasta los colonos y estaba sacando de allí a un chico—. ¿Qué coño haces? Nada te va a salvar ya de recibir tu merecido.—Y, puesto que de nuevo le tenía de frente, se dispuso meterle una bala entre ceja y ceja.

Los del blindado salieron de su estupor y reanudaron el fuego. Snider, medio encorvado, empujaba al chico, que iba por delante de él. Las balas pasaban silbando sobre su cabeza y se estrellaban por todos lados. Derrick le llamaba a lo lejos.

—¡Proteged al capitán con fuego de cobertura! —gritó, y los soldados cumplieron la orden inmediatamente. Al fin y al cabo, se trataba de su capitán.

Una bala rozó el cuello de Snider. Sonrió para sí: la vuelta se le estaba haciendo más larga que la ida. Y tenía la garganta tan seca... Ojalá pudiera echar un trago de su petaca. A juzgar por los jadeos del chico y sus esfuerzos, no podía más, y no solucionarían nada cargar con él. Así no lo lograrían. Era sólo cuestión de segundos que hiciesen blanco en ellos, pero aún podía hacer algo.

Ray había desobedecido la orden de Derrick y seguía apuntando a Snider. ¿Merecía morir después de tan noble y desinteresada acción? No le iban a dar una medalla por lo que había hecho, sino justo lo contrario, y ello suponiendo que sobreviviera. Ray se vio obligado a poner en duda su deseo de vengar a Biggs, a las otras víctimas de Snider y su propio honor ofendido. Continuaba odiándole, sin duda, salvo que ahora estaba dispuesto a perdonar. Sacudió la cabeza para quitarse el sudor de los ojos y tomó una decisión.

Apretó el gatillo. La bala, milagrosamente, sorteó la barrera de colonos y perforó el pecho de un oficial enemigo, que rodó por el suelo sin vida.

—Bueno, al menos he matado a un capitán —rió William Ray, y continuó cubriendo a Snider como mejor pudo.

Valorando la delicada situación en que se hallaba, Snider frenó en seco, propinó un último impulso al chico y se dio la vuelta para encararse con el enemigo. No le dio tiempo a echar un trago de la petaca, pues, ráfaga tras ráfaga, fue brutalmente cosido a balazos. Dejó caer la petaca y se derrumbó. De su pecho reventado manaba la sangre a borbotones. Aún fue capaz de reunir la fuerza suficiente para girar la cabeza y asegurarse de que el chico ya estaba a salvo.

—Misión cumplida —dijo en un leve susurro, y cerró los ojos y expiró.

Al cabo de un rato de más tiroteos, el enemigo, atrapado por el ataque conjunto, se rindió. El pueblo había caído en manos del ejército invasor y los defensores supervivientes se prepararon para pasar una temporada en un campo de prisioneros. El comandante Gibbons felicitó efusivamente a los hombres de su unidad.

Apenas quedaron colonos con vida tras la sangrienta batalla. El chico vivía gracias al capitán Snider, y Ray comprendió que cualquier hombre era capaz de lo mejor y lo peor. El capitán Derrick prometió que el ejército se haría cargo de él y todos los soldados, en su tiempo de descanso, estuvieron jugando y tratando de animar al desconsolado y traumatizado chico, que no sólo había perdido a su madre, sino también a su salvador. Cuando Derrick le colocó su gorra, le subió a hombros y le llevó a admirar los tanques que ya recorrían el pueblo, empezó a animarse. Por muy endurecidos que estuvieran sus corazones, aquel día no hubo soldado que no se emocionara ante la mirada celeste e ingenua del chico.

Pasaron las horas y les anunciaron que pasarían la noche bajo techo. Antes, desde luego, había que retirar y enterrar los cuerpos, y limpiarlos de objetos útiles en la medida de lo posible.

A lo plomizo del cielo se había unido el humo de la pólvora, cuyo olor acre y picante se pegaba a las gargantas, y parecía que sobre el pueblo conquistado y pulverizado fuese a abatirse el fin del mundo. William Ray grabó en su retina la desoladora escena. Ahora tenía una nueva motivación para seguir luchando, y consistía en brindar un futuro mejor —más libre y seguro— a chicos como el que había conocido. Después, junto a otros muchos, se acercó al cadáver de Thadeus Snider y ante sus restos mortales le rindió homenaje con el saludo de honor según lo levantaban para introducirlo en un sencillo ataúd de madera cuya tapa clavaron a secos golpes de martillo.

Había merecido la pena.

## **INTENTÓ SEGUIR LOS PASOS DE DIOS**

***Miguel Martín Cruz y Gema del Prado Marugán***

Allí de pie en el hall de la facultad de Biología, el detective se sentía como un cura en un club de alterne. Perdido, confuso y violento. También un poco excitado, para qué negarlo. Sin embargo, las pistas encontradas en el escenario del delito apuntaban indefectiblemente hacia aquel edificio del campus de Cantoblanco, por lo que la visita se antojaba obligatoria. En el primero de los cementerios saqueados (cinco tumbas abiertas, dos cadáveres desaparecidos), el detective Solo había hallado un libro de Química Orgánica II con el sello de la Universidad Autónoma de Madrid en la primera de su páginas interiores. En el siguiente lugar de profanación (unos diez nichos destrozados, con varios miembros de diferentes cuerpos arrancados sin orden ni concierto), el delincuente había perdido una tarjeta de la biblioteca de la facultad de Biología. Gracias a tan oportuno despiste, Solo pudo averiguar el nombre del más que probable malhechor: Jorge García del Espino. Y en vista de aquel par de pistas tan obvias, el detective ahora se planteaba si tendría que enfrentarse a un genio del crimen al que poco le importaba ser descubierto, o si estaría ante el profanador de tumbas más chapucero y cretino de la historia.

Haciendo caso omiso de los grupos de estudiantes que lo señalaban entre risas mal disimuladas, Solo se encaminó hacia la puerta sobre la que se leía la palabra «Secretaría». Llamó con los nudillos y entró sin esperar contestación, encontrándose frente a frente con el rostro de una mujer de mediana edad que lo miraba como si hubiera sido interrumpida en algún momento crucial de su jornada. En su hora del desayuno, probablemente.

—¿Podría usted ayudarme? Me encuentro buscando a Jorge García del Espino — dijo Solo mientras daba un paso al interior del cuarto.

La mujer lo examinó durante unos larguísimos segundos más, luego se puso a teclear en su ordenador sin dignarse a pronunciar palabra alguna.

—Según su ficha, ahora mismo debe estar en prácticas de Microbiología — respondió al fin—. Laboratorio 212, en la planta de arriba.

—¿Desde cuándo imparte esa clase el profesor García?

La secretaria volvió a mirarle con detenimiento, juzgando si le estaban tomando el pelo o aquel tipo que tenía delante hablaba en serio.

—¿Profesor? —comentó intentando disimular una sonrisa, no fuera a mostrar un mínimo de empatía que la hiciera parecer humana—. No, hombre, no. Jorge García del Espino es un alumno. Uno brillante, sí, pero aún se encuentra en tercero de carrera.

El detective salió de la secretaria con cara de bobo, subió las escaleras hasta el primer piso y caminó por el pasillo en busca del laboratorio 212. ¿En tercero de

carrera? ¿De verdad un puto crío de veinte años había orquestado la violación de aquellos camposantos? ¿Y para qué oscuros rituales, si podía saberse?

Abrió la puerta del cuarto en cuestión, y un montón de alumnos ataviados con batas blancas se giraron para inspeccionar al intruso.

—¿Deseaba algo? —preguntó el profesor desde el final del aula.

Solo miró en derredor, sin estar seguro de querer saber qué tipo de microbios habitaban en las placas de petri que abarrotaban las mesas.

—Quería hablar con Jorge García del Espino —dijo el detective intentando mantenerse alejado de una mesa repleta de caldos de cultivo color marrón.

—Pues que tenga suerte —suspiró el maestro mientras se acercaba a Solo con cara de indignación—. Debería estar aquí con el resto de sus compañeros realizando estas prácticas, pero desde que le dieron esa beca de investigación, está de lo más insoportable.

—¿Una beca? —inquirió Solo.

—Una de las más importantes dentro de la comunidad científica, todo un éxito tanto para él como para la propia Universidad —a aquel pobre hombre se le notaba la envidia y el rencor subrayando cada una de sus palabras—. Por eso le dan manga ancha, y el rector incluso le ha proporcionado su propio laboratorio para que siga realizando sus estudios. No sea que se lleve el dinero y la fama a otra universidad...

—¿Sobre qué trata exactamente su investigación? —interrumpió el detective intentando que su interlocutor fuera al grano.

—No sabría decirle mucho, la verdad. Es muy celoso de su trabajo. Algo sobre el efecto de los pulsos atómicos sobre los tejidos necrosados.

—¿Necrosados? —preguntó Solo con cara de no entender una palabra.

—Muertos —explicó el profesor con la paciencia que demostraría ante un alumnado especialmente torpe—. El efecto de la energía nuclear sobre tejidos muertos.

Un «han cantado Bingo» cruzó la mente del detective.

—¿Y dónde dice que se encuentra su laboratorio?

—En el sótano de este mismo edificio, cuarto 01B —indicó aquel hombre que representaba la frustración en persona—. Si ve a Jorge, dígame que se está jugando el aprobado si no aparece por aquí. No me importa que sea el niño mimado de la universidad. Si no hace estas prácticas, tendré que suspenderle.

Solo dio una amistosa palmada en el hombro de aquel fracasado maestro, y ambos supieron que aquella última frase no había un dios que se la creyera.

El detective bajó hasta el sótano y en seguida se plantó frente la puerta del 01B. Golpeó rítmicamente la madera con su puño y, tras unos segundos de espera, giró el picaporte y entró en el cuarto. Aséptica era una palabra que le venía al pelo a aquella habitación. Las paredes blancas, el suelo inmaculado, el orden imperante en la colección de frascos sobre la estantería. Una mesa metálica atravesaba el laboratorio dividiéndolo en dos, y sobre ella reposaba un microscopio, una máquina de centrifugación, varias placas Petri y un sin fin de viales marcados con un rotulador. Solo se acercó para curiosear, aunque pronto un nuevo electrodoméstico captó su atención desde el fondo del cuarto. Era un congelador enorme, tan grande como para albergar un par de cuerpos humanos. Por desgracia, estaba cerrado a cal y canto con un soberbio cerrojo, por lo que el detective se decidió a rebuscar en los cajones de la

mesa de metal. Cuando tenía la mano metida hasta el fondo de la gaveta, la puerta de entrada se abrió de improviso.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dijo el recién llegado.

Solo sacó la mano del cajón, llevando entre sus dedos un juego de llaves que tintineó con el impulso.

—¿Es usted Jorge García del Espino?

El chico asintió con la cabeza. Era larguirucho y con la cara llena de granos, delgado como un fideo chino y con gafas de pasta. Hacía solo unos minutos el detective se había preguntado si en aquel caso tendría que enfrentarse a un genio criminal o a un simple cretino. Ahora no le cabía la menor duda.

Cretino.

Cretino del todo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó aquel chico granujiento avanzando hacia Solo.

—Yo tengo una pregunta mejor —contraatacó el investigador sacando la tarjeta de la biblioteca de aquel individuo y dejándola con un sonoro golpe sobre la mesa metálica. El efecto fue imponente—. ¿Qué hacía usted saqueando tumbas en los cementerios de la Almudena y de las Rozas?

El tal Jorge frenó su avance y, contra todo pronóstico, se encogió de hombros y sonrió.

—Uno necesita material para continuar sus investigaciones, ¿sabe?

—¿Con cadáveres humanos? —inquirió Solo mirando de reojo el congelador industrial a sus espaldas. Ya no le hacía falta abrirlo para saber lo que albergaba en su interior. Dejó las llaves sobre la mesa, dando un nuevo golpetazo.

—El efecto que la energía atómica produce sobre tejidos artificiales es sencillamente asombroso. ¿Sabe lo que es dotar de vida a células muertas? ¿Lo que es conseguir que algo inanimado comience a moverse cuando es bombardeado con una potencia nuclear infinitesimal? —el estudiante de tercero de carrera señaló los viales que reposaban sobre la mesa, justo al lado del microscopio. El investigador se alejó un paso de ellos—. Mis estudios fueron sorprendentes y prometedores, pero no estoy tan loco como para dar el paso definitivo para probar mis estudios en seres vivos.

—Por eso decidiste robar aquellos cadáveres...

—Y algunos miembros sueltos, no lo olvide —añadió el chico sin poder esconder un deje de orgullo en su voz.

—Estás loco. No puedes jugar a ser Dios —acusó Solo, sintiéndose un poco estúpido con una última frase que no hacía más que perpetuar el tópico de las viejas películas de *mad-doctors*.

—¿Pero sabe lo mejor de todo? —preguntó Jorge García del Espino de manera retórica, aunque hizo tal pausa que al detective le dio tiempo a negar con la cabeza—. Que jamás pude predecir el gran éxito que tendría esta nueva rama de mi investigación.

—¿Éxito? —exclamó Solo un tanto nervioso—. ¿A qué demonios te refieres?

—Quizás quiera comprobarlo usted mismo. Si realiza una excursión al cementerio británico, podrá verlo con sus propios ojos...

Dicho esto, el chaval elevó su rostro al cielo (en realidad un techo cubierto por gotelé adornado por un fluorescente titilante) y se puso a reír enloquecido entrelazando sus manos. Harto de tanta teatralidad, Solo le propinó un puñetazo en pleno mentón que le hizo caer desmayado al suelo, cercenando de un tajo aquel

grotesco ataque de risa. Con todo el dolor de su corazón, el detective llamó a esa policía incompetente en la que tan poco confiaba para que vinieran a apresar a Jorge. Él tenía cosas por hacer. Sin ir más lejos, volar hasta el cementerio británico ubicado en el madrileño barrio de Carabanchel.

El concepto de volar de un lugar a otro a bordo de cualquier vehículo motorizado, se convierte en una utopía para necios cuando se trata de la comunidad de Madrid. Al menos el monumental atasco en el que se encontraba inmerso, le permitió a Solo recordar todo lo que sabía sobre el cementerio británico. Creado para dar sepulcro a cristianos no católicos (toda una novedad en aquella época, mediados del siglo XIX), había terminado por acoger a toda esa gente no exclusivamente inglesa que tampoco era aceptada en ningún otro camposanto: judíos, luteranos, ortodoxos... Todos ellos habían terminado compartiendo una eternidad de tierra junto con agentes secretos del servicio británico, aventureros de pro y, por lo que podía adivinarse en las figuras de según qué lápidas, incluso miembros de la masonería.

Jugándose una multa con los agentes de movilidad, el detective por fin aparcó su Ford Fiesta en la doble fila de la calle General Ricardos. Tras tardar casi una hora en el viaje, no estaba dispuesto a malgastar más tiempo en dar vueltas a la manzana hasta encontrar un aparcamiento legal. Después corrió hasta la entrada del cementerio, cuyas puertas abiertas lo engulleron hacia los peligros de lo desconocido.

\*\*\*

—No jodas, Andrés —espetó Solo al propietario de Las Brumas aquella misma mañana, a eso de las ocho y cuarto.

Una parada técnica antes de poner rumbo a Cantoblanco, en busca de un expoliador de tumbas un tanto gilipollas que olvidaba retirar sus enseres de la escena del delito. El detective no había necesitado siquiera recurrir a sus facultades de avezado sabueso para dar con el culpable: le bastaba con seguir el rastro de miguitas de pan que su amigo el necrófilo le regalaba al mundo. «Buenos días, señores de la ley y el orden. Ya sé que eso de andar por ahí profanando tumbas y robando cadáveres está mal, pero es que no puedo evitarlo. Me divierte tanto desenterrar restos humanos... Aunque la verdad es que en el fondo soy una buena persona, y hasta me entra complejo de culpabilidad cuando exhumo a esos pobres muertitos, así que ahí les dejo mi nombre para que puedan venir a reñirme cuanto antes, gracias.» Demasiado absurdo como para afrontarlo sin una dosis masiva de cafeína. Pero por nada del mundo se habría acercado Solo a una cafetería de facultad. El detective oía cosas; sabía cosas. Corrían rumores de que la Facción Gualda y la junta universitaria mantenían desde hace años un acuerdo mutuo para ensayar una serie de drogas experimentales destinadas a estimular la psique humana, a «abrir la mente a un estado de consciencia superior». Con la debida autorización del órgano de gobierno, suministrar los compuestos sería relativamente fácil: millones de estudiantes consumiendo café para mantenerse despiertos y aguantar el ritmo de las clases... Y aunque ningún profano les prestaría la debida atención, los efectos secundarios resultaban más que patentes. ¿Cómo explicar esa imperiosa necesidad de jugar al mus que experimentaba un gran número de individuos apenas poner un pie en el campus? ¿Y esos inapropiados cortes de digestión que obligan a más de uno a correr hacia los

baños más cercanos? No. Mejor intoxicarse con el negro alquitranado de Andrés. Veneno para el corazón; eso sí, limpio de psicotrópicos de diseño.

—Venga, Solo —insistía el orondo hostelero mientras secaba unas tazas con un trapo no demasiado seco ni demasiado limpio—. Tratándose de ti, incluso hoy podría ser el prelude de un apocalipsis de dimensiones bíblicas...

—No me gafes el día, Andrés, hombre. Que por una vez que tengo al micho tranquilo... —comentó Solo haciendo referencia al gato tatuado en su brazo.

Y vaya si se lo había gafado, el muy agorero. Así que allí estaba Solo, adentrándose en la Ciudad de los Muertos de Carabanchel buscando ¿exactamente qué? El éxito del cual aquel petimetre con ínfulas de Doctor Frankenstein se había regodeado ante sus propias narices, y aún todavía mientras los nacionales se lo llevaban esposado al cuartelillo. A veces sucede que los hilos que componen el frágil tejido de la realidad se rompen y se quedan colgando del lado equivocado. Imagina esos extremos aún palpitantes, emitiendo una elaborada señal de localización en el plasma elemental. A veces sucede que se encuentran. Que conectan y se enlazan de forma aberrante. Son esas nuevas conexiones, totalmente anti—natura, las que explican por qué los fenómenos extraños nunca ocurren de manera aislada, el por qué una racha de mala suerte llama a la desgracia —lo del positivismo y la buena fortuna, en cambio, es pura fantasía; la vida tiene un extraño sentido del humor y no desperdicia la ocasión de patear culos optimistas—, por qué el mal y la perversidad siempre acuden cogiditos de la mano. Teorema de cuerdas aplicado a la parapsicología elemental. A Solo esta teoría le venía como anillo al dedo para explicar cómo un sencillo caso de robo de cadáveres se había transformado de repente en una de aquellas añejas películas de serie B que tan buenos recuerdos le traían. Anda que no había palpado él teta con aquellas demenciales sesiones de cine, durante su época de estudiante. Solo sonrió rememorando una doble sesión de la Hammer en el cine Carretas hacía ya... Una tarde con Catalina, a la que llamaban La Grande, y no precisamente por su buen corazón, o su brillante inteligencia.

Entonces una risilla estridente le devolvió a la realidad del camposanto. «Ya te vale, Solo. Acordarte de estas cosas en mitad de un cementerio», se dijo mientras, prudente, se ocultaba tras una hilera de nichos. No podía echar un rápido vistazo sin descubrirse, pero de pronto recordó aquel truco tan bueno del cuchillo, el de la película de extraterrestres que había alquilado la semana pasada. El protagonista quería ver lo que se escondía tras una despensa cerrada e introducía la punta de un cuchillo bajo la puerta, de modo que al inclinarlo, parte del interior del habitáculo se reflejaba en el filo. Solo no llevaba cuchillo —el detective era partidario de mantener siempre las distancias, y nunca se separaba de su pequeña pistola de mano—, ni siquiera una pitillera con espejo. Sin embargo, lo que sí que encontró rebuscando en los bolsillos de su abrigo fueron sus viejas gafas de sol. Las orientó inclinadas hacia el este y escudriñó el vago reflejo del edificio a sus espaldas. Servirían. Extendió un poco la mano derecha y giró de nuevo las lentes. Por el camino llegaban tres viejitas vestidas de negro, con peineta, claveles ¿rojos? y blancos y ondulantes toquillas prendidas del pelo. Solo se rascó la nariz. Aquello era raro, muy raro. Las viejitas vestían de riguroso luto, sí, pero el resto de su atuendo sugería la celebración de una liturgia de los domingos antes que una misa funeral. Además, su actitud no era quizá la más adecuada para un duelo: las tres caminaban con premura, entre risas y exclamaciones, y profiriendo pequeños grititos de excitación más propios de colegialas

que de señoras con unos cuantos lustros a sus espaldas. O bien el deceso del fiambre de turno despertaba más alegrías que pesares, o allí se estaba cocinando algo feo. El detective lanzó una mirada de soslayo a su brazo izquierdo. El minino callaba, señal de que no se registraba la presencia de perturbaciones procedentes de otros planos. Lógico, si en verdad el éxito del que hablaba Jorge García del Espino obedecía única y exclusivamente a causas humanas.

Decidió seguirlas. Así que cuando las señoras pasaron junto al murete, el detective guardó las gafas y se arrebujó en su abrigo —que, a fin de cuentas, era de un gris tan oscuro que parecía negro—, abandonó su escondite y caminó muy despacio y decidido tras ellas, como si supiera hacía dónde iba. Una de las viejitas lo examinó inquisitiva. Solo saludó a las mujeres y ralentizó su avance. No quería levantar sospechas, ni escandalizarlas, así que dejó arrastrar el pie derecho, de manera muy lastimera. Los cojos siempre enternecían a las personas mayores. Y a él se le daba muy bien hacer de cojo.

—Con todos estos pasillos —dijo con una gran sonrisa y su mejor imitación de cateto— es tan fácil perderse... y todo un logro encontrar un camino decente ¿verdad?

Las mujeres lo miraron con su cara de «¡Oooohhh! ¡Pobre! Además de cojito, le falta un hervor». Le devolvieron la sonrisa mientras especulaban acerca de qué tremebundo accidente habría sufrido aquel hombre para encontrarse en tan lamentables condiciones. Si supieran que Solo ejercía de actor de método muy a su pesar... El detective llevaba sus buenas treinta horas sin conocer cama ni ducha. Luego de un intercambio de tópicos se dieron la vuelta y reanudaron la marcha, y poco después, su despreocupado parloteo.

A medida que avanzaban por el sendero, se les fueron uniendo otras personas. Por detrás, y por delante, y a través de los corredores aledaños. Se trataba de pequeños grupos de individuos y según pudo constatar el detective, la media de edad rondaba los sesenta y muchos, aunque también pudo distinguir algún que otro niño correteando entre las tumbas: los nietos de alguien. Joder, qué siniestro. ¿A qué especie de degenerados se les ocurría traer a chiquillos de tan tierna edad a un sitio como aquel? Aunque era ya del todo evidente que toda esa gente iba de fiesta: la mayoría vestía de negro, como las tres viejitas, pero ya veía aquí y allá limpias camisas blancas, corbatas de colores, broches y flores, y zapatos de charol. Y todos ellos reían y hablaban muy rápido, excitados y entusiasmados.

—¿Avisaste a la Florinda?

—¡Ay, hija, qué guapa te veo!

—Ya veo que te has traído al nieto, Pascual...

Aunque aquel era un cementerio de reducidas dimensiones, no sabría decir las vueltas y revueltas que dieron hasta llegar al mausoleo de marras. Incluso tan solo dos horas después, durante el interrogatorio policial, al detective le costaría situar los hechos de la tragedia. Para cuando llegaron ante la sencilla puerta de madera, se había congregado ya una multitud considerable. Solo aprovechó mientras trasteaban con la cerradura —ése del manajo de llaves tenía pinta de ser el guardés del cementerio— para examinar la construcción. Escasa ornamentación, bloques lisos de hormigón, y una cruz simple rematando un conjunto nada espectacular. Un anodino panteón para quién sabe qué anodinos restos familiares. Al menos éstos gozaban de cierto reconocimiento y disponían de su propia parcela de suelo consagrado. Que era más

que a lo que los cientos, miles de cadáveres anónimos enterrados a lo largo y ancho de aquel camposanto, podrían aspirar nunca. Porque eran muchos, demasiados, los inmigrantes, parias y refugiados políticos que habían acabado sus días tras los muros del cementerio, y no siempre de manera oficial. Desde allí podía vislumbrarse la tumba de la fundadora de los salones de té Embassy, Margarita Kearney Taylor, cuyo mítico establecimiento había servido de tapadera para el espionaje y como refugio para exiliados judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Su lápida pareció brillar un instante bajo la luz del sol, haciendo un guiño cómplice al detective. Perdido en sus reflexiones, Solo recibió un fuerte empujón cuando la multitud inició la marcha hacia el interior del sepulcro.

Adentro, bien adentro. Allí había sitio para todos, alrededor de la tumba sin nombre: un altar con una lápida inmaculada. Luego alguien encendió unos cirios y abrió una pequeña compuerta tras el altar ocultando –qué original– un pasadizo en pendiente descendente. Ea, todos a bajar por el pasadizo. Un niño rompió a llorar: de verdad que no quería estar allí. El detective tampoco. Solo sintió unas gotitas de sudor naciéndole en las raíces del cuero cabelludo. No le gustaban demasiado los espacios cerrados ni las apreturas. Pero que si quieres arroz... O bajaba, o le arrollaban. Y bajó. Abajo, bien abajo. Aunque su reloj le demostraría después que apenas habían transcurrido diez minutos desde que cruzaran la puerta tras la tumba, a Solo le parecía que llevaban horas caminando en la oscuridad. Consciente de haber perdido la noción del tiempo y el espacio en aquel estrecho corredor, a merced del gentío, el detective se dejó llevar. Y al fin, cuando pensaba que su pie derecho sobrepasaba ya los límites del entumecimiento de tanto arrastrarse, llegaron a su destino. Delante de él, el pasadizo se ensanchaba en una amplia galería de piedra, una rudimentaria catacumba iluminada con velorios y lámparas de aceite. La multitud suspiró conmovida. Solo masculló maldiciones y blasfemias tales que habrían escandalizado al mismísimo Pedro Botero.

El éxito de Jorge García del Espino. La madre que lo parió. Sobre una gran camilla de acero, justo en el centro de la galería y cubierto por una sábana hasta la barbilla, descansaba el cuerpo ¿humano? más gigantesco que el detective había visto en su vida. ¡Pero vaya! Aquella criatura descomunal dejaba en pañales al gigante del museo antropológico, ése cuyos restos se exponían al público en la misma desasosegante sala que contenía un amplio muestrario teratológico. Doblados en un sinfín de articulaciones imposibles, brazos y piernas colgaban de los extremos de la camilla; Solo se sorprendió del tamaño de las deformidades que asomaban bajo los pliegues de la sábana, pesadillas reminiscentes de pies y manos. La cabeza, más propia de un primate que de un ser humano, mostraba una frente ancha y unos ojos saltones sobre los pómulos hundidos. Sin embargo, el acabado era casi perfecto: gracias a las maravillas de las suturas re—absorbentes y las grapas quirúrgicas, una legión de finas cicatrices había reemplazado a los costurones que podrían haber sido. Solo se preguntó cuánta carne, cuántos huesos habían sido necesarios para conformar semejante mole. Dos cementerios expoliados, y una mierda. Del Espino debía llevar actuando en la sombra hacía más tiempo del que presuponían. ¿Cómo podían ser tan estúpidos, haber tardado tanto en darse cuenta?

Y si aquello ya era horrible, más aún lo eran las circunstancias del hallazgo. Jorge García del Espino era un auténtico demente, de acuerdo. Pero, ¿qué decir de todos aquellos respetables vecinos de Carabanchel, congregados en vaya usted a saber qué

catacumba perdida de la mano de Dios y adorando a esa cosa? Porque —y ya lo podía afirmar con total seguridad— eso es lo que habían venido a hacer allí. Solo contempló los rostros sonrientes a su alrededor, las miradas de devoción. Y después, ¡oh Señor!, el lento movimiento de la sábana en la zona medial del cuerpo: la cosa respiraba. ¡La cosa estaba viva y respiraba! De pronto todas las piezas del puzle encajaron con precisión de relojero en la cabeza del detective. La gente lo sabía. Si Jorge García del Espino había podido mantenerse tanto tiempo en el anonimato mientras cometía sus fechorías y creaba esa...esa cosa, no se debía tanto al aislamiento del cementerio británico como a la conjura de la propia comunidad de vecinos.

«Acababas de terminar tu mecano de carne y te disponías a demostrar tus teorías, ¿verdad, Jorge?» —elucubró el detective—. «¿Qué pasó entonces? Alguien te descubrió mientras jugabas a ser Dios. El guardés del cementerio, quizá algún jubilado aburrido de recorrer siempre los mismos caminos. Y les mentiste. Les dijiste que aquí habías encontrado el cuerpo incorruptible de un santo o cualquier otra gilipollez por el estilo, en este sepulcro anónimo. ¿Les prometiste, quizá, que sería su milagro particular, que se lo llevarían si las autoridades se enteraban? Pues te creyeron, joder. Te creyeron»

Había una vez una película sobre un psicópata que pretendía recrear el cuerpo de Cristo con trozos de sus víctimas descuartizadas. Los yanquis pueden ser tan simples. ¿Qué devoto castellano se limitaría a un nuevo Jesucristo teniendo una imaginería católica tan granada a su disposición?

El niño continuaba llorando, y a su abuelo no se le había ocurrido nada mejor para apaciguar el berrinche que acercarlo a esa cosa.

—Mira, Juanín —y alargaba el bracito del crío hacia la criatura—. Tócale la frente a San Isidro Labrador.

Solo decidió que había llegado la hora de romper su mascarada. Debía llegar junto a la camilla cuanto antes, detener a ese anciano insensato que aupaba al niño sobre la bestial cabeza. San Isidro Labrador. ¡Jesús! Menuda locura. Se abrió paso a empujones y luego a golpes; la turba reaccionaba enfurecida ante el falso cojo. Aunque lo lastimaban con puños y garras intentando detenerlo, el detective continuó su avance. Nadie más parecía haber advertido el movimiento de las aletas de una nariz que parecía hocico olfateando los nuevos olores de la cripta. Al menos llegó a tiempo de arrancar al lloroso nieto de los brazos de su abuelo. Antes de que la criatura, levantándose de su lecho cual Lázaro de pesadilla, y haciendo gala de una velocidad escalofriante, le arrancara esos mismos brazos al abuelo. Sujetando al chiquillo contra su pecho, Solo se lanzó de cabeza contra la multitud. El nuevo giro de los acontecimientos había cogido desprevenidas a todas aquellas personas, cuyos rostros airados comenzaban a demudarse en puro terror.

Quizá fueron esos segundos de estupor general los que le salvaron el culo. Mientras aquella cosa revivida desataba su ira homicida sobre los vecinos más indefensos, Solo escapó hacia el fondo de la galería, al otro lado del pasadizo, buscando el amparo de la oscuridad. El detective desconocía cuánto más podría extenderse la cripta en aquel sentido, pero pronto pudo comprobar que su instinto de supervivencia se mantenía en forma. Presas del pánico, los vetustos congregantes corrieron como pollos sin cabeza hacia el pasadizo, golpeándose en su huida a ciegas y pisoteando sin ningún miramiento a los caídos. Y a los que no morían aplastados por sus vecinos ya se encargaba de destrozarlos la criatura con aquellas extremidades

imposibles de araña humana. Gritos y más gritos, durante una eternidad. Un olor ferruginoso y espeso inundó la catacumba. Entonces se hizo el silencio. El sonido de una bronca respiración y un llanto suave. El niño continuaba gimoteando en el regazo del detective. Con aquel pequeño histérico entre sus brazos, Solo maniobró como buenamente pudo para liberar su pistola de la manga del abrigo. Pasos apresurados, acercándose. Ese olor acre y penetrante cada vez más intenso. Solo amartilló el arma y apuntó en la oscuridad. Dos puntos brillantes y una ráfaga de aire a su derecha. La bestia rugió; el niño gritó. El detective disparó.

\*\*\*

Las dos unidades del SAMUR solicitadas por los nacionales habían llegado por fin y ahora atravesaban el cordón policial desde General Ricardos para atender a los supervivientes. Apoyado en uno de los coches de policía y con un pitillo entre los labios, Solo intentó recomponer los jirones de su camisa. El chiquillo se había resistido cuando los dos agentes de campo vinieron a llevárselo. Se había resistido mucho. Para entonces también se habían estacionado allí dos vehículos militares y una lechera de los GEO. Normal que el crío continuara asustado, joder. El detective le dio una buena calada al cigarro antes de reparar en el agente que se había situado justo a su lado.

—Parece increíble ¿verdad? —el agente se quitó la gorra y se enjugó el sudor de la frente—. Veintiocho muertos, dos de ellos niños muy pequeños. Quince aplastados; el resto, despedazados.

Solo exhaló el humo en difusos anillos. El policía se giró para encarar al detective.

—¿Qué era eso, por el amor de Dios?

—Eso —respondió el detective tras un incómodo silencio—, es lo que ocurre cuando a un desgraciado le da por parir engendros pasándose por el forro todas las leyes de la naturaleza. Con el beneplácito de la administración, por supuesto. Siempre animando a sus muchachotes a bajarle las bragas a la sensatez. Me temo que el señor del Espino va a tener que explicar muchas cosas... Y yo también quiero mi parte del pastel.

El policía le devolvió una mirada extrañada.

—Pero señor... Pensé que lo sabía... Al detenido se lo llevaron dos agentes de las fuerzas especiales nada más llegar a comisaría. Ahora, si es tan amable de acompañarme, me gustaría tomarle declaración...

## **ARRIBA Y ABAJO**

***Pedro López Manzano***

Disyuntiva.

Alternativa entre dos cosas, por una de las cuales hay que optar.

A veces nos cuestionamos nuestro lugar en la creación, no como seres individuales, sino como especie, pues, a decir verdad, no todo el mundo cree que estemos solos en el universo, ni que seamos el centro del mismo, pero, ¿cuál sería la otra opción? La imagen que con mayor naturalidad acudirá a nuestra cabeza ante tal dilema es la de una noche despejada, llena de estrellas. La mera acción de contemplarlas, de dirigir la mirada hacia arriba, nos empequeñece abrumadoramente ante su inmensidad repleta de posibilidades, por remotas que puedan parecer, y ni el más aferrado a las ciencias estadísticas se atreverá a aseverar con rotundidad nuestra singularidad como señores del firmamento.

Yo, por supuesto, tampoco lo hago, pero cuando me dejo llevar por tales pensamientos existencialistas, no es hacia arriba precisamente adonde se dirigen mis ojos.

Accidente.

Suceso eventual que altera el orden regular de las cosas. El que me atañe ocurrió en el monte (cualquier monte castellano serviría para ilustrar esta historia, por lo que sobra la concreción) y en invierno, de tal manera que el terreno se hallaba nevado. Había llegado en coche con el alba y estaba cazando sin más compañía que la de mi perra. No llevábamos más de media hora cuando se detuvo frente a un arbusto y quedó paralizada, de muestra, con la pata levantada a medio paso y la cabeza, espalda y rabo en línea recta apuntando a la presa que había localizado. Yo me había quitado el chaleco para recolocármelo de una forma más cómoda, y lo dejé sobre una roca para que no me molestara al disparar, mientras retiraba el seguro de la escopeta y me acercaba a la perra sigilosamente, listo para que en cualquier momento un animal saliera saltando de su escondite. Nunca sabré qué pieza era, ya que la nieve cedió bajo mi peso y comencé a caer. La escopeta se me disparó, y por el retroceso se me escapó de las manos, haciéndome perder más si cabe el equilibrio e imposibilitándome agarrarme a ningún saliente. Antes de perder el conocimiento, mientras bajaba a trompicones, me dio tiempo a escuchar un ladrido de mi perra, excitada por mi repentina desaparición, con toda probabilidad, asomándose al hueco por el que me había colado, con las orejas muy levantadas, y la escopeta tirada al lado suyo, junto al

chaleco que guardaba en sus bolsillos tres o cuatro barritas energéticas, una cantimplora medio llena, una linterna de mano y mi navaja suiza de la suerte.

Desperté. Me encontraba sobre firme, tendido en el suelo. Me puse en pie. No se veía nada. Empecé a moverme y a reconocirme con las manos. Ni nieve ni sangre, y todos los huesos sorprendentemente en su sitio, nada más allá de arañazos y magulladuras, por todo el cuerpo pero leves. Me quedé quieto intentando averiguar dónde estaba, ver u oír algo.

Nada.

El no ser, o la carencia absoluta de todo ser. Grité y escuché. No sabía por dónde había llegado, supuse que desde arriba. En cualquier caso, seguro que estaba lejos de donde partí, ya que no se oía a mi perra ladrar respondiendo a mi llamada. Paulatinamente me calmé y fui haciéndome consciente de lo que había a mi alrededor, o más correctamente, de lo que no había.

Oscuridad.

Falta de luz y claridad para percibir cosas. Falta sin restricción. Únicamente se podía percibir el color negro. Envolviéndolo todo hasta hacerlo desaparecer. Envolviéndome a mí. El ambiente que me rodeaba era opresivo por la quietud que lo controlaba. Nada, nunca, está tan tranquilo. Solo podía ver un inmenso negror; ni siquiera se me iba acostumbrando la vista aprovechando cualquier minúsculo foco de luz, ya que no lo había. Tampoco alcanzaba a escuchar ni el más remoto sonido. Ni siquiera una voz lejana o el susurro del viento, ni el eco del susurro de una voz traído por el viento. Mi nariz tampoco lograba detectar el más nimio olor. Ni al vicio de la habitación cerrada ni a la pureza del campo abierto ni a ninguno de los infinitos aromas intermedios entre lo uno y lo otro. Alargué la mano hacia la derecha y toqué una pared. Fría sin llegar a helar, lisa sin ser completamente plana, y aunque no podía verla, estoy seguro de que era de color gris. Extendí la otra mano y no toqué nada. Puse los brazos en cruz, con la máxima amplitud, y rocé la otra pared con las yemas de los dedos. Exactamente igual a su pariente de la derecha. Toqué el suelo: sin pendiente y con la característica misma falta de características que las paredes, que se fundían con él en formas redondeadas, sin formar el más mínimo resquicio de un ángulo. Intenté palpar el techo, pero no llegué, ni siquiera saltando. Empecé a caminar a ciegas, despacio y asegurando cada paso, sin apartar la mano derecha de su pared, y con la izquierda al frente para no chocar contra nada.

Vacío.

Falto de contenido físico o psíquico. Me hallaba desorientado en todos los aspectos. Además de la privación de percepciones sensoriales —lo único que notaba era la sequedad de la boca—, había perdido la noción del tiempo que llevaba caminando y ni siquiera estaba seguro de ir en línea recta. Bien podría haber tomado una ligera curva hacia uno u otro lado, y estar dando vueltas de varios kilómetros, continuamente en un circuito cerrado, o quizá existiera una pendiente imperceptible en el piso, y estaba subiendo o bajando sin darme cuenta, pues todo resultaba

idéntico. Pero no, tan solo tenía que razonar. Me senté en el suelo de espaldas a la pared, dejando a mi izquierda el camino recorrido, cogí un cartucho del cinturón y lo dejé en el suelo... se movió. Al principio casi nada, pero pronto me demostró que, en efecto, existía un ligero desnivel al comenzar a rodar hacia mi zurda, de tal forma que había ido subiendo sin darme cuenta. Me levanté, continué caminando, y repetí el proceso cada varios minutos. Siempre ascendiendo. Al menos sabía que no estaba dando vueltas, ya que en ese caso descendería y ascendería alternadamente, por lo que en algún momento tendría que llegar a algún lugar, y me aferré a esta vaguedad. No existen túneles tan largos, tienen un principio y un fin. Esta conclusión de noción de un objetivo, y de acercarme cada vez más a él al ir subiendo, me hizo olvidarme parcialmente del cansancio que arrastraba desde hacía horas, aunque los pies estaban empezando a dolerme, y lo que más me apetecía era parar un rato y masajearmelos con las manos.

Infinito.

Que no tiene ni puede tener fin ni término. Lo estaba experimentando en aquel momento, si es que se puede emplear la palabra momento cuando uno ha perdido la noción del tiempo. Que no puede tener fin ni término era lo que estaba empezando a sospechar, o más bien a afirmar para mí. Y para mi desesperación. Me senté a descansar un poco y comencé a razonar lógicamente, tratando de darme ánimos.

La zona geográfica en la que me encontraba era más bien una meseta, sin montes demasiado altos hasta muchos kilómetros de distancia. ¿Cuánto podría haber bajado en mi larga caída? ¿Diez metros?, ¿veinte quizá? Exageremos hasta los cincuenta. Si había estado subiendo durante que menos que diez horas (aunque bien podrían haber sido días) a un ritmo aproximado de tres kilómetros por hora, habría caminado unos treinta kilómetros con una pendiente de, digamos, el cinco por mil. Bajo esta suposición, habría ascendido unos ciento cincuenta metros. Por lo tanto, si la orografía no me fallaba y manteniendo la premisa de haber caído dando tumbos a lo sumo cincuenta metros, ¡debería estar ya más de cien metros por encima del suelo!

Incliné la cabeza hasta las rodillas e intenté llorar, pero tan deshidratado estaba que únicamente salieron de mis ojos dos gotitas minúsculas que ni siquiera merecían llamarse lágrimas. Si al menos pudiera ver algo. U oírlo, olfatearlo, palpar algo que no fuera el tedio de la pared y el suelo carentes de cualquier propiedad.

Perdí toda esperanza y me dejé caer inerte, como un harapo tirado al borde de un camino por el que no pasara nunca nadie, y es que quizá fuera eso en lo que me había convertido.

Histerismo.

Estado pasajero de excitación nerviosa producido a consecuencia de una situación anómala. No sé hasta qué punto pasajero, pero desde luego palpitaba en mí la excitación nerviosa. Hundido en aquel rincón, había oído algo. No sabría decir el qué, porque era un sonido tan débil que tuve que contener la respiración y cerrar los ojos (lo cual era absurdo, ya que no veía nada), y así alcanzar el nivel de concentración necesario para poder distinguir el sonido como ajeno a mí. Lo volví a escuchar, aunque tuve que aguardar unos minutos más agazapado y expectante, sin siquiera pensar,

hasta que volvió a producirse, y así convencerme de su existencia real, y de que no era un espejismo auditivo debido a mi lamentable estado físico. Parecía provenir del túnel, más adelante, en la dirección hacia la que había estado caminando todo el tiempo.

Me levanté, con fuerzas renovadas por la buena nueva. Me costó mucho, ya que el breve descanso me había perjudicado más que beneficiado, y al incorporarme, las rodillas y tobillos me crujieron, quejándose dolorosamente y haciéndome tambalearme y apoyar la mano en la pared para conservar el equilibrio. Aun con todo, no pude evitar sonreír, ya que el sonido de las articulaciones había parecido el de una secuoya al ser talada y caer desde el cielo, partiéndose la madera estruendosamente. Tal era la amplificación del sonido en estas condiciones de ausencia del mismo. Pero ahora ya no había una ausencia completa, porque había escuchado algo.

Olvidando la sed a pesar de tener la lengua de trapo, aceleré el paso hacia mi esperanzador y sonoro destino, y noté como mi corazón bombardeaba sangre hasta las sienes, histérico al tiempo que se me escapaba una risita, que sonó más bien como un gemido desagradable en el túnel. Avancé con excitación, zarandeándome a paso vivo, apoyándome con las dos manos en la pared de mi derecha.

#### Dolor.

Sensación molesta y aflictiva de una parte del cuerpo por causa interior o exterior. Aunque molesta y aflictiva se queda corto, no es de una parte del cuerpo sino más bien de todo el mismo, y es tanto por causa interior, por empezar a tener la certeza de la locura propia (no me cabe ni la menor duda de que es una de las peores sensaciones que puede tener el ser humano), como exterior, ya que, a pesar de pararme varias veces para volver a escuchar el sonido, éste no se repetía.

Al fin caí al suelo, al límite del desmayo, y dominado por la congoja, con el cuerpo y el ánimo doblegados. No podía estar pasándome aquello. Estaba completamente seguro de haber escuchado ese sonido, y había corrido, y lo había vuelto a escuchar, y había corrido de nuevo, y entonces el silencio. La desesperante calma absoluta que reinaba en el túnel. Pero había existido, y el ruido siempre es producido por algo, al menos algo diferente del maldito túnel de piedra. Y ese algo ya no estaba allí. Ni siquiera me importaba la naturaleza de la fuente del ruido, sólo quería encontrarla. Me obsesionaba hallarla para demostrarme que no había perdido la cabeza. No tendría que haber sido así. Debería haberme importado la fuente del ruido. Debería haberme importado mucho, porque tras derrumbarme, gritar, y decidir que ya nada me iba a levantar de allí, volvió a producirse, y esta vez a unos centímetros de mí.

#### Conmoción.

Movimiento o perturbación violenta del ánimo o del cuerpo. O de ambos. Del cuerpo, por medio del sentido auditivo. Del ánimo como consecuencia directa del anterior. Sí, se volvió a producir «el sonido». Esta vez fue a escasos centímetros, a la altura de mi cabeza, justo por donde había venido, detrás de mí. Si bien antes había sido tan débil que por la falta de detalle no podía asociarlo a nada distinguible, ahora tampoco podía asociarlo a nada que yo hubiera conocido. Pero por diferentes motivos, lo percibí con claridad ilimitada, desgraciadamente para mí.

Todos hemos pisado una cucaracha alguna vez, y en verdad es un sonido desagradable, un crujido característico, de ese par de élitros negros y duros que les recubren las alas, y casi se puede sentir los órganos del ortóptero reventando bajo la planta del pie. Ahora juntad varios millares de cucarachas, y ponedlas debajo de un pie gigante, de una prensa hidráulica, que las aplaste muy lentamente, durante ocho o diez segundos, con todas sus milésimas cada uno. Poned ese crepitar a unos centímetros de vuestra nuca, cuando menos os lo esperáis, envueltos por la oscuridad más absoluta, y podríais haceros una idea de cómo me sentí. Aunque, a decir verdad, no creo que ninguna imaginación sea capaz de alcanzar tal extremo.

Lo único bueno es que, como no había comido ni bebido nada en horas (o días), no vomité por la violentísima arcada que me produjo semejante cacofonía. Durante la misma estaba paralizado de terror, y al acabar, volví la cabeza en un movimiento rápido hacia la fuente de aquello, con los ojos muy abiertos. Afortunadamente, y doy gracias todos los días desde entonces hasta hoy por ello, la oscuridad seguía siendo total y no distinguí nada más que la negra opacidad de siempre. Al extinguirse el sonido, la oscuridad hacía que pareciese que nunca se había producido, que permanecía en el mismo abismo de vacío que hasta entonces, pero no podía obviar esa existencia, como cuando uno despierta de una pesadilla y así acaba con los monstruos que le han torturado en la misma.

Me erguí para echar a correr y entonces ocurrió lo peor.

Escolopendra.

Nombre común de varias especies de miriápodos de hasta veinte centímetros de longitud, cuerpo brillante y numerosas patas dispuestas por parejas. Viven bajo las piedras y suelen producir dolorosas picaduras mediante dos uñas venenosas que poseen en la cabeza.

Me levanté. Pero al empezar a correr, las piernas me fallaron, y tuve que apoyar mi brazo derecho sobre la pared para no caer hacia atrás, y extender el izquierdo, en movimiento reflejo y desafortunado.

Toqué Eso. Durante el segundo más dilatado de mi vida.

Siempre he pensado que una de las pocas cosas en las que casi todo ser humano está de acuerdo con sus congéneres es en la animadversión (por no llamarlo odio), que siente hacia los bichos en general, o hacia alguno de ellos en particular: arañas, cucarachas, saltamontes, ciempiés, escarabajos, gusanos, escorpiones...

Cuando extendí la mano, los toqué a todos a la vez. Recorrieron mis dedos y mi palma, expeliendo secreciones e inyectando, casi introduciéndose ellos mismos en mi cuerpo para bucear a su antojo bajo mi piel. Sentí muchas picaduras antes de poder apartarla. Pero lo que peor me hizo sentir fue la sensación de que todos ellos se movían al unísono, como si formaran parte de un mismo ser, grotesco, enorme y tan primitivo que rayaba la atemporalidad. Un ser formado por miles de bichos de todos los tipos y tamaños.

Prisa.

Prontitud o rapidez con que sucede o se ejecuta una cosa. En este caso, mi huida. En verdad os digo que, a pesar del dolor de las picaduras de mi mano y del cansancio

acumulado, corrí tan rápido como podría haberlo hecho cualquier atleta en plena forma, si bien chocando contra las paredes, tropezando, cayendo y levantándome otra vez. Corrí como si me persiguiera el diablo. De hecho estoy seguro de que si el diablo existe, yo lo he oído y lo he tocado. Y, aunque no lo sentía físicamente, estaba seguro de que venía tras de mí. Para variar, no sé lo que tardé, pero corrí y corrí por el túnel, y de repente me di cuenta de que todo había cambiado. Sentí un frío intenso, ya no estaba pisando roca sino nieve, la oscuridad no era tan densa, sino que parecía más la de la noche, ni el silencio tan absoluto, ya que el viento aulló lúgubre y maravillosamente. Me paré y, esta vez sí, acostumbré los ojos.

¡Estaba en el campo! De hecho, me hallaba a tan sólo unos metros de donde había desaparecido, pero era noche cerrada. Acabé de un trago con el contenido de la cantimplora y en cuanto me orienté fui al coche, que estaba muy cerca. Mi perra yacía junto al mismo, y cuando aparecí comenzó a dar brinco alrededor mío, pidiendo una caricia, que gustosamente le otorgué. Entonces me di cuenta de que no sentía el brazo, estaba hinchándose y supurando por la zona de las picaduras. Me hice un torniquete con una manga arrancada de mi propia camisa tan rápido como pude, y eso salvó mi vida. La mano, y por ende la extremidad, no corrió tan buena suerte. Me la amputaron a la altura del codo en el hospital, afortunadamente cercano al lugar en el que me encontraba (cuyo nombre o ubicación no ha sido un olvido no mencionar), al cual pude llegar conduciendo a malas penas. Por supuesto, los médicos que me atendieron, quedaron boquiabiertos al ver que tenía treinta y cuatro picaduras de veinte tipos de «bichos» diferentes, diez de ellos no incluidos en nuestra fauna ibérica, y otros seis imposibles de identificar.

Incógnita.

Causa o razón oculta de algo. Es aquello que precisamente intento evitar despejar. Francamente, creo que estoy mejor sin tener una explicación de lo que me sucedió, porque no sé cómo podría afrontarla. Qué me ocurrió durante los dos días y medio que duró mi extraña desaparición, qué era lo que escuché y palpé, si era único o perteneciente a una especie, qué tipo de seres podríamos encontrar a tan solo un puñado de metros de distancia, justo debajo de nosotros y desde cuándo vagan por allí, en túneles demasiado perfectos como para ser construidos por criaturas no inteligentes. En definitiva, cuántos secretos hay aún que escapan al ser humano y a su discernimiento. Yo creo que más de los que conoce.

A veces nos cuestionamos nuestro lugar en la creación, no como seres individuales, sino como especie, pues a decir verdad no todo el mundo cree que estemos solos en el universo, ni que seamos los más poderosos del mismo. La imagen más común ante tal dilema es la de una noche despejada, llena de estrellas. La mera acción de contemplarlas, de elevar la mirada hasta ellas, nos abrumba. No obstante, para sentirme empequeñecido yo no miro hacia arriba, a las estrellas, sino al suelo que piso cada día. Trato de no pensar en ello.

Son muchas las cuestiones que intento evitar a toda costa. Sobre todo aquellas noches en las que despierto entre gemidos, en la oscuridad de mi dormitorio, con una capa de sudor frío por todo el cuerpo, sacudiéndome bichos inexistentes de una mano izquierda, también inexistente.

## LA MINA DE LOS MUERTOS VIVIENTES

*Edgar Segá*

### 1

La pesada carga provocaba que el vehículo se levantara sobre las ruedas traseras cada vez que superaba uno de los numerosos baches desperdigados por el camino, perdiéndose el haz de las luces delanteras a lo lejos, engullido sin contemplaciones por el túnel. Tras un recodo apareció la larga ristra de tubos de lílux, el misterioso líquido azul que desprendía luz fluorescente al recibir una pequeña descarga eléctrica, que indicaba lo cerca que estaban de su destino, apenas unos kilómetros; y que arrojaba algo de luz sobre la oscuridad que lo impregnaba todo. Doscientos metros después, el tablero luminoso del vehículo se apagó de golpe y el sonido eléctrico del motor fue extinguiéndose poco a poco.

—¡Oh, mierda! ¿Qué demonios ocurre? —maldijo el conductor mientras el furgón iba decelerando, al tiempo que golpeaba el panel de mandos—. Pensé que habías comprobado las baterías.

—Joder, se lo dije a ese cabrón de Stuart —respondió el copiloto.

—¿Qué clase de respuesta es esa? Eras tú quien debía hacer la revisión. Serás... —Ahogó el insulto en sus pulmones mientras miraba la semioscuridad que se extendía delante de ellos—. Ni siquiera funcionan las comunicaciones —aseguró tras comprobar que no llegaba corriente a la radio—. Ya te dije que esas baterías estaban haciendo el tonto. A ver quién cojones les explica a los señoritos que tenemos que ir andando hasta la mina.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó alguien desde la cabina de pasajeros.

Los dos pilotos se miraron resignados.

—Está bien —dijo finalmente Bob, el copiloto, bajando del vehículo—. Ha sido cagada mía, yo me ocupo.

Se dirigió a la parte trasera del furgón mientras Mike, el piloto principal, descubría la compuerta del suelo de la cabina, donde se encontraba el sistema electrónico.

—¿Qué pasa? —preguntó el caporal del grupo que transportaban, un hombre de mediana edad de aspecto tosco y serio, cuando se abrió el doble portón trasero.

—Verá, tenemos un problema mecánico. Creo que las baterías... se han estropeado.

—¿Tiene solución? —bramó. Bob miró a Mike a través del espejo retrovisor, que compuso un gesto de negación. El copiloto meneó la cabeza—. ¿Cuánto tardarán en venir a buscarnos?

—Todos los aparatos del vehículo dependen de las baterías...

—Pero habrá otra manera de comunicarse con la mina. ¿Teléfono? ¿Wifi?

—Este túnel no está terminado, hasta entonces no es seguro instalar repetidores wifi ni cables de teléfono... no durarían ni una semana, ya me entiende.

—¿Me está diciendo que tenemos que trasladarnos hasta allí a pie? ¿Y cargando con el equipo?

—Nosotros les ayudaremos —dijo rascándose la calva y mirando al suelo—. Al menos a llevar lo más importante.

—¿Qué me dice de las compuertas y los aros de acoplamiento?

—Oh, no se preocupe; la mina a la que vamos es muy fructífera. —Señaló hacia el frente—. No supondrá ningún problema construir las compuertas que sean necesarias.

—Está bien —aceptó resignado—. ¡Chicos, seguiremos a pie!

Las tres personas que completaban el grupo protestaron a regañadientes. La primera en salir, la técnica de tóxicos, una joven de unos veinticinco años de pequeña estatura y mirada esquiva, se quedó escrutando el túnel, pues aunque ya había viajado por unos cuantos, ninguno de los que salían de la ciudadela hacia las distintas minas que había a su alrededor era tan tétrico. El motivo era porque sólo se había realizado la pre—perforación —por eso viajaban en furgón, pues el túnel ni siquiera poseía los raíles para los ferrocarriles magnéticos, el principal medio de transporte de personas y mercancías— así que el pasaje estaba repleto de aristas y salientes, que iluminados por la tenue luz azulada de los tubos de lílux, proyectaban fantasmagóricas sombras sobre las paredes y el techo.

El copiloto entró en la cabina de pasajeros y se dispuso a ayudar a Olga, la ingeniera de estructuras, una atractiva cuarentona alta y morena, pero el operario, un joven grande y musculoso de aspecto bobalicón, se interpuso entre ellos.

—Jan —se presentó tendiéndole la mano.

Bob captó la indirecta y disimuló con rapidez, ocupándose de otros asuntos, como coger algunos aparatos poco pesados que había en el compartimento y que le parecieron necesarios.

—¿Y bien? ¿Estamos listos? —preguntó Mike al bajar de la cabina.

La respuesta del caporal fue lanzar un compacto esputo al arenoso suelo del túnel. No era nada personal, pero el hombre había soportado un férreo entrenamiento militar durante años, en la época que las dos corporaciones que ahora formaban Coltania, la ciudadela más importante del Submundo, se toparon al querer hermetizar a la vez Mina 17, dando pie a la guerra del Tántalo; así que no podía dejar de mostrar su disconformidad cuando detectaba actitudes poco profesionales. Esos tiempos estaban a dos décadas de distancia, cuando se fraguó la fusión, y desde entonces ya no hizo falta ejército alguno, siendo los militares destinados a otros trabajos, mayoritariamente de control y seguridad.

—Vosotros dos llevaréis eso —dijo señalando un baúl grande de aluminio—. ¡Dana, en marcha! —le gritó después a la técnica de tóxicos, que aún estaba absorta en la contemplación del túnel, intentando adivinar dónde acababa el desfile de lucecitas que lo alumbraban, cada vez más tenues y pequeñas.

—Vale Chuck, voy a coger mis cosas, id tirando. ¡Eh, tú! ¡Suelta eso inmediatamente! —Bob se sobresaltó, y al verla acercarse a él con cara de pocos amigos dejó lo que tenía entre manos: un maletín metálico rectangular, de unos

noventa centímetros de largo y cuarenta de ancho, más ligero de lo que aparentaba—. Yo lo llevaré.

—Vale pequeña, sólo pretendía ayudar —dijo bajando del vehículo para ayudar a Mike a transportar el baúl.

La joven abrió el maletín para comprobar que los aparatos estaban en su sitio —lo contrario hubiera sido imposible pues todo estaba anclado en compartimentos amoldados a la forma de los objetos— y después cogió el resto de sus cosas: una mochila con ropa de muda y un bolso cruzado donde guardaba la computadora portátil. Dos minutos después, cuando salió de la parte trasera del vehículo para reunirse con los demás, un sobresalto la detuvo. Habían desaparecido.

Al momento se asustó, pues eran conocidas las historias acerca de túneles que, como en ese, iban a morir cientos de pasajes más estrechos y casi siempre más oscuros que nacían en yermas cuevas y pequeñas minas abandonadas. Se decía que muchas de esas cavidades estaban pobladas por personajes peligrosos, insurgentes y proscritos que habían abandonado Coltania disconformes con el sistema que en ella imperaba.

Miró hacía todas las direcciones sin suerte, mientras se preguntaba si ese túnel podía ser uno de esos. Caminó inquieta algunos metros, buscando algún recoveco en el que pudieran haberse metido, pero no encontró nada en absoluto. Volvió a mirar hacia adelante, escudriñando el final del inacabable conducto, como si hubiera sido posible que hubiesen llegado tan lejos. Cuando ya estaba a punto de gritar, la momentánea desaparición quedó explicada por sí misma: la distancia entre los focos era mayor que la luz que desprendían, y siempre había una zona de varios metros de oscuridad entre un tubo y el siguiente. Cuando el grupo atravesó una de esas zonas oscuras, apareció de nuevo al otro lado. Se rió para sus adentros y aceleró los pasos hasta reunirse con ellos, pues aunque parecía que estaban solos, no la tranquilizaba en absoluto tener a sus espaldas tantos kilómetros de tinieblas.

## 2

Pasado el mediodía, sedientos y agotados, llegaron a la compuerta principal de Mina 32, donde se había descubierto el nuevo sistema de cuevas que debían hermetizar. Bob comprobó en el monitor los niveles de toxicidad del otro lado, algo obligatorio siempre que se quería abrir una compuerta, y pidió permiso para introducir el código de apertura.

—Permiso concedido —respondió Mike.

Los pilotos no se limitaban a conducir vehículos, también era su competencia velar por la seguridad en los túneles, y siempre había que cerciorarse de que no existía toxicidad al otro lado de las compuertas. La barrera se abrió y vieron cómo el túnel continuaba unos trescientos metros, aunque mucho mejor iluminado y con dos bóvedas que lo horadaban a diestra y siniestra: una cantina que a esa hora registraba buena concurrencia, y un taller mecánico con alguna vagoneta que reparar. Tras una diminuta garita que consistía en un mostrador con una pequeña computadora incrustada, vieron al guardia de seguridad de Mina 32.

—¡Eh Mike! —dijo—. ¿Es el equipo de sellado?

—Sí.

—Llegáis tarde, os esperábamos esta mañana.

—No preguntes Randal —apuntó Bob—. ¿Queréis descansar? En esta cantina se come un filete orgánico...

—Preferimos beber algo fresco y ponernos a trabajar —interrumpió Chuck aceptando gustosamente el líquido que se le ofrecía—. ¿Cómo llegamos a la zona de trabajo?

—Por aquí.

Avanzaron por el ancho pasaje hasta que llegaron a una gran bóveda de unos cien metros de diámetro y cuarenta de alto, bien iluminada por lámparas que colgaban a una docena de metros, asidas a tensos cables de acero que atravesaban la cueva en ambas direcciones, formando una especie de tela de araña. Tan grande era la cavidad que albergaba dos edificios construidos a base de placas de adóplex, un compuesto creado con la mezcla de arena muy fina y un extraño líquido pegajoso descubierto en las profundidades del Submundo. Uno de ellos era un pequeño hospital; el otro, al que llamaban La Fábrica, era donde se trataban y almacenaban los recursos que se extraían de la mina, aguardando a que se finalizara la construcción de los raíles que debían unir la mina con Coltania para ser distribuidos. De esa plaza, considerada el centro neurálgico del complejo, partían cinco grutas: dos de ellas llevaban a los camarotes de los empleados, ciento cincuenta habitáculos con capacidad para quinientas personas; y las otras tres, una estrecha que descendía, otra más ancha que continuaba en línea recta y una tercera que se perdía hacia arriba, envuelta en la penumbra; conducían a los yacimientos que estaban siendo explotados. Randal señaló unas vagonetas que aguardaban en fila dispuestas a encaramarse por las vías que nacían a orillas del tercero y dijo:

—Esas cacharras os llevarán a la bóveda donde se ha descubierto la caverna.

Subieron a las vagonetas de dos en dos e iniciaron el ascenso, una hora de lento y aburrido traqueteo sobre las destartadas vías, con dos líneas de candiles escoltándolos a lado y lado, durante los que vieron aparecer aquí y allá, como si de un río repleto de afluentes se tratara, pequeños y oscuros pasajes que morían en la gruta que recorrían. En algunos de ellos se adentraba una ramificación de una de las líneas de candiles, perdiéndose la luz en su interior para devolver sombras en movimiento, seguramente las de los mineros que en ellos trabajaban.

—Parece que te interesan mucho esas catacumbas —le dijo Mike a Dana, con la que le había tocado compartir vagón, que no paraba de mirar los pasadizos.

—Simple curiosidad.

—¿Hace mucho que te dedicas a esto?

—Bastante —mintió, pues hacía poco que había acabado la formación y apenas había desintoxicado un par de pequeñas bóvedas descubiertas por accidente meses atrás. Esa era su primera gran caverna, y en secreto se preguntaba si sería capaz de hacerlo bien.

Los candiles parpadearon, la cadena que arrastraba las vagonetas se paró en seco y se detuvieron. Instintivamente la mano de Dana se fue al brazo de Mike, aferrándolo con fuerza.

—Tranquila, solo serán unos segundos —dijo el piloto mientras la luz de los focos iba extinguiéndose, hasta que una opaca oscuridad se instaló entre ellos. Notó como la mano de la muchacha se atenazaba más fuerte en torno a su brazo, casi incomodándole. Justo después la cadena volvió a moverse, arrastrándolos de nuevo hacia arriba, al tiempo que volvían a prenderse los candiles—. Aquí es siempre así, el

generador de esta mina no es muy potente, cuando entran metales a fundición, La Fábrica chupa toda la corriente y hay caídas de tensión.

Una vez arriba, tras seis kilómetros de recorrido, la cadena sin fin que había arrastrado hasta allí las vagonetas, daba la vuelta alrededor de un motor dentado circular y volvía a bajar, para así continuar su infinito recorrido. Un minero que les esperaba con un consistente desayuno delante a medio engullir, se levantó expulsando las migas de pan sintético que le habían caído en el regazo y accionó la palanca que detenía el circuito.

—Oh vaya, había empezado a comer...

—Al grano —azuzó el caporal.

—Está bien, es aquí mismo.

Subieron por una galería empinada hasta una cueva amplia de paredes altas con el techo repleto de estalactitas. En un rincón, junto a un gran muro de roca de unos cinco metros de alto, descansaba el traspasador de materia. Chuck lo asió entre sus manos, señaló a la pared y extrañas ondas sinusoidales se dibujaron en el pequeño monitor que había junto al mango. Giró el potenciómetro de las ondas, acercándolo poco a poco hasta los nanohercios, y en el monitor verde oscuro las ondas sinusoidales se fueron transformando, primero en líneas angulosas, y finalmente en aristas que daban forma a una gran caverna. Empezó a manipular con soltura los distintos potenciómetros del analizador y la caverna empezó a moverse en el monitor: se acercaba y alejaba, giraba sobre sí misma, rotaba 180 grados; todo con el propósito de descubrir posibles escapes o accesos por donde pudiera entrar la toxicidad del exterior.

—¡Qué tenemos aquí! Dana, mira estas ondas borrosas, las que aparecen y desaparecen.

—Sí.

—Es el agua de un riachuelo subterráneo. Y esta chimenea que se pierde hacia arriba, me juego una cena a que da al exterior. Esta caverna es oro puro. —Dejó el aparato en el suelo y se giró hacia el minero—. ¿Ha visto alguna vez una oveja?

—No.

—Pues dentro de un mes las aborrecerá. Olga, ¿Dónde podemos montar la compuerta?

—Ya estaba en ello. Unos metros más abajo la galería es más estrecha, podemos instalar una de clase D, no serán más de veinte minutos.

—Aquí montaremos una de clase B. Toma las medidas para la otra y manda a Jan a La Fábrica, a ver cuándo pueden estar.

Mientras Jan, Mike y Bob bajaban a La Fábrica en busca del material, Olga, Chuck y Dana montaron la esfera multiperforadora en el lugar donde pretendían instalar la primera compuerta. La ingeniera colocó la esfera en el centro de la gruta, suspendida a un metro y medio del suelo, gracias a cuatro brazos en cruz acoplados a sendos puntales anclados entre el suelo y el techo; y tecleó unas coordenadas en el pequeño panel que había en un lateral. Dos brazos articulados aparecieron en la parte inferior y superior de la esfera, con cientos de diminutos discos de diamante dentado en la punta de cada uno de ellos, que comenzaron a horadar la roca con facilidad. Los brazos empezaron a rotar alrededor de la esfera, haciendo un giro de 360 grados, y en menos de un minuto ya se había creado sobre la dura pared de la gruta un círculo perfecto. Una hora y media después los otros llegaron con el material, y en menos de quince

minutos ya habían encajado el aro y la compuerta. El equipo de sellado se quedó en la parte norte de la gruta, la que tocaba con la nueva caverna, y Mike y Bob en la parte sur.

—La cantina nos espera —dijo Bob con entusiasmo cuando la compuerta se cerró—. ¡Cómo he echado de menos ese líquido acervezado!

Chuck, Olga y Dana llegaron a la pared colindante entre las dos cuevas, donde Jan ya había instalado la esfera multiperforadora, colocada en un soporte que la atravesaba, sujetado transversalmente entre dos puntales que iban desde el suelo hasta el techo. Abrieron el baúl donde guardaban los uniformes AT —un traje hermético con escafandra que protegía de la toxicidad— y se los pusieron. La ingeniera tecleó las coordenadas y los brazos articulados del artilugio hicieron el resto. La esfera fue moviéndose de izquierda a derecha a lo largo del soporte que la sostenía, mientras éste subía y bajaba a través de los puntales. Media hora después, un gran cilindro de dos metros de diámetro y uno de ancho unía ambas cuevas.

—Los niveles son muy bajos —apuntó la técnica mirando el monitor de su computadora mientras sostenía en alto el aparato de medición. El resto escuchó su voz metálica a través de los pequeños altavoces alojados en el interior de los uniformes AT.

—Perfecto —se congratuló el caporal—. Sellemos esta caverna vayamos a emborracharnos.

### 3

En la cantina Bob y Mike mataban el tiempo jugando a las cartas con viejos amigos de correrías, casi todos mineros. A la pareja nunca le faltaban camaradas para montarse una buena juerga, por su carácter y buen talante, pero sobre todo por ser uno de los equipos de pilotos más conocidos de la corporación. Mike trabajaba para ellos desde que tenía uso de razón, pues nació en un furgón minero, y desde entonces había vivido entre transportes.

—Estoy empezando a pensar que éstos juegan compinchados —dijo un fundidor que veía como su grueso de fichas iba menguando poco a poco.

—¡Pues si siempre pierdo! —apuntó Bob.

—Y lo recupera Mike, junto con lo nuestro. ¡Más líquido, pero no tan aguado!

La alarma de accidente los puso a todos sobre aviso. «Hombre herido» sonaba estridentemente por los altavoces dispersados por la mina. Era la voz de Chuck.

—¡Rápido! —Azuzó Mike a Bob—. ¡Al hospital!

Corrieron por el pasaje principal hasta la plaza, y de allí al hospital.

—¿Dónde están? —preguntó Mike en recepción al entrar antes de percatarse de que no había nadie, pues ya era tarde y sólo quedaba el personal sanitario de guardia.

El pequeño edificio estaba dividido en dos por un largo pasillo, quedando a un lado las salas de mantenimiento y administración y al otro los módulos sanitarios —un quirófano y una enfermería— y la cocina; tres salas idénticas construidas consecutivamente circunvaladas por el pasillo principal. La inercia les hizo dirigirse a la enfermería, donde se encontraron con el equipo de sellado al completo, además de una doctora y un enfermero que atendían al herido. Jan, estirado en la camilla, tenía la mirada perdida, completamente inerte, con el uniforme AT rasgado a la altura de la rodilla, por donde asomaba la articulación totalmente destrozada.

—¡Mierda! —exclamó el piloto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la doctora.

—Estábamos en una de las chimeneas que dan al exterior, acoplando la escotilla — explicó titubeante Olga—. Él se había descolgado por fuera para poder soldar desde ahí, pero el cable de sujeción cedió... ¡Ha caído al vacío unos veinte metros!

—Tuvimos que izarlo entre los tres —intervino Chuck.

—Tiene altos niveles de toxicidad en el cuerpo —apuntó Dana.

—¿Toxicidad? —Al enfermero le tembló la voz.

—No se preocupe, las vacunas nos impiden traspasarla a otras personas.

Jan recuperó momentáneamente el sentido pero no era capaz de articular palabra, por más que lo intentaba. Las extremidades le empezaron a temblar, cada vez con más violencia, hasta que Olga se abalanzó sobre él, tratando de contenerlo. El muchacho la sujetó por los hombros provocando que ella se moviera al ritmo de él.

—¿Qué te ocurre? —sollozaba la mujer. Empezó a convulsionar con más fuerza mientras una espesa espuma blanca le salía por la boca—. ¡Oh, no! ¡Jan!

Tras diez o doce sacudidas fuertes, ya no se movió más. Chuck abrazó a Olga, que lloraba desconsoladamente, mientras la doctora intentaba reanimar al operario sin éxito. Después de dos largos e infructuosos minutos la doctora se giró hacia ellos.

—Lo siento —dijo.

A su espalda, mientras todos la miraban, Jan empezó a moverse lentamente. La doctora se dio cuenta de que algo pasaba por los gestos de sorpresa que vio en los rostros de quienes tenía enfrente. Se dio la vuelta y presenció como el muchacho que acababa de perder la vida se incorporaba sobre la camilla al tiempo que su tez se tornaba blancuzca, casi azulada, y diversos hematomas de aspecto repulsivo, que no tenía al entrar en el hospital, se dibujaban en su cuerpo. Los ojos, amarillos, buscaban algo que mirar, como si todo fuera invisible.

—¿Ja... Jan? —aún tuvo fuerzas de pronunciar Olga.

La doctora, estupefacta, se dispuso a auscultarle el corazón. Entonces el muchacho, que aún continuaba con la mirada perdida, la agarró de los cabellos y hundió con violencia los dientes en su cuello, masticando sin piedad, arrancándole piel y músculo. La doctora lanzó un grito agonizante y logró zafarse con la ayuda del enfermero, pero el ataque había sido tan brutal que casi la había desangrado, dejándola al borde del desfallecimiento. La mujer cayó al suelo y empezó a retroceder a rastras. La vida iba escapándosele al tiempo que su bata blanca se teñía de rojo.

—¡Dios! —exclamó Bob—. ¿Qué cojones está pasando?

El sanitario se separó del operario, o lo que quedaba de él, pues el ser que había acabado con la vida de la doctora, no sólo no se parecía al muchacho, sino que ni siquiera parecía humano: a parte de la piel demacrada, el cuerpo aparentaba habersele descolocado por completo, con los hombros caídos y la cadera dislocada; abundante sangre de la doctora impregnaba su ropa y su piel, acentuando el horroroso aspecto que ya desprendía por sí mismo; y la mandíbula, desencajada, se abría y cerraba con fuerza buscando algo que mascar, emitiendo un sonido desgarrador, con jirones de piel humana colgando a ambos lados de ella. El enfermero intentó golpear al engendro en el que se había convertido Jan, con tan mala fortuna que acabó metiendo de lleno la mano en su boca. El monstruo la machacó como si nada, arrancándosela después de cuajo, lo levantó como a un muñeco y lo lanzó con gran violencia a la otra punta de la sala, estrellándolo contra la pared, partiéndole el cuello.

Se giró hacia los demás, que aún no habían acertado a salir de la enfermería, de tan sorprendidos que estaban, y avanzó hacia ellos, lentamente, como si le costara ordenar a los pies que tenían que ponerse el uno delante del otro para hacerlo.

—Jan —suplicó Olga.

—¡No! —Chuck la sujetó cuando ya acudía a su encuentro.

Una extraña escena se fraguó en ese momento delante de ellos: como si de una grotesca coreografía se tratara, enfermero y doctora se levantaron al unísono, algo imposible teniendo en cuenta que, al igual que Jan hacía unos minutos, acababan de hallar la muerte, y con las mismas maneras y dificultades para andar que el muchacho, emprendieron la marcha detrás suyo, en dirección al espantado grupo.

—¡Salgamos de aquí! —resolvió Mike abriendo las puertas que tenían a sus espaldas.

Chuck volcó un gran armario repleto de medicinas y material sanitario y lo hizo caer al suelo, a los pies de Jan, que casi había llegado hasta ellos. Salieron de la sala cerrando las puertas de cristal después, poco antes de que esos extraños seres los alcanzaran.

—¡Necesito algo para aguantarlas cerradas!—exclamó Mike sujetándolas.

Dana fue hasta recepción, cogió una silla y metió una de sus patas entre los mangos de las puertas, dejándolas bloqueadas. Las tres monstruosas criaturas, que seguían moviéndose aun siendo imposible, llegaron a las puertas y se empeñaron en tirarlas abajo, aunque sin suerte.

—Es espantoso —dijo Olga—. ¿Cómo es posible que hayan sobrevivido a las heridas?

—No lo sé —respondió Chuck, no lo había visto jamás.

—No han sobrevivido —apuntó Mike. Los demás lo miraron sorprendidos—. Han resucitado.

—¿Cómo puede ser?

—Ni idea, pero todos lo hemos visto... Esa doctora se ha desangrado delante nuestro. ¡Mirarla! —dijo señalando el espantoso engendro que se contorsionaba al otro lado del cristal, intentando hincar los dientes en él sin éxito.

—Sea como fuere, parece ser que esos... muertos vivientes, pueden contagiar su enfermedad a través de las heridas.

—De acuerdo —prosiguió Mike—. Ahora no pueden salir de aquí, iré a buscar ayuda y encontraremos el modo de reducirlos.

Apenas había pronunciado la última palabra, la puerta trasera de la consulta se abrió de par en par y uno de los guardas de seguridad del hospital apareció tras ella.

—¿Qué es tanto alboroto? —preguntó.

Todos empezaron a hacerle gestos instándole a que cerrara la puerta de nuevo, pero el vigilante no pudo verlos porque tenía la vista fija en los extraños personajes que golpeaban el cristal de la consulta sin cesar.

—¡Os he hecho una pregunta! —Los muertos vivientes se giraron lentamente y con su característico y pausado caminar se dirigieron hacia él—. ¡Alto! —amenazó apuntándolos con una pistola eléctrica aturdidora—. ¡Deteneos o disparo! —volvió a advertir justo antes de apretar el gatillo.

El pequeño dispositivo eléctrico se clavó en el cuerpo de lo que alguna vez fue Jan, que era el que estaba más cerca de él, pero la criatura no pareció notar nada y no hizo ademán de detenerse. Al llegar a la altura del guardia lo cogió del cuello y lo zarandó

con furia, golpeándole la cabeza varias veces contra los laterales del marco de la puerta, mientras los otros dos muertos andantes salían de la consulta, pasando a ambos lados de ellos. Al soltarlo se desplomó, cayendo a la otra banda de la pared de la sala, de tal modo que desde su posición el grupo sólo podía verle las piernas. Después empezaron a oír unos sonidos guturales mientras las extremidades del vigilante temblaban cada vez con más fuerza, estrellando con furia los talones de las botas contra el suelo y la pared en su afán por zafarse de lo que fuera que le apresaba.

—Hay que evitar que escapen —interrumpió Chuck.

—¡Seguidme! —Mike arrancó a correr hacia la izquierda, en la misma dirección que avanzaban los muertos, por el pasillo que discurría paralelo al de ellos. Pretendía llegar al final antes que los monstruos, donde había una puerta de emergencia, y bloquearla antes de que pudieran salir. Al pasar por delante de la cocina se encontró con una cruel estampa: los muertos vivientes ya habían entrado allí y estaban atacando a un grupo de sanitarios que habían coincidido en el cambio de turno.

—¡Tenemos que bloquear esta puerta!

Bob giró sobre sí mismo y fue corriendo hasta la recepción para conseguir otra silla, mientras Olga lo miraba sin saber muy bien si seguirlo a él o a los otros. Mike y Dana llegaron al final del pasillo y giraron a la derecha, desapareciendo de la vista de Chuck, que se había quedado ligeramente rezagado. Una nueva caída de tensión provocó que las luces del hospital parpadearan, y en ese momento, con la amenaza que representaba enfrentarse a esas demoniacas criaturas, convirtió la situación en más espantosa todavía. Cuando el caporal llegó a la curva, se encontró a los dos chicos plantados en el suelo, sin moverse lo más mínimo. Acertó a ver a escasos metros dos muertos vivientes acercándose poco a poco, sin poder distinguir si eran los que ya conocían u otros nuevos; aunque eso era algo que había dejado de tener importancia. Mike alargó su mano y cogió del brazo a Dana, que seguía petrificada, consiguiendo que poco a poco fuera despertando del atolondramiento, y empezaron a retroceder con lentitud, temiendo hacer movimientos bruscos, como si eso pudiera provocar que las bestias se abalanzaran sobre ellos de improviso. Una larga hilera de muertos vivientes aparecieron tras los otros dos, y se pusieron a seguirlos, todos atraídos por ellos de alguna extraña manera.

—¡Salgamos de aquí! —les gritó Chuck.

Al volver al pasillo principal se encontraron con Bob y Olga dándoles la espalda, andando hacia ellos marcha atrás, pues no habían podido bloquear la puerta de la cocina permitiendo a los muertos vivientes salir, interponiéndose entre ellos y la salida.

—Mierda —exclamó Mike —. ¡Por aquí!

Echaron a correr por un pasillo que había a la derecha que conducía al cuarto de la limpieza. El piloto llegó hasta él, abrió la puerta y animó al resto a entrar. Los muertos no tardaron en llegar, cerrándoles la puerta en las narices.

—¿Cómo saldremos de aquí? —preguntó Dana mirando alrededor, pues la pequeña habitación no tenía salida alguna, mientras los monstruos no dejaban de aporrear la puerta.

—Aquí al lado está el cuarto de mantenimiento eléctrico, da directamente a recepción, y a la salida. —Empezó a patear la pared—. Los tabiques son muy débiles, podremos atravesarlos.

Bob le ayudó, pero mientras ellos apenas habían abierto un pequeño orificio de un palmo de diámetro, los muertos ya asomaban los brazos por uno el doble de grande en la puerta de la entrada. Chuck, Dana y Olga se apresuraron a coger el único mueble que había en la estancia, un armario de dos metros de ancho por tres de alto, y lo volcaron sobre la puerta, reventándole la cabeza a uno de ellos, impaciente por entrar. Dos minutos después los pilotos ya habían abierto un agujero lo suficientemente grande para que cupiera una persona.

—Bien— se felicitó Mike cuando pasó al otro lado. Se acercó a un panel de mandos con un pequeño monitor y empezó a teclear unas órdenes.

—¿Por qué no avisas por megafonía? —escuchó a su espalda. Bob entró en la sala y se dispuso a activar el micrófono.

—¡Espera!

—¿Qué ocurre?

—Ya has visto lo rápido que esa... enfermedad actúa sobre las personas —respondió sin dejar de manipular la consola—. No podemos permitir que cunda el pánico y la gente huya hacia la ciudadela, no hasta que la amenaza esté localizada. Tenemos que bloquear las compuertas de salida.

—¡Estás loco! —Intentó apartarlo del panel originando un pequeño forcejeo en el que intentaron mediar las dos mujeres, que acababan de pasar a ese lado.

—¿Qué hacéis?

—Parad de pelearos, así no solucionaréis nada.

Cuando Chuck llegó sujetó a Bob por el cuello, apartándolo de Mike, que pudo continuar con su cometido.

—¡Quiere dejarnos aquí encerrados! —les gritó el copiloto como último intento de salirse con la suya cuando su compañero ya había acabado.

—¿A qué se refiere?

—He bloqueado las compuertas de la mina para que nadie salga... al menos hasta que los muertos vivientes estén neutralizados o aislados.

Olga se abalanzó sobre él.

—¿Por qué? ¿Acaso quieres matarnos?

—Tiene razón —apuntó Chuck interfiriendo de nuevo—. Imaginaos la tragedia que supondría que esas criaturas infestaran los túneles. La vida en el Submundo no sería posible, al menos como la conocemos hasta ahora. ¿Hay algún modo de comunicarse con Coltania? —le preguntó a Mike.

—No, y tardarán al menos dos días en preocuparse por nosotros. Tenemos que escapar de aquí como sea. —Activó la megafonía e instó a los demás a guardar silencio. Tomó aire, se puso el micrófono en la boca y habló—: Habitantes de la mina —su voz resonaba alta y metálica al otro lado de la puerta—, estamos siendo atacados por una especie de... seres muy peligrosos. No mantengan contacto con nadie... cualquiera puede ser uno de ellos. —Miró al techo mientras pensaba cómo continuar—. Esos seres son personas que han sido infectadas por un virus que las ha convertido en... una especie de monstruos. Cualquier habitante de la mina puede ser uno de ellos, desconfíen de todos. Repito, aléjense de quienes estén enfermos, son extremadamente violentos y muy contagiosos.

Chuck le arrancó el micrófono de las manos.

—Reclúyanse en sus camarotes y no salgan hasta nuevo aviso. —Apagó el amplificador y se dirigió al resto—: Tenemos que armarnos y prepararnos para

cualquier situación, después buscaremos el modo de escapar para avisar a Coltania. — Miró fugazmente por toda la estancia, se dirigió a una mesa e intentó darle la vuelta—. Ayudadme.

Entre todos la volcaron, Chuck cogió una de las patas, la arrancó y se la tendió a Olga, que aún titubeó un poco, sin decidirse a cogerla. Después cada uno hizo lo propio con las tres restantes, teniendo Bob y Dana la suerte de arrancar una con un largo tornillo en la punta, que se había quedado enganchado en la pata en lugar de en la mesa. El caporal cogió una lámpara de pie que iluminaba la estancia, la separó de las partes superior e inferior y se quedó con el hierro que las unía, de unos dos metros de longitud.

—Abriremos la puerta poco a poco, para ver si podemos salir sin ser descubiertos. Si ahí fuera todavía queda algún monstruo, tendremos que acabar con él sin contemplaciones. Nuestra vida depende de ello. ¿Estamos conformes?

Todos asintieron, excepto Olga, que aún estaba en estado de shock. El caporal le dio una bofetada, haciéndola despertar de golpe.

—¿Quieres morir?

—No —respondió ella con determinación.

—Bien, así me gusta. ¿Estamos preparados?

Todos, Olga inclusive, asintieron. Bob se puso delante de la puerta, giró el pomo, empezó a tirar de ella poco a poco y no había abierto más de diez centímetros cuando Chuck, que era el primero que esperaba para salir, metió con violencia la improvisada lanza por la rendija impactando en algo. El acto reflejo hizo que Bob empujara la puerta hacia dentro, pero el arma del caporal impidió que se cerrara. Lo que había al otro lado forcejeaba con una rabia feroz, pero Chuck aguantaba la lanza con una fuerza inusitada, soportando estoicamente las sacudidas que recibía.

—¡Abre! —gritó Mike.

Bob lo miró sin acabar de decidirse, mientras lo que había al otro lado de la puerta seguía zarandeando la lanza como quien juega con una espada de juguete, desplazando al caporal hacía adelante y hacia atrás en toda su longitud.

—¡Abre cojones! —le ordenó.

Bob abrió la puerta y el muerto viviente, que seguía moviéndose como si nada, aun teniendo medio metro de hierro atravesándole el cuerpo, invadió la habitación. El copiloto intentó cerrar la puerta tras él, pero el brazo de otra criatura se lo impidió. Chuck forcejeaba con el cadáver andante, separándolo de ellos cuando Mike, sin pensárselo dos veces, le estrelló la estaca de madera en la cabeza, tirándolo al suelo. El muerto se volvió a levantar, como si nada, y Dana le golpeó de nuevo. El impacto no fue demasiado fuerte, pero sí afortunado: le pegó con la parte de la estaca por la que asomaba el tornillo, hundiéndoselo en el lateral de la cabeza, justo detrás de la oreja. El monstruo cayó al suelo inerte y ya no se movió más.

—Interesante —dijo Chuck.

—¡Ayuda! —reclamó Bob aguantando la puerta, tras la que asomaban cuatro o cinco extremidades de criaturas.

—¡Socorro! —Olga estaba en el suelo, cogida de la pierna por un muerto que asomaba medio cuerpo por el agujero de la pared que habían abierto ellos para entrar.

Mike arrancó la madera con el tornillo clavado en la cabeza del cadáver y lo estrelló en el cogote del muerto que sujetaba a Olga, el cual, igual que su compañero, también dejó de moverse al instante, bloqueando el agujero.

—Ya sabemos cómo matarlos definitivamente—dijo Chuck mientras cogía la estaca que Bob había dejado en el suelo, que también tenía un largo hierro sobresaliendo de un lateral—. Apartaos —ordenó interponiéndose entre ellos y la puerta. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza al copiloto y éste abrió la puerta de par en par, permitiendo que tres muertos vivientes entraran en la sala.

El primero se detuvo al instante al recibir un certero golpe en la frente, cayendo al suelo fulminado. El segundo a punto estuvo de morderle, pero Mike, desde el flanco, también acertó el golpe, partiéndole el cráneo en dos, reventándole el cerebro. El tercero, que iba más lento, recibió sendos maderazos, cayendo igual que los dos anteriores.

Fuera reinaba la paz. Chuck asomó la cabeza, miró en ambas direcciones e instó al grupo a seguirlo. Aparecieron tras el mostrador de recepción, con la salida principal a la derecha y el pasillo que los separaba de las consultas a la izquierda. Se dirigieron sin hacer ruido a la salida y miraron al exterior. El panorama no podía ser más desalentador: la gran cueva donde estaba construido el hospital estaba repleta de muertos vivientes, decenas de ellos atacando a otros tantos humanos, que no habían podido huir a sus camarotes. Los recién atacados se convertían en cadáveres andantes a los pocos segundos, que raudos iban como perros de presa en busca de otros humanos a los que atacar.

—Joder —dijo Mike—. Esto se ha salido de madre.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Dana.

—Salir con vida.

—¿Cuántas salidas hay? —dijo Chuck.

—Sólo la principal, pero la he sellado automáticamente.

—¿Y?

—Que para abrirla hay que introducir manualmente los protocolos de emergencia, será un poco más lento.

—Pues no perdamos más el tiempo.

—¡No! —sollozó Olga—. Yo me quedo aquí.

—¿Estás loca? —dijo Bob, que se había apoderado de su estaca al ver que ella no iba a darle ningún uso—. Ya has visto la fuerza que tienen esas cosas, dentro de poco de este hospital sólo quedaran escombros. —Un estruendo de cristales rotos sonó a sus espaldas—. ¡Se acercan!

—Vamos. —Mike abrió la puerta y salió fuera seguido de cerca por Chuck, Bob y Dana. Después, Olga, haciendo acopio de valor, fue tras ellos, aunque temblando y sin dejar de lloriquear. Faltaban diez minutos para la medianoche y el sistema automático de alumbrado ya hacía horas que había apagado la mitad de las lámparas, gracias a lo cual pudieron salir sin ser vistos y bordear la cueva arrimados a la pared, protegidos por la penumbra. Cuando llegaron al túnel de acceso a la mina vieron la compuerta abierta, y un grupo de diez o doce muertos que salían al túnel que conducía a Coltania.

—¡Mierda! —exclamó Mike.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los vigilantes tienen acceso a los protocolos, el jodido Randal ha debido abrir la compuerta para huir.

—Tenemos que cerrarla antes de que escapen más. ¿Podemos hacerlo desde fuera?

—Sí —apuntó Bob—, el protocolo de emergencia activa dos manivelas: una en la parte interior y otra en la exterior... pero, ¿qué pasará con el resto de las personas?

—Los que han sido atacados ya no tienen salvación, pero aún podemos ayudar a los que han conseguido recluirse en sus camarotes. Cuando llegemos a Coltania formaremos un equipo de combate, traeremos armas y liquidaremos a esos engendros.

—Está bien —dijo Mike—, salgamos de aquí.

Empezaron a avanzar por el túnel, con Bob y Chuck en cabeza. Mike miró hacia atrás y vio a las chicas un poco rezagadas; le dio la impresión de que Olga tenía problemas y Dana la estaba ayudando.

—Vamos —susurró deteniéndose—, ya casi estamos.

No había acabado de pronunciar la frase cuando un grupo de muertos vivientes salió del garaje en tropel. Mike creyó reconocer entre ellos a su amigo Tom, ese peto de trabajo raído y descolorido era inconfundible, pero no le dio demasiado tiempo a mostrarse apesadumbrado. Bob y Chuck emprendieron a golpes con los primeros en salir, abriéndose paso hacia la salida; Mike, Dana y Olga fueron hostigados por el resto, que les bloquearon el paso. El piloto, que conservaba la estaca con tornillo en la punta, atacó al primero en llegar, justo cuando pretendía abalanzarse sobre la técnica de tóxicos. De la cantina salieron otros tantos cadáveres andantes, formando una barrera monstruosa imposible de sortear.

—¡Retroceded, volvamos al hospital! —les ordenó a las mujeres.

Otro monstruo, en esta ocasión desde la izquierda, a punto estuvo de agarrar a Olga.

—¡Mike! —chilló el copiloto desde el otro lado de la muchedumbre de muertos.

Un tercero apoyó la sanguinolenta mano sobre su hombro, pero logró zafarse arrastrándolo del brazo y provocando que trastabillara.

—Salid de aquí —le gritó a Bob mientras se escabullía con agilidad de entre los brazos del cuarto cuando casi lo había atrapado—... y acabad con ellos —concluyó dándose a la fuga, con una docena de muertos vivientes pisándole los talones.

#### 4

Los demás monstruos se giraron y persiguieron al caporal y al copiloto, pero la anchura del túnel y el buen manejo que hicieron de las estacas les dio la oportunidad de separarse de ellos unos metros, los justos para llegar a la compuerta. Chuck empezó a girar la manivela mientras Bob no dejaba de mirar la silueta de su amigo en su desesperada huida por el túnel, preguntándose si volverían a verse.

—Vamos de caza —le dijo Chuck una vez se cerró la compuerta, segundos antes de que la horda de criaturas demoniacas que los perseguían llegara hasta ella. Unos cien metros más adelante, entre la penumbra, vieron el contorno azulado de los cadáveres andantes que habían escapado, dibujado en la profunda oscuridad del largo túnel—. Propongo seguirlos a una distancia prudencial y esperar a que se separen entre ellos para matarlos uno a uno.

—Está bien —aprobó Bob, intentando disimular lo asustado que estaba.

Avanzaron a paso lento tras los monstruos, como había planeado Chuck, hasta que los cadáveres atravesaron la zona bañada por el haz de luz de uno de los tubos de lílux y desaparecieron de su vista. Bob se detuvo en el acto.

—Tranquilo —le animó Chuck—, cuando les alcance la luz del siguiente foco aparecerán de nuevo.

Siguieron caminando lentamente, hasta que, como los muertos un minuto antes, abandonaron la zona iluminada y fueron envueltos por las tinieblas.

—Sígueme de cerca —dijo el caporal.

—Pues no te alejes, no veo nada.

—Estoy aquí, un poco más adelante, coge mi brazo.

—Por fin, ya te tengo —dijo Bob tras unos segundos.

El caporal se estremeció, pues no era su brazo el que había cogido.

—¡Tírate al suelo! —gritó justo antes de empezar a voltear sobre sí mismo, sin dejar de zarandear la estaca en todas las direcciones.

Empezaron a escucharse sordos golpes, provocados por la madera al chocar contra las cabezas de los muertos vivientes que los rodeaban. A veces era la parte del tornillo la que impactaba en el cráneo de alguno de ellos, entonces veía su danza macabra interrumpida; hasta que conseguía soltar el arma de la testa del cadáver y podía continuar bailando.

Bob logró esquivar el primer golpe por suerte, la madera sólo le rozó la coronilla, pues la orden le pilló por sorpresa y sólo acertó a agacharse cuando escuchó el silbido que precedía al maderazo. Una vez en el suelo fue arrastrándose hasta el límite de la oscuridad, apenas a una docena de metros. Cuando llegó a la zona iluminada se giró y se colocó en posición, con la estaca bien aferrada entre sus manos.

Los segundos que siguieron fueron eternos, más aun desde que dejaron de escucharse los golpes.

## 5

Mike y Dana avanzaban a buen ritmo, pero se veían obligados a detenerse a esperar a Olga de vez en cuando, pues todavía seguía en estado de shock y le costaba seguir su paso. Justo al salir del túnel principal y entrar en la plaza, las luces que la iluminaban parpadearon para apagarse después. Se detuvieron de golpe y por instinto se buscaron las manos los unos a los otros.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó una de las chicas pasados unos segundos.

—No tengo ni idea —respondió Mike mientras las conducía hasta una de las paredes de la cueva.

Se instaló un incómodo silencio que duró más de un minuto, tiempo que emplearon en deducir que eso no era una caída de tensión y que la luz no iba a volver. Ninguno lo quería reconocer, pero todos pensaban que era el final. Allí, agazapados en un pequeño recoveco, como tres diminutos roedores esperando a que una serpiente se abalance sobre ellos. Olga empezó a temblar y ponerse nerviosa, los dientes le castañeaban.

—Los uniformes AT —susurró finalmente Dana.

—¿Cómo?

—Los que dejamos en la enfermería. Tienen sistema de visión nocturna, por lo menos nos servirán para ver por dónde vamos.

—Buena idea, con un poco de suerte ya no habrá ningún cabrón de esos allí.

Les llevó más de diez minutos llegar, pues no se veía nada a más de un palmo de distancia, por lo que tuvieron que ir palpando la pared, mientras se escuchaba

alrededor el espantoso sonido que provocaban las criaturas al abrir y cerrar la boca. Una vez dentro el piloto las guió como buenamente pudo hasta que llegaron a la enfermería.

—Parece que no hay ningún bicho por aquí —pronunció Dana esperanzada.

—No cantemos victoria... ¿dónde los dejasteis?

—Tienen que estar cerca. —dijo la chica mientras se desplazaban gateando, con Mike sujeto a uno de sus tobillos, dejándose guiar—. Bien, ya los he encontrado.

El piloto se puso el uniforme que le tendió la muchacha y cerró la escafandra, pero seguía sin ver nada.

—¿Cómo funciona esto?

—Presiona la palma de tu mano izquierda —la voz de Dana se escuchaba potente en los altavoces que había en los laterales. El opaco cristal se tiñó de verde y vio con nitidez lo que le rodeaba. A su izquierda estaba la chica, también con el uniforme puesto.

—¿Todo bien? —dijo.

—Sí. ¿Y Olga? —Miraron por toda la enfermería pero no la vieron. Salieron fuera y la encontraron caminando por el pasillo, en dirección contraria—. ¿Pero dónde va?

—¡Olga!

—No puede oírte, los uniformes están insonorizados. Voy a buscarla.

Dana llegó hasta ella y le instó a darse la vuelta, momento que se le heló la sangre, pues la criatura que tenía enfrente ya no era Olga, sino uno de esos monstruos. Se quedó petrificada de terror, sin capacidad de reacción, esperando que se abalanzara sobre ella. Sorprendentemente el ser no la atacó, sino que empezó a palparla, con la mirada perdida, y a olfatearla, nerviosa, arrastrando la descompuesta nariz por el cristal de la escafandra, impregnándolo de un asqueroso y espeso fluido. Después fue el turno de Mike, a quien también palpo y olfateó, y finalmente, al no encontrar nada de su interés, continuó avanzando. A los pocos metros, el piloto truncó su camino al estrellarle la estaca en la cabeza, metiéndole diez centímetros de tornillo en la sien.

—Qué extraño —dijo Dana—, si no pueden vernos ni olerlos no les interesamos.

—Aprovechémoslo. ¡Sígueme!

Caminaron intentando no hacer ruido hasta la salida del edificio, donde un escalofrío les recorrió todo el cuerpo, mientras el corazón se les aceleraba hasta límites insospechados, pues ya no eran decenas los muertos que había en la gran plaza, sino centenas, como si todos los habitantes de la mina estuvieran allí reunidos.

## 6

Sólo fueron veinte segundos, pero a Bob le pareció una eternidad. Finalmente de entre las tinieblas apareció Chuck, con la estaca colgando de su mano derecha. El clavo sanguinolento se arrastraba por el suelo de roca, provocando un incómodo chirrido.

El copiloto exhaló todo la tensión acumulada en forma de aire y se dirigió hacia el caporal, cuando vio como la estaca se desprendía de su mano, cayendo pesadamente al suelo. Chuck ni siquiera se giró, no le dio importancia, era como si el arma con la que había logrado escapar y salvar la vida de sus compañeros nunca le hubiera pertenecido. Bob supo que algo no iba bien antes incluso de que dos de los monstruos de los que Chuck le había defendido aparecieran tras él, siguiéndole a escasos metros, sin intentar atacarle. Después fue cuando se fijó en la extraña forma de caminar del

caporal: con las puntas de los pies y las rodillas giradas hacia el centro, como evitando caer hacia adelante por la inercia de su propio peso.

El copiloto ni siquiera intentó luchar contra ellos. Podría haberlo hecho, y es posible que hubiera sobrevivido, pero sabía que a menos de un quilómetro había una puerta de metal que se instaló para evitar robos en el túnel, y aunque ya no se utilizaba, todavía era operativa. Confió en su velocidad y arrancó a correr hacia Coltania deseando llegar a la reja antes que ellos, no sólo para salvar su vida, sino también la de los habitantes de la ciudadela.

Fueron ocho las zonas oscuras que atravesó hasta llegar a su destino, con el consiguiente vuelco en el corazón que le provocó recorrer cada una de ellas. Casi pasó por alto la puerta, pues estaba escondida en un surco en la pared del túnel, invisible a cualquiera que no conociera su existencia. Busco la manivela, también incrustada en la roca y la fue girando poco a poco, con cierta dificultad, hasta que consiguió cerrarla. Estaba a salvo.

Unos treinta metros más adelante vio la rechoncha figura de Randal, el guardia que había permitido que los muertos vivientes escaparan, poniendo en peligro la vida del resto de los humanos del Submundo; que huía trastabillando, seguramente debido al gran esfuerzo que le había supuesto llegar corriendo hasta allí.

—¡Eh tú, cabrón de mierda! —Randal siguió avanzando. Bob, rojo de ira, corrió hasta él y le puso la mano en el hombro, obligándole a detenerse. El guardia se giró de súbito y sin más dilación le hincó los dientes en el hombro—. ¡Mierda! —exclamó retrocediendo al tiempo que un impulso nervioso provocaba que la estaca resbalara de su mano.

Ya no era Randal, de eso no cabía la menor duda, pero tampoco era uno de ellos; más bien era una mezcla, como si su cuerpo aún no hubiera alcanzado el nivel de podredumbre de los cadáveres andantes con los que se había topado hasta ese momento. En lo que sí se parecía a ellos era en la fiera y perdida mirada sin alma, y en la rabia que le invadía cuando un humano estaba cerca. Y el único humano que había por los alrededores era él. Randal corrió hacia el copiloto a gran velocidad, mucho más rápido que los otros, pero Bob pudo zafarse empujándolo hacia un costado, momento que aprovechó para llegar hasta la estaca. La cogió y se giró justo cuando el guardia atacaba de nuevo, alcanzando a asestarle un terrible golpe lateral que lo desplazó hacia la izquierda, hasta hacerlo chocar contra la pared. Randal se tocó la cabeza y se miró la mano después, empapada de sangre. Bob corrió hacia él levantando el arma y el semimuerto hizo algo sorprendente: pareció pedir clemencia a su oponente, alzando las manos en señal de rendición. Bob hizo caso omiso al gesto y volvió a golpear, partiéndole la cabeza por la mitad, quedando sus sesos esparcidos por el suelo del túnel al caer.

## 7

—¿Crees que lo conseguiremos? —preguntó Dana sin demasiado convencimiento.

—Tenemos que intentarlo.

—¿Hacia dónde vamos?

—No podemos arriesgarnos a abrir la compuerta principal, podrían escapar más.

—¿Hacia los camarotes?

—Cuando reparen en nuestra ausencia mandarán alguien a buscarnos, pero eso podría ser peor. Tenemos que escapar y avisar de lo que ha pasado, no sabemos si los otros lo han conseguido.

Se quedaron largo rato callados, mientras los muertos deambulaban sin cesar de un lado al otro de la plaza.

—¡Ya lo tengo! —exclamó finalmente Dana—. Allí arriba, en la nueva caverna, todavía hay una salida al exterior sin bloquear, la que estaban intentando acoplar Olga y Jan cuando ocurrió el accidente. Podemos salir por ahí y llegar hasta Coltania.

—Al menos hay treinta kilómetros hasta la ciudadela, ¿cuánta capacidad de oxígeno tienen los uniformes?

—Presiona el meñique de tu mano derecha contra la palma. ¿Qué pone?

—Diez y treinta y seis —respondió el piloto.

—A mí me quedan once horas.

—Intentémoslo pues.

Avanzaron por la plaza mientras los muertos vivientes pasaban entre ellos, con la mirada más perdida que de costumbre, olfateando el aire, intentando encontrar algún humano al que atacar. Más de una vez tropezaron con alguno de ellos, que los palpaban sin dejar de olisquearlos para luego dejarlos continuar. Dentro del uniforme era como si no existieran. Cuando casi habían llegado al final de la plaza las lámparas que colgaban sobre ellos se encendieron de repente.

Se quedaron quietos, intentando pasar desapercibidos, aunque demasiado tarde: uno de los muertos que tenían más cerca vio el rebufo de su movimiento y se sintió atraído por ellos, acercándose poco a poco.

—¡Corre! —gritó Mike.

Llegaron hasta la gruta que conducía hasta la caverna pero el motor que arrastraba las vagonetas estaba parado, así que tuvieron que subir corriendo. Los uniformes eran terriblemente incómodos, aun así se desplazaban más rápido que los monstruos, que parecían incansables, por lo que se les aproximaban cuando se detenían a descansar. La buena noticia era que, al volver la luz, pudieron abrir las escafandras para ahorrar oxígeno y correr con más comodidad.

Estaban a punto de llegar arriba cuando vieron aparecer, del interior de uno de los pasajes que morían en la gruta que recorrían, unas sombras proyectándose en la pared de la caverna. De las profundidades de la cueva aparecieron unos mineros transformados en esas espantosas criaturas.

—¡Joder, están por todas partes!

—¿Qué hacemos? —sollozó Dana.

—¿Estás en forma?

—¿Cómo?

Mike la sujetó de los hombros y la obligó a mirarlo.

—¿Crees que podrás llegar a Coltania antes de que se te acabe el oxígeno?

La chica asintió con la cabeza.

El piloto, no supo muy bien por qué, la besó.

—Cuando los bloquee pasa por donde puedas.

—¿Cómo? —exclamó ella cuando Mike ya no podía oírla, pues ya se había cerrado la escafandra.

Mike fue corriendo al grupo de media docena de muertos y se abalanzó sobre ellos, derribando a la mitad a causa del impacto. Los otros tres se echaron encima suyo,

momento que aprovechó Dana para seguir avanzando. El piloto pudo distinguir la silueta de la muchacha perdiéndose en la oscuridad de la gruta.

«Hasta aquí hemos llegado» se dijo.

Pero los monstruos no podían hincarle los dientes, la goma con la que estaban contruidos los trajes AT era extremadamente resistente, aun así notaba sus mordeduras, como si le apretaran con unas potentes tenazas.

Al poco llegaron los otros muertos, los que les seguían desde la plaza, que se unieron al infructuoso festín de sus compañeros.

Mike, medio inconsciente y dolorido por los golpes que estaba recibiendo, escuchó un sonido eléctrico que lo espabiló de repente. El cristal de la escafandra se tiñó de lo que fuera que tenían esas criaturas en su interior, y se abrió un agujero de entre los muertos que lo cubrían, a través del cual pudo ver una figura enfundada en un traje AT. Se zafó de las criaturas que lo apresaban, se incorporó y se colocó detrás de Dana, que era quien lo había salvado, para ver la masacre que estaba realizando.

La chica sostenía el puntal de la esfera multiperforadora, colocada en la punta del mismo, con los brazos desplegados. Estos no dejaban de girar a gran velocidad, y sus discos dentados destrozaban a cualquier cadáver andante con tan solo rozarlo, reduciéndolo a una masa de gelatina putrefacta.

—¡Vámonos! —ordenó Mike.

La chica tiró el aparato sobre los restos de una veintena de esos engendros y corrió tras el piloto. Unos doscientos metros después llegaron a la primera de las compuertas de la nueva bóveda.

—¡Rápido! —lo azuzó Dana, viendo como los muertos vivientes se acercaban lentamente.

El piloto comprobó los niveles del otro lado, accionó el sistema de apertura y la compuerta se abrió sin problemas. Pasaron al otro lado y la cerraron tras ellos.

## 8

Bob llevaba varios minutos recostado, con la espalda apoyada en la fría roca, y jugaba a ver cuántos tubos de lílux era capaz de contar hasta que las luces se confundían entre ellas y formaban una sola, allá en la profundidad del túnel; mientras la vida se le iba escapando poco a poco. No tenía sentido correr hacia Coltania para salvar el pellejo, era consciente de que la herida era mortal y que acabaría desangrado tarde o temprano, antes de llegar a su destino, ¿para qué entonces hacer tal esfuerzo?

Estaba pensando en esas y otras cosas, cuando sintió como de la herida dejaba de manar sangre y entre ella y la mano con la que la presionaba se formaba una dura costra. Separó la mano del hombro, arrancando parte de la pústula, provocando que manara abundante sangre, pero tan espesa que enseguida se coaguló.

La cicatriz desprendía un hedor nauseabundo.

—Mierda —se dijo—, esto huele a infección.

Contrariamente a lo que pensaba empezó a sentirse mejor, las fuerzas que había perdido regresaron, como si acabara de despertar de un plácido sueño reparador, congratulándose por tan pronta recuperación. Se incorporó para emprender el viaje hacia la ciudadela, pues él era la única esperanza para las personas que habían quedado atrapadas en la mina. Miró la larga ristra de tubos, como si hubiera olvidado el camino de vuelta y sólo tuviera esa hilera de lucecitas como guía, cuando la única y

borrosa luz que formaban los focos allá en la lejanía, fue haciéndose más nítida, como si la vista se le hubiera agudizado, siendo capaz de distinguirlos a todos y cada uno de ellos.

Empezó a andar, y no había recorrido más de cien pasos cuando una idea macabra le vino a la cabeza: ¿y si acababa convertido en una de esas espantosas criaturas? No estaba muerto, de eso no había la menor duda, y todavía mantenía la cordura, cosa que no se podía decir de los monstruos a los que se había enfrentado, pero había algo que le desconcertaba y no sabía muy bien de qué se trataba.

Miró hacia atrás, donde yacía el cuerpo sin vida de Randal y tuvo su respuesta. A él tampoco habían conseguido matarlo por completo, y sin embargo cuando lo encontró prácticamente era uno de ellos, la herida que le había hecho en el hombro era una buena muestra de ello. ¿Qué podía hacer? Cogió la estaca y pensó en acabar con su vida machacándose la cabeza con ella, mas cuando estaba a punto de hacerlo, un destello de lucidez se lo impidió. ¿Y si una vez muerto resucitaba como uno de ellos? Volvió a mirar hacia atrás y dio con la solución: abriría reja y se encerraría al otro lado, junto con los muertos vivos.

Fue hacia allí, no sin cierta dificultad, pues notaba como cada vez le costaba más mover las piernas, y se miró los brazos: se le habían cubierto de extrañas manchas que supuraban un appestoso fluido de color púrpura. No le importó, había dejado de tener sentimientos, de hecho casi había olvidado por qué andaba en esa dirección. Se dio la vuelta poco antes de llegar a la reja. Notaba la influencia que la ciudad ejercía sobre él. Tantas personas con las que calmar el hambre feroz que crecía en su interior. Pero no podía, aún conservaba un punto de cordura lo suficientemente fuerte como para elegir lo correcto. Cogió la manivela y comenzó a girarla justo cuando la boca comenzó a llenarse de saliva. La notaba terriblemente seca, y empezó a abrirla y cerrarla con fuerza, emitiendo un sonido terrorífico.

Cuando la puerta se abrió vio al monstruo en el que se había convertido Chuck a menos de diez metros de ella, acercándose poco a poco. Pasó al otro lado y empezó a girar la otra manivela, mientras el muerto viviente seguía aproximándose. Bob, que iba perdiendo la poca humanidad que le quedaba por segundos, no pudo cerrarla del todo pues lo que antes era Chuck se interpuso entre ella y la pared, quedando aprisionado. El copiloto fue hacia allí dispuesto a acabar con el cadáver andante y así poder desbloquearla; lo agarró por los hombros y tiró hacia atrás, provocando que los dos cayeran al suelo.

Al levantarse no sabía qué hacía allí ni quién era, solo que, igual que el monstruo que ahora era Chuck, quería pasar al otro lado de la reja y avanzar. Intentó entrar por la rendija que había entre la puerta y la pared, pero fue inútil, estaba cerrada de tal manera que era imposible que cupiera una cabeza humana. Su escasa inteligencia no reparó en ello, e igualmente trató de pasar, maldiciendo a quien fuera que había interpuesto ese obstáculo en su camino.

Mientras el odio y el hambre seguían creciendo en su interior.

Estaban a salvo. Se quitaron la escafandra por comodidad y por ahorrar un poco de oxígeno y siguieron caminando, hasta llegar a la bóveda que precedía a la caverna que les había llevado a la mina ese fatídico día. Dana comprobó los niveles en la compuerta

que habían instalado horas antes: había toxicidad. Se volvieron a poner la escafandra, la compuerta se abrió y pasaron al otro lado. A lo lejos se escuchaba el correr de un alegre riachuelo y de la izquierda llegaba el tenue reflejo de la luz de la luna, emanando de una abertura en el techo.

—Es por ahí —señaló la muchacha.

Se encaramaron por la chimenea, un estrecho conducto que ascendía casi perpendicular al suelo, mientras la fría luz iba haciéndose más potente. Doscientos metros después llegaron al final, donde una leve brisa los recibió, aunque no pudieron notarla.

Mike se asomó al otro lado y miró. Encima de él se extendía un hermoso cielo estrellado, a sus pies, un violento precipicio del que colgaba un cable amarrado a un puntal, seguramente por el que había caído Jan. Lo sujetó y tiró de él hasta recogerlo. Lo dobló sobre sí mismo y lo lanzó hacia la derecha, intentando acertar a pasar la vuelta por detrás de una roca que sobresalía. Al tercer intento lo consiguió: tensó el cabo suelto y lo enrolló al puntal del que partía el cable.

—Salgamos —dijo tendiéndole la mano a Dana.

La chica se enganchó al cable y sorteó el precipicio con habilidad, poniéndose a salvo. El piloto hizo lo propio, reuniéndose con ella.

Eran las cinco de la mañana cuando descendieron de la colina y se pusieron en camino, hacía el sur, dejando al sol que empezaba a despuntar a su izquierda. Unas horas después, cuando sólo les quedaban tres kilómetros para llegar, se felicitaron: prácticamente lo habían conseguido.

Si en ese momento hubieran decidido girarse, habrían visto los cientos de muertos vivientes que los perseguían a escasos metros, cuyas sombras, proyectadas por el ardiente sol que tenían a la espalda, les llegaban casi hasta los talones. No eran los que habían abandonado en la mina, sino unos que sobrevivían en la toxicidad del exterior, y que iban tras ellos desde que vieron cómo salían de ese agujero en la montaña, por el que cayó aquél al que atacaron y que no pudieron comerse.

Los muertos vivientes se aproximaban lenta e implacablemente, conscientes de que a esos sí se los comerían, pues no había escapatoria posible en aquel yermo desierto que los rodeaba.

## **DANZAS DE CORTE Y VIENTOS NOCTURNOS**

***Marcos Galisteo***

Tuvo lugar, hace ya muchos años, un incidente del que aún hoy se oye hablar. Un crimen perfecto, poder sobrenatural, despecho, venganza... ¿No os suscita curiosidad?

Quizás os suene que otro loco, genio incomprendido, algo parecido pudo contar, mas ahora yo cojo el testigo y cuento mi historia, con locas palabras, tintadas de genialidad.

Lo sé, lo sé... cesaré mis preámbulos, no insistáis, pues no soy difícil de convencer, y no tengo más enmienda que la de complacer, así que leyendo en vuestros ojos una chispa de interés, comienzo el relato que, os pido, escuchéis...

Rojo... rojo era el miedo, rojo el poder, la enfermedad, la muerte, roja. Azotaba en esta época una epidemia escarlata que limpiaba la Tierra de vida humana. Yermas quedaban las casas y rotos los sentimientos. No se conocía motivo ni procedencia de semejante nocividad, solo se conocían las consecuencias y el temor que infundía.

Entre tanto desasosiego, una pequeña población, bastante alejada de las demás, podía disfrutar de encontrarse ajena de este castigo que tanto mal causaba en los alrededores. Grandes murallas defendían a sus habitantes, quienes tenían prohibido el contacto con el exterior por miedo a ser contagiados. Celebraban su buena fortuna y rezaban por que ésta no cambiase, y, en su castillo, el rey se colmaba en abundancia y placeres. El pueblo se autoabastecía, el comercio funcionaba y las riquezas no flaqueaban. No es que fuese muy elevado el número de habitantes, pero sí su nivel social; casi todos eran nobles elegidos por el monarca para convivir en aquel gran refugio.

Pero toda esta riqueza le sobraba, al joven Tadeus, un hijo de pulcras costumbres y noble familia. Él era un muchacho despreocupado, delgado, francamente mal vestido, pelo desordenado, no muy instruido... Supongo que algo bueno tendría, si no carecería de sentido ofrecerle tanto protagonismo en esta historia. Lo que sí tenía era una gran amiga: una buena, leal, inteligente, curiosa, intrépida, aventurera, lozana, divertida, enérgica, servicial y no muy higiénica... rata. Esparky (así se llamaba la tan nombrada) era el único entretenimiento que tenía Tadeus dentro de aquel ambiente. El joven prefería relacionarse con esta compañía para evadirse de las conversaciones en las cuales la muerte roja ocupaba el papel principal. Aunque estaban protegidos, el miedo seguía invadiendo a todos, pues en cualquier momento podría cambiar su suerte y la tragedia se apoderaría de cada uno de sus hogares.

Si sus padres le descubrían jugando con una rata se horrorizarían. Un animal que se arrastraba de un lugar a otro podría traer la muerte consigo de allá donde estuviese escondida, así que lo mejor sería que nadie descubriese aquella amistad...

A parte de los roedores, Tadeus tenía otras motivaciones; por las características descritas anteriormente, podríamos etiquetar a este personaje como excluido social con aficiones similares a la ensoñación, contador de nubes, intérprete de árboles o coleccionista de botones, pero no, su motivación era mucho más simple y clásica: una mujer. Desde hacía años llevaba enamorado de una muchacha que vivía dos calles más abajo. Pómulos rosados que degradaban hasta el pálido de sus sienes de las cuales brotaban ondas castañas, ojos grandes y profundos como bosques que resbalaban por sus pestañas haciendo un contrapunto con su pequeña boca carmín... estos eran los pensamientos con los que describía a su amada Violeta.

La verdad es que no había tenido ocasión de confesarle estos sentimientos nunca en persona, ni confiaba en que ella pudiese corresponderlos, pero algún día debía intentarlo...

Perdido en estos pensamientos, no se percató de la presencia de una mujer que pasaba junto a él. Al ver que en el hombro del muchacho reposaba aquel roedor, chilló horrorizada: «¡Una rata! ¡Este chico lleva una rata del exterior encima, quiere contagiarnos la muerte roja a todos!»

Esparky asustada, se escondió en el bolsillo de Tadeus, quien intentó hacer entender a la mujer que no había ningún peligro, ya que el animal llevaba con él ya varios años y nunca había salido de las murallas. Aun así siguió gritando y proclamando la noticia por la calle. Temiendo más represalias, Tadeus corrió a buscar cobijo en su casa.

La noticia de la presencia de ratas infectadas en el pueblo llegó oídos del rey mientras éste disfrutaba de un baño relajante. Al monarca le aterrorizó la idea, ¡no podía permitir que la muerte les alcanzase!, por lo que decidió aislar en su propio castillo a sus más allegados, los cuales se salvarían del contagio exterior.

Queriendo realizar tal propósito con la mayor discreción posible, concertó un baile de máscaras al cual solo unos pocos estarían invitados.

Cartas recorrieron las calles llegando hasta las puertas escogidas, invitando a un baile de máscaras que en palacio acontecería aquella misma noche. Y atisbados con sus mejores trajes y antifaces exquisitos se prepararon para acudir a tan distinguido encuentro.

Una de las invitadas a este baile fue Violeta, ya que sus padres eran buenos amigos del rey. Al enterarse de esta noticia, Tadeus no pudo soportar la idea de imaginarse a Violeta bailando con otros hombres que intentasen cortejarla. Tenía que colarse en el baile como fuese...

Aquella noche era oscura y siniestra. Un silencio recorría las calles interrumpido por algunos truenos, mas, ajenos a todo esto, en el interior de palacio sonaba la música y bailaban las copas colmadas de lujo. Afuera, entre los carruajes, un irreconocible Tadeus, provisto de extrañas vestimentas y una máscara algo lúgubre cubriendo su rostro, planeaba la manera de adentrarse en el interior del castillo. Por suerte, contaba con la ayuda de Esparky, una rata siempre sabe cómo meterse por los rincones más insólitos y los pasadizos más secretos, así que, siguiéndola, consiguió dar con una pequeña entrada en la parte oeste que nadie vigilaba.

Tras atravesar el viejo pasadizo, decorado con interesantes filigranas que la mugre y el azar habían dispuesto en las paredes, apareció en el interior del castillo. El lugar le dejó fascinado, un gusto excéntrico definía los ornamentos y decorados; las numerosas salas, tendientes al desorden espacial, dejaban apenas verse unas a otras, ya que las

esquinas cortaban el camino, teniendo que torcer tus pasos para llegar a la siguiente... En cada una de estas salas predominaba un color: azul, naranja, verde... y en la que él había aparecido, presentaba sus paredes negras, de ébano los muebles y carbón las cortinas, mas las ventanas eran de vidrio escarlata, proyectando luz de sangre sobre los volúmenes presentes.

La visión de aquella estancia aterrorizó a Tadeus, quien salió corriendo en busca de tonalidades más agradables.

Frenó su carrera al ver en la sala de enfrente a la gente bailando y comiendo. El aspecto de aquel lugar era totalmente distinto al anterior: lámparas rimbombantes, cortinas de tacto sedoso impregnadas de olor a comida y excitación, cubertería de plata y fuentes de oro líquido, vestidos que hacían que por comparación el pobre Tadeus pareciese cualquier vagabundo. La gente danzaba al ritmo de algún vals, y las máscaras relucían a cada paso, reflejando la luz artificial en cada una de sus piedrecitas preciosas.

Entre todos ellos, despampanante, destacaba el rey, aún joven y apuesto, con galas propias a su linaje y un orgullo que hinchaba su pecho. Tampoco pudo evitar percatarse de las miradas que éste lanzaba a Violeta, lo cual le dio el impulso para, con paso algo vacilante y torpe, decidirse a entrar en la sala.

Justo fue a poner el primer pie sobre la alfombra cuando las campanadas de un viejo reloj, proveniente de la sala negra, acompañaron su entrada marcando la medianoche. El sonido era profundo y metálico, cada tañido emitía sombras de terror que calaban en los cuerpos de los invitados. La figura de un joven, con un aspecto tan extraño, luciendo una máscara de apariencia cadavérica y apareciendo por la puerta junto a semejante sinfonía, sembró el pánico entre los presentes.

«¿Cómo te atreves a aparecer con tan espantoso atuendo en mi castillo, que parece desear traer la muerte con él?», bramó el rey. Tadeus no sabía cómo actuar, por lo que siguió caminando con paso indeciso, mientras el rey se acercaba a grandes zancadas hacia él.

Tanto era el alboroto causado que nadie pareciera darse cuenta de la llegada de un último invitado, cubierto por una capa roja y semblante de calavera. Este invitado rebosaba maldad y tragedia, tenía preparada su entrada y traía consigo la condena, pues se trataba en realidad de la muerte roja, que había decidido asistir también al baile. Poniendo su peor cara de pesadilla y, agitando su capa, la muerte se plantó en mitad de la sala dispuesta a sembrar el caos... pero nadie le prestaba atención, parecían tener algo más interesante que contemplar. ¿Quién podría ser más importante que la misma muerte?!

Curioso contempló que entre la multitud se encontraba un joven delgado y mal vestido contra el cual la gente discutía acaloradamente.

Intentando ser el centro de atención, la muerte hizo sonar una música endiablada que pondría los pelos de punta, mas otra vez su intento fue al traste, ya que solo suscitó la idea de que una nueva danza volvía a sonar, siendo secundado por las parejas en movimiento. Pero, ¿qué diablos tendría que hacer para que alguien se diese cuenta de la importancia de su presencia?!

Tan rojo como su nombre ardía su cólera, pero hubo algo que llamó su atención: en mitad de la sala una joven delicada se encontraba solitaria mientras miraba al joven desarreglado que discutía con el rey. Quizás la muerte aún pudiese divertirse cortejando a aquella dama que alguien nombró como Violeta. Con su aspecto

fantasmal se acercó hacia ella haciendo una inclinación que invitaba al baile. Tomándolo por un viejo verde, Violeta declinó su invitación con un gesto de desdén y se alejó hacia el muchacho que antes miraba.

Oh no... ¡Cuán terrible error acababa de cometer! ¡Qué increíble desfachatez rechazar a la muerte misma! Ahora sí que había llegado a su límite, su presencia maligna inundó la sala, tanto era el mal que contenía que los corazones latientes temblaban de miedo infuso. La gente empezó a removerse inquieta, reparando por primera vez en aquella presencia había que pasado desapercibida y ahora les aterrorizaba. Al verla, contemplaron la muerte y destrucción concentrados en un ser cubierto de carmín.

El momento había llegado, la muerte roja desplegaría una vez más todo su poder para cobrarse las vidas de todos aquellos que en su ignorancia le rodeaban. Sufrirían el castigo por la humillación y el rechazo que le habían ofrecido. No... no sería un castigo cualquiera... No quería emplear su arma más mortífera aquella noche, pero la ira carcomía cada una de las entrañas de este oscuro ser, si es que las tenía. Pobres inconscientes que, creyéndose protegidos en su castillo, no adivinaban que sobre ellos iba a caer una cruel y terrible tragedia...

Y de este modo, transformando todo su poder y maldad concentrada, dejó escapar la peor y más explosiva flatulencia jamás contada. Aquel huracán carmesí azotó su capa, arrancó las cortinas haciendo temblar los cimientos y penetró por cada uno de los poros de la piel de los allí presentes hasta colapsar sus pulmones haciéndoles caer uno a uno. El ruido hizo vibrar las ventanas y tal era el hedor que las flores marchitaron y el agua se hizo licor...

Así arrasó una vez más la muerte roja, conociendo ya la explicación, deshinchada y aliviada, a su paso pena, muerte y destrucción...

De entre los cuerpos apareció una rata, satisfecha con la ambientación, siendo la única superviviente del castillo se adueñó, gobernó durante un tiempo, mas a pocos importó, pues a veces otros líderes no son mejores a un roedor. ¿No creéis en mis palabras? ¿Serán solo una invención? Hay verdades más inciertas y promesas de ficción, no os fiéis de cualquier rata. ¿Quién demonios seré yo?

## VISITA A LA ABADÍA. C.E.C.Q.

*Javi Arboleya Payo*

En algún punto del paso de Calais, norte de Francia, 1942.

—¡Malditos bastardos! Rematadlos bien chicos, estos cabrones se pueden levantar aunque les vaciéis un cargador entero en su fea cara —gritó el teniente Campbell mientras descargaba su subfusil Thompson en la cabeza del pobre diablo ya muerto.

—Joder, sí que son duros estos nuevos «*boches*»; resisten más balas que un tanque —exclamó Gilbert—. Cada día tenemos que gastar más munición para eliminarlos.

—¿Os habéis encontrado con más de estas...cosas? —preguntó Gutiérrez con asombro—. ¿Qué tipo de hombres son? ¿Llevan alguna especie de blindaje interno y para qué sirven esos tubos que les llegan hasta la boca?

—Se me olvidaba que eres nuevo en esto, digamos que sus cuerpos pueden recibir más castigo que el nuestro —le respondió Bernie—. Nuestros científicos están estudiando el modo en que ese traje les potencia; por ahora los resultados son inútiles y, como no saquemos nada en claro, estos desgraciados nos barrerán.

—No los hemos visto en gran número pero solo unos cientos de ellos han acabado con más de una de nuestras compañías aliadas. Los soldados pierden los nervios al verles encajar bala tras bala sin apenas inmutarse. Hace falta tener aplomo suficiente para combatirlos y que no te entre el pánico —dijo Campbell.

Gutiérrez observó al soldado alemán que yacía a sus pies preguntándose si el futuro de sus enemigos era convertirse en máquinas militares de extremada resistencia. Vestían de riguroso negro con altas botas a la altura de la rodilla. La cara estaba cubierta con una especie de máscara de gas de la cual salían dos tubos hacia la espalda que acababan en una mochila de metal. Sobre la cabeza, llevaban el casco oficial del ejército alemán pero con un llamativo símbolo grabado en él y que los identificaba de inmediato. Sus manos también estaban cubiertas por guantes, ni un solo centímetro de piel era visible.

—He oído rumores de que la causa por la que son tan difíciles de matar es que ya están muertos —dijo Gutiérrez dándole patadas al cuerpo para comprobar su total fallecimiento—.

—Hijo, no te creas todo lo que oigas —contestó el teniente Campbell intercambiando miradas significativas con los demás soldados—, pero la verdad es que para estar recién muertos estos malditos no tienen el aspecto que deberían.

Dicho esto, Campbell le quitó la máscara y el casco al cadáver que estaba observando Gutiérrez. Un rostro totalmente demacrado y lechoso les observó con sus ojos de pupila blanquecina abiertos de par en par. No había rastros de su nariz y

multitud de pequeñas venas azuladas recorrían su faz. De la boca semiabierta, sobresalían unos dientes negros. El casco poseía unos cables en su interior que conectaban con la cabeza del soldado y se introducía en el cerebro.

—Ya puedes comprobar tú mismo que este pobre diablo parece que estaba tieso antes de que tú te lo hayas ventilado. A veces los rumores son ciertos —dijo Campbell echándose a reír.

Todos los demás estallaron en carcajadas secundando al teniente Campbell y dejando en silencio a Gutiérrez, que los observaba sin dar crédito a sus risas, ante la situación que se les venía encima.

—No te lo tomes tan a pecho soldado, nuestro pequeño y especial escuadrón ya se ha topado con cosas extraordinarias y fuera de lo que estamos acostumbrados a ver. Te aseguro que los boches están preparando algo muy grande y muy feo, y eso es, a lo que nos han enviado aquí. Para acabar con sus planes alejados del camino de nuestro Salvador, o por lo menos para intentarlo. Muchos de los que formaban esta peculiar familia han caído y ten por seguro que otros muchos caerán, pero por las sagradas escrituras que, antes de que doblen las campanas por nosotros, intentaré que nos llevemos a unas cuantas de estas horrendas criaturas a su lugar de origen, el mismísimo infierno —dijo Campbell.

Gutiérrez se quedó estupefacto ante la arenga del teniente. Los soldados llevaban bastante tiempo inmersos en el Cuerpo Especial de Choque, o más bien en el C.E.C.Q, como indicaba las siglas en la manga derecha de cada uno, y parecían controlar la situación por muy estrambótica que fuese. Cuando le propusieron formar parte de este escuadrón tenía cierta idea de las misiones que le encomendarían serían muy difíciles y peligrosas, casi imposibles para soldados normales; solamente los que destacaban entre todo el ejército podían llegar a aspirar al C.E.C.Q, pero nunca llegó a imaginar el panorama futuro, con nazis muertos que volvían a la vida a luchar de nuevo. ¿A qué más se referiría el teniente Campbell?

—Por el lado sur del pueblo ya no queda ninguno —gritó un soldado que se acercaba a ellos con actitud cansada.

Era Nikolay, experto francotirador soviético, parco en palabras pero con una precisión con su rifle asombrosa.

—No está nada mal el nuevo calibre de estas balas —dijo dando golpecitos a su fusil—. Un par de ellas colocadas en el sitio adecuado puede tumbar a uno de esos engendros de un plumazo. Lástima que no se fabriquen para armas comunes.

Aprovéchalas muy bien, solamente tu fusil es capaz de dispararlas, son un nuevo prototipo especial para nuestros peculiares enemigos, son difíciles y caras de producir —contestó el teniente Campbell.

—Tranquilo, «*tovarich*», ya sabes que mis balas nunca fallan —respondió Nikolay con media sonrisa.

—Hemos tenido suerte en esta emboscada, en combate abierto nos habrían machacado, nuestros espías franceses acertaron de pleno la ruta que seguirían los mascarados negros para reforzar al regimiento alemán, cerca de la costa. De haberse unido ambos, la retirada hubiera sido nuestra única opción —dijo Gilbert, el cual se había encargado de disponer sobre el camino las minas que acabaron con la mayor parte de los enemigos en un instante.

El teniente Campbell sacó un pequeño machete y comenzó a cortar las cabezas de los engendros nazis, amontonándolas cerca de él. Los demás, al verle, extrajeron

machetes idénticos de sus respectivas mochilas y le ayudaron en su labor. Este comportamiento le resultó llamativo a Gutiérrez, que se acercó a Nikolay preguntándole:

—¿Por qué les cortáis la cabeza? Si ya están del todo muertos y por muy monstruosos que parezcan, es un acto de barbarie hacer esto.

El francotirador soviético le dirigió una dura mirada sin musitar una sola palabra.

—A Nikolay no le gusta hablar de eso —le respondió Bernie—. Ven, coge un machete y ayúdanos, mientras, te contaré la historia en la que perdimos a un buen soldado y amigo, su nombre era Danilo.

\*\*\*

Seis meses antes, Dreuilhe, región Mediodía-Pirineos.

Los soldados integrantes del escuadrón C.E.C.Q aterrizaron suavemente sobre la hierba, en medio de la oscuridad de la noche. Si las coordenadas y los cálculos del teniente Campbell eran correctos, no tardarían en encontrarse con el espía aliado que les había proporcionado la información por la que habían acudido a esta región enclavada entre montañas y alejada de los principales escenarios de la guerra. Una vez recogidos los paracaídas el teniente empezó a bramar órdenes.

—¡Danilo, vete a esa loma de allí y comienza a emitir la señal con la linterna! Los demás asegurad la zona de alrededor por si hay enemigos cerca, no me gustaría que nos emboscasen en campo abierto. Nuestro informador no tardará mucho en aparecer —dijo consultando su reloj de pulsera.

Rápidamente, cada uno de los soldados se alejó para cumplir con las órdenes de su líder. El silencio era absoluto en la zona, una ligera brisa zarandeaba los escasos árboles de la zona de aterrizaje. La espera no duró mucho, y al cabo de un rato, apareció un destello luminoso que respondía a las señales hechas por Danilo. Todos se pusieron en tensión por si se trataba de una trampa, mientras el punto de luz iba acercándose hacia ellos.

Un hombre vestido de civil, salió de entre los árboles que rodeaban el perímetro con una linterna en la mano. Todos excepto Danilo eran invisibles a ojos del desconocido; acechaban entre las sombras por si había problemas. El civil se detuvo a una distancia razonable y de sus labios surgió una única palabra.

—Fabrice.

Los soldados visiblemente más relajados, salieron de sus escondites para acercarse al hombre. Una vez todos reunidos, el civil habló con un fuerte acento francés.

—Buenas noches, caballeros, ante todo, les quiero mostrar mi agradecimiento por la rapidez con la que han atendido mi petición. Creo que los hechos que les he comentado anteriormente en conversaciones pasadas son síntomas de que algo está sucediendo en, hasta ahora, nuestro tranquilo pueblo, y de ahí, la urgente necesidad de su apoyo. Por cierto, para los que no me conozcan, soy Fabrice.

—Hola, Fabrice, soy el teniente Campbell y estoy al mando de este escuadrón. Te presenté a Gilbert, Danilo, Bernie y Nikolay.

Todos le saludaron con gestos.

—Ah, es usted la persona con la que he hablado por teléfono —contestó Fabrice—. Bien, espero que le haya dado los principales datos de su misión a su grupo. De camino

hacia el pueblo le explicaré con más detalle lo que está ocurriendo, me temo que no tenemos mucho tiempo para definir un plan de ataque.

—Por supuesto, mis hombres saben los datos básicos, pero la verdad que no entiendo la prisa para entrar en acción, sin antes haber averiguado las intenciones del enemigo. Con todos mis respetos, Fabrice, no voy a exponer a mis hombres a un ataque suicida —dijo Campbell.

—Perdóneme si he sido demasiado ansioso —contestó Fabrice—, pero existe un componente personal para mí en esta historia.

—Te entiendo, no te preocupes. Lo mejor que podemos hacer es ponernos en marcha hacia tu pueblo. Cuéntame todo lo que sepas, para que podamos tomar la mejor decisión —le dijo Campbell al francés.

Sin más dilación, el grupo se puso en marcha, en medio de la oscuridad proporcionada por la noche, mientras el francés iba desgranando la historia.

—Como ya le dije, unos días atrás, medio centenar de soldados de las Waffen—SS se han apostado en el interior de una abadía al norte de Dreuilhe, echando a la calle a todos los religiosos. Poco después, el alcalde ha ido a preguntar el motivo de aquella intromisión, debido al inexistente valor estratégico ni militar, ya que el frente de la guerra está muy alejado de aquí y apenas hay oposición a la ocupación alemana. Le han respondido que se metiera en sus asuntos o de lo contrario arrasaría el pueblo entero. Descargaron mesas y un cilindro de cristal de gran envergadura lleno de algún tipo de líquido, junto a una gran cantidad de sacos llenos de tierra. Lo sé porque a uno de los soldados se le ha caído un saco, desparramando su contenido por el suelo, y a punto ha estado de ser fusilado por el cabecilla.

—Qué extraño, ¿para qué necesitaran toda esa tierra si estamos rodeados de ella? —dijo Bernie—.

—Cállate, soldado —le recriminó el teniente Campbell—, y deja que continúe su historia. Las conclusiones y preguntas las haremos después.

—Sí, señor —respondió Bernie, avergonzado por la contestación de Campbell—.

El francés cogiendo aire retomó la narración.

—Los alemanes han formado su campamento rodeando la abadía, instalándose en el interior de ella su líder. Algo han estado haciendo dentro, por los ruidos que de allí provenían y que eran muy fuertes. Pero lo más curioso de todo, es que al anoecer de ese día, unos cuantos soldados se acercaron a la casa de mi primo, preguntando por el famoso escultor Jacob. Él, sin nada que esconder y que nunca ha tenido problemas con la ley, ha reconocido ser ese a quién buscaban y de inmediato le han ordenado que los acompañara a la abadía. Pese a las súplicas de su mujer e hijos, los alemanes se lo llevaron con ellos sin dar ningún tipo de explicación. La propia esposa ha acudido a mí para avisarme de todo este asunto. Ya han pasado unos cuantos días y todavía no tenemos noticias de Jacob.

—Está claro que algo están tramando esos malditos boches. ¿Para qué necesitarán a tu primo el escultor? —preguntó Campbell.

—Igual van a remodelar la abadía —contestó Bernie riéndose.

—Otra broma más de esas y te expulso a Inglaterra de una patada, maldito payaso —le gritó Campbell.

—Compórtate, Bernie. No eres capaz de estar serio en ningún lado —dijo Danilo mientras los demás aguantaban la risa.

—Perdona la estupidez de mi soldado, Fabrice —se disculpó el teniente—. Lo hace sin mala intención.

—No pasa nada, tranquilo. Estoy acostumbrado al sentido del humor de la soldadesca —respondió el francés—. Volviendo al tema que nos ocupa, el asunto tiene que ser importante a la fuerza. Las Waffen—SS no entran en acción por casualidad y todo lo que se traen entre manos tiene que pasar bajo la supervisión del mismísimo Führer. Tenemos que averiguar que ocurre en el interior de esa abadía e intentar devolver de una pieza a su hogar a mi primo Jacob.

—¿Has visto algún nazi equipado de manera inusual entre este grupo? —preguntó el teniente Campbell.

—No, parece que no hay ninguno de esos soldados sobre los que dicen los rumores, que están apareciendo en el viejo continente, aunque yo no estoy seguro de la verdad que hay en estos, no creo en supersoldados —respondió Fabrice.

Todo el escuadrón C.E.C.Q. respiró aliviado. No sabían que podían esconder los nazis en la abadía, pero por lo menos, no tendrían que enfrentarse a los mascarados negros. El grupo siguió avanzando a buen ritmo, a lo lejos ya se atisbaban las primeras luces del pueblo.

En el interior de la abadía, Helmut Frei paseaba impaciente, mientras observaba trabajar al escultor francés, para su gusto demasiado despacio. Sus superiores habían escogido este apartado pueblo, para llevar a cabo el experimento en el que tanto esfuerzo habían volcado y por supuesto por la presencia del mejor escultor de toda Europa, retirado aquí desde el principio del conflicto. Si el francés se hubiese negado a colaborar con ellos, Helmut podría usar a su familia como moneda de cambio, y si aun así continuaba su negativa, tenía órdenes tajantes de eliminarlo. Poseían una larga lista de excelentes escultores que podrían llevar a cabo el trabajo, pero necesitaban al mejor. Si el experimento funcionaba, la guerra podría finalizar en un breve periodo de tiempo con una victoria total de las fuerzas germanas. Se habían hecho pruebas simulando diferentes partes de la anatomía humana, funcionando en todas ellas. Esta era la prueba final. Era un paso más, en los innumerables proyectos que tenía en mente su corporación.

De improviso el francés se tambaleó intentando agarrarse a la mesa sobre la que trabajaba, sin conseguirlo. Cayó al suelo de espaldas, agotado, casi exhausto tras llevar trabajando innumerables horas, sin apenas descansar ni ingerir alimentos, tan solo lo suficiente como para mantenerse con vida. Helmut hizo un gesto con su cabeza al soldado que hacía guardia junto al escultor. Un cubo de agua fría cayó sobre el francés, despertándolo de nuevo.

—Tienes quince minutos de descanso, escultor —pronunció Helmut con voz tajante.

Jacob cerró los ojos y bajó la cabeza, intentando aprovechar al máximo ese pequeño descanso. Ignoraba las horas que habían transcurrido desde que los alemanes le enviaran aquí, tan solo quería acabar su maldito encargo e irse para casa con su familia. Pronto, muy pronto...

Helmut Frei se acercó a la mesa de trabajo. El resultado era increíble, tan solo faltaba un antebrazo y la mano. El hombre de barro medía casi tres metros, y sus músculos parecían forjados por un dios griego. En el medio de su pecho, se abría un pequeño orificio, destinado a contener la piedra rúnica que le pondría bajo su

sumisión. Sería el primero de muchos, el modelo a seguir por los siguientes escultores hasta llegar a producirlos en cadena. El camino hacia el ejército indestructible estaba ya en marcha. Deberían apresurarse en la creación de este homúnculo, le había llegado noticias de que el escuadrón C.E.C.Q. podía estar detrás de su pista, a pesar de todas los cuidados tomados, su intromisión podía acabar con el plan. A los pocos meses de la formación del escuadrón, sus éxitos empezaron a florecer, dañando en ocasiones gravemente las operaciones nazis. Sus soldados eran venerados como auténticos héroes de guerra.

Apenas transcurridos diez minutos, Helmut, con una patada en las costillas, despertó al francés, que sobresaltado salió de su duermevela.

—Levántate y acaba el trabajo de una vez, al amanecer deberá estar terminado completamente —ordenó el alemán—.

—¿Y podré regresar a casa? —preguntó Jacob con temor.

—Sí, no te preocupes, podrás volver con tu familia—.

Las órdenes de Helmut eran claras, una vez terminado el homúnculo y comprobado su perfecto funcionamiento, tendría que eliminar a cualquier testigo que pudiera desvelar el secreto. Por supuesto eso no dejaba en buen lugar a Jacob, que inmediatamente y con la falsa promesa resonando en sus oídos, comenzó a trabajar de nuevo, con más ardor que antes, sabiendo que tan solo esta noche le separaba de su puesta en libertad. Le parecía extraño que los alemanes recorrieran tantos kilómetros simplemente para encargarle una estatua de un superhombre, y encima con un tipo de arcilla que le habían proporcionado ellos y que le resultaba muy difícil de moldear, además de todos los extraños aparatos que llenaban el interior de la abadía y el misterioso tanque de cristal lleno de un extraño líquido que parecía ser de la altura perfecta para la figura que estaba creando. Quizás fuese para su posterior transporte...pero eso a él no le incumbía. Tan solo quería terminar su trabajo e irse.

Las calles de Dreuilhe estaban desiertas a esas altas horas de la madrugada, cuando el escuadrón C.E.C.Q. y su guía llegaron. Pasarían la noche escondidos en la vivienda de Fabrice. Allí, a la luz de unas simples velas, mientras cenaban un queso delicioso con pan, rodeados de botellas de vino cargadas de polvo y un sinfín de armas, tramaron el plan de acción que llevarían a cabo al amanecer.

—Vamos a hacerlo sencillo. Crearemos una distracción en las afueras del pueblo, un fuego o una explosión, nos apostaremos alrededor de la abadía esperando que los alemanes piquen el anzuelo y vayan a averiguar que ha sido, entonces entraremos en acción rápidamente ocupando el lugar para ver qué diablos está ocurriendo allí —explicó el teniente Campbell a todos—. Preguntas y sugerencias.

—Con todos mis respetos, teniente, un plan de choque directo contra cincuenta soldados de las Waffen—SS, ¿no le parece un poco complicado, por decirlo de alguna manera? —dijo Bernie—. Si no funciona el señuelo, estaremos en una proporción muy desequilibrada.

—Bueno...pues habrá que confiar en que el señuelo funcione ¿no? —contestó Campbell arqueando las cejas con un tono irónico.

Bernie dio un largo suspiro, cuando al teniente se le metía una idea en la cabeza, era muy complicado tratar de razonar con él, parecía que otra vez se verían abocados a un tiroteo más propio del Salvaje Oeste.

—Yo me encargaré de poner las cargas explosivas en las afueras, suficientemente potentes para que no puedan ignorarlas —propuso Gilbert.

—Fabrice, ¿hay algún punto elevado donde me pueda apostar con mi fusil de francotirador? —preguntó Nikolay.

El francés meditó un instante antes de responder.

—Creo que desde el tejado de una casa en ruinas podrías tener una perfecta zona de visión de la abadía. Únicamente has de tener cuidado al subir, ya que está bastante deteriorada, pero supongo que el techo aguantará tu peso.

—Podríamos hacer unos cuantos cocteles molotov para extender el caos en su campamento —dijo Danilo.

—Buena idea —contestó el teniente asintiendo—. El golpe que les tenemos que asestar tiene que ser duro y rápido para impedir que se revuelvan. Debemos tomar la abadía rápidamente en espera de que los soldados que vayan en busca del cebo regresen de nuevo. Entonces ellos estarán sin apenas coberturas y nosotros tendremos un lugar donde resguardarnos. Gilbert, en cuanto detones las cargas explosivas, darás un rodeo para dirigirte a la abadía y no cruzarte con los boches. Necesitaremos todas las balas aquí.

—Muy bien, intentaré ser lo más rápido posible teniente —contestó Gilbert.

—Danilo, Bernie, Fabrice y yo nos encargaremos de situarnos cerca de la abadía, para una vez que hayan salido los alemanes, empezar la acción —dijo Campbell—. Y ahora vamos a hacer esos cocteles molotov y a poner a punto las armas. Mañana nos espera un día duro de trabajo.

Al mismo tiempo que los hombres del escuadrón C.E.C.Q. hicieron el último cóctel molotov, Jacob acabó la tarea encomendada por sus captores. El resultado era espectacular, pese a las malas condiciones en la que se vio obligado a trabajar. Las largas horas sin apenas descanso, y los golpes recibidos cuando intentaba tomarse un respiro o se desmayaba de puro agotamiento, no mermaron su capacidad creativa. Los ojos sin vida de aquella mole que estaba tendida sobre la mesa, le observaban en silencio. La boca formaba una dura línea en su rostro, otorgándole un cierto aspecto de crueldad. Sus poderosos brazos eran el doble de grandes que los de cualquier persona humana de estatura normal, pero claro, estaba ante un auténtico coloso. Las preguntas rondaban en torno a la cabeza de Jacob, pero se sentía demasiado agotado y débil para intentar obtener alguna respuesta, y dudaba mucho que los alemanes se dignaran en explicarle lo que se traían entre manos. De hecho, tendría suerte si escapaba de esto sano y salvo. Lo que más extraño le parecía, era el pequeño agujero que le ordenaron colocar en medio del pecho de aquella figura. No entendía el motivo ni la función que podría tener. Dos soldados le apartaron de un empujón hacia un lado, mientras que otros seis se encargaban de transportar la mole hacia el tanque de cristal. Antes de sumergirlo en el líquido del tanque, Helmut se acercó hacia el imponente hombre de barro, sacó de su chaqueta militar una especie de pequeña piedra tallada y la introdujo en ese boquete, tapándolo después con una gruesa placa de hierro a modo de protección. Una vez hecho esto, con un gran esfuerzo los soldados elevaron al coloso hasta que cayó en el interior del tanque. Taponaron la parte superior con una escotilla, cerrándolo completamente.

—Esposa al francés a ese banco —ordenó Helmut a un soldado.

Jacob se quedó mudo durante un instante al escuchar al alemán.

—El trabajo está terminado, y el trato era que me dejarías libre —dijo Jacob mientras retrocedía paso a paso.

—¡Todavía no está terminado, falta la parte principal y harás lo que se te ordene si no quieres acabar mal, escoria francesa! —gritó Helmut en un ataque de furia.

Con un duro golpe del fusil del soldado en la cabeza, Jacob acabó en el suelo inconsciente y poco después esposado a uno de los bancos de la iglesia de la abadía, sin saber a qué se refería el alemán con lo de la parte principal. Helmut se acercó al tanque donde se encontraba sumergido el homúnculo. De su pecho, parecía surgir un leve resplandor procedente de la piedra rúnica, esto le tranquilizó. Se sentía extrañamente en paz, como si le hubieran quitado de encima toda la tensión vivida de estas últimas horas y días. Decidió tomarse un respiro hasta que el sol saliera de nuevo, sentándose en uno de los bancos en los que los fieles oraban a su dios. Poco a poco se fue quedando dormido mientras el resplandor iba creciendo en intensidad. Sus párpados se cerraron finalmente a escasas horas del amanecer.

Un enorme estruendo le sacó de su sopor. Aturdido todavía y con una sensación de que algo iba mal, miró alrededor tratando de averiguar si había sido producto de un mal sueño o si en verdad ocurría algo. Había amanecido, aunque la luz no era todavía muy fuerte. El francés continuaba esposado al banco, con los ojos muy abiertos, parecía estar bastante asustado. Helmut se levantó para estirar sus doloridos músculos, aplicando una serie de ejercicios aprendidos en la ya lejana instrucción militar, y que aún hoy en día, le resultaban muy útiles para mantenerse en forma. El brillo procedente del interior del pecho del homúnculo, era ahora muy tenue, casi inapreciable. Helmut se preguntó cuánto tiempo haría falta para que la energía procedente de la suspensión del líquido, combinada con la poderosa magia de la piedra rúnica surtiera efecto en el hombre de barro. Claro, eso suponiendo que funcionara. Todavía no las tenía todas consigo, y si el experimento no daba buenos resultados, supondría un pequeño tropiezo en su meteórica carrera, ya que él, había sido uno de los principales defensores de este.

Uno de sus soldados entró corriendo precipitadamente en la abadía, sacando a Helmut de sus cavilaciones. Tras un rápido saludo, el soldado comenzó a hablar.

—Oficial Helmut, hace apenas unos minutos se ha producido una explosión a un par de kilómetros de aquí. Los que estaban haciendo guardia la han visto claramente. Descartan cualquier posibilidad de que haya sido un bombardero, ni lo han visto ni lo han oído. Todos los soldados están en alerta ante cualquier posible ataque.

—Muy bien, soldado, tengo que ver eso con mis propios ojos —contestó Helmut.

Salió de la abadía acompañado del soldado pegado a sus talones. En el exterior del campamento, todos sus hombres observaban una enorme nube de humo y fuego que se extendía a lo lejos. No se apreciaba que es lo que se estaba quemando ya que las colinas cortaban la línea de visión.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Helmut—. No le encajaba que en esta zona absolutamente tranquila y alejada del frente, se pudiese dar una explosión como aquella que estaba ante sus ojos. Una sensación de peligro e intranquilidad giraba en torno a sus sentidos. Había que descubrir de qué se trataba, podría ser algo importante y para ello ordenó que la mitad de sus soldados se acercaran hasta allí en un vehículo para transporte de tropas. Los soldados elegidos comenzaron a subir al camión pero cuando estaban a punto de partir, Helmut alzó un brazo.

—Un momento, que vayan solo diez —le dijo en el último segundo al suboficial encargado—. Esto me da mala espina. En cuanto descubráis qué demonios ha pasado, regresad aquí rápidamente a informarme ¡los demás permaneced atentos para cualquier imprevisto!

El camión se alejó por el camino levantando polvo a su paso, Helmut observaba en silencio la humareda del fondo. Pasaron los minutos sin que hubiese ningún movimiento sospechoso, ni cerca ni lejos de la abadía. Las calles que se podían ver desde ella, estaban desiertas a esa temprana hora del día. Parecía que nadie salvo ellos se habían enterado de la fuerte explosión, o eso es lo que aparentaban. Dependiendo de la información que trajesen sus soldados, tendría que tomar la decisión de investigar o no el suceso. No estaba aquí para hacer la labor de policía ni de seguridad ciudadana, pero si le obligaban a ello, no le temblaría la mano. El movimiento de un objeto volando, captado por el rabillo de su ojo, le hizo girar la cabeza siguiendo su parábola que fue a impactar contra una de las tiendas de campaña de los soldados para incendiarse inmediatamente. Su cerebro se despertó en una milésima de segundo dando un grito de alarma. Los nazis rápidamente acudieron a sofocar el fuego, con mantas, chaquetas o lo que buenamente tuviesen a mano. En medio de aquel caos de personas corriendo de un lado para otro, ordenes gritadas y empujones, cayeron otros tres cocteles molotov, prendiendo tiendas y algún que otro soldado desprevenido.

—¡Nos atacannnn! —gritó Helmut con todas sus fuerzas, ya no había ningún tipo de duda—. ¡A las armas! ¡Defended la posición!

Todo encajaba muy bien, primero el señuelo para dividir sus fuerzas y después de su marcha, el ataque. No sabía a qué cantidad de fuerzas se tendría que enfrentar, pero no tardaría mucho en descubrirlo. Fuera quién fuera, pagaría cara su intromisión.

Desde la posición elevada en la que se encontraba Nikolay y gracias a la mira telescópica de su fusil Mosin Nagant, había visto perfectamente como los cocteles molotov arrojados por Bernie, Campbell, Danilo y Fabrice, impactaban en el campamento enemigo, creando el caos y ocasionando unas cuantas bajas. Tenían una dura tarea, no se habían ido tantos soldados como esperaban, la balanza se inclinaba peligrosamente en su contra. Pero de peores situaciones habían salido. Ellos eran la elite del ejército y no se iban a amilanar por unos cuantos nazis, aunque fueran de las SS. Sintiendo el viejo cosquilleo en el estómago antes de efectuar el primer disparo, Nikolay buscó a su primer blanco, que segundos después se desplomaría con un disparo en el corazón. Cada bala que salía del fusil de Nikolay causaba una baja. Habían empezado con fuerza, la cuestión era si los alemanes eran capaces de aguantar el castigo inicial, tendrían la posibilidad de responder.

Tras acabar con los cocteles molotov, el teniente Campbell ordenó arrojar unas cuantas granadas. Se tendrían que exponer al enemigo para apuntar bien hacia donde las lanzaban, una vez descubiertos se les terminaría el factor sorpresa, pero era algo inevitable. Todo marchaba bien, los nazis no se habían repuesto del ataque inicial, mientras que Nikolay los iba mermando poco a poco con su elegante puntería.

—¡Ahoraaaa, arrojadlas sobre esos miserables! —gritó Campbell a los suyos.

Las granadas volaron por el aire estallando en medio del campamento con los nazis sorprendidos al ver a los aliados salir desde detrás de un muro cerca de ellos.

—¡Malditos sean! —gruñó Helmut con frustración tras ver como cerca de una decena de sus hombres habían caído muertos o malheridos en los primeros compases

del combate. Tras el ataque con granadas, los enemigos se habían dejado ver, siendo tan solo cuatro soldados. Aquello se le antojaba como una locura, ¿quién en su sano juicio iba a atacar a cincuenta soldados de las SS en un número tan inferior? Solo podía haber una respuesta posible. El escuadrón C.E.C.Q. De alguna manera habían averiguado que tenían algún plan entre manos y ahora estaban allí, tratando de impedir que cumpliera con su misión. Al rato del inicio del tiroteo, la enorme superioridad de las tropas nazis se impuso, el escuadrón dirigido por el teniente Campbell ocasionaba muy pocas bajas, casi todas ellas provenían del fusil de Nikolay, que incluso ya tenía problemas para descubrir blancos, ya que los nazis se dieron cuenta de la presencia de un francotirador y se resguardaban en terreno seguro. Bernie y Campbell se encontraban juntos, luchando codo con codo, mientras que Danilo y Fabrice se habían separado al otro extremo del muro que rodeaba la abadía, para abrir el frente que tenían que defender los nazis.

—No podemos seguir así mucho tiempo más, los boches que mordieron el cebo de nuestra trampa estarán al caer. Corremos el riesgo de que nos rodeen —dijo Campbell preocupado.

—Pues no sé cómo vamos a salir de esta, teniente, en la posición en la que nos encontramos, nos tienen totalmente a tiro —contestó Bernie—. Será cuestión de tiempo que empiecen a avanzar hacia nosotros.

Un sudor frío recorrió la espalda de Campbell, al comprender que había conducido a sus hombres a una misión suicida, la seguridad que le caracterizaba siempre en pleno campo de batalla estaban esfumándose a pasos agigantados. ¿Qué diablos le pasaba?, justo en el momento en que sus hombres más necesitaban la presencia de un líder, sus fuerzas flaqueaban, no podía dejar que esto le doblegase. Cogiendo su fusil con fuerza se levantó de nuevo, y con un grito se parapetó en el muro disparando sin pausa. Bernie, sorprendido por la reacción de su superior, se quedó boquiabierto un instante para luego unirse a él con redoblada furia.

—¡Vamos, no se van a llevar todo el mérito, dales con todo lo que tengas, francés! —gritó Danilo a Fabrice al ver a sus compañeros.

Esta ofensiva del escuadrón C.E.C.Q. alivió un poco la presión que mantenían sobre ellos los nazis. Helmut no se podía creer como tan solo un puñado de hombres, podían mantener a raya a medio centenar de soldados de las Waffen—SS, la joya nazi militar.

—¡Animo, muchachos, no os dejéis amilanar, sois soldados del Reich, el Führer os está observando!

Unos cuantos soldados alemanes más cayeron al suelo, heridos. Bernie sintió un dolor en el hombro al rozarle una bala, era un simple rasguño. El sonido del tiroteo se elevaba hacia las altas montañas que rodeaban al tranquilo paisaje, ahora enturbiado por la sangre que caía en la tierra. En ese momento sucedieron dos cosas simultáneamente. Por un lado, el camión con las restantes tropa alemanas se acercaba por el camino a gran velocidad, y por el otro, del interior de la abadía surgió Jacob corriendo al límite de sus posibilidades, mirando hacia atrás, no parecía ser consciente de que se metía en medio de un tiroteo.

—¡Mierdaaaa, ahora no pued...! —la frase de Campbell quedó cortada por la violenta explosión del camión, que se elevó unos cuantos metros para caer de nuevo, convertido en un amasijo de metal y fuego, con las ruedas despedidas hacia los lados. Esto, provocó un parón en las hostilidades de ambos grupos que se quedaron sorprendidos al ver la repentina explosión del vehículo.

—Pero, ¿qué diablos ha sido eso? Ha estallado delante de nuestras narices sin más —dijo Bernie cubriéndose tras el muro.

—Hay tienes la causa —contestó Campbell riéndose mientras señalaba entre los árboles cercanos al camión en llamas. Bernie agudizó la vista para poder distinguir algo entre el humo negro que inundaba la zona, descubriendo a Gilbert recargando un bazooka M1.

—¡Dios mío, justo a tiempo! Bendito sea ese jodido belga, les ha volado las pelotas a esos boches. Con la caballería de nuestro lado, les barreremos —exclamó Campbell con una gran sonrisa.

El lado alemán no estaba tan contento. Helmut se quedó helado al ver como su única opción de flanquear a sus enemigos, acababa de volar por los aires. Ahora tendrían que ir a por todas, su superioridad numérica les daría la victoria, pero les costaría un número importante de bajas al tener que llevar el peso del combate. Y eso sin contar los muertos que yacían por todo el campamento, o lo que quedaba de él, más bien.

—Rápido. Acabad con él —dijo Helmut señalando a Jacob que se escurría entre sus tropas—. ¿Cómo se ha deshecho de las esposas? Todo lo que podía salir mal estaba ocurriendo. Iba a ser difícil explicar esto a sus superiores.

Jacob, al sentir disparos dirigidos hacia él, se escondió detrás de una estatua ecuestre que adornaba el jardín de la abadía. Allí se quedó agazapado sin atreverse a mover un solo músculo mientras las balas impactaban a su alrededor.

—¡Oh no, mi primo, le están disparando! —exclamó Fabrice asomándose por el muro de protección.

—Va a ser complicado sacarle de ahí en medio. Tendremos que barrer un poco la zona. Por lo menos sabemos que continua con vida, aunque como sigan disparándole así, será por poco tiempo —dijo Danilo.

Los nazis ya se acercaban hacia Jacob mientras disparaban.

—Voy a sacarlo de allí ahora mismo, cúbreme las espaldas —dijo Danilo saltando el muro—.

—¿Qué haces? Apenas tienes cobertura para ir, te alcanzaran seguro, iré yo, para algo es mi familia —dijo el francés mientras intentaba sujetar del brazo a Danilo.

—Suéltame, he venido para hacer mi trabajo y lo haré por difícil que sea. Quédate ahí y cúbreme, maldita sea.

Dicho esto, se zafó de un tirón y echó a correr agachado mientras las balas empezaban a zumbar a su paso. Gilbert, viendo toda la jugada desde lejos, apuntó con su bazooka hacia el grupo de nazis que intentaba llegar hasta el hombre escondido y abrió fuego. Segundos después una explosión barrió a cinco alemanes que salieron despedidos hacia los lados. Gracias a esta distracción, Danilo llegó hasta Jacob.

—Vámonos de aquí ahora mismo, amigo —le dijo mientras le ayudaba a levantarse—.

El francés, asustado y fuera de sí debido a la tensión del momento, le empujó, exponiéndolo a sus enemigos. Una ráfaga de balas impactó contra la pierna de Danilo, que con un dolor abrasador, quedó tumbado en el suelo, agarrándose la pierna con las manos. Jacob, sin darse cuenta de nada, volvió a correr tratando de escapar de allí.

—¡Idiota sin cerebro! —le gritó Danilo.

Los nazis estaban a punto de llegar hasta él. Resguardándose como pudo tras la estatua, disparó a ciegas con la esperanza de acabar con alguno de ellos antes de caer en manos enemigas. Estoy realmente jodido esta vez —pensó Danilo.

Nikolay no daba abasto para cubrir a su amigo herido; por cada nazi que mataba, parecía surgir otro, era cierto que las bajas eran contundentes, aun así, seguían con el agua al cuello. De repente, la puerta de la abadía salió volando hacia afuera con una fuerza descomunal, rompiendo parte de la pared en la que estaba anclada. Una enorme sombra emergió del interior. Con un grito que dejó helados tanto a los alemanes como al escuadrón C.E.C.Q. se plantó ante ellos el gigantón de barro, ahora dotado de vida.

—Acaba con ellos, te lo ordeno —gritó Helmut mostrando al homúnculo el anillo que llevaba en la mano.

Tras un instante de vacilación, el gigantesco ser, pareció comprender la orden dada por su amo y se lanzó con torpes pasos hacia su objetivo más cercano. Danilo. Helmut dio la orden a sus soldados que se replegaran, dejando todo el trabajo pesado al gigante, contento con el cambio de rumbo de la refriega.

—¿Qué narices es eso, será lo que estaban preparando los nazis en el interior? —preguntó Bernie al teniente.

—Si no lo es, no quiero saber lo que nos espera, con esto ya es suficiente por hoy. ¡Gilbert, quiero que borres del mapa a esa cosa con tu maravilloso bazooka! Ya, antes de que llegue a Danilo! —chilló Campbell.

Dicho y hecho, el belga apuntó hacia su objetivo y disparó. El proyectil voló limpiamente, derecho hacia el homúnculo impactando en él, en medio de una enorme polvareda. Durante unos segundos, no se distinguió completamente nada.

—Guau, lo ha volatilizado por completo —exclamó Bernie—. Tendrán que esforzarse más en nuestra próxima visita.

Instantes después, la polvareda se disipó.

—Dios mío, sigue en pie todavía —dijo Campbell—. ¡Disparar con todo lo que tengáis o Danilo no saldrá de esta!

A Gilbert no le quedaba munición del bazooka, así que sacó su pistola y comenzó a disparar. Pese al intenso fuego enemigo, el homúnculo siguió avanzando hasta donde estaba Danilo, que intentaba abatir al gigante con tiros precisos buscando algún punto débil, pero todos sus intentos eran infructuosos. Con un solo brazo, el homúnculo agarró a Danilo del cuello y lo elevó hasta ponerlo frente a sus ojos. El italiano miró el rostro perfectamente modelado de aquel ser, era una estatua viviente con la diferencia de que poseía vida. Tremendamente bella, pero terrible debido a la falta de cualquier sentimiento humano. En un último intento de salvar su vida, disparo a quemarropa en el centro de la cabeza que le estaba asfixiando. El disparo le dejó un zumbido en los oídos debido a la escasa distancia con el blanco. No había conseguido ni arañar la superficie de aquella cosa. La mano seguía apretando férreamente su garganta.

La mira telescópica del rifle de Nikolay, apuntaba justo hacia el boquete del homúnculo, tapado por la placa de hierro colocada por Helmut. No sabía si era el punto débil, o si la bala penetraría, pero era la última oportunidad de salvar a su amigo. Inspirando profundamente, aguardó al último latido de su corazón y entre el intervalo de este y el siguiente, efectuó el disparo.

La bala dio en el blanco justo, pero por desgracia la placa se mantuvo firme. Con un último boqueo, Danilo quedó inmóvil. El homúnculo lo tiró hacia un lado como quien aparta a un insecto. Nikolay con los ojos anegados en lágrimas dejó su fusil y se tapó la cara con las manos. Los miembros del C.E.C.Q. quedaron enmudecidos tras ver la muerte de Danilo. Reprimiendo las lágrimas que intentaban aflorar, el teniente Campbell ordenó retirada. Le dolía en el corazón dejar el cuerpo de Danilo allí pero el intento de recuperarlo acabaría con todos ellos. No tenían la capacidad de enfrentarse a aquel maldito monstruo. Juró ante todo lo sagrado que clavaría la cabeza de cualquier nazi en una estaca. Los alemanes, que habían tenido muchas bajas, no tenían ganas de seguir con la contienda y tan solo realizaban disparos ocasionales. Helmut se levantó de su posición intentando alcanzar con su lüger a los que huían. Para Nikolay que miraba el campo de batalla con ojos desconsolados, era la oportunidad esperada, podría acabar con el cabecilla que se había expuesto. Recuperó su rifle y rápidamente enfocó al nazi.

—¡Esto es por Danilo! —exclamó antes de apretar el gatillo—.

Helmut cayó pesadamente al suelo, salpicándolo con un hilillo sangriento. Los alemanes al ver a su líder caído, se olvidaron por completo de Campbell y los suyos, dejándolos escapar. De la que huían, se toparon con el cadáver de Jacob cerca de allí. Lo había atravesado una estaca de la puerta, incrustándose en su pecho.

Tras una amarga despedida de Fabrice, el grupo C.E.C.Q. se dirigió hacia la costa, donde días más tarde serían recogidos un pequeño barco, para conducirles de vuelta a Inglaterra, donde estaba asentada su base. El viaje transcurrió entre un silencio sepulcral, todos recordando a su colega Danilo.

\*\*\*

—Vaya, lo siento de veras —dijo Gutiérrez mientras se afanaba en cortar la cabeza que tenía ante él—. No pretendía hurgar en la herida, parecía un buen tipo ese Danilo.

—Sí que lo era, fue una lástima que se haya ido tan pronto pero ya sabes...así es la guerra. Un día puede que nos toque a nosotros, hay que aprovechar todo el tiempo que estemos aquí. Tómate un trago en memoria de Danilo —dijo Bernie pasándole una petaca. Seguro que se sentirá agradecido, era un buen bebedor también.

Bernie continuó contándole algunas hazañas que habían vivido juntos, mientras proseguían su macabra labor.

## LA TRAMPA DEL ESCORPIÓN

*Ana Morán Infiesta*

I

La batalla estaba en pleno y cruento apogeo. Ninguno de los dos combatientes estaba ya indemne; la sangre teñía la camisa del mayor de ellos, un rubio mal encarado. El carmesí vital también manchaba la mitad derecha de la faz de su oponente, partiendo de un muñón de carne que antaño había sido una oreja. Ninguno de los dos portaba armas. Sus dientes y uñas eran suficientes para desgarrar la piel del oponente. Si el más joven había perdido una oreja, el rubio no estaba en mejor estado, su pecho era una red de surcos sangrantes. No serían las peores heridas que iban a recibir esa jornada. En juego estaba no solo la vida sino también el favor de sus nuevos amos. Ambos sabían que, pese a estar rodeados de un muro de espejos y no de gradas, su señor los observaba.

Tras uno de los muchos cristales blindados, se ocultaba un despacho de decoración vagamente oriental. Era una de las muchas madrigueras del hombre más peligroso de todo Faust City, un demonio disfrazado de benefactor llamado David Wang, más conocido por el sobrenombre de Ojos de Jade. Wang observaba el combate plácidamente acomodado tras su escritorio; colgada con cierta negligencia de su boca, humeaba una pipa de aspecto y aroma occidentales. De vez en cuando, su atención se desviaba hacia el otro ocupante de la sala: una muchacha. La joven enfundaba su sinuosa silueta en una blusa entallada de cuello mao y una falda larga con una abertura hasta la cintura, que permitía atisbar unas piernas esbeltas y exquisitamente torneadas, dignas de ser esculpidas por el mismísimo Miguel Ángel. Sus ojos eran de un verde aún más profundo que los del propio Wang y, junto con su cuerpo y una sonrisa seductora, le habían valido el honor de estar considerada la mujer más hermosa de Faust City. Para Ojos de Jade era «La Perla de mis Ojos», la lugarteniente perfecta, además de su hija. En esos momentos, los labios de la muchacha, situada de pie frente al cristal, mostraban una mueca de desdén.

—Parece que te aburran mis guerreros, mi querida Joan.

—¿Guerreros? Esos hombres son bestias. Un buen guerrero en acción crea el más hermoso de los espectáculos —por unos segundos, los labios de la joven desdibujaron su rictus de desdén; su mirada parecía perdida a kilómetros de allí—. El espectáculo que crean tus nuevas mascotas es simplemente grotesco.

Wang se puso en pie y se acercó hasta su interlocutora. Él compartía el desprecio hacia los gladiadores, pero sabía que el verdadero objeto de la charla no era el espectáculo. Este era un simple fango desde el que la bestia asomaba los ojos,

temerosa de que la atención se centrara en ella. Pero Ojos de Jade no pensaba dejarla escapar esta vez.

—¿Y cuál es para ti ese guerrero capaz de solazarnos con un bello espectáculo? —preguntó abiertamente.

—¿Acaso no lo sabes, padre? Solo hay una guerrera en Faust City que pueda compararse conmigo. Diana Hunt —los labios de Joan acariciaron las últimas dos palabras, más que pronunciarlas.

Ojos de Jade sonrió bajo sus bigotes en forma de ele invertida. No se había esperado otra respuesta. Pero Joan no había pronunciado todavía las palabras mágicas.

—La he visto derrotar a una decena de sicarios con su pistola, lanzar el tomahawk como un guerrero indio y, antes de eso, la vi matar a tres de tus hombres de confianza con sus manos desnudas —continuó su hija.

Esas sí eran las palabras que necesitaba. El testimonio de una de las pocas veces en que Joan le había fallado; en que él también lo había hecho. Su fallo había sido ser un hombre ciego, obcecado en que Diana Hunt era uno de tantos amantes de su hija, no alguien capaz de hechizarla. El error de Joan había sido aún peor.

—Ay, hija. Si no hubieses ejecutado a esa masajista delante de Diana. Ahora la cazadora llevaría tiempo siendo nuestra aliada, en lugar de nuestra enemiga.

—Tenía que hacerlo, padre. Lynnette nos había traicionado.

Y no mentía. Lynnette, una masajista al servicio de Ojos de Jade, había sido una de las muchas diversiones que Joan había planificado para su amante. También una de las que más tiempo había pasado con Diana, hasta establecer un vínculo lo bastante intenso como para revelar su condición de esclava a la apache. Convencida de que semejante delación debía ser castigada, Joan había usado el collar fang de la muchacha para decapitarla lentamente delante de la futura detective.

—Hija mía, aún eres joven —«Más de lo que la mayoría de la gente piensa»—, pero deberías aprender una lección. A veces un líder debe mostrar benevolencia, hacia sus enemigos y hacia los traidores, para ser más fuerte.

Joan se limitó a hacer un sumiso asentimiento antes de centrar en su atención en un combate que, en el lapso invertido en su charla, había cambiado sus tornas. El rubio estrechaba a Sin Oreja con fuerza de gorila; el rostro del hombre estaba tan congestionado que parecía a punto de estallar. De repente abrió la boca, como exhalando una bocanada de aire. En su lugar, lanzó una dentellada contra el cuello de su rival. Los dientes seccionaron la yugular provocando una aspersión carmesí que bañó la arena de juegos. Desde la distancia, las gotas de sangre parecían flores deseosas de honrar al combatiente difunto. Sin Oreja miró resollante al murallón de cristales que lo rodeaba.

Tras el de su despacho, Ojos de Jade sonrió.

—Tal vez sea hora de hacerte caso y atraer a la cazadora al lugar que le corresponde.

## II

Diana Hunt se metió las manos en los bolsillos de la gabardina mientras maldecía el dios protector de los confidentes pusilánimes. Jack Tres Dedos se había cerrado en banda en cuanto ella había empezado a hablar de nuevos espectáculos de gladiadores.

Y ni el dinero ni las amenazas le habían engrasado las cuerdas vocales. El dueño del Vicios Prohibidos sabía que la cazadora necesitaba su ayuda y la detective sabía que Tres Dedos tenía miedo. Eso casi suponía una pista sobre la identidad del hampón oculto tras las desapariciones de una pequeña colección de tipos con más músculo que cerebro: deportistas de medio pelo, matones de bar... todos sin parientes preocupados por su desaparición o deseosos de encararse con la corrupta y casi inexistente policía local.

Con una excepción: Sean Flynn. El joven podía no tener familia en el sentido clásico de la palabra pero era uno de los Renacidos del padre O'Malley y eso lo convertía en miembro de un nutrido y solidario clan. También en una presa apetecible para los hampones. O'Malley podía no tener el derecho legal a llamarse «Padre» ni a ocupar la desconsagrada iglesia de San Patricio, pero era la esperanza de Estercolero. Gracias a él y a sus chicos, algunas zonas del barrio más peligroso de la ciudad resultaban casi habitables. Por desgracia carecía de aliados fuera del barrio, incluso en este mismo, su poder era limitado.

La zona en la que se encontraba ella ahora era un buen ejemplo, pensó Diana, mientras su mano derecha acariciaba las cachas de un revólver, oculto en el bolso de la gabardina. Ya había caído la noche y los comerciantes de muerte cocinada proclamaban las excelencias de sus quimeras a grandes gritos, mientras buscaban un lugar donde aparcar su carro. Hombres, mujeres y niños ofertaban sus encantos en las aceras; a veces hasta realizaban sus servicios en las mismas o en un callejón; ambos eran gratis, las pensiones costaban medio dólar. Ni comerciantes ni profesionales del sexo eran lo peor del barrio, los matones se desperdigaban por las calles en busca de los ahorros generados por sus rameritas unos; persiguiendo la trifulca, otros.

Diana caminó por el deprimente laberinto de calles, cuidando de no mirar a nadie directamente a los ojos, de no dar muestras de interés por el origen de unos gemidos orgásmicos ni los «Así está bien, zorra. Trágate la enterita». Unos pocos matones no apartaban la vista de ella mientras se alejaba, pero no se aventuraban a retarla. Si la fama de Diana Hunt, la Cazadora, la mujer capaz de sobrevivir a dos años de enemistad con Ojos de Jade, no había llegado a sus oídos, les bastaba observar sus movimientos felinos, y sus ojos teñidos de amenaza, para darse cuenta de que la desconocida tenía las manos manchadas de sangre.

Poco a poco, Diana cruzaba la jungla de asfalto rumbo a la iglesia de San Patricio. O'Malley tenía derecho a ser informado de la falta de noticias.

La jornada trascurría inesperadamente tranquila en el interior del templo del San Patricio. Rara era la noche en la que alguien no acudía allí en busca de refugio, o los Renacidos se veían obligados a repeler el asedio de un energúmeno. Sin embargo, en esa ocasión solo el propio padre O'Malley y Mark Brown, su ayudante desde la desaparición de Flynn, estaban en el templo. El falso cura se entretenía leyendo una novela de desguace del Oeste; su lugarteniente, dando paseos a lo largo de la nave lateral.

Hasta que unos golpes a la puerta los sacaron de su rutina. No fue una llamada común, producto del impacto de unos nudillos contra la puerta sino que más parecía el efecto de una aldaba. Sin embargo, la puerta de la iglesia carecía de tal llamador.

—Ten cuidado —recomendó O'Malley a su ayudante.

Por toda respuesta, el joven desenfundó un revólver del 38; tras amartillarlo procedió a abrir la puerta. Su primera reacción fue de alerta, su visitante se enfundaba

en una gabardina oscura y llevaba el rostro oculto bajo el ala de un sombrero, como si no desease ser identificado. Sin embargo, no hacía movimientos amenazadores y Mark sabía que no todos los reclamantes de la ayuda del padre deseaban ser identificados como tales por sus vecinos. Poco a poco siguió abriendo la gran hoja de madera, en momento alguno desvió la atención del desconocido, sus ojos lo recorrían escrutadores desde la cabeza a los pies, esperando la llegada de un movimiento de amenaza que le haría demostrar su dureza de Renacido. Al llegar por segunda vez a las manos, observó que la derecha empezaba a abandonar el refugio del bolsillo de la gabardina; en el dedo corazón, se podía ver un anillo en forma de cabeza de lobo. El cuerpo del joven se relajó.

«Al final no ha sido necesaria la ayuda de la intrépida Cazadora»

—¡Vaya! Veo que por fin...

Mark no llegó a terminar la frase, la sonrisa oculta en sus palabras tornó en mueca de terror cuando vio que la mano extraía un largo cuchillo del bolso. Sin darle ocasión de dar un grito de alerta ni menos aún de disparar, el embozado se abalanzó sobre él y le asestó tres rápidas puñaladas en el estómago. Mark cayó al suelo, ante la indiferencia de su antiguo compañero de lucha, que no dudó en pisarle la mano al adentrarse en el templo.

—Hola, padre —saludó el asesino, sin descubrirse aún.

Aun rápido, el ataque no había pasado desapercibido al falso religioso y, nada más sentir caer el cuerpo de Mark, el hombre había lanzado a un lado su libro y se había situado en el pasillo. Sus portentosos bíceps latían bajo la camiseta negra testimoniando el paso de la sangre rumbo a unos puños prestos a defender a golpes la vida de su dueño. Los ojos bast de O'Malley relucían como los de una pantera hambrienta, pero eso no parecía atemorizar a su rival. Con parsimonia, el intruso se despojó del sombrero y la gabardina.

—¿Sean? —tronó O'Malley.

El intruso era su antiguo ayudante y no lo era. En algún momento de esos días Flynn había cambiado una oreja por un hueco mal cosido, una expresión de mezquindad asomaba a sus ojos, otrora nobles pero, sobre todo, lo que había cambiado era su cuerpo. Sean nunca había sido un chico débil, pero sus músculos parecían haber duplicado su tamaño y hacían sentirse pequeño a un hombre considerado por muchos un coloso.

Flynn no había soltado el cuchillo; con él cargó, tras emitir un rugido animal, contra su antiguo benefactor. Solo la sangre gatuna del hombre le evitó acabar ensartado. Lo no que logró, pese a acertar a atrapar la muñeca de Flynn, fue desarmar a su atacante. Sean se libró de su presa, sacudiéndose la mano como si fuese una rama seca.

—¡Vaya, padre! Parece que el gato no es tan fuerte como lo pintan.

Instintivamente, O'Malley comenzó a caminar hacia atrás, sin desviar la mirada de los ojos de su antiguo ayudante. En el viejo altar se habían colocado algunas figuras religiosas, tanto encontradas en la antigua sacristía, como ofrecidas por los «fieles». Tal vez alguna pudiese encontrar una nueva misión en la vida, sirviendo como arma contundente. Como si la situación le resultase divertida, Sean no atacaba. Solo al topetar con su espalda en una de las columnas que separaban la nave principal de la derecha, se dio cuenta el falso cura de la razón de la sonrisa.

—Es hora de que le cuente al señor por qué usa su templo sin permiso —sonrió Sean.

O'Malley no se encomendó a dios alguno, alzó la cabeza para encarar con orgullo la muerte. Pero esa noche no era su destino reunirse con la parca.

Mientras Sean Flynn atacaba la iglesia, los pasos de Diana Hunt se iban volviendo más rápidos, su corazón apache latía con bélico vaivén de tambores de guerra, su instinto de supervivencia, al que había aprendido a escuchar a fuerza de perder a personas importantes en su vida, le estaba enviando una señal de alerta. Con su resistencia física entrenada a lo largo de los años, no tardó en llegar hasta San Patricio. Nada más ver la puerta abierta, supo que sus temores tenían fundamento.

Diana desdeñó el pequeño revólver guardado en el bolsillo de su gabardina y extrajo la Beretta de la sobaquera. Tras amartillarla se acercó con sigilo de cazadora hasta la entrada del templo. Lo primero que vio fue a Mark Brown. El muchacho intentaba taponar con sus manos un largo tajo por el que se escurría una parte de su intestino delgado. Al ver a Diana hizo ademán de decir algo, pero la investigadora lo silenció llevándose un dedo a los labios. Acababa de ver al padre O'Malley y a su atacante. La detective alzó la pistola y apuntó hacia el gorila dispuesto a acabar con la esperanza de Estercolero. Tomó aliento, sin dejar de mirar su objetivo: la nuca del asesino. En el ejército se había destacado como piloto, pero también había sido una tiradora de élite y, a lo largo de sus dos años viviendo en Faust había podido afinar aún más su puntería. Cuando el gorila elevó un cuchillo sobre su cabeza, Diana disparó. Accionó el gatillo dos veces. Las balas silbaron su mortal camino hasta alcanzar su blanco y, sin que ella lo supiese, eliminar un nombre de su lista de desaparecidos.

Diana Hunt escrutó a O'Malley. El rostro del hombre presentaba un amargo tinte de desolación. No miraba en dirección al moribundo Mark Brown, como Diana había esperado, sino al tipo que intentara asesinarlo. Solo al agacharse al lado del cadáver, entendió la investigadora el motivo de semejante desespero. Ella, como Mark, conocía bien el anillo en forma de lobo, con el que Sean Flynn siempre había alardeado de su sangre lobuna. No hacía falta tomarle el pulso, las balas le habían entrado por la nuca.

—Padre O'Malley —dijo alzando la mirada—. Será mejor que atienda a Mark.

Mientras el hombre se apresuraba a atender a su moribundo soldado, Diana volvió a acuclillarse al lado de Flynn y analizó el cuerpo del traidor fallecido. La misma droga que le había trastornado la mente, hasta el punto de tratar de asesinar a su salvador, debía de haber alterado el físico del muchacho hasta convertirlo en una montaña de músculo. En un gladiador, concluyó, viendo las cicatrices del muerto. Pero ni las alteraciones físicas ni las heridas eran lo más inquietante del cadáver para ella. Tales honores se los reservaba al arma usada por Sean y a la marca tatuada en su antebrazo derecho. El cuchillo no era el típico juguete de un matón de Estercolero. Era una daga cara, de afilada hoja curva y mango repujado en oro y esmeraldas. El tatuaje mostraba la inconfundible silueta de un escorpión. Sus ojos eran verdes. Como el jade.

«Esto empieza a ser demasiado burdo»

Ojos de Jade era el peor hampón de la ciudad, pero había hecho de la sutileza un arte y era tenido por todos por un benefactor; no marcaba a sus esclavos, con la excepción de los collares fang lucidos por las prostitutas e, incluso estos, eran tenidos por la gente por un bello collar y no por un mortífero elemento de castigo y sumisión.

Diana se guardó el cuchillo en el cinturón, se levantó y se encaminó hasta el punto donde O'Malley luchaba por taponar la herida de Mark Brown.

—Detective. Vaya a buscar al doctor Baker, creo que aún podemos salvarlo.

Diana se deslizaba con sigilo entre los oscuros callejones de la zona portuaria. A esas horas, los operarios aún no habían encendido las viejas farolas de gas y la prostitución y las drogas asomaban su feo rostro en la zona de tabernas. El área de almacenes estaba tranquila; uno bien podía calificar de innecesaria la decisión de la investigadora de dejar su *aerocoche* en el Clay y tomar un carro a vapor desde su barrio hasta la entrada del puerto. Pero ella no había sobrevivido a dos años de enemistad con Ojos de Jade por ser temeraria; un *aerocoche* sin vigilancia era demasiada tentación para los criminales, ladrones y asesinos deseosos de tenderle una emboscada.

La pista que la había llevado hasta allí bien podía ser eso. El día anterior Tres Dedos la había llamado para darle un soplo sobre una arena de luchas en un almacén supuestamente vacío en la calle la Dársena.

Diana pegó la espalda contra la pared del almacén; con cuidado, lo fue rodeando buscando una ventana. Como tantos de estos edificios, carecía por completo de ellas y solo unos tragaluces, desde los que se filtraba la luz del interior, proporcionaban ventilación al local. En el lateral derecho del edificio encontró una segunda entrada: una carbonera se hundía, tentadora, bajo el suelo del almacén. Sus portillas gemelas estaban aseguradas por una cadena sujeta por un candado. Diana pasó de largo y terminó su inspección para regresar a la puerta principal. Estaba cerrada con llave, pero su cerradura distaba de ser una Yale, y los entrenados dedos de la investigadora no tardaron en forzarla. Diana desenfundó su Beretta, poco a poco, entreabrió la puerta hasta deslizarse en el interior del local.

Nada más obtener la primera panorámica de este, sus alarmas internas se activaron. El almacén estaba vacío; fuera de las luces del techo, era un mero cubículo de paredes oscuras. Uno no se esperaba encontrar una arena de juegos llena de mobiliario pero sí, al menos, ver un puñado de bancos, del mostrador de las apuestas y algún lugar donde guardar las bebidas. Por desgracia, antes de que tuviese tiempo para escapar de allí un zumbido resonó a sus espaldas. Silenciosa y maligna una gran puerta de acero había tapiado la entrada. No hacía falta tantearla para saber que era una muralla infranqueable tanto para sus balas como para sus ganzúas.

«Tal vez los tragaluces», pensó antes de volver a recorrer la habitación desnuda con la mirada. Paredes como inmensas planicies color gris suciedad, sin nada capaz de alegrar su monotonía. Ni siquiera los tragaluces. O la carbonera. ¿Dónde estaba la carbonera? Diana se acercó hasta el punto donde calculaba tendría que ubicarse el acceso a esta; la pared y el suelo eran completamente lisos. ¿Y el tamaño del almacén? ¿No parecía el cuarto más pequeño desde dentro? Diana amartilló la Beretta y agudizó su oído de cazadora. A su espalda captó un susurró metálico. No se giró en su dirección, prefería pillar desprevenido al dueño de la respiración tensa que, a cada segundo, parecía más cercana. La detective dejó que su acechador se siguiese acercando; nadie en la ciudad superaba los reflejos de la Cazadora.

O al menos, eso había pensado siempre. Justo en el momento en que se giraba para disparar, una estrella surgió de la penumbra donde se guarnecía su rival. Diana no tuvo ocasión de esquivar la afilada estela voladora; la delicada arma se clavó en su nudillo, provocándole un dolor que repercutía hasta su hombro. Pese a sus esfuerzos por no perder la presa sobre la empuñadura, los dedos se abrieron dejando caer la

Beretta. Diana no trató de recuperar la pistola, se arrancó la estrella y se agazapó cual pantera, presta a esquivar nuevos artefactos. Pero su atacante no parecía tener intención de aprovechar su ventaja; lentamente, iba caminando hacía la investigadora, abandonando el manto de sombras. Un ajustado traje de combate negro cubría la figura del diablo más sensual de cuantos caminaban entre humanos; un cinturón ceñía aún más las vestimentas, además de servir de sustentación a una espada curva. La mujer se tapaba el rostro con una capucha pero su identidad no era un misterio para Diana; los ojos de Joan Wang eran dos piezas de jade de inhumana sensualidad sin igual entre las mujeres. Ahora brillaban con especial regocijo mientras su dueña desabrochaba el cinturón y lo dejaba deslizarse, junto con la espada, hasta el suelo.

«Bien, Joan, combatamos cuerpo a cuerpo» —aceptó arrojando al suelo la estrella.

La sinuosa asesina fue la primera en atacar. Experta en las más refinadas artes del combate, descargó un golpe con el canto de la mano contra el cuello de Diana. La cazadora no tuvo problemas para intuir su trayectoria; con la rapidez de la guerrera curtida en el campo de batalla de las calles de Faust atajó la trayectoria del ataque de Joan con el antebrazo derecho al tiempo que aprovechaba los conocimientos de boxeo asimilados durante su estancia en el ejército para dirigir un izquierdazo contra el estómago de su oponente. Joan adivinó la trayectoria del gancho con idéntica facilidad a la mostrada por la detective al detener el ataque de la asesina. Mientras esquivaba el golpe, los ojos de la asesina brillaron con regocijo. Diana no tuvo tiempo a maldecir el podrido sentido del humor de su antigua amante antes de que Joan se moviese a una velocidad imposible para descargar una certera patada contra la rótula de la investigadora. La apache lanzó un grito de dolor y, aunque su pierna se dobló, no llegó a caer, aprovechó su furia y su posición para descargar un golpe con el canto de su mano contra la cara interna de la rodilla de Joan.

Doloridas pero sin desear ceder ante su rival, ambas cojearon, para tomar posiciones alejadas.

—Parece que estamos en tablas, Diana. ¿O es que estás dudado sobre si matarme o llevarme a la cama? —aún burlona, la voz de la asesina estaba cargada de una inhumana sensualidad. De no odiar a su dueña, la detective se habría sentido tentada a sucumbir a su hechizo.

La investigadora cargó con toda su furia de guerrero apache, un directo contra la mandíbula de Joan no encontró su destino, pero tampoco lo hizo un puñetazo de la asesina contra su nariz. Ambas se enzarzaron en un intercambio de golpes fallados y exitosos en el que la exquisita técnica no lograba doblegar a la rabia guerrera, y esta tampoco acertaba a someter a la delicadeza. Las respiraciones de ambas se iban haciendo paulatinamente más entrecortadas; en el caso de Joan, Diana no podía dejar de pensar en que eso podía deberse tanto al cansancio como al disfrute. Rabiosa descargó una patada contra el estómago de su antigua amante. Fue un movimiento impulsivo, condenado a fallar y dejar a su dueña sin posibilidad de defenderse de un ataque rival; pero, milagrosamente, fue el afortunado: la bota militar de Diana impactó contra el vientre de Joan con tal fuerza que lanzó a la asesina por el aire, haciéndola planear unos metros hasta caer de espaldas sobre el suelo.

Diana se tensó esperando un nuevo contraataque. Pero Joan Wang no hizo además de levantarse del suelo ni, en realidad, movimiento alguno. La detective aún dudó unos segundos antes de acercarse a la caída, mientras se limpiaba con el dorso de la mano la sangre que le arrojaba por el rostro, no sabía si proveniente de la nariz o los

labios. Se agachó al lado de la inerte Joan y tanteó aquel cuerpo sensual en busca de una llave o de alguna pista. Al inclinarse sobre su pecho, Diana sintió un pinchazo en la pierna. Boquiabierta, la detective vio cómo los párpados de Joan se abrían para mostrar dos jades teñidos de regocijo. Diana intentó elevar las manos para enlazar la garganta de la asesina, pero se vio sacudida por un mareo. Al lado de su pierna, el anillo de Joan aun mostraba la aguja camuflada que había ocasionado el sopor de la detective. Sigilosa, la asesina había desplegado el ponzoñoso aguijón y, sin casi mover la mano, lo había clavado en el muslo de su antigua amante.

—¡Maldita zorra traicionera! —logró articular la detective antes de verse envuelta por la negrura.

Diana se llevó las manos a la cabeza, intentando espantar al malnacido empecinado en martillar en el interior de su cabeza. En lugar de la cálida carne, fue el frío metal quien besó su rostro. Tanteó el objeto con la mano derecha. Una cadena. Por un lado estaba unida al suelo. Por otro, a los grilletes que enlazaban sus muñecas. Abrió los ojos. Se encontraba en una celda, las paredes situadas a derecha a izquierda eran lisos muros; la del frente, dotada de barrotes, daba a un pasillo pálidamente iluminado y sin aparente vigilancia. La cuarta, situada a su espalda, era una pared cristalina y, tras ella, se extendía un anfiteatro rodeado de una muralla de espejos.

Recorrió su prisión con la mirada. Carecía de lecho, aunque no de otras comodidades. En una mesa baja, alguien había colocado una jarra con agua y comida, además de su sombrero. En otra esquina había un pequeño urinario. Diana se levantó e intentó pasear por su celda. La cadena tenía la longitud justa para permitirle acceder a la comida y al retrete. Y para poder asomarse a la arena de juegos. Una arena donde ella iba a formar parte del espectáculo. De eso estaba segura.

—Veo que tienes más aguante a las drogas del que había esperado. —Joan Wang emergió de las sombras y se acercó a los barrotes. Sus labios esbozaban la sonrisa de sirena que había hecho zozobrar a tantas almas. Incluida la de la investigadora tres años antes.

Al contemplar aquella expresión, Diana se llevó las manos al cuello por impulso. Para su alivio, no notó el tacto de un aro de metal.

—¡Por favor!, pensaba que tenías claro que los collares fang los reservamos para las rameras.—sonrió Joan. Diana no dijo nada, se limitó a sostener la mirada de su antigua amante—. Mi padre te ha reservado un destino mucho mejor.

La asesina miró por el rabillo del ojo a su espalda, como si supiese que su progenitor las estaba observando, refugiado en alguna de sus madrigueras.

—Las arenas de juegos —afirmó Diana.

Ojos de Jade tenía muchos negocios. Un puñado de ellos legales, como su vieja tetería. La mayoría ilegales, como la prostitución, el opio, el juego o su peculiar versión del circo romano. Una carnicería en la que rara vez perdía el campeón del viejo Bigotes Ridículos. O eso decían sus fuentes, Diana solo había logrado colarse de incógnito en uno de aquellos espectáculos, cuando aún no era una modesta celebridad, y la mantícora de Ojos de Jade no había tardado ni media hora en acabar con un sicario al servicio de un mafioso quien, esa noche, había perdido todos sus negocios en Faust.

—Veo que has hecho tus deberes, Diana. Las arenas nunca formaron parte de nuestro pequeño itinerario por los placeres que podían ofrecer los negocios de mi padre.

Cierto, se habían centrado en todo lo relacionado con el sexo. Y, en el fondo, aun después de conocer la realidad de Joan, y de ver convertida en odio su pasión por ella, Diana jamás había pensado que esta hubiese tenido intención de sumergirla en el resto de negocios familiares. Pero, oyendo aquellas palabras...

—¿Y se supone que tendré que luchar con las manos desnudas? —preguntó Diana, intentando alejar la siniestra idea que se empezaba a perfilar en su cabeza.

—No. Cuando te toque combatir, tu mecenas te traerá tu arma.

Mecenas. En las arenas, los campeones de Ojos de Jade no solo combatían contra hombres al servicio de criminales rivales; también lo hacían contra prisioneros. En ocasiones, estos eran simples perdedores cuya vida a nadie importaba, pero también utilizaban a personajes molestos para el hampa local, como Diana. En un caso y otro, el involuntario gladiador se veía obligado a combatir con el arma que su padrino le proporcionase. Y rara vez servía esta para algo más complejo que cortarse las uñas.

—Si el campeón de gladiadores gana, el peor problema de mi padre será perder unos cuantos negocios. Si tú ganas, te habrás ganado el lugar que te mereces a su lado y en mi lecho...

Diana tragó saliva. Como si fuese capaz de leer su mente, Joan había corroborado el peor de sus miedos. Y por mucho odio que tuviese en su corazón, no iba a poder resistirse a aquel mandato. Además de los collares fang, Ojos de Jade atesoraba toda suerte de bebedizos capaces asegurarle la devoción de sus servidores, y de sus guerreros.

—Antes me acostaría con una familia entera de mantícoras, Joan —contestó, agarrándose a los barrotes de la celda como si desease romperlos. El odio bullía en su interior como lo hiciera dos años antes, cuando decidió volver a Faust City para vengar la muerte de Lynnette.

—Veo que sigues encontrando siempre la réplica adecuada para seducirme—. Joan la premió con un guiño provocativo—. Será mejor que descanses, Diana. Te veré en la arena.

#### IV

Joan siempre se sentía como una niña cuando bajaba al sótano de la vieja casa donde, protegida tras una puerta propia de una cámara acorazada, su padre cobijaba su colección de drogas, venenos y antídotos. Algunos de ellos los había estudiado durante su infancia, cuando crecía y se educaba en el templo de Zareh, el mismo donde su padre se formara como guerrero. Otros muchos los había ido conociendo cuando se instaló en Faust, para servir a su progenitor; muchos le seguían siendo desconocidos. Dentro de estos grupos, todos los brebajes eran mezclas creadas por el propio Ojos de Jade.

Su padre se encaminó hacia un armario de madera lacada en verde. Tras abrirlo, con una pequeña llave, se quedó mirando uno de los casilleros centrales. Las decenas de pociones contenidas en el mueble estaban identificadas con etiquetas así que Joan identificó rápido la droga que había captado la atención de su padre: la Verdad. Una de las favoritas de Ojos de Jade. La poción era digna de su nombre y forzaba a sus víctimas a asumir sus verdaderos anhelos y deseos, a sacar de la prisión de su mente a su verdadero ser. Muchos baluartes de la ley habían sucumbido bajo su influjo.

—¿Será esta la droga que use contra Diana? —preguntó la muchacha tomando uno de los frascos monodosis entre las manos.

—Por desgracia, los principios de la Cazadora no son como los de aquel detective al que doblegué en Londres. La Verdad aún convertiría a Diana en una enemiga más peligrosa —se limitó a responder su padre, devolviendo el frasco a su lugar—. Habrá que usar otros venenos de persuasión.

Ojos de Jade se agachó con dificultad y comenzó a hurgar en los casilleros de la parte baja, sin prestar atención a su hija. Joan se movió con tanta rapidez como la noche en que derrotara a Diana; sus dedos tomaron con delicadeza un frasco de Verdad al tiempo que recolocaban los restantes para disimular la ausencia. Mientras su padre comenzaba a incorporarse con dos recipientes en la mano, Joan deslizó la dosis robada en un bolso de su corpiño.

Su padre la miró con gesto inescrutable. ¿Habría descubierto su traición? ¿La habría visto robar al frasco o este se delataba bajo la ropa? Joan se tanteó la prenda con disimulo; el brocado ocultaba por completo el bulto de la botellita.

—No tienes por qué preocuparte, Perla de mis Ojos, esta noche Diana derrotará al campeón de mis gladiadores y será toda tuya.

—¿Lo será?

—Ni siquiera la Cazadora es inmune a mis drogas. Nada más inyectarle la droga, Diana Hunt se sumirá en un profundo sueño del que despertará sintiendo total devoción hacia nosotros. Su inteligencia y su pericia permanecerán intactas, pero todo su odio se habrá convertido en obediencia.

Joan se limitó a hacer un devoto gesto de asentimiento.

—Y ahora ve a prepararte. Nuestra detective debe verte más hermosa que nunca, y la hora del combate se acerca.

—¿Cuándo empezarán a venir esa panda de perdedores?

En los últimos días las cabinas de las arenas de juego se habían visto invadidas por representantes del hampa local. Enemigos de su padre de ordinario y fervientes aficionados a la lucha de gladiadores a lo largo de esos días. Esa noche nadie desearía perderse la batalla entre el campeón de campeones y la molesta Cazadora. Ninguno se merecía compararse con la grandeza de su padre. Tampoco un invitado especial que llegaría esa noche de Nueva York, el socio de David Wang en la Gran Manzana; un abogado traicionero que creía haberlos engañado con sus libros de contabilidad trucados. Darle su justo castigo sería la primera prueba de fidelidad de Diana como mano derecha de Ojos de Jade.

—Empezarán a venir dentro de una hora. No te preocupes, Perla de mis Ojos, cada uno irá directamente a su cabina, no tendrás que soportar sus miradas lascivas.

A Joan tales miradas no la importunaban pero se limitó a asentir. Estaba llegando a la altura de la puerta cuando su padre volvió a llamarla. Ojos de Jade seguía con la mirada clavada en el armario abierto.

—¿Sí, padre? —preguntó Joan, haciendo acopio toda su capacidad para disimular sus sentimientos. Una parte de su ser intuía que acababa de ser descubierta y no iba a ser capaz de explicar el motivo de su traición.

—¿Necesitas jeringuillas?

—No hace falta, aún me quedan de las más.

Joan se apresuró a desnudarse nada más entrar en su cuarto y dejar las pociones sobre la mesa. Sin comprender del todo por qué había robado la dosis de Verdad, se

miró en el espejo de cuerpo entero. Sus dedos acariciaron el dragón verde que revoloteaba en su seno izquierdo. Era el símbolo de todo lo sagrado para ella, el símbolo de Zareh. La orden no era una secta de asesinos, como sus enemigos deseaban pensar, sino un culto de guerreros. Sus máximas eran sencillas: la obediencia, no dejarse dominar por el demonio de los sentimientos y servir a su señor y a su gente con todas armas, pues el soldado de Zareh estaba por encima de la moral de los hombres. Su padre había traicionado la primera de las máximas, al convertirse en su propio amo. Joan siempre había vivido de acuerdo con esos mandatos; nunca había esperado a heredar el imperio de su padre, solo a servirle con fidelidad a él y a quien fuese digno de ser su heredero.

«A Diana», pensó.

Sí, si ella era fiel a sus principios, Diana se convertiría en la heredera de su padre. Sin embargo, Joan dudaba y se planteaba culminar una traición a todas sus enseñanzas. ¿Era Diana su rabia? ¿Se perdería la esencia de la cazadora al convertirse en devota? ¿Sería ella capaz de apretar el émbolo si eso implicaba cambiar la personalidad de su antigua amante? Sí. Estaba segura. Sus dedos acariciaron el frasco de Verdad. Cuanto antes se demostrase que sus temores eran infundados mejor.

Abrió su propio armario y extrajo una goma y una caja de jeringuillas. Tras inyectarse con pericia su dosis de Verdad, ocultó el frasco vacío al fondo de armario. Ya se desharía de él y de la aguja más adelante. Luego, se sentó en el sillón, confiando en que la droga hiciese efecto con suficiente tiempo para poder arreglarse para la gran función.

Diana dio una última calada al cigarrillo y lo aplastó bajo su bota. Sus carceleros habían tenido la generosidad de proporcionarle un paquete de Dinamita y un librito cerillas, y la detective había entretenido su espera mediándolo. Aquella sería su última dosis de nicotina antes de enfrentarse a la batalla. Alguien había accionado el botón que la libraba de sus grilletes y una extraña melodía había empezado a mecer las solitarias arenas del anfiteatro. Ahora solo quedaba que llegase su mecenas con su ridícula arma.

Cuando la puerta se abrió, Diana tuvo esperanzas de salir airoso de la primera de las batallas de ese día. Joan Wang la miraba desde el umbral, enfundada un traje de seda de falda recta con una abertura hasta la cintura y camisa entallada de cuello mao que habría sembrado semillas de pecado en el corazón de un santo. En su mano, sostenía una espada curva envainada. Diana la había visto en acción una vez, en manos de Joan, pero había sido suficiente para darse cuenta de que era un hermoso heraldo de la parca. Su doble filo —liso el exterior, serrado el interior— la convertían en una diosa capaz de regalar tanto una muerte rápida como un largo y doloroso sufrimiento.

Sin decir nada, Joan le abrochó la espada al cinto. Antes de alejarse de ella, como si la inmovilidad de Diana la provocase, depositó un suave beso en sus labios. En otra mujer aquello habría sido una muestra de debilidad; en semejante demonio suponía una provocación capaz de hacer crepitar la sangre de la apache. La detective tensó la mandíbula hasta convertir en una máscara de fealdad sus armoniosas facciones jicarillas, pero no se dejó dominar por la rabia.

—Adiós, Diana. Nos veremos en mi cama —se despidió Joan, con un guiño burlón.

Los barrotes se cerraron en perfecta sincronía con la apertura del cristal situado a espaldas de la prisionera. Diana se giró y, con gesto tranquilo, avanzó hacia las arenas. Caminó hasta el centro del anfiteatro y se quedó mirando la puerta que tenía frente a

ella, a la espera de su rival. No desvió la vista hacia la pared de cristales desde donde sabía estaría siendo observada, toda su atención se centraba en la batalla que estaba próxima a comenzar. Ante el gesto inescrutable de la apache, la portilla comenzó a elevarse. De la oscuridad reinante en el otro lado, no brotaron gritos animales, tampoco Diana se imaginaba que su rival fuese a ser una de las mantícoras de Ojos de Jade. En su corto cautiverio había resuelto el caso de las desapariciones. Ahora la cuestión era a quién o a quiénes de los secuestrados tendría que enfrentarse.

Un único gladiador saltó a la arena de juegos con paso tan calmado como el de la investigadora, brindado a esta la oportunidad de analizarlo con la mirada. Era imposible decir quién podía ser aquel joven. Su cabello se había convertido en un puñado de cerdas morenas naciendo entre el cuero cabelludo lacerado; el rostro había perdido toda expresión de humanidad; sus músculos eran un siniestro mapa topográfico, con ríos de venillas marcadas bajo la pálida piel, montes de cicatrices y heridas cosidas sin delicadeza y valles de carne arrancada a mordiscos. En la mano derecha, la única que conservaba todos los dedos intactos, sostenía un afilado machete. El hombre adoptó una posición de en guardia, con el filo del machete apuntando hacia Diana y la mano izquierda cubriendo la parte baja de la empuñadura. Ambos rivales contenían las respiraciones. Una por instinto y el otro por experiencia esperaban la señal de que podía comenzar la batalla.

En la intimidad de su despacho, los finos dedos de Ojos de Jade apagaron la música y, sin demorarse, accionaron la palanca haciendo resonar el gong de la arena de juegos.

El combate podía empezar.

El gladiador fue el primero en cargar. Diana no trató de detener su estocada. Con él no podía combatir en los mismos términos que contra Joan. Su fuerza no era comparable a la de semejante gorila drogado, su velocidad bien podía superarlo. Con un rápido salto, se apartó de la trayectoria del machete; no se contentó con esquivar el ataque enemigo, descargó un tajo con el filo exterior de su espada contra la pierna del gladiador. La hoja abrió un largo tajo que, no obstante, no logró hacer trastabillar al hombre. Rabioso, se giró e intentó descargar a un tiempo un golpe de machete y una patada contra la detective pero, de nuevo, no fue rival para la velocidad de la apache. Diana retrocedió sin dejar de sostener su espada en una postura apta para lanzar una estocada mientras buscaba una posición ventajosa.

Su rival parecía tener sus mismas intenciones o, tal vez, empezase a ser consciente de que, ante una oponente con la agilidad de Diana, una defensa podía ser el mejor ataque. Ambos contendientes establecieron un duelo de miradas mientras se acercaban poco a poco el uno a la otra caminando en círculos mientras buscaban los puntos débiles de su oponente. Sin esperar a un nuevo ataque del gladiador, Diana lanzó una estocada contra el flanco derecho del hombre, el filo interior de la temible espada curva abrió un largo tajo en el antebrazo, segundo músculo y tendones, obligando al guerrero a soltar su arma. Sin embargo, el ataque no resultó un completo éxito para la apache. Se había tenido que acercar demasiado para dar el golpe y había perdido unos segundos valiosos liberando el filo aserrado de la carne. Antes de que pudiese retroceder, la mutilada mano izquierda del gladiador atrapó su coleta. Su rodilla derecha impactó contra el rostro de Diana haciendo manar un torrente de sangre de la nariz mientras la investigadora salía despedida a varios metros de donde estaba.

Diana trató de ponerse en pie pero la cabeza le latía como si la golpeasen con un millar de gongs. Sus dedos buscaron en vano la empuñadura de la espada mientras veía cómo su oponente se acercaba en su dirección con una gran sonrisa en los labios. Sin perder el gesto descargó un gran pisotón contra el rostro de Diana quien, más por coraje que por energías, acertó a rodar por la arena fuera del alcance de su enemigo. Sin esperar a que el otro se recompusiese, la investigadora hizo un nuevo intento de incorporarse y, esta vez sí, logró ponerse en pie. La sangre le empapaba la camiseta y sus piernas temblaban, pero, al menos, tenía una oportunidad para defenderse. Su rival le regaló una ventaja. Acostumbrado a otro tipo de oponentes, el gladiador cargó con el cuerpo arqueado y los brazos por delante, como si buscara embestir a aquella mujer empeñada en no morir. La apache se dobló como si estuviese dando un paso de baile, logrando, sin necesidad de saltar, que el otro solo atrapase el aire y quedase muy próximo a ella. Y a su merced. Reuniendo todas sus fuerzas, Diana descargó un fuerte codazo contra la nuca del hombre. El golpe hizo que un paralizante dolor retrepase por su brazo derecho, pero aún dañó más a su oponente, que cayó aturdido en el suelo.

La detective aprovechó la ocasión para hacerse con el arma más cercana: el machete. Lo enarboló con la mano izquierda y se posicionó frente a su semireptante rival. No se demoró en consideraciones morales. En cuanto vio la oportunidad, hundió la hoja en la garganta del gladiador.

Otra batalla habría terminado en aquel punto. Las luces de la arena comenzaron a cambiar hacia una tonalidad verdosa anunciando el fin de la lid; para Diana, solo había terminado el primer asalto. Aún cojeando, recuperó la espada curva de Joan.

—¡Bravo, detective! Ha estado a la altura de lo que esperábamos —siseó la voz de Ojos de Jade.

Como si hubiese captado el silbido de una serpiente y no la voz de un hombre, Diana afianzó la presa sobre la empuñadura, todo su cuerpo estaba en tensión, atento a un nuevo ruido o a la apertura de una nueva puerta.

—Déjenos darle la bienvenida a su nueva familia.

La puerta que tenía a su derecha se abrió para dar paso al demonio hecho mujer. Joan no portaba más arma que un puñal, no muy diferente al usado por Sean Flynn para intentar matar a O'Malley. El arma dormía tranquila en su funda. No obstante, Joan no precisaba mayor artillería, estaba flanqueada por dos hombres enfundados en negros kimonos, miembros de la guardia personal de su padre. Ambos sostenían armas capaces de disuadir cualquier ataque a espada; una escopeta de dos cañones, el más alto de ellos; una Beretta de cañón pavonado, el bajo.

Pero se olvidaban de una cosa. La sangre apache de Diana no se limitaba a otorgarle su rabia guerrera, también la convertía en una experta en el manejo del tomahawk. En cuanto los dos soldados se adelantaron a una sonriente Joan, la investigadora no perdió el tiempo. Lanzó la espada como si de su viejo hacha de guerra se tratara; apenas el arma hubo salido de su mano, se echó al suelo para esquivar las balas, el soldado de la escopeta solo acertó a siluetear la figura de la investigadora en la arena antes de quedarse sin balas, el otro solo tuvo oportunidad de hacer un disparo. Su bala abrió una herida en el antebrazo de la investigadora; la espada lanzada por esta se clavó en el corazón del pistolero. Con una celeridad que le sorprendió a ella misma, se adelantó a Joan y al hombre de la escopeta y se hizo con la pistola.

Un rápido disparo acabó con el soldado. Con Joan, Diana se tomó su tiempo. Su antigua amante la amenazaba con el puñal, sin perder su odiosa y seductora sonrisa. Diana esbozó una mueca sarcástica, sin dejarse tentar. Apuntó con cuidado y disparó; la bala trazó una trayectoria perfecta hasta la empuñadura del cuchillo, obligando a Joan a soltar el arma. Sin darle ocasión de reaccionar, la atrapó por el pelo y colocó el cañón de la pistola contra la suave carne de la barbilla de la asesina.

—Me parece, señor Wang, que vamos a tener que negociar —susurró Diana, más contra el cuello de Joan que hacia el muro de espejo. El perfume de la asesina se elevó con como un manto tentador.

La rehén no daba muestras de sentir miedo, tampoco de atacar, simplemente seguía sonriendo, ignorando la sangre que le corría por la mano. Si hubiese visto la mirada de Ojos de Jade, Diana habría podido intuir la razón de semejante gesto, David Wang era una máscara de serenidad. Tanto él como su hija habían previsto semejante reacción por parte de la apache y estaban dispuestos a correr el riesgo de seguir tanteando sus límites antes de someterla a su voluntad.

—Le concedo el honor de haber ganado esta batalla, detective. Pero no se engañe, la guerra será nuestra.

«Cuando el Infierno se hiele, viejo. Cuando el Infierno se hiele», pensó Diana.

—Adelante, Joan. Muéstrame el camino a casa.

Por un segundo, Diana se planteó regresar a su celda y obligar a Joan a recuperar el Stetson y el paquete de tabaco. Pero ya había caído en demasiadas trampas en esa investigación como para perder su ventaja en un acto de chulería. Mientras avanzaban por el pasillo por el que llegara la asesina, los dedos de Joan iban extrayendo poco a poco una jeringuilla de los pliegues de su vestido.

—Que nadie haga nada para detener a la detective Hunt —oyeron ordenar por los altavoces.

Aprovechando la penumbra del túnel y que su antigua amante semejaba estar más pendiente de sus flancos que de su rehén, Joan acercó la aguja a la pierna de la investigadora. No accionó el émbolo en ese momento y, con ello, dio a Diana ocasión de percibir sus movimientos. La mano de la investigadora atrapó la muñeca de la asesina, presionó contra la parte blanda de la carne, bregando con Joan hasta obligarla a abrir la mano y soltar la jeringuilla.

No había nadie en el pasillo para ver la derrota, pero Ojos de Jade sí fue testigo desde su despacho. Sus labios esbozaron una mueca de contrariedad, pero sabía que aún quedaba una segunda aguja con veneno. Joan seguía en condiciones de triunfar. Y triunfaría. Él podía aprovechar mejor su tiempo atajando las críticas provenientes de las cabinas. Una parte del público, incluido su traicionero socio de Nueva York, empezaba a hablar de fracaso.

Sereno, Ojos de Jade cambió la opacidad de los cristales de tal modo que los congregados, no solo pudiesen oírse, sino también verse. Las luces se hicieron más brillantes en las cabinas de los críticos.

—Veo, señor Stark —dijo, dirigiéndose al amo de las carreras locales—, que desconfía usted de mi pericia.

—Si esa vulgar detective pudo engañarlo, puede que no sea ya hombre para gobernar el crimen en esta ciudad.

Ojos de Jade sonrió mientras veía abrirse la trampilla situada en el techo de la cabina de Stark, sin que este lo advirtiese, ni muchos de los hombres que lo observaban, unos brazos metálicos se deslizaron a sus espaldas.

—Y supongo que el hombre que no se deja engañar será usted —susurró Ojos de Jade.

Stark no tuvo ocasión de responder, las manos metálicas apresaron su cuello, elevando al hombre en el aire. Los dedos como tenazas se hundían en la carne cortándola poco a poco, al tiempo que oprimían su tráquea, en una perversa mezcla entre estrangulamiento y decapitación.

Los otros señalados intentaron huir pero se limitaron a estrellarse contra unas puertas cerradas por fuera. Gritaron, amenazaron y suplicaron clemencia al señor del Holehouse, en un coro de patéticos intentos de luchar por sus vidas. No lograron conmover a David Wang, menos aún atemorizarlo, solo lo llenaron de macabro regocijo.

—Creo, señores —afirmó, mientras accionaba más pilotos—, que son ustedes los que no están a la altura de nuestros enemigos.

Nuevas trampas comenzaron a entrar en acción. Un hombre fue ensartado por un estilete camuflado en la mirilla de la puerta por la que estaba intentado escrutar el pasillo, otro murió electrocutado, gracias a una trampa oculta en la manilla. Y más ingenios, ocultos en toda suerte de rincones, fueron acabando con el sexteto de rebeldes. El gas comenzó a invadir la cabina del socio de Nueva York, ante la sonrisa complacida de Ojos de Jade.

—A usted, señor Allen, le reservo la muerte más lenta de todas.

El gas tardaría horas en acabar con su víctima. Los supervivientes no podrían quejarse de no tener un bello espectáculo del que disfrutar.

Los túneles las habían llevado al punto de partida. El almacén de paredes grises. Estaba como la noche del secuestro de Diana salvo por un detalle. Ninguna lámina de metal cubría ahora la entrada.

—¡Vaya! Yo que esperaba que me condujeses hasta mi barrio —se burló Diana, pero sus palabras no encontraron eco en su rehén. La derrota no se había llevado la altivez de Joan Wang pero sí sus palabras.

La detective se apresuró liberar a Joan de su presa y, sin dejar de apuntarle con la pistola, se encaminó a la puerta. Los ojos de la asesina habían perdido su altivo desdén habitual pero, aquel gesto, como la mueca triste de sus labios, pasaron desapercibidos a la investigadora. La Verdad había dictado su amarga sentencia en la arena de juegos.

Cuando la puerta se cerró a espaldas de Diana, la asesina extrajo la segunda jeringuilla de su bolso. La arrojó al suelo y la aplastó con el tacón de su bota. De haber sido capaz de llorar, las lágrimas habrían anegado sus ojos. Esa noche había traicionado su código de honor por la peor enemiga de su amo. Si su acción era desvelada como una traición, y no como un error, no se merecería otra condena que la muerte. Y ella la afrontaría con honor. En su corazón dividido entre la lealtad a su padre y su pasión hacia Diana reinaba esa noche una certeza. Diana Hunt solo podía ser suya de una forma: por propia voluntad.

Diana Hunt jugueteaba con su nuevo sombrero mientras decidía si leer o no la carta que le había traído el mensajero. Una misiva que había llegado para oscurecer la luminosidad de un día marcado por la buena noticia de que Mark Brown se recuperaba

de sus heridas y seguía dispuesto a ayudar a O'Malley en su lucha. Pero la euforia se había esfumado al ver la enérgica escritura de Joan Wang perfilando su nombre.

Diana tomó la carta y desplegó el único pliego contenido en ella. La nota era breve, apenas un par de líneas, pero estaba impregnada de la esencia de Joan.

Mi padre me ha ordenado que me haga cargo de sus negocios en Nueva York. No te confíes, Diana. Un día serás mía. Por tu propia voluntad.

Tuya hasta la muerte,

Joan

—Cuando el Infierno se hiele, Joan. Cuando el Infierno se hiele —susurró mientras sus dedos reducían la carta a una bola.

Diana la arrojó a la papelera. La pelota osciló sobre el borde de la misma dudando en qué lugar caer hasta, finalmente, precipitarse en el interior.

—Cuando el Infierno se hiele —volvió a susurrar, como si necesitase ratificar sus palabras.

## LA ESPADA OCULTA

*Antonio María*

Corría por su vida. Sobre el suelo cubierto de vegetación, tierra y restos de lluvia. En aquel bosque extraño en el que durante sólo cinco horas al día dejaba de llover y que, más que un bosque, parecía una selva. El aire se escapaba de sus pulmones, arrastrándose trabajosamente en el interior de su cuerpo. Sabía que no podría soportarlo mucho tiempo más, pero no estaba dispuesto a dejar que lo atraparan. Le habían hablado de lo que los *transeurtes* hacían a los esclavos escapados. No les importaba el dinero que pudieran perder, el castigo era la muerte lenta y dolorosa, y después de haber acabado con dos de ellos no habría otro destino posible.

Miraba a su alrededor buscando algún refugio seguro. A pesar del denso verde y las rocas, comprendía que ellos serían concienzudos y tenían sus perros sabuesos. Si no encontraba algún lugar donde meterse y poder despistarlos de alguna forma, sería imposible escapar. El sudor recorría su cuerpo lampiño, vestido tan solo con un pequeño taparrabo. Procedía de una raza que la evolución había privado de todo vello. En su hogar las temperaturas eran altas y su piel era gruesa con el objetivo de aguantar mejor el calor. Quizás por eso se sentía tan desorientado. No estaba acostumbrado a tantos árboles. Lo suyo era el desierto, desde que se marchó de su tierra natal, se había dado cuenta de que quizás no hubiese muchos desiertos si viajabas tan lejos del sur. Él sólo buscaba la fortuna. Desde pequeño había querido conocer los reinos del norte. Por eso decidió viajar cuando se unió a su compañera. Movidado por el ímpetu del amor se había creído invencible. Abandonaron la seguridad de su ciudad y su gente y se pusieron en las imprevisibles manos de la aventura sin pensar en las consecuencias. No podía prever que ellos llamarían tanto la atención. Pocos de los de su raza habían alcanzado antes aquellas tierras llenas de nobles, ladrones y putas de taberna que te daban placer por unas monedas. Nunca había imaginado que habría gente que pagaría por tener sexo. Y claro, era prácticamente imposible que una pareja de individuos carentes de pelo en todo su cuerpo, con un color de piel como el ébano y con casi dos metros de estatura pasara desapercibida. Se detuvieron en una posada para descansar, comer y preguntar si podía haber trabajo por la zona. Él era un buen cazador y sabía luchar y ella no se quedaba atrás. Hablaron con el posadero y les dijo que probaran en el castillo del Conde Riltz; siempre había trabajo para dos personas fuertes como ellos.

Sin embargo, dos miembros de la tribu *transeurtes* que se encontraban allí y escucharon toda la conversación, sostuvieron una sonrisa cómplice entre ambos. Entonces no lo sabía, pero eran una famosa tribu de las Islas del Este que solían recorrer el continente buscando carne humana para vender. Nadie se les interponía.

Nadie se atrevía a declararlos ilegales. Nadie quería saber de ellos. Crueles y con una carencia de valor por la vida humana que hacía que se hiciera un cerco a su paso. Hacía falta muy poco para que un cruce de miradas furtivas con esos asesinos se convirtiera en una misteriosa desaparición nocturna que jamás se resolvería.

Nunca debió haber dejado sola a su mujer. Aquella noche la atacaron mientras él salió a respirar un poco de aire nocturno. Se quedaron a dormir en el cobertizo de la posada. Fue lo único que pudieron pagar. Su dinero no les alcanzaba para una habitación, pero el posadero les dejó quedarse allí. No podía dormir y salió a pasear. Se alejó un poco y entonces oyó un ruido justamente a su espalda, procedente del lugar del que venía. Corrió como si su alma se le hubiese escapado y tratara de ponerse fuera de su alcance dos metros por delante.

Pero fue tarde. Su compañera había tratado de resistirse a su captura y convirtió una vida de eterna esclavitud en una daga que le arrancó los intestinos. Había matado a uno de los tres esclavistas con sus propias manos, pero eran demasiados. Entró en el cobertizo a tiempo de ver cómo a su amor se le escapaba la vida, entre gritos, agarrándose las tripas con sus dedos sanguinolentos. Sus ojos negros, oscuros como la noche, se posaron sobre él mientras una lágrima luchaba por salir a la luz. En ellos sólo se podía leer una frase: «Te quiero...». Su cuerpo se quedó petrificado por el terror y sintió un tremendo golpe en la cabeza. Luego, la oscuridad.

De todo esto hacía tres semanas. Sus ojos se llenaban de amargo llanto cuando recordaba lo sucedido. Lo trasladaban al mercado de esclavos más importante del mundo, La Cuenca del Kash, donde esperaban sacar un buen precio por él entre los nobles de alta cuna de la corte del príncipe Atembo. Habían recorrido más de mil kilómetros desde aquel cobertizo. Él no podía ni imaginar, por mucho que lo intentara, lo alejado que se encontraba aquel sitio. También le costaba entender a la gente, fuese quien fuese el que hablara. Su compañera hablaba la lengua común del norte casi perfectamente, pero él apenas si comprendía una palabra. A pesar de todas las dificultades, vio un momento de debilidad en la vigilancia de sus captores. Suponía que su pasividad al haberse encontrado solo en aquella situación, desesperado por la pérdida de su amada, había hecho que los mercaderes de personas pensaran que sería un hombre dócil durante todo el viaje. Los *transeurtes* no contaron con su fortaleza y una noche, cuando estaban todos dormidos, a pesar de sus ataduras, liberó sus piernas y brazos y consiguió coger por sorpresa a uno de ellos que estaba dormido. Le rompió el cuello y con un cuchillo que le arrebató mató a uno de los centinelas que vigilaba la zona sur del campamento.

El sol ya se había ocultado dos veces desde entonces y había sufrido lo indecible. Su huida lo había arrastrado a las puertas de aquel extraño bosque en el que terribles aguaceros castigaban sus cansados miembros durante prácticamente todo el día. Tenía hambre y necesitaba un arma, pues la daga que había robado la perdió un día antes defendiéndose de una bestia enorme que intentó devorarlo, apareciendo de debajo de las aguas de un río en el que trataba de saciar su sed. Suspiró. Al menos de momento había dejado de llover, aunque sabía que la calma no duraría mucho. Meditó sobre su situación y lamentó no tener al menos una espada. Era cuanto necesitaba. Con ella, sabía que podría hacer frente a no menos de diez hombres. Era mucho más alto y corpulento que aquellos esclavistas. Se sentía un poco débil porque hacía bastantes horas que no comía bocado alguno, pero su rabia le daría las fuerzas que necesitaba. Sin embargo, carecía de aquel arma o de cualquier otra y sólo podía correr.

Le resultaba imposible saber en qué momento del día se encontraba. La vegetación era tan frondosa que no podía ver el sol. Ni siquiera podía dilucidar si en aquel momento había nubes en el cielo, ahora que no llovía. De pronto detuvo su carrera y agudizó su oído. Escuchaba perfectamente agua cayendo no muy lejos. Observó en la dirección del sonido, pero sólo vislumbraba árboles y más árboles, envueltos en plantas y más plantas. Reanudó su carrera con más ahínco. Sorteando los escollos del camino rápidamente, llegó a un conjunto de cinco árboles enormes alineados de izquierda a derecha. Ya no le cabía ninguna duda. Sentía la humedad del agua perfectamente. Rodeó los árboles dejándolos a su derecha y entonces lo vio. Ante él, apareció un abismo sobrecogedor. El terreno terminaba a pocos metros por delante. Su mirada acarició la superficie de aquel despeñadero. La altura era considerable y al otro lado de aquel precipicio descubrió el origen del sonido que lo había inquietado. Una hermosa cascada brotaba con el ímpetu de un caballo desbocado. El agua salía vomitada de la pared de un macizo rocoso que soportaba el peso de algo que dejaría sin palabras a todo ser viviente que se encontrase con aquella maravilla. Un edificio de una belleza arquitectónica inaudita se alzaba ante el fugitivo con una majestuosidad sublime. Dos estatuas enormes de dos mujeres derramando algo de unas ánforas, cuyas bocas coincidían con los agujeros de la roca, parecían estar tirando toda aquella agua. Justo encima un dintel reposaba sobre las espaldas poderosas de otras dos estatuas que parecían portadores de mercancías. ¿Qué podía ser aquello? Parecía que hacía mucho que nadie pasaba por allí. Las estatuas, paredes y todo aquel templo en su conjunto se encontraban recubiertos de musgo y muchas partes estaban derrumbadas. A pesar de todo, parecían unos muros sólidos; sin embargo, los estragos del tiempo eran evidentes. La gran e impresionante entrada del edificio estaba semiderruida y desde allí podía ver la puerta destrozada que reposaba en el suelo. Un puente colgante, que parecía a punto de caer al vacío en cualquier momento, era la única vía para alcanzar el otro lado.

Nunca le habían gustado las alturas. Le producían mucho respeto y no era un buen escalador. Se acercó lentamente al comienzo del puente y la idea de cruzarlo no le gustó demasiado, mas era el único camino. Aquella plataforma no parecía nada segura y daba la sensación de que se caería a pedazos en cualquier momento. Y en ese instante, oyó el sonido del viento al rasgarse y una flecha se clavó a pocos centímetros de su pie derecho. El proyectil había salido de entre los árboles y no podía ver quién lo había disparado así que no le quedó otra: reanudó su carrera con frenesí.

Corrió como el aire en la tormenta agarrándose a donde podía mientras aquella pasarela mugrienta se movía de un lado a otro como si fuese un caballo que no quisiera ser montado. Apretó los dientes y se tragó todo el terror que sentía. Los gritos de sus captores estaban cada vez más cerca. Más flechas cortaban el viento a pocos centímetros de él pero, gracias al vaivén de aquel pontón, no conseguían alcanzarle.

Por fin alcanzó el umbral de aquella construcción majestuosa. Por un breve instante volvió su mirada hacia atrás. Los *transeurtes* ya se encontraban sobre el puente. Hubiese dado media vida por tener una buena daga en aquel momento y cortar las cuerdas que sujetaban el peligroso viaducto que cabalgaba entre los vientos y sobre las furiosas aguas de aquel río, pero tuvo que conformarse con seguir corriendo.

La temperatura bajó sorprendentemente cuando estuvo en el interior del misterioso templo. Se encontró en una sala de desmesuradas proporciones, con el

suelo de piedra y cuyas paredes se encontraban en su totalidad cubiertas de estatuas de caballeros poderosos que soportaban el peso de unos techos altos, bordados de frescos de batallas épicas que se encontraban en bastante mal estado en muchos sitios. La inmensidad de la estancia lo sobrecogió por un momento. Allí adentro el silencio era absoluto. Sólo escuchaba el sonido de su corazón en la cabeza y de su agitada respiración. No oía nada más. Miró a izquierda y derecha, esperando encontrar algo que pudiese usar para defenderse, pero sólo encontró desechos de piedra, madera y telas de terciopelo rasgadas que otrora habrían servido para decorar y que ahora apenas se podrían utilizar como trapos. Nada que pudiese utilizar como arma.

No alcanzaba a ver el otro lado de aquel salón. Por el techo entraba la luz del sol a través de algunos agujeros que el paso del tiempo y las inclemencias del tiempo, que en aquel extraño bosque eran tan persistentes, habían perpetrado en su superficie, pero la iluminación resultaba insuficiente. Finalmente, saltó sobre un gran trozo de piedra que se interponía en su camino y alcanzó la pared del fondo.

Había una puerta. De la misma piedra de los muros, caliza y algo translúcida como si fuera alabastro. En el centro había tallado el hueco de una mano, una mano enorme. Más grande que la suya, que ya era de una dimensión considerable. No había nada más. Su huida había sido cortada de raíz. No podía continuar. Empezó a sentir pánico. Los pasos de sus perseguidores se comenzaban a oír en la lejanía de aquel inmenso lugar. Podía sentir cómo el sudor recorría su espalda, el pecho le ardía y sentía el mordisco del cansancio en el costado. Volvió a dirigir toda su atención en el portón cerrado. No veía ningún tipo de cerradura o resorte, ni nada que pareciera una abertura. Y luego estaba aquel hueco. Lo examinó rápidamente sin saber qué estaba buscando. Entonces colocó su mano derecha. Sobraba mucho espacio, pero, de repente, sonó un crujido gutural y la pared comenzó a temblar. Asustado se apartó velozmente mientras observaba como el hueco en la pared se abría en dos lentamente, hacia derecha e izquierda. Fue un sonido ensordecedor que acabó pronto. La puerta estaba abierta y tras ella una escalera serpenteaba hacia abajo.

Sentía miedo. La idea de bajar a las profundidades de lo que fuera aquel edificio no le hacía percibir perspectivas demasiado halagüeñas, mas no podía hacer otra cosa si quería tener alguna posibilidad de sobrevivir. Los pasos a la carrera tras él cada vez los sentía más cerca, así que apretó los puños y cruzó aquel portón que le ofrecía una oportunidad. En cuanto se encontró dentro, la puerta volvió a cerrarse. Intentó evitarlo pero no pudo. Miró a su alrededor. Las escaleras bajaban por una galería cuyas paredes estaban recubiertas de frisos con relieves que representaban a más guerreros enzarzados en batallas. Había antorchas encendidas a lo largo de todo el recorrido hasta donde alcanzaba su vista. ¿Era posible que aquel extraño lugar no estuviese abandonado después de todo? Comenzó a bajar los escalones lentamente, con medida, como si esperase que cada uno de ellos ocultase algún tipo de trampa mortal.

En aquel momento se alegró de estar allí metido. Al menos estaba a salvo. Las escaleras desembocaban en un largo pasillo de idéntica decoración por el que caminó durante varios minutos hasta alcanzar una estancia mayor. Una bóveda de piedra, iluminada por grandes teas de aceite y adornos dorados en las paredes. Al fondo sus ojos, que habían ido acostumbrándose a la iluminación poco a poco, observaron una especie de altar. Dirigió sus pasos hacia él para verlo mejor. En el centro había una estatua, otra más, de otro poderoso guerrero. Se encontraba en una posición forzada, con sus manos agarrotadas en una postura de sufrimiento extremo. Le doblaba en

altura. En su pecho una gran espada lo atravesaba de parte a parte. Era un gran mandoble y no era de piedra. Podía ver como la luz de las antorchas arrancaban destellos al metal, como esquirlas afiladas en la oscuridad. Se subió al pedestal en el que se encontraba la estatua y observó el arma detenidamente. No cabía duda. La espada era real; no era un mero adorno de aquella imponente figura. ¿Qué pasaría si la retirase de su pecho? No había nada más; el sótano terminaba allí. Examinó la pared más alejada al fondo y no vio ninguna salida. Si tuviera aquella espada podría volver sobre sus pasos y acabar con todos sus perseguidores.

Lentamente aproximó su mano derecha hacia la empuñadura. Estaba un poco caliente y las joyas engastadas en su superficie brillaron tenuemente. Después tiró con fuerza, pero no se movió ni un ápice. Respiró hondo varias veces y esta vez utilizó las dos manos. La espada se movió poco a poco, abandonando aquel pecho de piedra muy despacio; saltaban chispas cuando, por fin, la extrajo del todo. Luego, sonriente, observó aquel tesoro. Era un arma magnífica. Parecía tan afilada que pensó que podría cortar el viento. Estaba perfectamente equilibrada y fabricada con un brillante metal negro que refulgía salvajemente en la oscuridad. Su profunda mirada se endureció. Giró sobre sí mismo y bajó del pedestal. Volvió a las escaleras con determinación y al llegar a la puerta, ésta volvió a abrirse.

Fuera, cinco *transeuters* le esperaban armados hasta los dientes. Sin embargo, la visión de un musculoso hombre de dos metros, empuñando un mandoble de metal negro con ambas manos perturbó toda confianza que pudiesen tener. Él sonrió. Ya no estaba solo e indefenso. Las tornas habían cambiado. Su primer enemigo intentó moverse. Nunca sabría qué era lo que intentaba hacer, ya que al instante enterró aquella enorme espada en su cráneo con un ruido sordo y seco. El primero había caído.

Los demás se atemorizaron. Se encontraron con su mirada y comprendieron que ya estaban muertos. La desesperación hizo que dos más se lanzaran al ataque, pensando que quizás no podría con más de un hombre a la vez. Detrás de ellos los dos *transeuters* restantes estaban petrificados. El primer atacante apenas si sintió que su cabeza había sido separada de su cuerpo antes de morir. Acto seguido, como si los estuviera atacando un rayo en la tormenta, la espada desparramó las tripas de su compañero. La sangre y las vísceras tiñeron de muerte la piedra del suelo. El metal del arma se estaba volviendo rojo. Se dio la vuelta para enfrentarse a sus restantes enemigos pero ellos ni siquiera le prestaban atención. Parecían estar paralizados por el miedo, dirigiendo su mirada a algo que había detrás de él. Muy lentamente se fue dando la vuelta. A pocos metros de donde se encontraba, la estatua a la que le había arrancado la espada, había cobrado vida y se movía despacio hasta su posición. El terror lo atenazó mientras los esclavistas comenzaban a gritar y aquella aberración sin nombre se movía hacia ellos con gran estrépito. De nuevo estaba corriendo para salvar su vida y valiéndose de su corpulencia, derribó a los dos hombres que gritaban delante de él, huyendo como si todos los dioses de la creación fueran a castigarlos. El *golem* de piedra se movía cada vez más deprisa, a pesar de su tamaño, y pronto capturó al *transeuter* que iba más despacio. Pareció observarlo con extrañeza, con una mirada carente de vida, mientras su enorme mano lo sujetaba por encima de su cabeza sin hacer caso a los gritos y desvaríos de terror de aquel infeliz. Luego, con un movimiento, seco destrozó su cuerpo partiéndolo en dos mitades.

Mientras corría a toda velocidad para salir de allí, lanzaba miradas a la espada. Quizás debió soltarla, pero no quería volver a sentirse indefenso. En ese momento, el

techo comenzó a desplomarse. Pudo oír cómo una parte del tejado caía a pocos metros a su derecha. La criatura seguía tras ellos cuando su otro enemigo tropezó con los cascotes y cayó al suelo. Ya era demasiado tarde para él.

El templo se desmoronaba con él dentro. Su pecho era un recipiente de fuego y los músculos de sus piernas parecía que le iban a estallar, pero sacó fuerzas de donde no las tenía y consiguió abandonar el edificio. Sus ojos se postraron en el puente. Ya no cabían más precauciones, corrió como un rayo y saltó encima de la plataforma mientras los pedazos de los muros de aquella construcción milenaria caían por doquier alrededor suyo. Comenzó a cruzar todo lo deprisa que podía cuando se oyó una especie de explosión y volvió a retroceder con su mirada. El templo había sucumbido con todo lo que tuviera dentro y el puente parecía que iba a correr su misma suerte. Ya había recorrido un tercio del mismo, cuando las cuerdas que lo sujetaban en aquel lado del acantilado se rompieron. Apenas si tuvo tiempo de soltar la espada, que cayó a las aguas, y agarrarse a los travesaños medio podridos mientras se precipitaba hacia el otro lado de aquel abismo mortal. El farallón rocoso frenó en seco su trayectoria produciendo un gran estrépito que casi le hizo caer.

Estaba vivo, increíblemente estaba vivo. El corazón retumbaba poderosamente en las paredes de su pecho mientras recobraba el aliento. Todo había desaparecido. Sólo quedaban vestigios inconexos de la colosal estructura que le había salvado la vida. Escaló por encima del derruido puente y en unos minutos volvió a estar pisando tierra firme. El peso de su agotamiento se precipitó sobre él ahora que todo había pasado.

Había perdido su espada, pero ya no importaba. Los mercaderes de esclavos probablemente ya le habrían dado por perdido. Sólo tendría que andar con cuidado. Lentamente se puso en pie, respiró hondo y comenzó a caminar. Y de pronto, comenzó a llover otra vez.

## EL CRISTAL DE SANGRE

*José Luis Castaño Restrepo*

*«Después de abandonar las tierras orientales, el portador del Hacha Negra bordeó las costas del Mar de Quad y se adentró en el continente sureño, una tierra plagada de peligros y espeluznantes leyendas. Un territorio que alguna vez albergó a poderosas naciones que esclavizaron al mundo con el terror de la nigromancia».*

Anales de la frontera, libro XXX

I

EL CALOR REPTABA POR LOS MUROS de barro cocido y se concentraba sobre la multitud que se congregaba en la plaza de la fortaleza. La mayoría eran viajeros que buscaban aprovisionarse de agua y vituallas antes de adentrarse en el siniestro Desierto Blanco. Un erial que abarcaba la tercera parte de la extensa superficie del continente meridional. Algunos afirmaban que alguna vez aquel yermo calcinado había sido un verdadero edén, un fértil paraje bendecido por los dioses en una era de dorado esplendor. No obstante, de aquellos días no quedaba otra cosa que ruinas devoradas por las arenas. Un macabro recordatorio del destino que le esperaba a los grandes imperios con el inexorable paso del tiempo.

En medio de la algarabía de los camelleros y los tratantes de esclavos, cuatro fornidos porteadores se abrían paso con dificultad. Los transeúntes se apartaban de mala gana, pero guardaban silencio al advertir las dagas afiladas que refulgían en las faldillas de lino que cubrían aquellos cuerpos nervudos, tostados por el sol. Cargaban una silla sobre los hombros en la que se bamboleaba un sujeto de edad mediana, ataviado con una llamativa túnica de seda carmesí con filigrana de oro. Se cubría la cabeza con un turbante negro y sus rasgos aguileños y la espesa barba aceitada daban fe de sus orígenes australes. Cruzaron la explanada abarrotada de vendedores y curiosos, alejándose del implacable castigo del astro rey. Después de desviarse por una amplia calleja, desembocaron en una plazoleta rodeada de casas de ladrillo de una y dos plantas. El individuo sobre la litera levantó una mano regordeta plagada de anillos, y los porteadores se detuvieron enfrente de una casucha de mal aspecto. Un mendigo se acercó con un cuenco pero uno de los mozos le alejó de un violento empujón. Del interior del recinto emanaba un fuerte efluvio de comida sazónada y sudor. Después de traspasar el umbral, el mercader le echó un vistazo a los pocos clientes repartidos entre las vetustas mesas. En su mayoría se trataba de gente humilde y de algunos guardianes de la muralla que destacaban por sus cotas deslustradas. Arrugó la nariz y

evadió una desagradable mancha marrón en medio del enlosado. Un sujeto de rasgos aceitunados se acercó con un gesto servil, estiró la mano pero la retiró de inmediato al captar la expresión desdeñosa del recién llegado.

—¿Dónde está? —inquirió con sequedad el sujeto de barba aceitada.

El aludido respiró hondo y pasó las manos por el delantal mugriento anudado a su cintura.

—Arriba, en la primera habitación —susurró con inquietud, mordisqueándose los labios.

El mercader esgrimió una leve sonrisa y enfiló hacia las estrechas escaleras que conducían hasta la segunda planta.

A pesar de ser casi mediodía, dos antorchas alumbraban el lúgubre corredor del piso superior. El mercader se detuvo y estudió la espesa penumbra que le rodeaba. Un súbito arrebató le revolvió las entrañas. Percibía la presencia del peligro como un venado advierte la cercanía del león entre el follaje. Retrocedió y le ordenó a uno de sus sirvientes que encabezara la marcha. Al captar el malestar de su amo, el fornido porteador no dudó en echar mano de la faca que cargaba consigo.

Las sandalias hicieron crujir la madera bajo sus pies al avanzar con cautela. De pronto, la tea más cercana parpadeó y apenas pudo ver a la ágil figura que se le arrojaba encima. Intentó reaccionar, pero se vio sofocado por unos brazos de acero que le dominaron como a un alfeñique. Se revolvió con furia pero quedó petrificado al sentir el beso gélido del acero sobre la garganta. Su terror se multiplicó al descubrir la frialdad que emanaba de los grises orbes de su captor.

—¡Deteneos! —La voz angustiada de su patrón rompió el hechizo de espanto que le consumía.

Los demás sirvientes habían esgrimido sus dagas también, pero a una orden del mercader las enfundaron con recelo.

Todos fijaron la vista sobre el salvaje que sostenía el cuchillo sobre el gáznate de su compañero. A pesar de la penumbra, el fulgor palpitante de las antorchas definía el cuerpo nervudo que se insinuaba bajo la túnica de lino que portaba. Tenía un rostro de mandíbula firme con rasgos rocosos, coronado por una espesa mata de cabello oscuro. No obstante, eran los ojos de hielo ardiente los que llamaron la atención de los recién llegados.

—¿Quiénes sois y qué queréis conmigo? —espetó en un tono cavernoso que parecía brotar del fondo del pecho.

—Disculpad mi atrevimiento —replicó el comerciante, abriendo los brazos en gesto conciliador—. No pretendo otra cosa que compartir unas palabras con vos.

—Los que buscan charlar no se acercan con el sigilo de un asesino, portando dagas en la mano.

El hombre de rasgos sureños agitó la cabeza y soltó un largo suspiro.

—Me parece que hemos empezado con el pie izquierdo —dijo con un hilo de voz—. Mi nombre es Ebrahim y os quiero ofrecer un trato que os podría interesar.

El forastero frunció el ceño y contempló el rostro aterrado que le miraba desde el suelo. Podía sentir el hedor de los esfínteres de aquel desgraciado esparciéndose por el corredor.

—Muy bien, entonces hablaremos —convino después de unos latidos de vacilación.

El mercader esbozó un gesto de alivio y les ordenó a los demás que atendieran a su camarada.

Al verles, el mesonero preparó un lugar en un rincón alejado donde había dejado un cántaro de vino y dos orzas de barro.

Los dos hombres tomaron asiento mientras los porteadores se situaban a cierta distancia, cuidando de que nadie les importunase.

Ebrahim se estremeció al notar los cortes blancuzcos que destacaban sobre la piel del forastero. Algunas de las cicatrices conformaban nudos sobre aquella carne tostada. Todo en aquel individuo exudaba peligrosidad y cautela. El mercader estaba seguro de que podría destripar a un hombre con la misma facilidad con la cual un sujeto corriente aplastaba una alimaña bajo sus sandalias. Sonrió. Era lo que necesitaba en esos momentos.

Sirvió un poco de vino y lo bebió de un tirón. El caldo agridulce le bajó por el gaznate, aliviando la ansiedad que latía en su pecho.

—Hablad —le urgió el guerrero con recelo, apartando el vaso que le ofrecía.

Ebrahim se aclaró la garganta y miró alrededor. Lo último que quería era unos oídos furtivos escuchando lo que tenía que decir.

Entrecruzó los dedos sobre la mesa y los anillos cobraron vida al ser acariciados por la intensa luz que se filtraban por las troneras.

—Estoy reclutando hombres para una expedición —murmuró, sin apartar la vista de los orbes helados del forastero—. La paga es buena y creo que la necesitáis con urgencia —prosiguió, paseando la mirada por aquel hostel de mala muerte.

El portador del Hacha Negra se pasó la lengua por los labios. Después de vagar por aquel yermo por casi dos cuentas, su bolsa estaba cada vez más delgada. Sin duda, aquella proposición llegaba en el momento adecuado.

—¿Cómo supisteis dónde encontrarme? —inquirió con suspicacia.

El rostro de Ebrahim dibujó un gesto de picardía.

—Ah, tengo ojos y oídos en todo este lugar —confesó, enarcando una ceja—. Además, un hombre de vuestro talento destaca con facilidad en esta pocilga de pordioseros y perdedores.

El guerrero esbozó una pálida sonrisa y bebió la orza de vino. Estaba tibio y sabía a mil demonios, pero en ese instante le pareció igual de oportuno que la misteriosa oferta de aquel sujeto de barba aceitada.

—Podéis contar conmigo, entonces —respondió, dejando el recipiente vacío sobre la mesa.

Un brillo triunfal iluminó el rostro cetrino del mercader.

—¿No vais a preguntarme el valor de vuestra paga? —inquirió sorprendido.

El forastero agitó la cabeza y sus duros rasgos se suavizaron.

—Por los anillos y los atavíos que portáis —contestó—, veo que sois un hombre acaudalado que no dudará en remunerarme de la manera apropiada.

Sin pasar por alto el tono amenazante de aquellas palabras, Ebrahim asintió.

—Entonces os espero al amanecer en la puerta norte —apostilló, apartando de la mente aquella inquietante reflexión.

—Allí estaré —contestó el guerrero, poniéndose en pie.

—¡Esperad! —exclamó Ebrahim antes de que su nuevo empleado desapareciera por las escaleras—. No me habéis dicho vuestro nombre.

El forastero se volvió. Torció el gesto y respondió casi con un susurro.

—Argoth —aseguró en tono sombrío—. Podéis llamarme Argoth.

EL SOL YA COMENZABA A ENTIBIAR los muros del fortín, prometiendo un día más de desesperante sofoco. Afuera, los caravaneros iniciaban su labor en medio de las protestas de las bestias y el lento traqueteo de los carromatos.

Sin embargo en medio de aquella fervorosa actividad, pocos pasaron por alto a la figura nervuda que se abría paso entre ellos. Argoth portaba una cota de cuero endurecido reforzada con anillas de bronce. Brazales y grebas de hierro repujado completaban su indumentaria, además de las dos dagas curvas que se insinuaban bajo la capa marrón que le cubría. No obstante, la pieza más llamativa era una segur de grueso mango que pendía de su espalda. La cabeza de aquella impresionante arma se encontraba cubierta por una capucha de piel que ocultaba los intrincados relieves que recorrían aquel acero oscuro.

No tardó mucho en dar con la comitiva del mercader. Cuatro carromatos rodeados por una veintena de hombres entre los que destacaban varios mercenarios. Al verles, comprendió que aquella no sería una travesía ordinaria.

Al acercarse, captó la inquisitiva mirada de un sujeto grande y de aspecto sombrío. Una fea cicatriz le cruzaba medio rostro. Argoth imaginó que se trataba del zarpazo de alguna bestia salvaje.

—¿Qué asunto os trae por aquí, forastero? —espetó el hombretón en tono amenazador, cerrándole el paso.

Los ojos del hachero le examinaron con detenimiento.

—No tengo ningún asunto que tratar con vos —respondió con calculada serenidad, dispuesto a continuar hasta la tienda del comerciante.

Aquello no pareció agradaarle mucho al bravucón. Sin duda imaginaba que perdería cara con el resto de los compañeros que se habían arremolinado alrededor. Cerró los dedos sobre el hombro del recién llegado, dispuesto a enseñarle quién mandaba en aquel lugar.

Había besado la arena caliente antes de darse cuenta de lo ocurrido. Las risas llenaban el lugar y retumbaban con furia en su cabeza. Pensó en echar mano de la faca que ocultaba en la bota izquierda, pero la sangre se le congeló en las venas al vislumbrar el fulgor nocivo que emanaba del hacha que enarbolaba el forastero. Un miedo cervical le invadió al advertir las inquietantes runas que llenaban aquel amenazante filo.

Argoth comprendió que aquel sujeto era un asesino a sangre fría. Tal vez no tan diestro como él, pero no pensaba darle la oportunidad de probarlo.

Las risas se acallaron y una tensión invisible se apoderó de los presentes.

—¿Qué ocurre aquí? —La voz del mercader consiguió romper el manto de peligroso silencio que les embargaba.

El individuo que yacía sobre la arena le contemplaba con ojos aterrados, sin saber qué hacer.

Argoth suspiró y comprendió que tal vez se había extralimitado con aquel imbécil. Apartó el arma y captó el recelo en los semblantes que le rodeaban. Incluso Ebrahim tenía la faz cenicienta y no apartaba los ojos del hacha.

—Vamos, Emut —dijo con un hilo de voz, volviendo la vista hacia el hombre de rasgos cicatrizados—. Aún hay mucho por hacer antes de partir.

El sujeto miró a Argoth y luego a su amo. El miedo le tenía paralizado.

—Sí, mi señor —contestó con voz quebrada al tiempo que el recién llegado se echaba el arma por encima del hombro. Sin dudarlo se irguió y desapareció entre los carros con rapidez.

—Es un arma impresionante —musitó el tratante, hipnotizado por los grabados de la hoja. Por un breve latido le pareció que los caracteres flotaban sobre el acero negro y un escalofrío le besó la nuca.

—Si qué lo es —replicó el guerrero con extraña melancolía.

—No es fácil asustar a Emut de esa manera —prosiguió Ebrahim con suspicacia—. Sois el primero que consigue hacerle morder el polvo.

El guerrero se alzó de hombros, restándole importancia al asunto.

—¿Cuándo partiremos? —inquirió, tratando de encauzar la conversación por otros derroteros.

Ebrahim torció el gesto. Comprendió que aquel sujeto trataba de evadir la conversación, pero aquello le alegró. Al poner en su sitio a Emut, había demostrado tener las capacidades necesarias para formar parte de aquella expedición.

—En al menos media clepsidra —contestó con serenidad antes de alejarse a repartir órdenes.

La primera impresión de sus nuevos camaradas no había sido muy positiva, o al menos eso imaginó Argoth al captar las miradas evasivas y recelosas que le acompañaron durante aquel día. Sin duda el tal Emut había sido el pez gordo hasta su llegada, y la manera en que le había doblegado había causado cierta impresión entre los demás. No obstante, esto no le afectaba. Siempre había sido un lobo solitario y la necesidad de compañía humana no era una de sus prioridades. Se limitó a cubrir los flancos de la caravana y a prestar atención a cualquier tipo de amenaza que pudiera rondar en las proximidades.

Al caer la noche, acamparon en las ruinas de una aldea en compañía de otros grupos que se adentraban en el Desierto Blanco. Hasta ahora habían seguido las rutas comerciales, pero el portador del hacha sospechaba que esto no duraría mucho tiempo. Su afilado instinto le advertía que el peligro acechaba más allá de las incontables dunas que dibujaba la luna en la distancia. Desde su posición escuchaba los murmullos y las carcajadas de los hombres reunidos en torno al fuego. Un ligero viento atraía el leve chisporroteo de la leña y el aroma del cabrito que ardía en el espetón. A pesar de verse rodeado por decenas de personas, experimentaba una sosegada paz. Por alguna extraña razón, solía sentirse mejor al estar alejado del contacto humano. Volvió la cabeza hacia el extremo del vivaque y centró la atención en el carromato que utilizaba Ebrahim. Sin quererlo, advirtió la figura que se dibujaba a contraluz sobre la lona. Creyó ver los pezones bien formados y la silueta sinuosa de una joven mujer. Intrigado, se preguntó si aquel viejo sin vergüenza cargaría con alguna joven cortesana.

—Guerrero. —Aquellas palabras le obligaron a volverse. La faz de Emut se asemejaba a una máscara grotesca bajo el fulgor nocturno. De manera instintiva acarició la daga que descansaba sobre las piernas.

—Tenemos vino y carne cerca de la hoguera —continuó el hombretón en tono condescendiente. Al notar que el hachero no se movía respiró con fuerza.

—Debo agradeceros por demostrarme que no soy invencible —confesó con sinceridad—. Tal vez el ser más precavido me salve la vida alguna vez.

Argoth parpadeó, suavizando la expresión.

Al erguirse, el filo azulado de la segur cobró vida y Emut retrocedió de manera instintiva. Algo maligno se encerraba tras aquel metal oscuro, estaba seguro de ello.

—No os preocupéis —comentó el guerrero—. No os morderá.

El aludido dibujó un gesto de alivio que sus ojos desmentían.

—No tengo querrela alguna con vos —continuó el hachero—. Espero que estéis de acuerdo conmigo.

El gigantón contempló aquella estampa severa y se preguntó cómo había cometido la estupidez de agredirle. Un aura letal y salvaje rodeaba a aquel extraño individuo.

—Lo estoy —respondió, apretando el grueso antebrazo del guerrero en señal de reconciliación.

En la siguiente jornada abandonaron el camino principal y se adentraron por un tortuoso sendero castigado de manera implacable por el sol. El peso de las corazas, los yelmos y las espadas se multiplicaba en medio de aquel sofoco infernal. Para empeorar las cosas, aquel abrupto paraje había conseguido averiar las ruedas de uno de los carros, y tardaron casi medio día en repararlas. Mientras tanto, Argoth y los demás se habían aventurado en las proximidades, tratando de hallar una senda que les permitiera continuar a través de aquel estrecho valle.

—No puedo más —gimió un sujeto enjuto y de piel cobriza que portaba una lanza de moharra amplia.

Emut se detuvo a su lado, respirando con dificultad. El sudor le perlaba la cabeza calva y le escocía los ojos. Portaba una espada corta y un recuadro de bronce le protegía el torso desnudo.

—¡Tarus, parecéis una perra embarazada! —protestó con aire burlón, mirando al viejo con cariño.

El aludido soltó un escupitajo y renegó en voz baja.

—¡Que los maldito vástagos del Torgart os devoren las entrañas! —replicó, bebiendo un sorbo de la pelliza que cargaba consigo. Se limpió los labios y una expresión de alivio apareció en su ajado semblante.

Entonces ambos guardaron silencio al escuchar el eco de las piedrecillas que rodaban por encima de sus cabezas.

La estampa de Argoth se deslizó por el terraplén con agilidad felina. La cabeza del hacha destellaba a sus espaldas.

—He encontrado un camino —aseguró con un hilo de voz. El sudor se deslizaba sobre sus mejillas y los ojos grises ardían como pozos ardientes—. A menos de media legua, me topé con un lecho reseco. —Señaló hacia el poniente—. Creo que será apropiado para los carromatos.

—Ojalá que no lo hubieseis encontrado —protestó Tarus con voz quebrada—. Así regresaríamos y el viejo olvidaría toda esta locura.

Algo se estremeció en el pecho del hachero.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió, mirándole con curiosidad.

—¿No le habéis dicho nada? —continuó el veterano, volviéndose hacia Emut.

Los ojos de portador del Hacha Negra viraron hacia el guerrero de rasgos marcados.

—¿Qué es lo que no me habéis dicho? —le interrogó con inquietud.

El hombretón se pasó la mano por la frente sudorosa y suspiró con vigor.

—Tonterías, sólo eso —protestó, pasándose la lengua por los labios reseco.

Tarus gruñó. Argoth pudo ver el tatuaje que se insinuaba en su brazo derecho. Imaginó que se trataba de algún símbolo tribal.

—¿Tonterías decís?! —escupió con sorna, volviendo la vista hacia el hachero—. He sido caravanero por muchos años, más de los que pueda recordar. —Por unos latidos hurgó a través de los senderos de su memoria—. He servido con Ebrahim la mayor parte de ellos y nunca le había visto actuar de esta manera. —Una sombra cruzó aquel rostro cobrizo—. Esa maldita bruja nos arrastra a todos a la perdición.

Argoth sintió una punzada en el pecho. Recordó a la figura femenina que había visto la noche anterior.

—¿De quién habláis? —le interrogó con recelo.

—La esposa del amo —contestó Emut, agitando la cabeza con lentitud—. Estos necios han tejido un halo de misterio en torno ella.

—Vamos Emut —renegó el viejo, arrugando la frente—. Desde que el amo se desposó con ella, están sucediendo cosas muy extrañas.

—¿Qué clase de cosas? —terció Argoth. Algo en su fuero interno palpitaba con oscura intensidad.

El hombrecillo respiró el aire caliente y torció el gesto.

—Ebrahim ha vendido sus posesiones para cumplir todos los caprichos de esa condenada mujer. Nunca había hecho algo así. Nunca.

—¡Por todos los dioses! —le interrumpió Emut con un bufido—. Cualquier hombre maduro haría lo que fuese para mantener a esa moza su lado. —Miró a Argoth con intensidad y se alzó de hombros—. Está enamorado. No lo podéis culpar.

—¿No me digáis que también habéis sido hechizado por esa ramera? — insistió Tarus con acritud—. ¿Es que soy el único que advierte el peligro que nos acecha?

Los rasgos del hachero se contrajeron. Las palabras del caravanero confirmaban la emoción que le embargaba desde que abandonaron el camino principal.

—Tarus, sois un bastardo ignorante —aseguró el gigantón con desdén—. Mirad a vuestro alrededor. Tan sólo desolación y alimañas nos esperan en este patético yermo. Guardad vuestros temores para los bosques y las planicies repletas de forajidos.

—Existen horrores que van más allá de la comprensión humana. —La risa se esfumó de la faz de Emut. Volvió la vista hacia Argoth y se estremeció con la expresión pétrea que inundaba aquel rostro severo. Las palabras del hachero quedaron flotando en el aire por unos momentos.

Tarus parpadeó, el miedo asomaba en su mirada. Se aclaró la garganta y retomó la palabra.

—Este erial fue alguna vez el territorio de Ulgthur-Khan —aseguró con un leve susurro, como si temiera que algo pudiera escucharle—. El nigromante que servía al Dios Lobo. —Los hombres que le rodeaban le escuchaban con atención—. Se dice que su capital se encuentra en medio del Desierto Blanco. Un sitio impío llamado Marj-Khabev. Algunos afirman que allí yace aún la fuente de su poder. Una gema maldita conocida como el Cristal de Sangre.

Argoth quedó mudo, un dedo helado le recorría la espina dorsal. La sola mención de aquella ciudad aceleraba el ritmo de su respiración.

—Si ya habéis terminado con las historias de críos, debemos regresar al convoy — exclamó Emut con una mueca burlona. No obstante, el hachero captó la incertidumbre que asomaba en su mirada.

POR DOS INTERMINABLES jornadas, avanzaron a través del lecho reseco. A medida que se sumergían en aquel inquietante yermo, los miembros de la expedición se tornaban cada vez más taciturnos. Las canciones y las risas de los primeros días habían dado paso a un desasosegante mutismo. El único sonido que les acompañaba era el traqueteo de los carromatos y el lamento de las bestias. Argoth experimentaba un intenso sopor que drenaba sus energías como un parásito insaciable. Además, las palabras de Tarus retornaban a su mente al vislumbrar los parajes que le rodeaban. Leguas y leguas de impresionante desolación, castigadas por un viento hostil que se empeñaba en retrasar su avance. Imaginó que tan sólo la maldad podría medrar en aquel erial que amenazaba con devorarlos.

Dejaron atrás la extensa cañada y se encontraron con un valle plagado de florecimientos rocosos. Formas inquietantes que se alzaban por encima de sus cabezas como monstruos congelados en piedra. Al fondo de la explanada, se elevaba un altozano que rivalizaba con el desierto que dominaba el paisaje. Había algo antinatural acerca de aquel lugar. Argoth experimentó un curioso hormigueo al contemplar aquel cerro en medio de la nada. Al parecer, no era el único que se veía invadido por la incertidumbre, ya que varios miembros de la expedición intercambiaban miradas de preocupación.

De manera inconsciente, fijó la vista en el carromato que transportaba a Ebrahim. El mercader había saltado del pescante para repartir órdenes y preparar el campamento. Se mesaba la barba con ansiedad sin apartar la vista de la colina. Los ojos del hachero se posaron entonces en la carreta. Intentaba vislumbrar alguna señal de la misteriosa mujer que les acompañaba.

Las sombras comenzaron a reptar sobre el valle. Argoth se arropó en la capa y se estremeció al percibir el gemido lastimero arrastrado por el cierzo. El espeluznante silbido se multiplicaba en su cabeza como una advertencia sobrenatural. Un profundo desasosiego le atenazó. Algo macabro infectaba aquel lugar, podía sentirlo en cada fibra de su cuerpo. Echó mano de la segur y el contacto con el acero labrado consiguió aliviar la zozobra que comenzaba a cobrar fuerza en su pecho.

Después de aquello, la noche transcurrió lenta y agobiante. El silencio se apoderó de los hombres concentrados en las hogueras, mientras cenaban con desgana y volvían la vista hacia la densa oscuridad que les envolvía, rogando la protección de los dioses. Emut organizó una doble guardia en los extremos del vivaque. Sabía que aquello aliviaría el desasosiego que abrumaba a los miembros de la expedición. Estaba seguro de que al amanecer todo regresaría a la normalidad y continuarían el camino sin problema.

El hachero despertó cuando faltaban al menos tres clepsidras para el alba. Una sensación gélida le erizó los vellos al constatar el agobiante mutismo que le rodeaba. Aferró el hacha y aseguró los cuchillos al cinto. Percibía el aura siniestra que se extendía por doquier, como una garra invisible apretándole la garganta. Con esfuerzo, consiguió controlar el temor que le revolvía las entrañas. Permaneció en silencio e intentando captar algo en medio de las tinieblas, para luego arrastrarse con el sigilo de una serpiente en dirección a los carromatos. Volvió la vista y captó con el rabillo del ojo el candil que ardía en el carro de Ebrahim. Respiró hondo y decidió echar un

vistazo a su interior. Estaba seguro de que allí desentrañaría el enigma de aquella expedición.

Un olor a incienso atacó sus fosas nasales al poner pie en el pescante. Descorrió la lona y notó dos grandes arcones de cedro arrumados en un rincón. El brillo amarillento de una lámpara de aceite se insinuaba detrás de una cortina de seda. Sintió un escalofrío al captar el cuerpo postrado sobre el jergón. Se acercó con lentitud y quedó paralizado al advertir el rostro ceniciento de Ebrahim. Percibió de inmediato el olor almendrado del veneno flotando en el aire. El mercader le miraba con un gesto de espanto desde unos orbes apagados. Argoth rozó la piel fría y comprendió que nada podría hacer por aquel miserable. Entonces reparó en el trozo de pergamino que yacía a sus pies. Lo acercó al candil y estudió los extraños caracteres que llenaban el mapa. Se sobresaltó al descubrir que aquella caligrafía curva se asemejaba a las runas talladas en la hoja del hacha. Sin embargo, apartó aquella inquietante revelación al captar la nota escrita en lengua común sobre la parte superior de la vitela. La palabra Marj-Khabev destacaba en tinta negra. La sangre se enfrió en sus venas al recordar el relato que había escuchado de labios de Tarus. Arrugó el trozo de piel y maldijo al sureño por haberle arrastrado hasta aquella madriguera. Presa de la ira, decidió salir de allí y abandonar a aquellos necios a su suerte.

Saltó de la carreta y examinó la explanada bañada por el espejismo lunar. El brillo de la noche dotaba de un aire macabro a las formaciones rocosas que pululaban a lo largo del valle. Resolvió entonces hacerse con víveres y agua para el largo camino de regreso a la fortaleza. Mientras contemplaba la posibilidad de desenganchar uno de los caballos para facilitar la huida, una sombra casi imperceptible cruzó cerca de allí. Tan sólo sus instintos felinos le permitieron cubrirse antes de ser visto. Otra figura embozada pasó a menos de tres pasos de su escondrijo, y a continuación una más le siguió de cerca. El pálido fulgor de las hojas asomaba bajo sus capas oscuras. La sombra de la traición aceleró los latidos del hachero. Comprendió entonces que el único escape sería abriendo un sendero de muerte con su acero.

El silencio del amanecer se vio interrumpido por el rumor de las hojas abandonando las vainas y los gemidos de los primeros caravaneros asesinados. Argoth se dejó arrastrar por la tormenta de adrenalina desbordada que comenzaba a caldearle las venas.

Volvió la vista hacia el valle y descubrió decenas de antorchas desperdigadas en las proximidades. Sin duda se trataba de una trampa orquestada por la mujer del mercader.

El silbido de una daga cruzó a pocos dedos de su mejilla. Reculó al tiempo que aferraba el cuchillo y evadía otra acometida del inesperado atacante. Fintó a la derecha y lanzó un tajo que tomó por sorpresa a su rival, rasgándole la túnica. Argoth fijó la atención en el rostro cetrino que tenía enfrente. Bajo la luz de la luna podía apreciar unos rasgos crueles y decididos. Sin embargo se necesitaba más que valor para doblegar al portador del Hacha Negra. El sujeto embozado lanzó un grito y arremetió con todas sus fuerzas. Argoth leyó el movimiento con antelación, y después de evadirle con maestría, hundió la hoja en la ingle de aquel miserable. El olor metálico de la sangre inundó los pulmones del guerrero, despertando los instintos más primarios. Elevó la daga con furia y vació las entrañas del agresor. Por un breve latido contempló el horror de la extinción en aquellos ojos abiertos de par en par. Se desentendió del moribundo y aferró la segur que yacía a pocos pasos de allí. La hoja

parecía llamarle a gritos con un hipnótico fulgor azulado. Contempló los nudos de hombres que luchaban con angustia en contra de un enemigo que les superaba en número. Algunos caían de rodillas pidiendo misericordia, al tiempo que otros combatían como bestias acorraladas, dispuestos a vender cara su existencia. Los lamentos de dolor y furia llenaban el ambiente

El hachero volvió la vista hacia los carrmatos que comenzaban a arder a su derecha. Descubrió la titánica estampa de Emut repartiendo golpes sobre dos sujetos que le acosaban sin misericordia. El hombretón combatía con bravura a pesar de la sangre oscura que le manchaba el hombro izquierdo. Admirando aquel coraje, Argoth corrió en su auxilio, haciendo girar el hacha por encima de la cabeza. Un forajido intentó cerrarle el paso, pero la hoja afilada le astilló las costillas y no se detuvo hasta anclarse en la pelvis. Un aullido de intenso sufrimiento emanó de los labios de aquel infortunado. La hoja pareció cobrar vida al elevarse de nuevo, arrastrando consigo hilachas de carne y tela desgarrada.

Emut penetró el pecho de uno de sus rivales pero fue incapaz de evadir la pica que le rasgó el muslo izquierdo. Intentó contragolpear, pero las piernas no le respondieron. Desesperado, sintió el aliento gélido de la parca lamiendo sus espaldas. Levantó la vista para enfrentar la muerte con entereza. De pronto, un haz azulado surgió de las sombras y uno de los forajidos se deshizo ante sus ojos, mutilado por la hoja infernal que Argoth esgrimía con pavorosa maestría. El tronco se revolvió de forma aterradora, descargando vísceras y sangre por doquier. Los ojos del hachero ardían con furia primigenia y sus rasgos se transformaron en una máscara de gelidez. El mismo Emut se estremeció al sentir el poder de aquella implacable mirada.

—¿Estáis bien? —jadeó el hachero con dificultad. Sus botas de ante manchadas con la sangre y los restos del miserable que acababa de eliminar—. Debemos salir de aquí cuanto antes. —Recorrió con la vista la dantesca exhibición que les rodeaba—. Todo está perdido.

Emut se irguió con esfuerzo, rasgó un trozo de tela de uno de los cadáveres y la anudó con vigor sobre el muslo para restañar la herida.

En ese momento los últimos focos de resistencia eran aplastados por los asaltantes, a la vez los prisioneros eran arrastrados hasta el otro lado de la explanada.

—Nos han destrozado —musitó el mercenario con furia y lágrimas en los ojos.

Argoth le aferró el antebrazo y le indicó que le siguiera hasta un roquedal cercano. Sus orbes grises fulguraban con urgencia.

—Debemos ocultarnos—aseguró con apremio.

Los primeros jirones de la aurora rompieron la densa oscuridad que les rodeaba. Aún se escuchaba el eco de las voces de los asaltantes que se alejaban del vivaque. El hedor de la muerte y la madera quemada permanecía como una impronta sobre el aire fresco del nuevo día. Argoth contempló el firmamento y pensó que el destello rojizo que invadía el horizonte no podría ser más adecuado para la masacre que acababa de ocurrir.

Volteó la cabeza y contempló los rasgos sombríos de su compañero. Una intensa aflicción asomaba en aquellos ojos oscuros tras vislumbrar el resultado de la hecatombe.

—Conocía a la mayoría de esos sujetos —comentó con un hilo de voz, tratando de ocultar la pesadumbre que le hundía el alma—. Eran buenos hombres. No merecían una muerte así.

El hachero asintió. Después de haber sido testigo de innumerables horrores había aprendido a encerrar aquellas emociones en el rincón más oscuro de su corazón.

—Parece que se dirigen hacia la colina —dijo, señalando la cima del altozano en un intento por alejar al gigantón de aquellas inútiles reflexiones.

Emut elevó la cabeza y siguió al grupo de incursores con la mirada.

—¿A dónde se dirigen ? —comentó en voz baja, mordiéndose los labios al sentir una oleada de dolor en el muslo.

—Marj-Khavev —contestó Argoth con inquietud.

Los rasgos de su interlocutor se congelaron en una mueca de estupor. Miró al hachero con ojos expectantes.

—¿No estaréis hablando en serio? —exclamó sorprendido. El miedo comenzaba a mancharle las facciones sudorosas. Hasta el momento aquel nombre no había sido más que una leyenda, un cuento de horror para asustar a los críos en una noche tormentosa. Las implicaciones de aquella revelación eran espantosas.

Argoth respiró con lentitud y limpió la sangre y el sudor que le cubrían el rostro. Advertía el desasosiego en la faz de Emut.

—Al parecer Tarus tenía razón —aseguró con resignación—. Antes del ataque, encontré el cuerpo de Ebrahim. A su lado, yacía una vitela con el nombre de este lugar grabado en tinta.

Emut se pasó la mano por el rostro y aspiró una bocanada de aire matutino. El temor primitivo que latía en sus entrañas le impulsaba a alejarse de allí cuanto antes. En medio de aquella conmoción recordó a la esposa del tratante.

—Y la mujer... ¿Visteis a la moza? —inquirió con franca preocupación.

—Creo que esa endemoniada criatura está detrás de todo este asunto—. Replicó su interlocutor con amargura—. Envenenó al viejo y luego se reunió con los bastardos que nos atacaron. Sin duda nos venían siguiendo los pasos desde el inicio de la expedición.

Emut le miró estremecido. Todo aquello encajaba como las piezas de un rompecabezas. Se maldijo por no haber tomado en serio las advertencias de Tarus. Ahora muchos yacían sin vida por culpa de aquella estupidez.

—Debemos salir de aquí. —La intervención del hachero le trajo de vuelta a la realidad—. No queda más que volver al fuerte y dar aviso acerca de la existencia de este lugar.

El guerrero apretó los labios y asintió. Si en realidad la legendaria capital de Ulgthur- Khan se hallaba en aquel erial, lo mejor sería largarse de allí ahora mismo.

Los asaltantes habían tomado cualquier cosa de valor que pudieron encontrar, incluyendo los caballos, el agua y los alimentos. No obstante, Argoth pudo hacerse con algunas pellizas del preciado líquido y de restos de granos y carne seca que los forajidos habían pasado por alto en medio de la oscuridad. El hachero hizo un recuento del botín mientras el calor se incrementaba y empeoraba el hedor de los cuerpos destrozados que yacían por doquier. En el cielo, los primeros carroñeros hacían su aparición atraídos por aquella podredumbre.

—¡Argoth! —El apremio en el tono de Emut le alertó de inmediato. Abandonó lo que cargaba consigo y corrió hasta el extremo del derruido campamento.

Vislumbró la testa del hombretón y quedó paralizado al advertir el cuerpo que cargaba sobre los hombros.

Tarus emitió un quejido sordo cuando Emut lo descargó a la sombra de un cascajar. Los ojos del caravanero se hundían sobre las cuencas como un barco a punto de naufragar. Una mancha oscura asomaba por encima de su túnica deslavada, y un fuerte olor a sangre y heces anunciaba un serio corte en el abdomen. Argoth intercambió una mirada con su compañero. Tarus estaba muriendo y no había nada que pudieran hacer para evitarlo.

A pesar del lamentable estado, aquellos rasgos huesudos y pálidos dibujaron un remedo de sonrisa. Un gesto terrible que dejó sin aliento a Emut.

—No sufráis por mí, viejo amigo —jadeó con voz cavernosa, apretando la mano del guerrero—. Mis días han llegado a su fin. —Se vio interrumpido por un ataque de tos sanguinolenta, que Argoth apaciguó con un sorbo de agua.

Tarus suspiró y sonrió de nuevo. La vida se apagaba con lentitud tras aquellas pupilas oscuras.

—Al menos he acabado con uno de esos bastardos antes de caer—jadeó con esfuerzo. El pecho del moribundo subía y bajaba como el fuelle de un herrero.

—Si os hubiésemos escuchado, nada de esto hubiera acontecido —confesó Emut con tristeza—. Teníais razón en todo.

La faz de Tarus se tornó aún más pálida al comprender lo sucedido.

—La bruja... —musitó, respirando con empeño. Por un fugaz latido sus ojos recobraron la vitalidad—. Entonces... la urbe maldita está próxima...

—Marj-Khavev está cerca, o al menos eso imaginamos —le interrumpió Argoth, quien hasta el momento se había mantenido al margen de la conversación. El corazón del hachero se conmovió al notar la terrible angustia que aquejaba al moribundo al escucharle.

—Debéis evitar que consigan el Cristal —jadeó Tarus con el rostro desfigurado en una mueca de sufrimiento—. No permitáis que la oscuridad se cierna sobre el mundo nuevamente.

—¿Cristal? —musitó Emut con temeroso recelo— ¿Estáis delirando?

—¡No! —clamó el agónico caravanero con inusitada energía, aferrando la mano del hachero—. La leyenda... el Cristal de Sangre guarda las almas de los miserables sacrificados en el altar del lobo. —Argoth le contemplaba con ansiedad, tratando de digerir aquellas palabras—. Con esa gema, podrían despertar la maldad que azotó estas tierras siglos atrás... Nada estaría a salvo. Nada...

Al mismo tiempo que la luz se extinguía en sus pupilas, los dedos de Tarus se cerraron como garras alrededor del antebrazo del hachero.

Por un momento contemplaron con inquietud el despojo del caravanero. La idea de aquella amenaza les dejaba mudos.

—Es una locura —musitó Emut con un hilo de voz—. Sin duda perdió la cabeza antes de morir.

Los ojos de Argoth brillaron como ascuas infernales al tiempo que su mente trabajaba febrilmente.

—No estaba loco cuando nos previno acerca de los peligros que nos aguardaban —aseguró con gravedad. —Emut agitó la cabeza y guardó silencio, aún no asimilaba

aquella revelación—. Si habló con la verdad —continuó el guerrero—, ni siquiera la fortaleza podría contener la maldad que pervive en esa condenada ciudad. —El rostro de Emut se convirtió en una máscara de alabastro. Confrontar aquella aterradora posibilidad era algo que su cerebro se negaba a aceptar.

—Debemos regresar —exclamó después de unos latidos de angustioso silencio—. Advertir a las tropas del fortín es nuestra mejor opción.

Argoth se irguió, pensativo. La hoja del hacha refulgía a sus pies y Emut creyó ver que aquel acero se revolvía como fuego líquido sobre las runas talladas. Parpadeó y alejó esta desconcertante visión.

—¡No! —exclamó el guerrero sin apartar la vista de la colina. Se volvió y una profunda determinación enmarcaba sus rasgos rocosos—. Tal vez sea demasiado tarde para cuando alertemos al fuerte.

Emut parpadeó, un pánico primigenio comenzaba a reptar en sus entrañas.

Se irguió, y pasmado, contempló al hombre que tenía enfrente.

— ¿No estaréis sugiriendo que nos adentremos en esa madriguera? — balbuceó con una mueca que apretó la cicatriz en su rostro.

Los orbes de Argoth se convirtieron en pozos insondables. Sostuvo la mirada de su compañero y se alzó de hombros, restándole importancia a lo que acababa de escuchar.

—No espero que vengáis conmigo —confesó con un tinte de reproche—. Por el Señor de la Forja que desconozco los horrores que se ocultan tras esa colina, pero se lo debo a Tarus, Ebrahim y a todos los desdichados que pronto serán pasto de los buitres. —Recorrió con la vista el desastre que le rodeaba y se giró de nuevo hacia su interlocutor—. Los dioses me han arrastrado hasta este erial, y ahora comprendo que el destino me espera en esa dirección. —Señaló el altozano con el mentón.

—Puedo ver que el calor os ha hecho enloquecer —musitó su compañero, apretando los rasgos con severidad.

Un extraño gesto iluminó la faz del hachero.

—Si no os vuelvo a ver —exclamó con una sonrisa melancólica—, os deseo una larga existencia.

—Los dioses favorecen a los dementes —le reprochó el mercenario con amargura—. Espero que reconsideréis vuestra decisión y retornéis conmigo a la fortaleza.

Argoth aseguró la segur sobre su espalda, revisó de nuevo las correas del peto y se acomodó las grebas y los brazales. Al ver la determinación impresa en los ojos de su compañero, Emut comprendió que nada le haría cambiar de parecer.

—Sois un buen luchador —aseguró el portador del hacha, aferrándole el brazo con vigor—. Ha sido un honor luchar a vuestro lado.

Emut tragó saliva y asintió. Se sorprendió al sentir la fuerza de hierro que palpitaba bajo aquellos músculos curtidos por el sol.

Entonces, sin mirar atrás, Argoth el errante enfiló por el árido sendero que conducía hacia la montaña. Emut le siguió con la vista hasta que desapareció entre los florecimientos rocosos que llenaban el valle, dejándole una dolorosa punzada en la boca del estómago.

EL GUERRERO UTILIZÓ EL ABRIGO de los roquedales para alcanzar las escarpadas faldas de la colina. Se agazapó en la sombra y estudió con detenimiento el paraje que tenía enfrente. Después de un buen rato, descubrió un tortuoso sendero que se insinuaba entre los peñascos que descollaban a orillas del risco. Al acercarse, advirtió que aquellas rocas eran los remanentes de lo que alguna vez fueron las efigies de los guardianes de Marj-Khabev. A pesar del paso de los eones aún conservaban un aire macabro que consiguió apretarle el corazón. Se desentendió de aquellas espeluznantes moles y fijó la atención en los desgastados escalones que conducían hasta la cima. Respiró hondo y rogó la protección del Señor de la Forja antes de poner pie en aquel lugar impío.

Después de media clepsidra, alcanzó su meta. Se dejó caer sobre el firme y agradeció la súbita corriente que apaciguaba el sofoco que le embargaba. Desplazarse en aquel calor infernal había multiplicado sus esfuerzos. Bebió un largo sorbo de agua y admiró el paisaje que se abría ante sus ojos. Leguas de blancas arenas dominaban aquel yermo hasta donde alcanzaba la vista. Sin embargo fue el espectáculo que le esperaba al otro lado del cerro el que le dejó mudo. Enraizada sobre un extenso terraplén, se encontraban los restos de una muralla, y tras ella, sobresalían decenas de agujas de piedra negra que se erguían orgullosas por encima de las cúpulas y los edificios devorados por las arenas. Aquí y allá, asomaban minaretes y torres derruidas que aún conservaban las cicatrices de la milenaria guerra que había puesto fin al tiránico reinado de Ulgthur-Khan. Argoth estaba impresionado. Durante su constante deambular no había visto nunca una urbe de tales características. Hasta las capitales imperiales del oeste palidecían ante la grandeza de aquella metrópoli pérdida. Pero todo aquello pasaba a un segundo plano al percibir el aura de malignidad que parecía tejerse a través de los muros y atalayas abandonadas, como una red de invisible oscuridad.

El hachero avanzó con cautela, consciente de que cualquier cosa podría suceder desde aquel momento. Un creciente desasosiego le apretaba el corazón a medida que se adentraba en aquellos vestigios. Sus propias pisadas resonaban como tambores de guerra en medio de aquel agobiante silencio. Tras dejar atrás un grupo de sinuosas callejuelas, se encontró en medio de una plazoleta circular, adornada con estatuas de bronce. Un temor primigenio le revolvió las entrañas al contemplar aquellas formas monstruosas inmortalizadas en metal. Alejó la atención de aquellas herejías y buscó una vía que le condujera hasta centro de la urbe, utilizando como guía las imponentes agujas negras que sobresalían por encima de las ruinas. Algo le aseguraba que allí hallaría lo que buscaba. Después de un buen rato, sus esfuerzos se vieron recompensados con las huellas frescas que encontró sobre la arena. Sin perder de vista aquel rastro, se deslizó como un lince a través de los rincones oscuros que le ofrecían los edificios abandonados. Se pegó a un muro repleto de frescos. Estudió aquella pintura pálida y desconchada, y se agitó ante las escenas de espantosa mutilación que representaban. Entonces sus aguzados instintos se dispararon al advertir una presencia cercana. El inconfundible efluvio de los cuerpos humanos llegó hasta sus fosas nasales. Se agazapó tras un soportal y siguió con la mirada a los sujetos que doblaban la esquina. La ira le caldeó el corazón al reconocer las túnicas y los turbantes de los asesinos de sus camaradas. Apretó la empuñadura de la daga y esperó a que desaparecieran por una calleja que conducía hasta el centro de la urbe.

El grupo dejó atrás la vía adoquinada y se adentró en una inmensa explanada, circundada por media docena de minaretes profusamente tallados. En medio de aquella plaza, se elevaban las imponentes agujas que dominaban la ciudad. Argoth aguantó el aliento al advertir el horror silencioso que palpitaba en aquellas macabras construcciones. De inmediato comprendió que el aura perversa que cobijaba a Marj-Khabev provenía de aquel lugar. Algo se revolvió en su interior al contemplar la posibilidad de ingresar allí. Encajó la mandíbula y se maldijo por aquel ataque de debilidad.

Su atención se centró entonces en los sujetos que aparecían por el lado opuesto de la explanada, arrastrando consigo a los supervivientes de la caravana. Una oleada de indignación le abrumó. De manera inconsciente aquel ardor consiguió doblegar el temor que le roía las entrañas. Se vio poseído de nuevo por una frialdad guerrera, y comprendió que debería encontrar la manera de ingresar al santuario a como diera lugar.

Después de una clepsidra, descubrió con frustración que las hojas se hallaban resguardadas por un nutrido grupo de bandidos. Las puertas no contaban con portones auxiliares, y en sus muros tallados no se apreciaban ventanales o troneras que pudieran usarse para acceder al interior. Sin saberlo, la fortuna le ofreció la solución a aquel dilema. Un gesto lobuno enmarcó sus facciones al percibir el eco cercano de unas pisadas.

Aquel miserable no tuvo oportunidad. Argoth brotó de la penumbra y le hundió la cabeza con un gran trozo de piedra. Apartó el despojo y se atavió con los harapos oscuros que portaba.

Ahora tendría que esperar la protección de las tinieblas para llevar a cabo su plan. Sospechaba que cualquier cosa que tramaran aquellos bastardos no llegaría a suceder hasta que cayera la noche, el momento propicio para ofrecer libaciones a los amos del inframundo.

Despertó con los jirones del atardecer enrojeciendo los muros de su improvisado escondrijo. El peso de la penumbra le aceleró la respiración. Se trataba de una lóbreguez densa y nociva que le lamía los pies como una serpiente venenosa. El mutismo que reinaba por doquier aumentaba aquella aplastante sensación. Sin pensarlo, aferró la segur y perdió la mirada en los visos azulados y en las runas que parecían girar sobre el acero como diminutos microcosmos. Recordó la caligrafía impresa en el pergamino de Ebrahim, e intuyó que el metal que sostenía estaba ligado de algún modo con aquella ciudad maldita. Por alguna extraña razón, esta conclusión consiguió tranquilizar el desasosiego que le embargaba.

Era noche cerrada y el fulgor palpitante de las teas le devolvió la vida a las desoladas calles de Merj-Khabev. Los trémulos resplandores fueron apareciendo de todos los rincones hasta confluír en la inmensa plaza que coronaban las agujas negras. Las hojas de hierro labrado de la torre principal se abrieron de par en par, permitiendo el ingreso de la inquietante procesión.

Oculto en la penumbra, el hachero siguió con atención el recorrido de las figuras embozadas. Su mente trató de imaginar la magnitud de los ritos que se llevaban a cabo en aquel sitio durante los días de oscuro esplendor. Se agitó al pensar en los miles de desdichados que fueron inmolados en los sacrílegos altares de Etzahel. Sin duda

aquellas hojas tachonadas fueron una de sus últimas visiones. Alejó estos pensamientos y esperó el momento adecuado para unirse a la siniestra romería.

Cubierto bajo el embozo, consiguió librar a los sujetos que custodiaban las puertas y adentrarse en la nave principal de la catedral. Sus ojos se toparon de inmediato con los paneles de mármol negro que llenaban los muros. Las teas y los braseros creaban inquietantes sombras en los soportales tallados. La sangre se congeló en sus venas al vislumbrar la titánica efigie del Dios Lobo, anclada sobre un nicho en la pared. La imponente representación de Etzahel estaba tallada en granito y portaba grebas, brazales y escudo de oro. En la diestra portaba un alfanje de metal oscuro que le recordó el hacha que pendía de su espalda. El guerrero sintió un escalofrío al advertir los ópalos que ardían sobre la testa lobuna de la deidad. Por un momento creyó ver en ellos un resplandor de vitalidad.

Se desentendió de aquella turbadora imagen y se dejó llevar por el rebaño que le arrastraba hasta el fondo del recinto. Giró la cabeza y contempló con horror el altar que se levantaba a los pies de la estatua. Aún conservaba trazas oscuras de la sangre vertida tiempo atrás. Continuó avanzando hasta que los adoradores del mal se esparcieron entre las gradas que rodeaban el ara. Una piscina de brea ardiente les separaba de las macabras ceremonias que allí se desarrollaban.

Argoth se despegó del grupo principal y recorrió los extensos pasillos que le rodeaban. Estaba seguro de que el acceso a las cámaras internas del templo se hallaría muy cerca de allí. Entonces, sus instintos le obligaron a volver los ojos hacia los sujetos que se acercaban con un arcón de cedro. Su corazón dio un vuelco, se trataba de mismo cofre que había visto en el carromato de Ebrahim. Enfiló en aquella dirección sin dudar.

Los porteadores se adentraron por un pasillo disimulado entre los braseros, para luego doblar un recodo e internarse por una vasta galería. El hachero les siguió los pasos. Al adentrarse en aquel pasaje, se vio asaltado por una podredumbre añeja que le provocó una arcada y dejó el sabor de la bilis en su boca. Se detuvo al captar el latido de las teas situadas al otro lado del recodo. Escuchó un leve murmullo y el crujido de una pesada puerta. Sonrió con fiereza, sin duda se trataba de lo que estaba buscando. Un centinela ataviado con una cota de cuero custodiaba el pasillo. Apretó los labios y avanzó con decisión. Al verle, el guardián frunció el ceño y le cerró el paso con actitud amenazante.

—Regresad por dónde habéis venido antes de que me enfade —gruñó con cara de pocos amigos, blandiendo una pica—. Este pasaje está reservado para los sacerdotes.

Argoth asintió y continuó caminando.

—¡No me habéis escuchado, imbécil! —Fueron las últimas palabras que salieron de su boca antes de que el acero le cercenara la garganta. El guerrero saltó como un tigre y le redujo antes de que pudiese reaccionar. Ocultó el cadáver en un pasaje adyacente y apagó la tea para que nadie descubriera el rastro sangriento que ensuciaba el corredor.

Tras la puerta, se abría una estrecha escalinata cubierta de verdín. El olor mohoso infectaba el aire haciéndole casi irrespirable. Argoth se deslizó con cuidado, midiendo cada movimiento, consciente de que se encontraba en las entrañas del cubil maldito. Si era descubierto, no tendría la menor oportunidad de blandir el hacha y se encontraría en graves problemas. Con esta inquietud, alcanzó el rellano de las escaleras. Enfrente se hallaba otro pasillo. Un lugar amenazador, iluminado por el

fantasmagórico resplandor nocturno que se filtraba por la parte superior. Aquí, la maldad que pervivía en la torre se sentía con más fuerza. Pero Argoth no se inmutó, sus sentidos le habían convertido en un depredador y las emociones humanas apenas podían tocarle. El poder que le otorgaba el Hacha había tomado el control y le hacía sentir invencible.

Avanzó pegado al muro, evadiendo la tenue caricia lunar. El súbito roce del acero contra la tela le obligó a buscar el cobijo de la oscuridad. Se deslizó por una tenebrosa tronera y captó las siluetas de los sujetos que habían traído el arcón. Imaginó con horror que regresarían por el mismo camino y darían la alarma al no encontrar al centinela. No obstante, la fortuna le sonrió de nuevo al ver cómo desaparecían por un pasaje contiguo a las escaleras. Se disponía a abandonar el escondite cuando un leve susurro llegó a sus oídos. Aguzó los sentidos y captó la suave cadencia de una voz femenina. Respiró hondo y se internó aún más en aquella claustrofóbica abertura. Después de unos latidos se topó con un débil fulgor proveniente de la pared. Se trataba de un diminuto ventanuco desde el cual se podía apreciar una habitación alumbrada por dos braseros. El penetrante aroma de la mirra llenó las fosas nasales del hachero. Sus músculos se tensaron al descubrir las dos figuras que se abrazaban con pasión en el centro de la estancia.

—Ya basta —protestó la mujer, alejándose del hombre de piel cetrina que se resistía a soltarla. Un sujeto joven con rostro de halcón y ojos crueles. Sin duda, el mismo que había organizado el asalto a la caravana. El aludido soltó una carcajada y al fin dejó escapar a su deliciosa presa.

—Nunca bastará, Zalema —replicó con un pesado acento oriental—. Después de obtener el Cristal seréis mía para siempre. No sabéis la agonía que me aquejaba en las noches al imaginar que yacíais con ese viejo asqueroso. No sé por qué me habéis arrebatado el placer de cortarle los genitales y quemarlo vivo.

Una sonrisa gélida se materializó en los atractivos rasgos de la fémina. Con un gesto lujurioso se arrojó sobre aquel sujeto y le besó con pasión.

—Era necesario, Nazum —replicó, apretándose contra la cota escamada y rodeando el cuello de su amante—. Ebrahim poseía el mapa verdadero. Tuve que yacer con él para ganar su confianza.

Argoth trataba de controlar la ira que le impulsaba a romper la pared y arrojarle sobre aquellos mal nacidos.

Entonces la mujer volvió la vista hacia el paredón y el hachero se estremeció al advertir el magnetismo que expedía aquella mirada. Por un momento imaginó que podría traspasar la piedra y descubrirle.

—¿Qué os sucede? —inquirió Nazum, atrayéndola con firmeza.

La mujer se alejó con brusquedad, la tensión asomaba en las delicadas líneas de su rostro.

—La ansiedad —confesó con un suspiro, encarando de nuevo a su amante—. Esta noche haremos realidad los designios de nuestros antepasados.

El sujeto de piel cetrina enarcó los labios con altivez.

—El mundo volverá a temer el nombre de Merj-Khabev y a los descendientes de los sacerdotes —exclamó con orgullo—. El imperio renacerá de sus cenizas.

—Para ello necesitamos el poder del Cristal de Sangre —replicó Zalema con inquietud—. Sin la gema nuestro sueño habrá terminado antes de iniciar.

—¿Aún le teméis al Guardián? —Nazum arrugó la frente, sus rasgos se contrajeron en una mueca mordaz—. No es más que un sirviente de nuestros predecesores —protestó—, no tiene el poder para negarnos lo que por derecho nos pertenece. —Acarició la empuñadura del alfanje con ira contenida—. En caso contrario, le ofreceré la sangre de mis propios hombres si es necesario.

La mujer esbozó un gesto enigmático y se volvió hacia el arcón que contenía el tocado sacerdotal.

—Espero que el sacrificio de los prisioneros sea suficiente para saciar la sed del protector de la gema —aseguró con frialdad. Nazum permanecía en silencio, admirando las libidinosas formas de su amante al ser acariciadas por el suave resplandor de los braseros.

—La hora ha llegado. —El duro tono de Zalema le arrancó de aquella ensoñación—. Preparad la ceremonia —continuó sin volverse.

El guerrero asintió y abandonó la estancia sin pronunciar palabra.

Argoth escuchó los pasos alejándose por el corredor. Miró a la mujer y una punzada gélida en la boca de estómago le advirtió que la muerte camparía a sus anchas aquella infame noche.

## V

EL HACHERO EMERGIÓ EN EL PASILLO y siguió con cautela los pasos de la fémina. Sin perder de vista la estela de las antorchas, se introdujo en una apretada escalinata que desembocaba en un amplio portal, tallado con escenas dantescas. La tea que ardía sobre el muro dotaba de un aura espectral aquellos inquietantes grabados, plagados de figuras demoníacas. Los ojos del guerrero se clavaron entonces sobre la mujer y su comitiva mientras desaparecían a través del umbral. Al verles aparecer por encima de la tribuna, un clamor colérico brotó de los encapuchados que colmaban el templo. Con un estremecimiento, Argoth comprendió que aquel rito impío estaba a punto de iniciar. Se arrastró hasta el acceso y contempló con asombro el espectáculo que se abría ante sus ojos.

El altar se encontraba al menos ocho codos por encima de las graderías, y era separado de éstas por la piscina de brea ardiente. En medio del ara, se encontraba una abertura circular de la cual sobresalía una pesada cadena de bronce que pendía del techo. Un viejo puente de madera comunicaba el portal con la tribuna del altar. Abajo, la brea chisporroteaba enfurecida y amenazaba con devorar la estructura del vetusto pontón.

La algarabía impulsó a Argoth a volver la mirada hacia los miserables que eran arrastrados hasta el altar. Apretó los dientes al reconocer a los supervivientes de la caravana. Algunos apenas podían caminar y eran azotados sin misericordia por unos sujetos ataviados con pieles de lobo. Fueron izados hasta la plataforma a través una escalerilla que emergía de las gradas.

Entonces un crujido espeluznante retumbó en los muros y aceleró la respiración del hachero. Se trataba de un traqueteo lento y pesado que parecía surgir de las mismas entrañas del averno. Los eslabones de bronce se movieron por primera vez en siglos, y desde el fondo del estanque, surgió una roca que palpitaba como un gigantesco corazón.

Argoth sintió una punzada y percibió el calor que emanaba la hoja que aferraba entre los dedos, señal inequívoca de la macabra corrupción que latía en el desconcertante objeto que emergía de las flamas.

El pedrusco encajó en la abertura con un crujido seco y una luz cobró vida en su interior. De inmediato una iridiscencia sangrienta bañó los muros del edificio, sumiendo a los presentes en un silencio sepulcral. El fulgor maligno del Cristal de Sangre despertaba después de miles de años. Hipnotizados por el poder de la joya, los adoradores de Etzahel cayeron de rodillas y clamaron los obscenos nombres de los señores de las catacumbas.

Argoth sintió el poder electrizante del Hacha Negra recorriendo cada fibra de su cuerpo. Contempló con turbación el resplandor enloquecido de las runas, e imaginó que la hoja se resistía a su dominio, influenciada por el poder de aquella alhaja infernal. Aferró el mango, aguantando las oleadas de dolorosa energía que le mordían la piel, hasta que consiguió doblegar toda resistencia. De nuevo, era uno con aquel metal oscuro, una comunión forzosa que tan sólo los dioses podían entender.

En ese instante la mujer se libró de la capa escarlata y develó su cuerpo desnudo. Los ojos del hachero recorrieron aquellas formas sinuosas. Se detuvieron en los senos turgentes y las nalgas firmes sobre las que se derramaba una cascada de cabello oscuro y brillante. Una escena irreal en medio de la podredumbre que reptaba aquellos muros malditos. Fascinado por esta mezcla de belleza y perversidad, contempló los caracteres curvilíneos que cubrían la figura sudorosa de la sacerdotisa. Parecían moverse como una serpiente oscura a través de su piel dorada, mientras iniciaba una extravagante danza alrededor del sujeto que había sido atado a la cadena, con la loza refulgiendo bajo sus pies. Hipnotizado por el inquietante cántico que brotaba de las graderías, el cautivo seguía los frenéticos movimientos de la mujer con una mezcla de horror e impotencia. La sacerdotisa se desplaza de un lado para otro en medio de un lascivo bailoteo, al tiempo que la monserga de sus seguidores hacia eco en las paredes de piedra, cobrando cada vez más fuerza. De pronto, sin previo aviso, el cántico se detuvo en su punto más álgido y la mujer cayó rendida ante el prisionero.

Argoth apretó los dientes al ver cómo uno de los sujetos ataviado con pieles rebanaba el cuello del pobre diablo. El cuerpo de aquel desdichado se revolvió de manera grotesca al tiempo que la sangre bañaba la loza que soportaba su peso. Por unos momentos le pareció que aquella endemoniada piedra resplandecía con intensidad al contacto con la linfa enrojecida. Horrorizado, vio a otro de los cautivos siendo arrastrado hacia el Cristal, a la vez que el despojo de su compañero era arrojado sin miramientos a la alberca de brea.

Algo en el interior del hachero se revolvió con vigor. Era consciente de que estaba en franca desventaja, pero no podía permitir que aquellos inocentes fuesen sacrificados con tal vileza. Contempló los rostros aterrados de los que aún seguían con vida y comprendió que había llegado el momento de actuar.

Aferró el Hacha Negra y respiró el aire enrarecido por el alquitrán ardiente. Elevó una plegaria al Señor de la Forja y se arrojó sobre la endeble plataforma que le separaba del altar, sin medir las consecuencias.

La sacerdotisa ya se preparaba para iniciar el macabro rito nuevamente, cuando el crepitar del maderamen le obligó a girar la cabeza. El corazón le dio un vuelco al vislumbrar al impresionante guerrero que arremetía sobre ellos como un león enfurecido. El miedo le atenazó las entrañas al advertir el fulgor sobrenatural de la

hoja que apretaba entre los dedos. Por un latido creyó reconocer los salmos oscuros impresos en aquel acero negro y brillante. Quiso gritar, advertir a los suyos, pero la voz se negaba a salir de su aterrado pecho. Con el rabillo del ojo vio cómo sus secuaces se adelantaban para enfrentar aquella inesperada amenaza. Cubiertos con pellejos lupinos, saltaron blandiendo sus espadas cortas. Argoth evadió el primer embate y soltó el peso del arma sobre la cabeza del segundo atacante. El cráneo desapareció en medio de una explosión de sangre y sesos. Se volvió con presteza y segó las piernas del primer rival. El sujeto rodó convertido en una masa sanguinolenta, aullando de dolor. El hachero no tuvo compasión y le empujó hacia las llamas que le esperaban con ansiedad en el fondo del estanque. Mientras tanto, la muchedumbre que colmaba las gradas rugía enloquecida y trataba sin éxito de alcanzar la tribuna del altar.

Con la ira mordiendo sus sienes, volvió la vista hacia la estupefacta sacerdotisa. Sintió un macabro placer al verle allí, completamente indefensa y destilando odio en su mirada. Entonces escuchó los gritos que colmaban el pasillo que había utilizado para acceder al altar. Sin perder tiempo, corrió hasta la plataforma de madera y advirtió los rostros enloquecidos que asomaban a través del umbral. Reconoció al guerrero con rostro de halcón dirigiendo aquella turba sedienta de sangre. Dejó caer la segur sobre la endeble estructura y vislumbró el espanto en los atacantes que se disponían a cruzarla. Una intensa agonía le arrebató el aliento al sentir el filo que se sumergía en su hombro izquierdo. Estremecido, apretó los dientes para encajar el grito que palpitaba en sus entrañas. Al volverse se enfrentó con los rasgos apretados de Zalema. La locura ardía en aquellos ojos oscuros al blandir con agilidad un estilete enrojecido. Argoth evadió otra acometida que por poco le alcanza los genitales. Exasperado, captó los movimientos del enemigo mientras la mujer le obligaba a hacerle frente. La sangre manaba desbordada a través de la herida y el dolor aumentaba la furia que ardía en su interior. La fémina arremetió con desesperación, animada por el arribo de sus camaradas a través del pontón. El guerrero fintó hacia la derecha y sus dedos de hierro se cerraron con furia sobre el brazo que portaba la daga. Los ojos de la mujer se abrieron como platos al salir volando sobre el altar y estrellarse contra la cadena, como si se tratara de un muñeco de trapo.

El hachero se desentendió de la sacerdotisa y se volvió para enfrentar un peligro más acuciante. Su semblante palideció al ver cómo un sujeto se le echaba encima, enarbolando una cimitarra. Rodó hacia el frente y evadió un tajo que le hubiera destrozado la cabeza. Entonces, los rasgos de su atacante se deformaron en un rictus agónico al tiempo que se desvanecía con el asta de una flecha asomando por la espalda. Estupefacto, giró la mirada en busca del arquero que le había salvado la vida. Otro proyectil brotó de las sombras y se hincó en el pecho del encapuchado que pretendía cruzar la plataforma. El miserable se precipitó a las llamas en medio de un clamor desgarrador.

—¡Emut, bendito bastardo! —rugió Argoth con gesto fiero. Afianzó la segur y gritó enloquecido mientras hacía trizas las bases del pontón. Sus músculos se tensaban como cuerdas de acero y se teñían con el fulgor corrupto de la gema roja. La madera gimió y se sumergió en la poza ardiente, arrastrando consigo a media docena de miserables que no pudieron recular hasta la escalinata. Por un momento, sus ojos de hielo se encontraron con los rasgos descompuestos del amante de Zalema. El odio y el desconcierto asomaban en el rostro de Nazum.

Argoth encajó la mandíbula y corrió a auxiliar a los caravaneros que intentaban librarse de sus ataduras con desesperación. Los seguidores de la oscuridad se arremolinaban enfrente de la improvisada escalera que emergía de la gradas, pero las saetas del misterioso arquero cobraban un alto tributo a todo aquel que intentaba poner pie en la tribuna.

—¡Daos prisa! —les urgió el hachero a los aterrorizados supervivientes—. Las flechas de Emut no durarán para siempre. —Se volvió, buscando con urgencia la manera de abandonar aquel condenado lugar. De lo contrario tendría que abrirse paso entre la muchedumbre enloquecida que se agolpaba al borde del pozo, decidida a destrozarle con sus propias manos.

Entonces su corazón dio un vuelco al sentir un fuerte temblor bajo sus pies. El griterío de los encapuchados cesó y un manto de horror sobrenatural apagó su pasión asesina. Argoth sintió un nudo en la garganta al advertir el resplandor que manaba de los ópalos de la efigie del Dios Lobo. La figura de granito se cuarteó, y de manera imposible, las extremidades de piedra comenzaron a moverse con un espeluznante crujido. Los testigos de aquel prodigio retrocedieron, sin apartar la vista del espantoso espectáculo.

—¡El Guardián...habéis despertado la ira del Guardián! —jadeó Zalema con pánico primigenio.

Argoth amasó todo el valor que pudo reunir y afianzó con vigor la segur. Las runas se revolvían enloquecidas sobre aquel mar de acero, mientras la adrenalina amenazaba con hacerle estallar las venas.

La horrenda testa lobuna se agitó y dejó escapar un potente rugido que hizo cimbrar las paredes del templo. Esto fue suficiente para disparar el pánico entre la muchedumbre que se agolpaba en las tribunas. Los gritos retumbaron por doquier y la estampida humana enfiló hacia las hojas, en un intento angustioso por abandonar la catedral.

La abominación abandonó el nicho y aterrizó en medio de la aterrada multitud. El crujido de los huesos reventados se mezclaba con los aullidos de pánico y sufrimiento, produciendo un eco espeluznante que se multiplicaba en los muros. El ente blandió el alfanje que portaba y deshizo sin misericordia los cuerpos que se apretujaban ante las puertas. Una y otra vez dejó caer aquella hoja impía, hasta que no quedaron más que retazos irreconocibles de lo que alguna vez fueron seres humanos.

Argoth contemplaba aquel horror desde lo alto del altar. Apenas podía asimilar el caos que se desencadenaba alrededor. Un escalofrío lamió su espina dorsal al ver cómo el engendro volvía la atención hacia ellos. No eran más que insectos ante aquella aberración. La efigie abrió un sendero de muerte entre los desdichados que intentaban escapar. A continuación destrozó el muro del estanque y desbordó el líquido ardiente sobre las tribunas, acabando así con los que insistían en seguir viviendo.

Paralizado por el miedo, Argoth apenas pudo reaccionar ante la brutal acometida de la granítica bestia. Ésta dejó caer el puño sobre la tribuna y un gran trozo se desplomó sobre las graderías, aplastando a un par de infortunados caravaneros.

Impotente ante el aterrador poder de aquella cosa, el guerrero reculó sin saber qué hacer. Giró la vista y descubrió a Zalema arrastrándose hacia el borde que lindaba con el pontón destruido. Más allá, se hallaba la seguridad de las escalinatas. Pero sin el puente, sería imposible librar la distancia que les separaba de ellas. El guerrero aferró

a la mujer y le obligó a ponerse de pie. Una mezcla de desolación, odio y orgullo brillaba con intensidad en sus pupilas.

—¡Mi único consuelo es que os arrastraré conmigo hasta los infiernos! —le desafió la sacerdotisa con altivez.

Argoth apretó los dientes y se pasó la mano por el rostro sudoroso. Hizo caso omiso de dolor que palpitaba en su hombro y fijó la atención en la criatura que se izaba con lentitud sobre el altar. Los ópalos que ardían en la testa de piedra refulgían con una corrupción más allá de todo entendimiento humano. Presa de la ira, apretó la garganta de Zalema y le devoró con una mirada asesina que le hizo estremecer. Ya nada le importaba, si iba a morir, acabaría primero con aquella hembra maldita.

—El Cristal... el Cristal...—balbuceó la mujer, intentando librarse de la presa de hierro que la sofocaba con calculada lentitud. Enfrentar la descarnada realidad de la muerte consiguió debilitar su resistencia.

—¡Hablad, por todos los dioses, hablad! —espetó el hachero al captar la angustiada súplica. Algo en su fuero interno le anunciaba que aquella arpía era su única tabla de salvación.

La moza tomó una bocanada de aire enrarecido y un fulgor apremiante apareció en sus rasgos apretados.

—¡Destruid el Cristal! —exclamó con premura, aferrando el antebrazo de guerrero. —Contempló con morbosa fascinación las runas grabadas en la cabeza del hacha y añadió—: Si algo puede acabar con el corazón de Merj-Khabev, es el arma que portáis. Tan sólo un instrumento de las sombras puede acabar con el mismo poder que le ha forjado.

La estructura del altar se agitó con violencia al soportar el peso del titán rocoso. Argoth aguantó el aliento y fijó la vista en la joya que infectaba con su luz nociva el centro de la plataforma. El corazón del hachero latió con vigor al enfrentar los orbes de la abominación, el poder de la oscuridad se revolvía como un huracán en su interior. Se desentendió de aquel pensamiento y enfiló hacia la piedra. El engendro pareció adivinar sus intenciones, puesto que dejó escapar un espantoso gruñido y soltó un tajo que destrozó la pesada cadena bronce. Argoth rodó hacia adelante con agilidad, evadiendo la lluvia de gruesos eslabones que por poco le arranca las piernas.

—¡Regresad a vuestro cubil, bestia maldita! —rugió, descargando un potente golpe sobre la gema enrojecida. Hubo una explosión de luz y el hachero salió despedido por los aires. Sus músculos se contrajeron en un doloroso espasmo al sentir el inconmensurable poder que yacía en el interior de la piedra. Mientras todo alrededor se mecía como un navío a punto de naufragar, miles de rostros desfilaban por su mente en una procesión de aterradoras imágenes que le empujaron al borde de la locura. Entonces sus ojos se abrieron y el aire llenó de nuevo sus pulmones. Se irguió con esfuerzo y buscó al engendro de piedra. La efigie se movía con torpeza, lanzando tajos a diestra y siniestra y desmoronándose con lentitud. Los labios de Argoth se curvaron en un gesto lobuno, la certeza de la extinción se alejaba de su corazón. Aferró el Hacha Negra y sintió aquel poder revitalizando cada fibra de su cuerpo. Contempló el Cristal y advirtió la brecha sangrienta que asomaba en la parte superior. Aspiró con fuerza y dejó caer la segur, una y otra vez, hasta que la piedra roja se desquebrajó a sus pies y la maldad que palpitaba en su interior se extinguió para siempre, dejando tras de sí una espesa oscuridad.

El guerrero recordó a Zalema, y sus ojos la buscaron con recelo. La condenada bruja había aprovechado la confusión para escapar de sus manos. Sin embargo, algo en su fuero interno le advertía que sus caminos volverían a cruzarse alguna vez. Abrumado por un profundo vacío, contempló el dantesco espectáculo que reinaba por doquier. Su instinto le obligó a volver la atención hacia la escalinata. La inconfundible estampa de Emut asomaba en el umbral. El carcaj que colgaba de su cintura aún conservaba media docena de saetas. Sin embargo, fue la expresión cenicienta del mercenario lo que consiguió alarmarle. Giró la cabeza y quedó frío ante lo que veían sus ojos.

Enfrente de ellos se encontraban miles de seres fantasmales que flotaban sobre los cuerpos desmembrados de los seguidores del mal. Hombres, mujeres y niños que les contemplaban en un agradecimiento mudo y conmovedor.

Entonces Argoth comprendió que se trataba de las almas de los inocentes sacrificados en aquel altar impío. La destrucción del Cristal había liberado sus almas de siglos de esclavitud. Estupefactos, contemplaron en silencio aquel cortejo espectral mientras cruzaba los soportales de su milenaria prisión para regresar al mundo de los muertos.

Abandonaron las ruinas de Merj-Khavev sin volver la vista atrás, y preguntándose si alguna vez podrían borrar de sus mentes los horrores y maravillas que habían experimentado en aquel lugar maldito.

## ANEXO: DIRECTORIO DE AUTORES

**Ana Morán Infiesta.** La trampa del escorpión

Web: [escritorapulp.blogspot.com.es](http://escritorapulp.blogspot.com.es)

**Antonio Maria.** La espada oculta

Email: [antoniotrek@gmail.com](mailto:antoniotrek@gmail.com) | Web: [elmisteriodeantmar.blogspot.com](http://elmisteriodeantmar.blogspot.com)

**Edgar Segá.** La mina de los muertos vivos

Email: [eddysega@gmail.com](mailto:eddysega@gmail.com)

**Javi Arboleya Payo.** Visita a la abadía

Email: [xabelmagno@hotmail.es](mailto:xabelmagno@hotmail.es)

**Javier Sermanz.** Ládir y la ciudad subterránea

Email: [javersermanz@gmail.com](mailto:javersermanz@gmail.com) | Web: [Perfil Facebook](#)

**José Luis Castaño Restrepo.** El cristal de sangre

Email: [ch3p3@yahoo.com](mailto:ch3p3@yahoo.com) | Web: [argothelerrante.blogspot.com](http://argothelerrante.blogspot.com)

**Marcos Galisteo.** Danzas de corte y vientos nocturnos

Email: [marcosgalisteopedraz@hotmail.com](mailto:marcosgalisteopedraz@hotmail.com)

**Miguel Martín Cruz y Gema del Prado Marugán.** Intentó seguir los pasos de Dios

Email: [mmc80bg@yahoo.es](mailto:mmc80bg@yahoo.es)

**Pablo Hernández Pérez.** Cuatro Ositos

Email: [inane3000@hotmail.com](mailto:inane3000@hotmail.com)

**Patxi Larrabe.** La Zarpa Roja contra la amenaza de los hombres lagarto.

Email: [patxi.larrabe@gmail.com](mailto:patxi.larrabe@gmail.com) | Web: [elgrimoriometalico.com](http://elgrimoriometalico.com) | [Facebook](#)

**Pedro López Manzano.** Arriba y Abajo

Email: [ajarenau@yahoo.es](mailto:ajarenau@yahoo.es) | Web: [creeloquequieras.blogspot.com](http://creeloquequieras.blogspot.com)

**Rafael Trujillo Navas.** Philonium

**Roberto Julio Alamo.** Ultratumba

Email: [rroice@gmail.com](mailto:rroice@gmail.com) | Web: [roberto-3d-developer.com](http://roberto-3d-developer.com)

**Samhain.** Sergio Perez-Corvo

Email: [proxegenetyc@hotmail.com](mailto:proxegenetyc@hotmail.com)

**Sergio L. Doncel Núñez.** Misión Cumplida

Email: [sldoncel@gmail.com](mailto:sldoncel@gmail.com)

**Vicente Ruiz Calpe (eihir).** El Bunker

Email: [eihir@alpeia.com](mailto:eihir@alpeia.com) | Web: [eihir.wordpress.com](http://eihir.wordpress.com)

Eso es todo amigos. Más relatos en...  
[RelatosPulp.com](http://RelatosPulp.com)